
todo lo
que importa
sucede en
las canciones
FERNANDO NAVARRO
3a
edición
LOS ACIERTOS & PEPITAS
EL KILÓMETRO NUEVE

Todo lo
que importa
sucede en
las canciones

Fernando Navarro

Todo lo que importa sucede en las canciones

Pepitas de calabaza s. l.

Apartado de correos n.o 40

26080 Logroño (La Rioja, Spain)

pepitas@pepitas.net

www.pepitas.net

Fotografía de cubierta: Teresa Rodríguez

ISBN: 978-84-19689-12-2

Primera edición, septiembre de 2022

Segunda edición, diciembre de 2022

Tercera edición, febrero de 2023

CANCIONERO

1. «Workingman's Blues #2». Bob Dylan

2. «Are You Alright?». Lucinda Williams

3. «Good Vibrations». The Beach Boys

4. «If I Can Dream». Elvis Presley

5. «Born to Run». Bruce Springsteen

6. «In Dreams». Roy Orbison

7. «Tom Traubert's Blues (Four Sheets to the Wind in Copenhagen)». Tom Waits

8. «That Lucky Old Sun». Aretha Franklin

9. «Keep Me in Your Heart». Warren Zevon

10. «Scenes from an Italian Restaurant». Billy Joel

11. «Hey Jude». The Beatles

12. «Because the Night». Patti Smith

13. «Rockin' in the Free World». Neil Young

14. «Flirting with Time». Tom Petty

15. «Changing of the Guards». Bob Dylan

A Belén Bermejo, por su risa y
por creer en este libro antes que nadie.

Y a mi hijo, por todo.

«Una canción es algo que camina por sí mismo».
BOB DYLAN

«Las canciones son bellas mentiras
al servicio de la verdad».
BRUCE SPRINGSTEEN

«Workingman's Blues #2»

Bob Dylan

BOB DYLAN DIJO UNA vez que no importa tanto de dónde vienen las canciones sino adónde te llevan. Es posible. Subrayé esta frase en un libro de entrevistas a Bob como siempre hago cuando creo que hay pensamientos que no deben perderse con el viento o, simplemente, no quiero que se me olviden. Pocas cosas he aprendido en la vida y una de ellas es a no fiarme de mi cabeza. El otro día se me olvidó hacerle el bocadillo a Alejandro a la salida del colegio. Llegaba tarde y pensé que iban a darme el título de peor padre del año, así que paré el coche enfrente de un supermercado y me bajé a comprar pan y embutido. Con las prisas, aparqué mal y, al salir, me encontré una multa de 90 euros. El bocadillo de salchichón me terminó costando 93'60 euros y ni siquiera era salchichón ibérico. Me acordé de mi madre, que solía decir: «Más vale lápiz corto que memoria larga». También me vino a la mente Rosa. A ella nunca se le olvida el bocadillo y a veces me dice que, si prestase igual de atención a la vida que a la música, no me iría dejando la cabeza por todas partes. A decir verdad, solo utilizo el lápiz para subrayar frases de libros como si fueran a preguntármelas en un examen de ingreso a la universidad del rock'n'roll, o alguna cosa así que no existe, pero que algún día pensé que molaría que alguien la hubiese inventado, tal y como algún espabilado hizo con la carrera de Periodismo. Visité tanto esta frase de Dylan que hasta me la aprendí. Quizá por eso se la solté a la psicóloga en nuestra primera sesión. Al oírla, me miró con sus ojos saltones e hizo una anotación en su cuaderno. Percibí que, además de escribir, hacía un círculo, como si remarcara que aquello era valioso, o tal vez señalase que, en ese punto, cuando cité a Bob como si fuera un filósofo, no entendía nada de mí. Entonces, pensé que, con su gesto serio, estaba ignorando lo que decía y repasaba su lista de la compra. El círculo rodeaba una palabra tan sencilla como, por ejemplo, tomates. A fin de cuentas, comprar tomates para ella era más útil que comprenderme. ¿Por qué hablé ese día de Bob Dylan? Ni idea. Otro día repetí la frase en una charla con unos estudiantes. Me quedé en blanco al comenzar la exposición y me salió como

quien desenfunda antes de tiempo en un duelo. Me sentí un tramposo cuando una chica sonrió confiada, dándome a entender que delante de ella había un tipo que tenía respuestas. No era verdad. Me había quedado sin ellas, aunque la chica no tenía por qué saberlo. Nadie tenía por qué saber nada de mí ni yo nada de nadie. Una cosa es hablar de música y otra vivir.

Había pensado en esas palabras de Dylan muchas veces, pero ninguna como la mañana que me mudé al piso. Me senté en el suelo del salón rodeado de cajas precintadas con todos mis discos y me vi como una pieza de Tetris mal encajada en la pantalla, tan absurdamente puesta que había descolocado todo y echado a perder la partida. Había aprovechado que Rosa trabajaba y Alejandro estaba en el colegio para hacer la mudanza. Bueno, más bien el traslado de mis discos, mis libros y mi ropa. Suficiente berenjenal como para que los transportistas terminasen cobrándome un extra porque no se esperaban tantos discos y, en palabras de uno de ellos, había más que «borrachos en verbena». Su olor a anís denotaba que conocía bien las verbenas. Me llevé todo a un piso vacío, donde me instalé para pensar qué hacer con mi vida. Al abandonar la casa en la que había estado viviendo con Alejandro y Rosa, puse «Workingman's Blues #2» en el móvil como si cayese el telón de una función sin aplausos y, entre bambalinas, me esperase Bob Dylan con su voz rasposa para decirme: «Vamos». La última vez que lo había visto en concierto en Madrid ya había imaginado algo similar cuando él y su banda se lanzaron a tocar «Workingman's Blues #2». Fue una sorpresa que interpreté como una señal. Así de perdido estaba. La canción sonó de una manera casi irreconocible, pero el viejo Bob, de pie frente al piano, con traje blanco y sombrero, me clavó un dardo cuando sin mucha emoción pero con demasiado oficio masticó aquellos versos que llevaban un tiempo empujándome en otra dirección. Quizá fue la primera vez que sentí que mi vida, tal y como era, me estaba consumiendo. Quién podía saberlo. Era como experimentar por primera vez el miedo: una vez que se cuela en los huesos se vive con la sensación de que siempre ha estado ahí. Corría julio de 2015 y, antes de ese concierto, habría apostado toda mi colección de discos a que nunca hubiese hecho lo que hice: separarme e irme a vivir solo. Apenas un año y medio después, a mí no me echaban del casino de Torrelodones como a Sabina. Al contrario, me buscaban para regalarme su tarjeta de

cliente especial mientras sus encargados se mofaban de mí. «Queremos al tipo que perdió todo a impar. Mira que no conformarse con lo que tenía…». Sí, yo era ese menda, el mismo que, si bien conservaba todos sus discos, ahora era torero en los callejones del juego y el vino. Ese tipo que, sobre todo, había olvidado lo que significaba el verbo ganar.

Para cuando me mudé, solo sabía de canciones como «Workingman's Blues #2», que escuchaba todos los días desde aquel concierto. Cuando la puse por primera vez en el piso nuevo, se expandió por la estancia vacía. Resonó como la lluvia de invierno. De nuevo, me pareció escuchar a Bob a mi lado diciéndome: «Aquí estás». Sus primeras notas siempre me relajaban. Sonaban y no me sentía tan ajeno a mí. Y, sobre todo, podía imaginarme a Bob como una sombra que planeaba cerca. Una noche de borrachera le mandé a Martín un mensaje para contárselo y me contestó: «Deja las drogas, cabrón». Toni, siempre más diplomático, escribió: «Sí que estás triste, bro». Menos mal que no les conté que lo sentí más cerca en Nochebuena, al poco de mudarme y justo cuando más echaba de menos a mi hijo. Fue como una epifanía, aunque seguramente me pasé con el vino y solo estaba dentro de un coche mal aparcado y que parecía tan estropeado como yo. «Workingman's Blues #2» era lo único que me importaba. Me la traían al pairo el frío cortante y el silencio abrumador de afuera. También la cena y los regalos. Solo me importaba la canción. Ese chisporroteo instrumental al comenzar, abriendo una grieta en la noche. Bajo su atmósfera, me daban igual la Navidad, el nacimiento de Cristo y todas las religiones que se hubieran inventado en la historia de la humanidad. Solo creía en Bob Dylan. Era el único que estaba ahí conmigo.

A la psicóloga no le comenté nada de la canción ni de esa Nochebuena. Supongo que para que no pensase que estaba tarado del todo. Tampoco sabía cómo explicar que aquella melodía suave se mecía en mi coche como un columpio movido por el viento y que, si cerraba los ojos, podía verme con Alejandro. El día anterior había estado con él en el parque y me dijo que, si nos hubiera tocado el Gordo, me habría comprado muchos discos y un triceratops. Podría haberlo hecho con el cupón que su madre jugaba siempre con su familia, pero no con el mío. Era el primer año que

no jugaba uno con ellos y que no había comprado ni participado con nadie en una tradición que siempre me hacía un agujero en el bolsillo antes que arreglármelo. Y ya tenía suficientes agujeros. El último de ellos con el alquiler de un piso que, por su coste, más bien parecía que correspondía a un ático con piscina. Pero Alejandro no sabía eso. Aquella mañana solo quería meterme goles en una portería imaginaria entre dos árboles y pasaba de ponerse el pasamontañas. Me enfadé un poco con él, por negarse, aunque en el fondo me gustó. Yo tampoco quise nunca calzarme en la cabeza ese invento del demonio y me encantaba que mi hijo tuviese ese punto de rebelde. Con el pasamontañas en la mano, le miré detenidamente mientras corría a por el balón. Era la primera Navidad que no estábamos juntos y empezaba a darme cuenta de que no estaba preparado para ello.

En realidad, sentía que no estaba preparado para nada. Fue lo que pensé de una forma definitiva en Nochebuena. No ayudó que estuviese en mi viejo barrio. Tampoco el vino previo. Mis tíos me habían invitado para que no cenase solo y accedí. Aparqué en una fila improvisada de vehículos, al lado de la casa donde había pasado mi infancia y mi adolescencia, junto a mi madre y mi abuela, y la nostalgia me rebasó. La visión de aquel pasaje comercial, flanqueado por pinos, me recordó los días que me quedaba mirando discos en la tienda de electrónica mientras mi madre hacía la compra en la frutería. El grupo familiar de WhatsApp echaba humo con el pesado de mi tío subiendo fotos de sus nietos en la Plaza Mayor, pero yo estaba petrificado, sin dejar de hacerme preguntas con la mosca de aquel recuerdo en la cabeza. ¿Por qué la gente se empeña en mandar tantas fotos de niños a los grupos familiares? ¿Qué hacía yo ahí? ¿Por qué había llegado a esa situación? ¿Sabría Alejandro que mataría por estar con él en el momento en el que Papá Noel le trajese el diplodocus de cuello largo? ¿Estaría Rosa llorando en casa de sus padres por mi culpa? ¿Y Mar? ¿Para qué narices le escribí? Estaba solo y sin rumbo, deseando que la maldita Navidad se acabara cuanto antes. Subí el volumen, eché de menos la botella de vino que me había dejado en el piso y pensé que, al menos, Bob estaba cantando.

«Workingman's Blues #2» es un vals, un extraño vals melancólico. Transmite paz a alguien que la perdió o, como yo, a alguien que no

sabe si llega tarde o, peor aún, que ya no sabe adónde quiere llegar. La voz, ligeramente arrugada, es como un signo de un tipo que también se perdió en su vida, que también entendió lo que es echar de menos cosas que no siempre tienen nombre, que aprendió a aceptar que casi nunca sabemos cuál es el camino correcto. Puede que, por eso, Dylan sea como es: hermético, resbaladizo, solitario. Aquella Nochebuena pude imaginar al viejo Bob vestido de incógnito con sudadera y zapatillas deportivas paseando por las calles de mi viejo barrio, buscando un sitio donde tomarse una simple cerveza y escuchar buena música. Porque, a veces, eso es hallar la salvación. También me dio por imaginármelo cruzando la acera movido como por un misterio salido de un cuento de Charles Dickens, persiguiendo a los fantasmas de Woody Guthrie o Buddy Holly. Daba igual. Pensaba en él deambulando porque es como si siempre fuera buscando algo. Como aquella noche que la policía lo detuvo en Nueva Jersey al confundirlo con un vagabundo. Caminaba por las calles mal iluminadas de Freehold en busca de la casa donde nació Bruce Springsteen. Los agentes le pararon y tardaron en reconocerlo. Tenía pintas de un atracador de segunda. Salió en algunos periódicos. ¿Quién huevos hace eso? Dylan. Bueno, y yo. En mi adolescencia, estuve en esa casa, con mejores pintas seguramente que Bob porque, al fin y al cabo, era un adolescente al que su madre todavía le compraba ropa. Me hice la correspondiente foto al lado del árbol en el que Springsteen se retrató para la portada de «My Hometown». Muchos fans lo han hecho. Como una peregrinación, acuden hasta la acera de la casa donde nació Springsteen y se apoyan en el gran roble de la calle, con el brazo un poco encorvado, en la misma posición en la que él aparece en la imagen. Springsteen podría pensar que estamos locos. O no. También él fue hasta la casa de Elvis Presley e intentó saltar la valla de seguridad. Tuvo la estúpida idea de querer estrecharle la mano y agradecerle su existencia, o algo así. Sin duda, fue peor lo suyo, pero qué pasada. ¡Intentó colarse en Graceland! Al final, estamos todos igual de chalados. O, al menos, lo estuvimos. ¿Por qué? Yo qué sé. Nunca he sabido qué empuja a algunas personas, yo entre ellas, a hacer según qué cosas. Solo sé que el árbol ya lo han talado y que muchas cosas ya no son como antes. Por ejemplo, Elvis ya no está en su casa, ni Springsteen en la suya, ni yo en la mía. Ninguno lo estamos. Es como si me encerrase en sucesos de otra época. Tampoco está en su casa Dylan, que, arropado por una fina capa de

notas de órgano en «Workingman's Blues #2», me ayudó en la última Nochebuena. Una vez más. Fue uno de esos momentos trascendentales que parecen soñados, inventados por un cerebro caprichoso, pero que causan hasta un estremecimiento físico. Me dejó con sensaciones raras en el cuerpo. Debí contárselo a la psicóloga, pero preferí guardármelo para mí ante la posibilidad de que me dijese como Martín: «Deja las drogas, cabrón».

El viejo Bob simboliza algo más fuerte que yo. No sé su significado, pero creo en ello. Era un chaval imberbe cuando dejó todo en Minnesota y se fue a Nueva York a conocer a Woody Guthrie, que llevaba años postrado en una cama de un hospital psiquiátrico al otro lado del río Hudson, en Morris Plains, en Nueva Jersey. Se consumía por el corea de Huntington, una enfermedad neurodegenerativa incurable que mina los sentidos hasta apagarlos. El músico que más había cantado por los desfavorecidos y más había luchado contra los mangantes y explotadores, autor de la inconmensurable «This Land is Your Land», estaba marginado, muriéndose a sus cuarenta y ocho años en un triste hospital. La cabeza se le caía y no podía ni andar ni escribir ni casi hablar. Acompañado de su guitarra, Dylan se fue hasta allí recorriendo cientos de kilómetros entre estados tras convencer a unos amigos que lo llevasen en coche y luego hacer autostop. Nora, la hija de Guthrie, aseguró tiempo después que aquel chico que se presentó en su casa parecía un «andrajoso». «Tenía tan mal aspecto como mi padre cuando padeció la enfermedad», dijo. Al verlo, le cerró la puerta, pero el chico insistió hasta tres veces. Al final, Arlo, otro hijo mayor de Guthrie, lo dejó entrar. «Por las botas que llevaba, estaba seguro de que no venía a vendernos nada», reconoció Arlo, que acabó tocando la armónica y la guitarra con él. Dylan terminó conociendo a Woody Guthrie. Después de aquello, mandó una postal a sus amigos de Minnesota en la que escribió: «Conozco a Woody. Lo conozco. Estuve con él, lo vi y canté para él. Conozco a Woody. ¡Maldita sea!». De hecho, lo visitó más días y llegó a entablar una relación con Guthrie, quien, con ayuda de sus hijos, le escribió una carta a Dylan que terminaba con la siguiente frase: «Todavía no estoy muerto». Aquella carta fue un talismán para Dylan, que la llevó en el bolsillo durante sus comienzos en los bares del Greenwich Village y también cuando escribió «Song to Woody», una composición que, como reza uno de sus versos, «va por los

corazones y las manos de los hombres que vienen con el polvo y se van con el viento». Una canción que, encima, empieza así: «Aquí estoy, a mil millas de casa». Tremendo. Cuando lo pienso, se me pone la piel de gallina. Desde que me mudé al piso, yo también me siento a mil millas de casa.

Es tan épico que a veces creo que no es real. No sé cuánto quedará de aquel chaval en el Dylan de hoy. El viejo Bob es ahora un personaje huraño e intratable. No descarto que pueda ser también un cabronazo, alguien al que no te gustaría conocer. Puede que no quede nada del joven soñador, o puede que quede todo. Poco me importa cuando suena «Workingman's Blues #2». A diferencia de tantas canciones, aquí escucho a un hombre con su verdad. Hay verdades que son duras, pero que también son dignas. Y siento que Dylan está cantando sobre esa verdad. Sobre una existencia desgastada, con cicatrices, pero que conserva su empuje por salvaguardar la llama original, esa luz que no ven los ojos, esa admiración por aquello que lo definió, lo llenó como una revelación. Muchos pensarán que es una tontería, pero basta con fijarse en lo que dijo en su discurso de aceptación del premio Nobel de Literatura. «Si tuviera que volver al amanecer de todo, creo que tendría que empezar con Buddy Holly», escribió. «Desde el momento en que lo escuché por primera vez, me sentí identificado. Sentí casi que era como un hermano mayor. Hasta pensé que me parecía a él. Buddy tocaba la música que me apasionaba –la música con la que crecí: *country western*, rock'n'roll y *rhythm & blues*–. Tres hebras separadas de la música que entrelazó y fundió en un género. Una marca. Y Buddy escribía canciones que tenían bellas melodías y versos imaginativos. Y cantaba muy bien. Él era el arquetipo. Todo lo que yo no era y quería ser. Lo vi solo una vez, unos días antes de su muerte. Tuve que viajar cien millas para verlo actuar y no me decepcionó. Era poderoso y electrizante y tenía una presencia imponente. Yo estaba a solo seis pasos de distancia. Estaba hipnotizado. Le miré la cara, las manos, la forma en que marcaba el ritmo con el pie, sus grandes gafas negras, los ojos detrás de las gafas, la forma en que sostenía su guitarra, su postura, su traje elegante. Todo él. Aparentaba más de veintidós años. Algo en él parecía permanente, y me llenó de convicción. Entonces, de repente, sucedió lo más extraño. Me miró directamente a los ojos y me transmitió algo. Algo que no sé lo que era. Y sentí escalofríos».

Creo que Dylan no ha dejado nunca de asombrarse por ese algo de la música que no sabes lo que es, pero que te hace sentir escalofríos. Utilizó en su discurso la palabra «amanecer». Podía haber buscado otra, pero se decantó por esa para definir aquel recuerdo, para definirse a sí mismo a través de Buddy Holly. Me parece maravilloso. Llevo mucho tiempo deseando que vuelva a amanecer. La música es el oficio de Dylan y también es su vida. Por eso, me maravilla también que hable de Buddy Holly como «algo permanente». Entonces, tal vez se pueda entender más al misterioso Bob. Entender su cancionero abrumador, su gira interminable, su obsesión por mantenerse en contacto con las canciones y la carretera, aunque tenga casi ochenta años. Parece que no le interese nada más que el mundo fantasmagórico de las canciones. Es como un cruzado: está entregado en cuerpo y alma a preservar lo permanente. Y puede que sea un cabronazo, pero eso no es determinante para aquellos a los que alguna vez nos ha dado la convicción que necesitábamos para recorrer carreteras abruptas y aguantar las noches de invierno. Es nuestro cabronazo.

Me encantó que le concediesen el premio Nobel de Literatura. Me pilló en la redacción, con todo el mundo pendiente de la tele para ver a la mujer que sale por la puerta del *hall* de la Academia sueca. Al oír su nombre, pronunciado con cierta gracia por el marcado acento francés de la académica, grité «¡el puto Bob Dylan!», di un salto sobre la silla y proclamé que me ponía a escribir un artículo a toda pastilla porque era «un día histórico». Fue ridículo: no hacía falta anunciar lo que hasta el más tonto sabía. Algunos me aplaudieron, otros me miraron con cara de está loco y la mayoría pensó que iba a ser un suplicio aguantarme a partir de ese día. Sin embargo, ya debía serlo. Esa noche quedé con Mar en Lavapiés y creo que estuve la primera hora hablando de Dylan. Ella me miraba con ojos de gata hambrienta y pedía copas de vino mientras yo intentaba explicar por qué era mejor que le diesen el premio al viejo Bob antes que al pesado de Murakami o a cualquier otro soplagaitas de la alta cultura, o lo que fuera a lo que aspiraban los escritores que vestían con corbata. Y más de una vez Rosa me dijo que no todo en la vida giraba en torno a las canciones. Era obvio, pero tal vez no lo era para mí. Nuestro hijo se acostumbró a verme salir e ir a conciertos más de una noche por semana cuando lo normal hubiese sido quedarse en casa. Y, a veces, sin motivo

aparente, necesitaba encerrarme con determinados discos en el salón, como protegiéndome de algo. Todo eso sí se lo conté a la psicóloga en nuestra primera sesión, y también le dije que entendía muy bien a Dylan cuando hablaba de los escalofríos que sintió al ver a Buddy Holly. Yo los sentí con el propio Bob, pero a nadie revelé qué tipo de paranoia tuve en la última Nochebuena con «Workingman's Blues #2». Fue como si el viejo Bob, después de imaginármelo deambulando por mi antiguo barrio, llegase a mi coche, me observase desde el asiento del copiloto, ataviado con su sombrero y sus botas corroídas, y, con mueca torcida, me dijese: «¿Y ahora qué? Yo simplemente estoy aquí flotando». Flotando como un fantasma, como Buddy Holly, como Woody Guthrie, como Elvis Presley, pero flotando.

Sé que persigo fantasmas y no puedo evitarlo. En la víspera de Navidad, escuché la voz errante de Dylan cantar: «El lugar que más me gusta es un dulce recuerdo». Esa voz, que de forma casi inapreciable sube un tono en esa frase, apoyada por un acorde de la guitarra, fue pura compasión. El dulce recuerdo es un lugar que para mí no conserva los trazos intactos. Se desvanece, pierde su forma, o lo que es peor, se lo llevan pájaros y no puedo hacer nada. Como dice, casi clama, la misma voz venerable de Dylan, con su timbre vetusto, en otra estrofa de «Workingman's Blues #2»: «Ningún hombre, ninguna mujer sabe / La hora en que llegará el sufrimiento / En la oscuridad escucho la llamada de las aves nocturnas». Es una llamada que surge de rincones insospechados y trepa en el silencio hasta hacerse fuerte. Cuando la oyes, dan ganas de silenciar a esos pájaros, de desplumarlos, cortarlos en trozos, dispararles entre los ojos, pero no siempre se sabe cómo. Yo llevo ya bastante tiempo sin saberlo. Al menos, cuando suena «Workingman's Blues #2» no los escucho, aunque las aves nocturnas acechen fuera de la canción. Siempre lo hacen.

Prefiero perseguir fantasmas que dejar a esos bichos hacerse más fuertes. Quizá algún día consiga calzarme bien las botas y solo necesite luz e infraestructura para pensar en pasado mañana, como canta Quique González en «La casa de mis padres». Quique me confesó durante una madrugada que también se obsesionó con «Workingman's Blues #2». Me contó algo que oí como si saliera de mi boca. Llegó a escucharla compulsivamente durante una noche

entera, hasta que amaneció. Ponía la canción y volvía a ponerla. Una vez tras otra, como si su música le permitiese mirar por una rendija y contemplar con toda nitidez un dulce recuerdo. Tenía sus motivos. Como yo los míos cuando la escucho y sé que podría escucharla durante horas. Siempre hay un motivo para que una canción te atrape. Nadie elige las canciones que le atrapan. Ellas nos escogen a nosotros. Y siempre tienen un motivo. Eso también lo hablé con Quique aquella noche en su casa entre humo, *whisky* y una pianola que me recordaba al piano sobre el que se apoya Tom Waits en la portada de *Closing Time*. Tenía el mismo aire de confesionario. En lo más profundo de la canción, en su vaivén melódico irrompible, la voz de superviviente del viejo Bob canta: «Reúnete conmigo al final, no te retrases / Tráeme mis botas / Puedes rendirte o luchar lo mejor que puedas en primera línea». Tráeme mis botas. Me supera oír ese verso del mismo tipo que se presentó con sus botas andrajosas en casa de Woody Guthrie. No se puede decir mejor cómo prepararse para enfrentarse a las malditas aves nocturnas.

Sigo escuchando con obsesión «Workingman's Blues #2». En el piso suena mientras me tumbo en el sofá y contemplo el techo. La pasada noche llegué demasiado pasado de un concierto y, tras pensar en Mar primero, luego en Rosa y al final en Alejandro y mi madre, acabé sentado en el suelo escuchándola, como intentando meterme dentro de la canción. Creo que lloré antes de quedarme dormido. Debió ser una de esas escenas patéticas que es mejor olvidar, pero, a decir verdad, la canción es desde hace mucho tiempo mi escudo ante los pájaros de la noche. Llegó un día y me atrapó. Con fuerza, sin compasión. No puedo salir de su carrusel. En la última Nochebuena, cuando estaba más hundido, causó algo impensable: apaciguó todo el ruido. Luego despertó en mí una pregunta para la que no tengo respuesta y que se marcó en mi piel: ¿puede la música salvarme la vida? Imagino a la psicóloga haciendo en su cuaderno círculos, quizá también para señalar que necesita lechuga, y, después, repreguntándome, con su mirada profesional: «¿Qué es eso de salvarse?». La verdad que parece una pregunta de manual de autoayuda. Qué tontería todo. ¿Y acaso me muero? ¿Acaso tengo una enfermedad incurable? Es cierto que debo hacerme la prueba médica, pero ya está. Más cierto es que es una pregunta estúpida y más todavía que no puedo evitar mi tristeza.

Una simple y llana tristeza que me acompaña desde hace tiempo, desde que me atrapó «Workingman's Blues #2». No lo sé. Desde antes de entrar al piso, desde antes de que pareciese que entre Rosa y yo únicamente se había enfriado nuestra relación, tal vez desde antes de que naciese Alejandro, es como si hubiese perdido la capacidad de pensar con claridad, de saber quién soy frente al espejo. Llevo mucho tiempo deambulando, pero no quiero rendirme. Me gustaría luchar en primera línea. Ojalá supiese cómo. Ojalá supiese algo. Y ojalá «Workingman's Blues #2» no se acabase nunca. Cuando estaba en la otra casa, la escuchaba mientras Alejandro y Rosa dormían. Tenía algo de liturgia, en la soledad del salón, cuando desde la ventana veía las farolas desparramar su luz anaranjada en las aceras. Entonces, la voz de Bob atravesaba los muros de silencio, altos como diques que separasen la tierra del océano, impertérritos.

Quedan pocos días para que se acabe un año que más bien ha sido un hundimiento, pero esta noche, una vez más, entre las paredes de este piso al que he venido a parar, siento que me ofrece un rumbo, un desconocido y centelleante rumbo, como esas notas que se enlazan mágicamente en una guitarra o en un piano después de un millón de intentos. Siento que es algo permanente, como Buddy Holly lo fue para Bob Dylan, y como Bob Dylan lo es para mí. ¿Puede la música salvarme la vida? Jamás me lo hubiese preguntado si no fuera porque «Workingman's Blues #2» me ha llevado a algún sitio, tal vez al que me corresponde. Y entonces tengo la seguridad de que todo lo que importa sucede en las canciones.

«Are You Alright?»

Lucinda Williams

Era nuestra primera sesión y no sabía qué contar a esa pava. La psicóloga se sentó enfrente de mí, en un amplio sofá negro. Pensé que era perfecto para tirarse en él y dejar la vida pasar mientras giraba un vinilo, pero nada invitaba a ello en esa consulta de uno de esos edificios señoriales del barrio de Salamanca. La habitación tenía una decoración austera: una mesita junto al sofá, una lámpara de pie y un par de estanterías con algunos libros de psicología. Era como estar en un despacho médico. Me acordé del primer capítulo de *Los Soprano*, con Tony observando todo y guardando silencio ante la mirada atenta de la doctora Jennifer Melfi. A mí los silencios siempre me incomodan y resolví aquello hablando más de la cuenta, sin ninguna dirección, como rellenando el tiempo, comentando la dificultad de aparcar en la zona o la amenaza de tormenta que anunciaba el cielo. Para algunas cosas era lo contrario a Tony: ni sabía estar callado ni ordenaba dar palizas cuando algo me molestaba. Pero no podía negar que, como él, me preocupaba adónde se fueron los patos. Sin embargo, no era algo que quisiera comentar.

Con un tono neutro, aquella mujer me ofreció agua y me pidió que le dijese por qué estaba ahí. No tenía ni idea. Había ido por cumplir con una promesa que le había hecho a Rosa antes de mudarme al piso. Nada más. Todavía recordaba su voz quebrada y los pañuelos de papel sobre la mesa baja del salón cuando me pidió que, por favor, fuera a un psicólogo con el fin de ordenar lo que parecía más desordenado que nunca. Es decir, con el fin de ordenarme a mí. En esa mañana de miércoles, no sabía qué hacía allí ni tenía mucho que decir. De hecho, minutos antes, cuando me encontraba en la sala de espera, había estado a punto de salir disparado. Me sentí un imbécil cuando en el pasillo me pareció oír la voz de un hombre que conocía de una discográfica y, en un acto reflejo, me tapé la cara con una revista de viajes. Nada comparable a cuando llegué a la consulta. Me confundí y abrí la puerta que había enfrente, que era la de una clínica médica especializada en disfunciones eréctiles.

Me di cuenta una vez dentro, cuando la chica de la recepción ya me había saludado y hecho tomar asiento. Me levanté lentamente y me disculpé diciendo que me había equivocado. Ella, con una amplia sonrisa, me preguntó si de verdad lo había hecho. Le contesté que sí, aunque lo dije con cierto sudor frío por mi torpeza y las prisas que aún arrastraba. Ella insistió en la pregunta. Volví a responder que sí. Ella me sonrió más todavía y me dijo que si era la primera vez que iba a una consulta de ese tipo. Yo le dije que sí, pero que, de verdad, iba a otra clínica. Sonrió más, observándome fijamente, y, ya a salvo en el rellano, solté abruptamente: «Creo que el pene hasta ahora me funciona. Es la cabeza lo que no me va bien». Todo era ridículo, empezando por mí mismo.

A la psicóloga le expliqué lo de mi salida de casa y mi recién estrenada etapa en un piso vacío, a tan solo dos manzanas de donde vivían Rosa y Alejandro. «¿Por qué tan cerca?», me preguntó. Me parecía tan obvio que hasta me molestó un poco la pregunta. Le dije que por mi hijo, por tener la posibilidad de verlo casi todos los días. Ella anotó algo en su cuaderno. Fue lo primero que escribió y no dejó de tomar notas durante toda la sesión. Parecía una empollona cogiendo apuntes. Quizás fueron demasiadas notas, o quizás pocas. No podía saberlo: nunca había asistido a una consulta con un psicólogo. No tardó en querer saber cómo me sentía. «¿Cómo estás?», soltó, como si su caña en un ejercicio de estrategia y habilidad suprema hubiese descubierto el modo de pescar algo en mí y aquella pregunta no fuera sino encontrarse con un anzuelo abandonado en la orilla de un río. «No lo sé», dije. Dudé si añadir algo hasta que lo hice como por obligación: «Imagino que algo triste». «Háblame de tu tristeza», pidió, acomodándose en el sofá.

¿Que le hablase de mi tristeza? ¿Cómo se hacía eso, colega? ¿Quería que la intentase sustraer de mí, de todo el resto de mi ser, de mi cuerpo, mi cabeza y mi corazón, de cualquier minúscula célula de lo que estaba formado, como si pelase una cebolla, dejando el tallo a un lado y las peladuras al otro y diciendo esto vale y esto no, esto, que es la tristeza, se puede tirar a la basura? ¿Cómo hablaba de ella? Pensé en decirle que había una canción de Lucinda Williams que había escuchado en el coche, yendo a su consulta, y que allí, en esa melodía y esa voz arrastrada, podía encontrar mi tristeza, o lo que fuera que me pasara. Esa mañana,

justo antes de salir del piso, me había llegado una notificación de Spotify al móvil recordándome mis canciones más escuchadas del año. Por segundo año consecutivo, «Workingman's Blues #2» estaba en lo más alto de la lista. Era el repaso de 2016, pero yo seguía instalado en el siglo pasado. La segunda más reproducida era «Are You Alright?», de Lucinda Williams. De camino a esa primera cita, la escuché dos veces. Había un hilo directo de esa canción a mi tristeza. El jodido algoritmo hablaba ya por mí. Lo único que podía decir es que aquella doctora podría agarrar el disco *West* y escucharlo como quien se sumerge en el mar. Era la única forma de entenderme. También la única forma de explicarme. Quería decirle a esa mujer de las gafas de funcionaria que lo escuchase a conciencia y que, antes de darle al *play,* cogiese aire con los dos pulmones, contuviese la respiración y se zambullera, que buceara hasta llegar al fondo. Iba a ser una sensación extraña, la de flotar mientras no había respiración, parecería que iba a asfixiarse, pero quedaría suspendida en ese limbo sin aire, contemplando el fondo, aturdida por la experiencia. Y, si no le causaba nada, entonces, teníamos un problema. Porque, si no era capaz de comprender lo que transmitía la música de Lucinda, cómo iba a explicarle cómo me sentía. Cómo iba a hablarle de mi tristeza.

«Are You Alright?» suena al levantarme en estas mañanas de Navidad en el piso. Son días extraños en los que camino confundiéndome con la bruma que difumina las calles cuando no estoy dentro de esta madriguera repleta de cajas con discos y libros. Percibo cómo Lucinda Williams se concentra en su dolor cuando canta, como si con los ojos cerrados masticase tabaco y apreciase cada partícula de su sabor amargo. Es un dolor rudo, exigente, intenso. Arrastra algunas palabras, ajustándolas al remolque de su férrea mandíbula para medir el peso exacto de su carga. No hay victimismo ni tampoco un llamamiento de socorro en su voz. Simplemente es la descripción al detalle de una aflicción, con perspectiva documentalista y con toda la magnitud de la dura realidad. Su dolor empasta con mi tristeza, esa nube seca que me rodea. Podría decir que incluso con resaca conecto más con Lucinda, una mujer que sabe mejor que yo lo que es cerrar bares.

El último que yo he chapado ha sido en Nochevieja en Lavapiés, ya de día y con un puñado de zombis. Fue después de haberlo

quemado todo en la fiesta en la casa del Jipi. Entraba 2017 y, como en Nochebuena, yo estaba otra vez sin Alejandro. El plan de estar solo con su padre, tomándose las uvas, no era mejor que pasarlo con su madre, sus abuelos, sus tíos y sus primos. Entre todos, eran un regimiento de afectos y atenciones contra un paria recién instalado en un piso desangelado, cuyas ventanas ni siquiera cerraban bien. Preferí no trastocarle esa noche con la familia de su madre y le dije a Rosa que nuestro hijo se quedase con ella, aunque me correspondía pasarla con él. Había descartado volver a casa de los plastas de mis tíos y no tenía mucho que ofrecerle a Alejandro, más que vinilos girando en un tocadiscos conectado mal que bien entre estanterías y cajas. Ni siquiera me había hecho aún con una televisión. Había pasado de comer las uvas con él en mis rodillas cada 31 de diciembre a estar sentado en una esquina del salón del Jipi y parecer un bufón de tercera, al que le colgaba una sonrisa impostada y hacía como si la vida pudiese reiniciarse con el cambio de año. Desde la primera campanada tuve ansia por despejar la nube de tristeza, como si pudiese ahogarla en todo el alcohol que me había bebido desde que había entrado en ese apartamento cochambroso. Busqué estrujarla entre los hielos de las copas para poderme mover a la misma velocidad, con el mismo ahínco, con el que se movían los demás. Pude meterme el *speed* que corría por los pasillos de la fiesta porque parecía que no hubiese paredes ni penas para el resto, pero no lo hice y, aun así, al día siguiente me dolían las piernas como si me hubiesen pegado una paliza.

Una resaca nunca miente y esta última me recuerda que estoy mayor. Es una de esas tantas verdades que puedes esconder debajo de la alfombra y no quiere decir que no exista. Estoy mayor y tirado en un piso vacío, como uno de esos protagonistas de una serie que cancelan tras la primera temporada en Netflix. Una tal Virginia me lo recordó en la fiesta mientras me rellenaba la copa: «Eres el único de la fiesta con un hijo y separado». Brindé por ello por no saltar por la ventana. Estaba claro que al Jipi se le escapó que me había ido de casa. Es lo que tiene el *speed*: te suelta la lengua tanto como te excita. El Medu es un buen ejemplo: se pasó una hora, tras el subidón, colocando novelas y libros de poesía por orden alfabético y recitando párrafos sueltos como si aquella fuera una de esas insoportables noches de poesía a micro abierto en la que todos se hacen los intensos solo para ver si follan algo. Pero Medu, más que

meter o sacar, buscaba comerse las paredes. Ya en el Club 33, creo que la tal Virginia intentó arreglarlo diciendo que ahora, en mi nueva etapa, se me abría un mundo de posibilidades con Tinder y todo eso. La música estaba muy alta y yo hacía como que oía, moviendo ligeramente la cabeza. Luego me dijo que había una piba que andaba por ahí bailando y que si me interesaba. Estaba tan pedo y tan triste que pasé de todo y me dediqué a convencer al dj para que pinchara a The Smiths. Fui el único de los que quedaban de la fiesta que bailó medio llorando «There Is a Light That Never Goes Out». No solo estaba mayor, sino que era el que más pena daba. Menos mal que el resto iban colocados o más borrachos que yo. Estoy seguro de que también fui el único que empezó a sentirse persona en el primer día del año escuchando a Lucinda, que parecía declamar su canción en un estado de trance similar al que yo me encontraba. Solo que yo estaba tirado, roto, en el suelo del piso.

No me extraña que sea una de mis canciones más escuchadas. Y eso que Spotify no registra todas las que me pongo en el reproductor de discos. Tengo los álbumes de Lucinda desgastados. Antes de venir al piso, escuchaba «Are You Alright?» siempre que regresaba a casa después de algún concierto. En el metro o en la calle, me ponía los cascos y buscaba esta canción en el móvil como quien necesita fumarse un cigarrillo. No era la única canción de ella a la que acudía, pero sí la que más escuchaba. No puedo decir qué día fue el primero que lo hice, o cuándo la necesidad de llevármela a los oídos fue tan grande que arrinconé otras canciones. No puedo decirlo porque no sé decir cuándo surgió esta pesadumbre. Simplemente, esta canción y ella se encontraron por el camino y se ligaron una a la otra. A veces, salía de la boca de metro de Embajadores y tomaba el camino largo para poder escuchar los cinco minutos y dieciocho segundos de «Are You Alright?». La primera vez que lo hice no le di importancia, pero cuando empecé a repetirlo supe que algo no marchaba bien. Que yo no marchaba bien. ¿Quién lo hace cuando su hijo y su mujer lo esperan en casa y prefiere demorarse escuchando canciones por las calles de Madrid? Alejandro dormía, Rosa estaba despierta viendo la televisión y yo hacía filigranas por las aceras, con los cascos puestos, el volumen alto y la ciudad insomne acogiéndome como a un furtivo. Una noche salí de la sala El Sol y caminé hasta pararme a unos metros del portal para volver a escuchar a Lucinda, intentando descifrar qué clase de dolor

rumiaba. Estaba convencido de que era como el mío. Por eso tampoco dejaba de poner sus canciones cuando me quedaba cenando algo a deshoras en la cocina. Rosa ya se había caído de sueño y yo, apurando la última birra, acababa dejando la televisión encendida, pero sin volumen, mientras masticaba.

Estaba en un laberinto, incapaz de encontrar una salida entre los pasadizos, deseando que al menos Lucinda me dedicase una de sus canciones o brindase por mí, allá donde estuviese en Texas, en un garito de Misisipi o en la cocina de su casa en California. Que brindase por el tipo de las caminatas largas o por una simple cuestión de lástima. Era la consolación a la que me sometía para no tomar ninguna decisión y agachar la nariz cuando sonaban las canciones lastimosas. Lucinda, curtida en cientos de noches desperdiciadas, podía levantar su copa y guiñarme un ojo con la complicidad de la que también se vio sucumbir. Tiempo atrás la había entrevistado y había sentido que hablaba con un ser especial. Con el cambio horario, llamé pasada la medianoche y no sonaron ni tres toques cuando aquella mujer de voz rasgada descolgó y me contó que estaba en ese momento en su casa de Los Ángeles, más concretamente en su cocina, un lugar querido para ella. La charla de casi una hora transcurrió con tranquilidad y un particular aire de intimidad. Me dijo que en esa parte de su hogar solía escribir muchas de sus canciones. Le gustaba sentarse por las mañanas en la cocina y descorrer las cortinas de la ventana para que se colase el sol, pero también, en muchas ocasiones, se refugiaba a la luz de una lámpara y se quedaba hasta altas horas de la noche componiendo. Podía imaginármela como en un cuadro de Edward Hopper, sentada con un café, un bolígrafo y un papel a primera hora del día. Aún más con una cerveza o un *whisky* a última hora de la noche, rascando en la duermevela letras para esas composiciones tan profundas, tan sinceras.

«Are You Alright?» es una canción sobre una persona que echa de menos a alguien importante en su vida. Por el latido de la letra, esa otra persona añorada significa algo más grande que un simple amigo. Una voz sin plástico se pregunta si esa otra persona estará bien. Lo hace de forma constante, hasta once veces en un puñado de minutos. «¿Estás bien? / De repente te fuiste lejos / ¿Estás bien?», canta Lucinda en la primera estrofa como si arañase en una herida

reciente. «¿Estás bien? / Tengo fe en que realmente vuelvas algún día por aquí / ¿Estás bien?». Su voz dolida se cuela por los poros hasta invadir todo el cuerpo, removiéndote de arriba abajo en apenas unos compases. Ayuda también la atmósfera creada a partir de esa base de folk rock suave, casi abandonado a la ensoñación de otro tiempo pasado, que, si bien no revive, se vislumbra en algún pequeño lugar de la memoria, y provoca emociones encontradas y difusas. Cuando en los últimos versos Lucinda Williams se hace la pregunta que da título a la canción, articulando ese estribillo desesperado, se pueden oír, como en la lejanía, unos coros repitiéndola una y otra vez: «¿Estás bien?». Con ese ligero toque de acompañamiento *soul,* es como si las desconocidas voces se oyeran entre la niebla, aumentando la desazón ante la imposibilidad de obtener respuesta a una pregunta que no deja de repetirse.

«¿Estás bien?», me preguntaba Rosa muchos días cuando empezó a notar que una nube se interponía entre nosotros, como un dolor diminuto que se cuela en el cuerpo y, al principio, es como si no existiese, casi anecdótico y pasajero, pero luego sigue ahí y crece y se hace fijo y constante, un incordio diario que te consume. «¿Estás bien?», indagaba cuando los días en los que salía tarde de la redacción se amontonaban como cajas de expedientes judiciales sin resolver, cuando habíamos perdido el tacto de las manos del otro, las mismas manos que se buscaban en la oscuridad con electricidad, peces imparables nadando en todas direcciones, entre las sábanas o bajo la manta del sofá. «¿Estás bien?», me inquiría cuando habíamos dejado de comernos a bocados, con los dientes apretando fuerte, revolcándonos entre risas y jadeos, antes de dormirnos o después de despertarnos, cuando incluso habíamos perdido entre las sombras la dulzura del roce y el abrazo, primero reduciendo todo a una posición de misionero, mecánica y rápida, como si nos cronometrasen, como si sumara puntos ante una tómbola de consolación, y, luego, con la nube extendiéndose como una mancha de aceite, abandonando poco a poco ya los polvos, convertidos en recordatorios de otro tiempo, de otra civilización que fuimos, cuando nos poseían el deseo y la comprensión, cuando no los teníamos contados al trimestre. «¿Estás bien?», me repreguntaba cuando a la semana había más conciertos que antes y, después, llegaba tarde y, como un bandido cargando con sus crímenes, cenaba solo en la cocina escuchando a Lucinda Williams. «¿Estás

bien?». Alcanzar a responder esa pregunta se hacía más difícil que nunca. A lo mejor nadie estaba siempre realmente bien, o lo estaba del todo, pero entonces sabía que al menos hubo un tiempo en que esta pregunta tenía una respuesta inmediata, sin contemplaciones. Hubo un tiempo que podía decir sin titubeos que sí porque, entonces, mi vida no guardaba tantos silencios buscados y, al contrario que ahora, se movía en parámetros donde las respuestas ya venían dadas. En ese otro tiempo, no me preocupaba que algo se hubiese marchado ni tenía necesidad de quedarme atolondrado contemplando la nada. No me había atravesado esta canción: sabía que existía y podía oírla sin que rozara, como un simple espectador curioso y no como un peregrino solitario intentando llegar a lo más profundo de su cueva. Esa cueva, como sumergida en el mar, a la que Lucinda me llevaba, o yo a ella. Qué más daba. «¿Estás bien?», me preguntó Rosa con gesto serio un día que vine de estar con Mar y que, al despedirse en la rotonda de Puerta de Toledo, me abrazó y quiso quedarse así hasta que, con las agujas de los relojes derretidas, me susurró al oído que era maravilloso, cuando lo que yo era tenía que ver más con un cobarde o, peor aún, con un ser que lo estaba echando todo a perder, lo que tenía y lo que podría tener. «¿Estás bien?». La misma pregunta me hacía a mí mismo, antes y ahora, al escuchar a Lucinda Williams, al ir a trabajar o al dejar a Alejandro en el colegio. Esa misma pregunta que también me perseguía porque nos la lanzábamos mutuamente mi madre y yo en el recibidor de su casa, bajo el foco de una luz funeraria, odiosa, criminal. Esa pregunta llevaba demasiado tiempo formulándose. «¿Estás bien?». ¿Y ahora? ¿También me tocaba respondérsela a esa mujer que, con su título de psicóloga colgado en su despacho, me analizaba cada palabra y cada gesto? ¿Respondérmela a mí, que disparo palabras al aire para no tener que mirarme los pies de barro? Bastaba con decir «sí, estoy bien» y ya valía, pero, en verdad, era mucho más complejo. Tan complejo que, a la vista de todos, había llegado sobrado a la meta de padre y marido, pero, en realidad, buscaba bombas de oxígeno, escondrijos para no competir, hoyos donde esconderme. Pensaba: una canción, un cerrojo. Porque cada canción me dejaba más y más callado, más y más escondido.

Al sonar «Are You Alright?», esa complejidad planea en la canción. La propia Lucinda Williams se refirió al embrollo emocional con el que muchas personas tienen que lidiar pese a tenerlo todo de cara

para ser felices. Andaba explicándome por teléfono cómo componía canciones cuando detuvo su discurso de forma abrupta y suspiró. Como si fuera a hablar de algo que había prometido no contar. «El mundo es triste», dijo con contundencia. Lo soltó en un castellano juguetón, con acento mexicano. Me sorprendió. Decía que era como una cima pasajera y no un lugar donde poder establecerse. Acababa de publicar *Blessed,* un disco que, como el anterior *Little Honey,* contenía canciones más alegres de lo habitual en su catálogo, y algunos críticos habían asegurado que había perdido inspiración, que la misma autora de *Car Wheels on a Gravel Road* ya no mostraba la misma garra compositiva. Era una mujer casada con el productor Tom Overby, con el que contrajo matrimonio sobre el mítico escenario de First Avenue de Mineápolis en 2009, y, decían, se había resentido su obra. «Se equivocan los que piensan que, al conocer a mi marido Tom, mis canciones solo son felices. La vida no funciona así. La tristeza se puede colar en muchas situaciones», señaló ya en un inglés sureño. Más allá de que dijo que no pasaba nada si las composiciones eran felices mientras fueran buenas, me contó cómo en esa época de estabilidad de su vida había escrito varias letras dolorosas sobre asuntos del pasado, e incluso sobre momentos del presente. Letras que, escritas en la soledad de su cocina, guardaba para otros discos. Letras que seguían explicando cómo la tristeza se colaba incluso en vidas amables.

«Are You Alright?» era un buen ejemplo. Fue compuesta cuando Lucinda ya había conocido a Tom y parecía que dejaba atrás tantos años de chapar bares de toda condición en Nashville, Nueva Orleans y Houston, todo ese tiempo de promesas vacías y supervivencia que la llevaron a forjarse un carácter duro con el que luchar contra el estereotipo de rubia guapa y dulzona del country, tan duro que Steve Earle reconoció que dentro y fuera de un estudio de grabación «intimidaba», tan duro que Elvis Costello la comparó con Keith Richards. La batalladora y descreída Lucinda se refiere en la canción a su hermano, al que no veía mucho. Un tipo que heredó la enfermedad mental de su madre, a la que la cantante de niña vio degenerar. Le pasó igual con su hermano, que acabó ingresado en un hospital especial. Lucinda explicó que se preocupaba por él y le visitaba, pero sentía que había una parte muy importante de él que ya no estaba. Se había ido como el humo. «¿Estás bien? / Porque aparentemente has desaparecido», dice en «Are You Alright?». En el

fondo, Lucinda canta a una vida que se ha esfumado, a ese tiempo junto a su hermano recorriendo el sur estadounidense, viviendo de un año para otro de ciudad en ciudad, transitando polvorientas carreteras, debido al trabajo de su padre, un profesor y poeta que daba clases de literatura en distintos colegios y universidades.

La canción es un reflejo de esa nostalgia, que, como en el mejor arte, conecta con la de otros desconocidos. De hecho, la cantante contó que durante un concierto una chica, sentada en primera fila, no paró de llorar como un bebé durante la interpretación de «Are You Alright?». Desde el primer acorde hasta el último. A esa chica le recordaba también a su hermano. Al terminar, Lucinda bajó del escenario para abrazarla. En otro concierto, un fan dejó una carta en camerinos dándole las gracias por esta canción. Era un veterano de Vietnam que le explicaba que se había aprendido toda la composición con la guitarra y que le gustaba ir a tocarla a la tumba de su amigo del alma, que murió en sus brazos en la guerra de Vietnam.

Al final, todas las grandes canciones tienen una historia diferente a la que nos conecta a nosotros con ellas. Es algo grandioso. Mi propia historia conectó con esta canción y aquí sigo, levantándome solo cada mañana en este recién estrenado año y reproduciendo «Are You Alright?» para que amortigüe mis pensamientos. Puede que tenga mis huesos viejos, pero Lucinda está a mi lado. ¿Podría Rosa estar escuchando estos días esta canción como lo hago yo? ¿Con el mismo fin? ¿Con la misma necesidad de oír a Lucinda como quien se deja acompañar por una gran amiga? No lo creo. Ella nunca entendió del todo por qué encontraba tan importante la música. Me lo respetó, pero lo veía desde la lejanía, con cierto asombro y desconfianza, desde aquellos primeros paseos por la Puerta de Sol en los que yo ya tenía todas las canciones de Bruce Springsteen y Elvis Presley volando como pájaros en mi cabeza. Bien pensado, es más sensata su postura. A fin de cuentas, ella siempre fue más razonable que yo. Puede que la mayoría de la gente sea más razonable que yo porque la música me ha hecho perder la cabeza. He sido yo quien ha dinamitado la vida de Rosa. Imagino que lo estará pasando peor que yo. Apenas me cuenta cosas, pero su mirada delata que no entiende nada, que cunde el pánico en todos los rincones de nuestras antiguas promesas. Fui yo

quien se presentó un día, en mitad de nuestras vacaciones en Calpe, mientras Alejandro jugaba con la arena, y le dijo que no estaba bien, que algo había cambiado en mí. Ella mantuvo la compostura, aunque en sus ojos se encendieron luces de alarma. Llevábamos una relación estable, pero hacía ya mucho tiempo que la nube seca, cada día más grande, planeaba incesante sobre mí y Rosa convivía con la nube, esforzándose en apartarla, aunque ni ella ni por supuesto yo sabíamos cómo. Cuando ya en Madrid le comenté que estaba pensando en irme una temporada a un piso, en darnos un tiempo, en buscar una perspectiva a mi vida, en…, bueno, en todas esas cosas que se dicen cuando no eres capaz de hablar de finales ni principios, de causas ni consecuencias… ella no pudo contenerse. Se derrumbó como un castillo de naipes azotado por una ventisca. Era el viento de lo inverosímil, sacudiendo unos cimientos que ella nunca pensó que pudiesen tambalearse. Ni yo, pero al final no paraban de hacerlo entre el desgaste y la rutina y, en un acto algo desesperado, decidí activar la carga, harto y agotado de ver resquebrajarse lo que siempre fue, a nuestros ojos, como un rascacielos. «Un amor grande y fuerte, como las Torres Gemelas, allá en Nueva York», que cantaba Nacho Vegas en «La gran broma final». Sabía que la culpa era mía porque, dentro de un matrimonio saludable, no podía dejar de mirar nuestras grietas ensanchándose con cada canción.

Con cada canción como «Are You Alright?». Al escucharla ahora, mientras me preparo café en el piso, me deja ver también reflejos de cuando lo cotidiano era distinto. De cuando no había fisuras por las que se podía colar la tristeza o, si las había, no parecían nunca una amenaza. Quizá entonces yo era distinto. O quizá el mismo, siempre empujado por canciones, confundiendo lo que había en ellas con la realidad. No lo sé. Cuando las primeras canciones de mi vida empezaron a formar parte de mi vocabulario, cuando las escuchaba sin parar, recuerdo que mi madre me decía: «¿Te vas a quedar a vivir ahí o qué?». Entonces, ella aguardaba por la diminuta casa de Aluche, cocinando estofados y dejando que el rumor intenso de los Beach Boys llegase hasta la cocina mientras que mi abuela, con su bata apolillada, hacía ganchillo. Hubo un tiempo, la mayoría del tiempo, en que todo esto era distinto. Eso es lo que dije a la psicóloga en nuestro primer encuentro, sin citar a Lucinda, pero sí a Bob Dylan. Dije: «¿Sabe? Hubo un tiempo en que

yo estaba bien y no así». Y, sin embargo, entonces, creo que no era muy distinto a hoy: era un mocoso que solo seguía el rastro de las canciones.

«Good Vibrations»

The Beach Boys

La otra noche apareció el casete de los Beach Boys, justo cuando venía de pasar el día de Reyes con Alejandro y se acababa de anunciar que Tom Petty volvería a tocar en Europa después de tantos años. La víspera habíamos ido a la Castellana a ver la cabalgata. Es cualquier cosa menos un desfile de ilusión. Más bien es el gran festín de un manicomio, donde los niños acuden tocados de serie y los padres se convierten en locos a los que nadie les pone camisa de fuerza. Horas de espera para coger sitio y acabar entre gritos y llantos, en una guerra de trincheras, por unos caramelos. Dan ganas de que el niño cumpla del tirón quince años, aunque eso supondría arrebatarle una magia que nunca más volverá. Puede que no sea plan. Por la noche, Alejandro se metió en la cama preguntándome por qué me había mudado. Le contesté que por trabajo, e inmediatamente me esforcé por que se centrase en los regalos que le esperaban cuando despertase. Antes de cerrar los ojos, me dijo que uno de los regalos de los Reyes Magos podría ser que volviese a casa con él. Sus palabras fueron como un puñetazo. Intenté que el golpe no se me notase mucho, menos aún que lo notase Rosa, que me dejó dormir en el salón para estar todos cuando amaneciese el esperado día. Aproveché para dejar un buen *whisky* para el rey Baltasar, el preferido de Alejandro, que, como buena alteza, se bebió. Fue ya en el piso, al día siguiente, cuando me paré a pensar que no iba a tener respuestas para algunas de las preguntas de mi hijo. Era como intentar hablar sin voz. Me puse a abrir cajas y en el fondo de una de ellas, entre montones de discos, estaba sepultada aquella cinta de carátula negra con la imagen colorida de un surfista.

Al coger el casete de los Beach Boys, entendí a Proust cuando se comió la magdalena mojada en la taza de té. Su sabor y su aroma desencadenaron el recuerdo intenso de la casa de su tía Leoncia. Inmediatamente le trajo a la cabeza cada detalle de su pasado. Le pegó con fuerza: aquella simple magdalena empapada lo llevó a escribir siete libros, a los que dedicó catorce años de su vida.

Menudo viaje. No quiero imaginarme a Proust enganchado a una canción. Si yo he llegado a escuchar «Workingman's Blues #2» más de veinticinco veces seguidas o si la puedo poner todos los días como quien reza una oración antes de irse a la cama, qué demonios no hubiese hecho él. Proust podría haber sido el melómano más flipante del universo de haber vivido en la era del pop. O simplemente un capullo más sufriendo con saña a partir de una canción. Al menos, nos hubiese dejado una enciclopedia sobre alguna de esas composiciones melancólicas de las que es difícil escapar en horas bajas. Quién sabe. La hubiesen leído cuatro marginados, seguramente los mismos cuatro que hoy se leen *En busca del tiempo perdido.* Mi casete de los Beach Boys tiene una de esas canciones. Y no es una cualquiera. Es un canon de la nostalgia hecha música. Especialmente de mi nostalgia, que es la que se encadena irremediablemente a determinadas melodías y luego se traga la llave. Entendí a Proust porque con la cinta se me agolparon recuerdos de mi infancia. Fue como el impacto de un meteorito.

«Good Vibrations» es mi magdalena de Proust. No se lo dije con estas palabras a la psicóloga porque no pensé en la cinta en ese momento, pero, cuando me pidió que le hablase de mi infancia y mi adolescencia, acabé reconociéndole que hay canciones que me despiertan recuerdos que de otra manera jamás me vienen y que, por tanto, necesitaría escucharlas para conseguir ser más preciso sobre mí. Me examinó con atención y se le escapó una sonrisita, sin más. Fue en la segunda sesión cuando quiso que le contase un poco de mis años de vida hasta conocer a Rosa. Pensé que quería entender mi regresión y que eso le serviría para explicar los motivos que me llevaron a salir de casa e irme a vivir solo. Toni me dijo que es algo normal que suelen hacer los psicólogos. Después de su separación, él también había ido a uno y le comentó que la regresión es un mecanismo que intenta definir comportamientos de las personas que huyen del presente. De alguna forma, yo huía del presente, o de algo, aunque Toni, como buen colega, me dijo que no le diera tantas vueltas. Acababa de empezar con la psicóloga y no tenía por qué entender todo. Desde que me he ido de casa vivo en una nebulosa de trabajo absorbente, noches de concierto y barras de bar que derivan en una buscada soledad al llegar al nuevo piso, donde pongo discos para no pensar más de la cuenta. Me los enchufo como quien intenta encender una bombilla a punto de

fundirse: deseando que se quede alumbrando, pero apagándose en un estado de ruina. Cuando apareció el casete de los Beach Boys, cogí un álbum recopilatorio del grupo que tenía a la vista, busqué la canción «Good Vibrations» y quise enchufarme más que nunca. Giré la rueda del volumen hasta llegar casi al máximo para que temblase todo el edificio. Tengo suerte: no hay nadie a quien molestar porque vivo solo sin vecinos en la última planta y abajo hay una señora medio sorda a la que no le afecta mi música. Con «Good Vibrations» bien alto, fui el único en temblar, absorbido por sus vibraciones intensas y extrasensoriales. Me pasó como a Proust: me pegó un viaje. Era noche cerrada y el salón sin muebles acabó por convertirse en aquel cuarto de mi casa del viejo barrio, ese cuchitril que habité de chaval, donde, entre juguetes en desuso, escuché sin descanso mis primeras canciones.

«Good Vibrations» habla de un momento que son todos los momentos. Cuentan que Brian Wilson, principal compositor de los Beach Boys, encontró la inspiración para componerla tras el ladrido de un perro a la salida de un supermercado. El animal se puso a ladrarle y su madre, que lo acompañaba, le explicó que los perros tienen capacidad para captar las vibraciones de los humanos. Lo que le contó debió ser algo parecido a lo que me dijo una vez, caminando por el barrio, mi abuela: que los perros huelen el miedo. Nunca le di más importancia, pero yo no era Brian Wilson. A todas luces, él era especial, un genio atento a tonterías que pueden resultar trascendentales, mientras que yo me dejaba llevar distraído por el mundo. También él era alguien que hacía mucho caso a su madre, tal vez demasiado, pero tenía sus razones. Ella le aportaba la quietud que necesitaba ante los reproches, gritos y golpes de su padre, quien lo maltrató y lo convirtió en un ser temeroso y cohibido. En ese sentido, agradezco no haber sido Brian Wilson. Cómo no ser alguien reprimido si tu padre te deja sordo por las palizas. El músico nunca fue capaz de hablar abiertamente de su sordera, pero las poquísimas veces que lo hizo, ya adulto, reconoció que había perdido su oído por los arrebatos de furia de su padre, que le atizó con un plato por primera vez a los tres años. También uno de sus profesores sostuvo siempre que presenció cómo Murry Wilson, progenitor del futuro *chico de la playa*, golpeó a su hijo con un bate de béisbol, disgustado por la actuación del niño durante un partido. Desde chaval, Brian, inválido de uno de los oídos, se

consideró siempre un lisiado. Sumiso y manipulable, vivió movido por una ansiedad interna y solo encontró calma en la música, que escuchaba encerrado en su habitación, convertida en una especie de santuario en su existencia. Tal y como escribió en la balada celestial «In My Room»: «Hay un mundo al que puedo ir para contar mis secretos / En mi habitación, en este mundo encierro mis temores y preocupaciones / En mi habitación, construyo mis sueños y mis planes». La música fue, por tanto, un bálsamo contra la crueldad. Un lugar donde las agresiones no podían llegar y donde el mundo cobraba otra forma. Para aquel chico con el zumbido en el oído, la vida podía vibrar de otra forma. Esa otra forma siempre obsesionó a Brian Wilson. De ahí que se interesase tanto por lo que le contó su madre. Porque, tal vez, se podía captar esa comunicación en la que el verbo es ineficaz, la que posiblemente entiendan los perros. Captar una simple y absoluta percepción, flotando en el aire. Estoy convencido de que aquel ladrido de perro desencadenó en Brian, como la magdalena en Proust, algún torrente emocional que lo trasladó a otro lugar.

El primer sonido de «Good Vibrations» es una vibración esencial: un suspiro hecho por Carl Wilson, otro hermano de Brian y otro Beach Boy. Respira profundamente antes de pronunciar palabra alguna, dejando con una sensación casi paranormal. Es como abrir una puerta hacia una fantasía. El órgano Hammond y el bajo acompañan levemente los primeros versos, dotándolos de un aura etérea. La canción habla de la experiencia total del amor. No es una composición narrativa, ni siquiera descriptiva. Cuando la compuso, Brian rompió la regla no escrita del pop en aquel momento: ignoró esa especie de ley que marcaba que las canciones debían contar una historia, como relata un guion. Aquí no sucede. Más bien es como si a Wilson le hubiese explotado el recuerdo en la cabeza y quisiese poner música a esa enérgica percepción. Es algo que hizo durante las sesiones de *Pet Sounds*, de donde salió esta canción que finalmente no iría a parar al disco que cambió por completo el sentido del pop en el mundo. Es uno de los álbumes más influyentes de todos los tiempos, pero, sobre todo, es un universo en sí mismo. Un espacio en el que se percibe todo con intensidad, a corazón abierto. Creo que, si los discos fuesen planetas habitables, este sería uno de los más hermosos. Y, como en todo *Pet Sounds,* «Good Vibrations» responde a esa imperiosa necesidad de Wilson por

habitar un mundo mejor. Da igual que fuera a través de un recuerdo o que lo hiciera a través de una fantasía. A fin de cuentas, recuerdos y fantasías son intercambiables en nuestra percepción de la vida más allá de la realidad. Son la materia de la que se nutre la música, que juega con nuestra imaginación más que ninguna otra disciplina artística, sea literatura, cine, teatro, pintura o escultura. No hace falta entenderla ni tener conocimientos técnicos. Cierras los ojos, te dejas invadir por la canción y te transportas allí donde la música te lleva. Un lugar siempre único e intransferible, pero un lugar que se puede compartir. En «Good Vibrations», Wilson imagina un mundo más luminoso para él, pero también para mí.

Es un canto a la luminosidad del recuerdo. En el salón del piso, «Good Vibrations» iluminó el otro día mi pasado y lo sigue haciendo. He recuperado esta canción como si regresase sobre mis propias huellas. Suena y explotan en mi cabeza aquellos días de verano, pegajosos e interminables, en los que no tenía adónde ir hasta que mi madre no se cogía vacaciones en el hospital en agosto y nos largábamos al pueblo. Días en los que íbamos al videoclub del barrio con el fin de alquilar películas para toda la semana, que veíamos con mi abuela, dormida siempre antes de que comenzase la acción. Fue en esos días cuando los Beach Boys surgieron como una supernova entre las calles sucias de Aluche, colándose por la ventana de mi cuarto cuando yo los invocaba contra el hastío y el calor insoportables. También contra los malotes del barrio, siempre acechantes, buscando su momento para recordarme que mandaban ellos mientras no tuviese un hermano mayor o, al menos, un guardaespaldas que los pusiese a raya. No tenía nada más que un reproductor vhs y una madre que me dejaba en el videoclub mientras ella hacía la compra. Pasaba horas con Ángel, el dueño, que siempre andaba viendo algunas de las novedades que le llegaban y me sentaba en un taburete a su lado. Cuando me tragué sin pestañear *Critters,* fantaseé desde aquel día con que esos bichos, mitad puercoespín, mitad rata galáctica, atacaban a los malotes del parque. Pero fue más importante cuando salí de aquel refugio con *Teen Wolf.* Ángel la cogió, me la puso delante de la cara y dijo: «Chaval, tienes que ser un chico lobo contra esos niñatos». Razón no le faltaba. Seguí siendo un cachorro sin colmillos, pero algo me cambió al ver la escena en la que, transformado en hombre lobo, Michael J. Fox se subía en el techo de la furgoneta y se ponía a

bailar «Surfin' usa». El colega recorría las calles de la ciudad simulando que surfeaba y dando piruetas. ¡Y no le tosía ningún cretino! Pensé que era la canción de los superpoderes. La ponía como si yo también pudiese subirme sobre la primera furgoneta que pasase por mi calle y, mejor aún, como si pudiese zurrar a todos los chulos que fumaban en el parque. Me volvía loco con su música electrizante. ¿De dónde salía ese sonido? ¿Quiénes eran? ¿Existían los hombres lobo? En los créditos finales de aquella película barata, que alquilé tantas veces que Ángel me la regaló, lo ponía: The Beach Boys.

Chicos de la playa para una existencia de asfalto. Coros y guitarras para protagonizar mi propia película. Coincidió que en la galería comercial del barrio vi un casete de grandes éxitos de aquel grupo en el que, al lado del surfista, se podía leer: «Anunciado en televisión». ¿Cómo era eso de que estuviese todo el día pegado a la caja tragándome *Barrio Sésamo, El equipo A* y *V* y no lo hubiese visto? Convencí a mi madre para que me lo comprara. Cierto que tenía una edad en la que no hacía mucho tiempo creía aún en los Reyes Magos y, de hecho, todavía confiaba en la paz mundial y en una especie de señor barbudo que vigilaba nuestros actos desde el cielo, pero escuchaba aquellos primeros acordes y me ponía a bailar en mi cuarto, revolcándome poseído por la alfombra y saltando sobre la cama, creyéndome un hombre lobo con virtudes inimaginables. No recuerdo que mi abuela, que se quedaba conmigo por las tardes mientras mi madre trabajaba, me llegase a ver ninguna de los cientos de veces que lo hice, pero, de haber sucedido, habría llamado preocupada a un sacerdote para que, atado en la cama sin poder botar en mi bendita desesperación, me hubiese practicado alguna especie de exorcismo. Ella, que rezaba a tantos santos que yo pensaba que se los inventaba por aburrimiento, creía en el demonio, y eso no era normal. Me pasaba eso que decía Eric Clapton de que era «atravesado como por un rayo» al oír de niño «Memphis Tennessee», la canción de Chuck Berry, al que precisamente tanto imitaban los Beach Boys en «Surfin' usa». Yo era un niño, cuidado por una madre y una abuela, en mitad de una calle cualquiera de un barrio cualquiera de una ciudad cualquiera, pero estaba pasando algo. Algo que no sabía explicar.

La canción playera de los Beach Boys abría la cara a del casete, pero

la cara b empezaba con «Good Vibrations». Cuando le daba la vuelta a la cinta, la euforia desmedida daba paso a una extraña ensoñación, que terminó por agarrarme aún con más fuerza que el tema de *Teen Wolf*. ¿Podía ser eso posible? Sí, lo era. Vaya si lo era. Sentía que esta nueva canción me estaba esperando. Era la misma sensación que tuve por aquellas fechas cuando leí en verano *Viaje al centro de la Tierra* y llegué a creer que formaba parte de la expedición del profesor Otto Lidenbrock. Me hice con un mapa en el colegio para ver dónde estaba situada Islandia mientras cada día fabulaba con la idea de meterme dentro de un volcán y conocer los secretos que deparaba el corazón del planeta. A decir verdad, no tenía mapa para la canción de los Beach Boys, pero me causaba el mismo impulso aventurero, incluso más visceral. Intentaba descifrar el misterio de «Good Vibrations». A diferencia de «Surfin' usa», ninguna escucha me parecía igual que las otras. Todas eran distintas y cada una guardaba un detalle nuevo. Me encerraba en mi habitación y, tirado en la cama, me gustaba poner la canción en el *walkman* con el volumen lo suficientemente alto como para que no se oyese lo que salía de la televisión que tenía a todo trapo mi abuela en el salón. Entonces, no sabía nada de Brian Wilson, pero no tardé mucho tiempo en comprender qué importancia tenía resguardarse con música en la habitación y qué fortuna era no tener que esconderme de un padre como el suyo.

Aquel casete fue el primero de muchos que sonaron entre aquellas cuatro paredes. Pienso en Alejandro y sé que para él no hay casi ninguna diferencia entre oír hablar de un punzón de hueso de mamut y esta cinta magnética. Ambas cosas son objetos arqueológicos en su vida. Incluso, a veces, creo que me observa con los cedés y los vinilos en la mano y se pregunta: «¿Qué hace este cavernícola?». Para mí, en cambio, este casete y decenas de otros, como esos tdk que se apilaban en una estantería de la que quité los álbumes de cromos y los muñecos de Masters del Universo, fueron mi puerta a otros mundos. A diferencia de estos tiempos digitales en los que ya no sé por dónde empezar, eran mundos que además tuve que moldear con mis propias manos. Porque aquellos casetes eran algo más que objetos que me permitían capturar música. Eran como cerámicas, elaboradas con mimo y detalle, que guardaban esa parte de mí que se recogía en canciones como «Surfin' usa» y «Good Vibrations». Había toda una ceremonia en grabar el casete desde

que compraba la cinta en la tienda, decidiendo si sería de sesenta o noventa minutos, como si fuera una frontera que marcaba la naturaleza de dos tierras vírgenes distintas, hasta que en casa le ponía nombre con un bolígrafo: *Guitarrazos, Baladas rompecorazones, Momentos del verano…* Hoy, me haría mi propia cinta de la situación: *Canciones para un naufragio,* un combo de mis temas preferidos para lloriquear en silencio y beber birras solo en un piso con paredes con gotelé mientras evito comerme la cabeza con lo que voy a hacer con mi vida, si es que hago algo. Supongo que la psicóloga prefiere que le cuente todo esto, pero a mí ahora lo único que me sale es hablar solo por el salón como Robinson Crusoe por su isla. Solo me falta un puto balón al que llamar Wilson.

Aquellos casetes. No hacía falta mucho más. Cada grabación requería un tiempo para el que me preparaba de antemano, porque debía permanecer junto a la cadena musical al menos lo que durasen las canciones que incluiría. Creo recordar que solía llevarme más horas que estudiar. Tampoco era difícil. Seleccionaba las canciones, las buscaba, las rebobinaba y estaba pendiente del momento justo en que terminaba una de ellas para darle al «pause» en ambas pletinas y luego meter otra cinta. También suponía el trabajo manual de escribir en las carátulas los títulos de los temas, que hacía con gustosa parsimonia mientras escuchaba la cinta recién grabada. A veces, dibujaba instrumentos y símbolos o le endosaba alguna pegatina a modo de distinción. Era un proceso laborioso, gratificante. Me reconocía en esas cintas. Tanto que durante la adolescencia fue el mejor modo de unirme a ciertos amigos del barrio como Picho, con quien intercambiaba canciones como si fueran piedras preciosas, y algo que era más difícil para un panoli como yo: acercarme a las chicas que me gustaban. Regalaba algunos casetes, sobre los que pensaba concienzudamente la selección musical, como si invitase a cenar a la chica. Apenas obtenía resultados, pero al menos prefería que la amiga que me atraía me asociase a algunas de esas canciones antes que al chaval torpe que abría poco y mal la boca, el mismo que se inició en el noble arte de la masturbación porque no daba para más que para dj de fiestas que se pegaban otros. No sé cuántos casetes pude regalarle a Rosa, desde que llegué con los primeros de Bruce Springsteen y Roy Orbison, pero pasé nuestros primeros años dándole tantos como ladrillos se pusieron para levantar las Torres

Gemelas. Ahora, todo parece prehistoria, pero aquello sucedió.

En el piso solo tengo la cinta de los Beach Boys. El resto han desaparecido. Debí quitarlas de en medio como se quitan tantas cosas cuando se crece, por una cuestión de adaptación a nuevos entornos. No las echo de menos, pero hoy me gusta pensar en ellas. Siento que todavía forman parte de mí. Más aún cuando suena «Good Vibrations». Aquellas estampas cobran vida. Se representan en su propia dimensión. Los momentos del pasado se concentran en la canción, como un todo integrado. Brian Wilson confesó que perseguía un clímax en «Good Vibrations». Es decir, no importaba adónde conducía ese trance, simplemente conducía. Le ayudó para componerla, efectivamente, meterse unos buenos viajes alucinógenos de lsd y fumarse algún buen porro de marihuana, pero la tristeza también es una droga. Y, al escuchar la canción con más atención, se nota que Brian estaba triste. Como yo creo que lo estoy. Mantengo la nube seca sobre mi cabeza. Seguramente son tristezas distintas, pero al fin y al cabo son tristezas. Puede que ello explique por qué me quedé instalado en el arrobamiento cuando el último sábado por la mañana oí la canción en el salón del piso fumando un porro. Por el ventanal, entraba un sol de invierno que me acariciaba. Ayudaba para el trance la oscilación cósmica del theremín. El instrumento resonaba en su línea cimbreante mientras la percusión, el coro de voces y la voz de Brian se elevaban, apoyadas en una tímida línea de bajo. Me bamboleaba sin cortapisas y quedé enajenado dentro de su colorida sonoridad. Los recuerdos de mi infancia giraron en ese calidoscopio. Creo que pensé en qué pasaría si la escuchase tras probar lsd, pero tal vez eso lo pensé otro día. La luz de «Good Vibrations» brillaba donde no brillaba nada. En algún momento, el calidoscopio se detuvo y visioné uno de esos mediodías lejanos en los que me tiraba en la colchoneta en la piscina municipal del barrio, cuando casi todo el mundo se había ido a comer y apenas quedábamos a pleno calor mi madre y yo, cuando me atrapaba la sensación plena de tener los pies y las manos en el agua, inertes y felices, mientras el sol se deslizaba sereno y suave por mi cuerpo y miraba con un ojo a mi madre con su bañador amarillo, bronceada y tumbada sobre la toalla rosa, llena de paz, como un destello en mitad del césped. Con la canción sonando, recordaba el brillo del agua, mezclándose entre parpadeos con los colores amarillo, rosa, verde y azul, todo

capturado en el remolino de la memoria. Me invadía aquella tranquilidad absoluta y arrasadora, donde la existencia parece atrapada por la eternidad. «Good Vibrations» era la llave a esa armonía. La armonía secreta del universo.

Al escuchar por primera vez esta canción, George Martin, el candidato con más credenciales para ostentar el cargo de quinto Beatle al ser esencial en la producción de los cuatro de Liverpool, afirmó sin contemplaciones que «Brian llegó al color de los sonidos». El gran productor de los Beatles también sentenció que «si Bach estuviese vivo, compondría como Brian Wilson». El saxofonista Jim Horn, que formó parte del equipo del Beach Boy como integrante de la fabulosa banda de estudio de aquellas sesiones en Los Ángeles, dijo: «Parecía un pintor, empezaba con los azules, luego los rojos, luego los verdes… Nunca usaba todos los colores al tiempo, reflexionaba y escuchaba, hasta mezclarlos como algo único». También me habló en su día en estos términos de colores Van Dyke Parks, que es amigo de Brian Wilson y lo ayudó como letrista en esos años de grabación. Lo entrevisté en un hotel céntrico de Madrid una lluviosa tarde de diciembre y, con una voz amable, señaló algo sobre la mística de la música: «Necesitas mucha meditación para componer canciones. Intentas construir un significado poniendo todo en un orden. Cuando lo consigues, sientes ese significado. Como cuando ves una bandada de flamencos que salen volando hacia una nube».

A Mar le gustaría esta definición. Adora conocer las imágenes que despiertan las canciones. Muchas veces me preguntaba qué me imaginaba cuando escuchaba alguna canción de la que habíamos hablado. Yo me inventaba cosas y ella sonreía, como la mañana en la que le reconocí que siempre que oigo «Da Doo Ron Ron» de las Crystals no puedo evitar imaginarme a todos los viandantes corriendo por la calle desnudos, como jipis en pleno subidón de ácido. Por eso es la canción que más me gusta bailar frente al espejo cuando salgo de la ducha. Un día me dijo que le encantaría que nos bebiésemos una botella de vino mientras oíamos juntos discos, que acabásemos en ese estado de borrachera soñolienta y sensual mientras nos dejábamos llevar por la música, volando nuestros pensamientos libres al son de los acordes. Es una idea muy propia de ella. Creo que también le gustaría oír hablar de la música en

términos de colores. Imaginarse las canciones como cuadros. Y, en este sentido, seguro que le flipa «Good Vibrations» porque, tal que un pintor impresionista, como un Van Gogh movido por su propio trastorno y trascendiendo los géneros, Brian Wilson captó un cuadro perfecto de una bandada de flamencos volando hacia una nube. Es una imagen pura. De una pureza inquebrantable.

Ahora que estoy aquí solo, en este piso con aire de almacén abandonado, pienso en la obsesión de Brian por la música. Su afán innato por alcanzar la integridad del sonido, por desprenderse de todo lo que le dañaba con el fin de conservar la luz. Dentro de su ofuscación, acabó mal. Es cierto. Acabó convertido en una calamidad de sí mismo, ingresando incluso en un hospital psiquiátrico. En la época de *Pet Sounds* ya se comportaba como un niño caprichoso y glotón, devorando todos los días helados y tortitas con nata. Un niño que solo entendía el exceso y que era capaz de interrumpir una sesión de grabación porque en la televisión echaban *Flipper*. Muchos decían que era un aprendiz de ser humano, al que, al final, el consumo descontrolado de ácido, porros y cocaína le dejaron aún más frito un cerebro ya dañado por su enfermedad mental. Terminó como un paranoico que tenía miedo de las personas y veía conspiraciones contra él en canciones y películas, pero también lo manipularon sus familiares y demás aprovechados de su entorno, incluso su primer psiquiatra, un ser despreciable. Entre todos, con el tirano de su padre a la cabeza, lo consumieron en su propia dificultad de relacionarse con los demás, destrozando su forma extraordinaria de ser distinto, machacando su genialidad.

En este salón, en el que solo hay un sofá cama marrón chocolate y la cadena de música, aprecio ahora más que nunca su obsesión. ¿Qué más da si estaba loco? Hay pirómanos mucho más peligrosos y con mucho más poder al frente de esta selva. Locos obsesionados con ejecutar alguna catástrofe o beneficiarse de los demás. ¡Que miren antes en el Congreso, el Senado y en las grandes corporaciones! En su enfermedad y con todos sus colocones, Brian buscaba algo tan naif e imposible como el sonido perfecto, el «sonido de Dios», tal y como lo calificaron algunos críticos musicales. Así, en su obcecamiento antológico en el estudio de grabación, podía llegar a decir a uno de los músicos de sesión que

quería que su sonajero sonase como «una joya colgada del brazo de una chica». Ojalá más locuras así. ¡Incluso el tío invitó a sus perros para hacerlos ladrar en *Pet Sounds*! Metió un ladrido en el disco, movido por el momento de revelación de cuando escuchó con su madre ese ladrido a la salida del supermercado, cuando tuvo su propio viaje emocional, cuando Brian fue como Proust. Una pena que hubiese sufrido tanto, pero, a diferencia de tantos cretinos, este pirado llamado Brian Wilson mejora la vida. Nos la colorea.

Si le contase todo esto a la psicóloga, si le declarase mi amor eterno a esta obsesión de Brian y si le dijese que creo firmemente que su música debería sonar en todos los colegios de primaria, yo también sería visto como un loco. Esta mujer lo decretaría inmediatamente: «Al manicomio». Por eso le expliqué, tropezándome con mis propias palabras, con mis recuerdos difusos, pero sin referencias a Brian Wilson, cómo fue mi infancia y mi adolescencia, todo ese tiempo en el que viví con mi madre y con mi abuela hasta que conocí a Rosa. No sé si sacó alguna conclusión, pero anotó cosas en su cuaderno mientras me miraba a través de sus grandes gafas. Me comentó que otro día le gustaría que dedicásemos una sesión a hablar de mi madre. No me pareció bien ni mal. Solo me sentía algo menos zumbado porque había conseguido charlar con esa mujer durante una hora sin citar a Dylan. Al salir de su consulta, vi que tenía unos cuantos mensajes. Llamé a Rosa para comentarle un tema del papeleo de la separación. Ya lo habíamos hablado, pero en el fondo quería saber cómo estaba ella. Me preguntó si había vuelto a ir a la consulta y le contesté que sí, como le había prometido. Yo seguía pensando que perdía el tiempo, pero a lo mejor cualquier otra persona podía pensar distinto si me oía cada dos por tres citar historias y canciones de músicos. Sin embargo, dentro de mí sabía que escuchar «Good Vibrations» abría una brecha mayor que cualquier charla con la psicóloga. Una brecha por la que se colaban palabras que temía pronunciar. Palabras como familia, que yo mismo con mi decisión de vivir solo despojaba de su significado original. No sonaba igual desde entonces y Rosa no paraba de repetírmela para que me diese cuenta de que podía acabar con ella, como una guerra acaba con una vida anterior.

Familia. En este campo de batalla que es el piso, la palabra retumba en mi cabeza con un ruido extraño. He dejado el casete de los Beach

Boys en la que será la habitación de Alejandro, que decía que estaba nervioso por conocer el nuevo lugar donde vivo. Al entrar, se ha entusiasmado con el pasillo que une el recibidor y el salón porque confía en que podremos jugar partidos de fútbol. Es muy optimista. Luego, tras un vistazo, le ha parecido un piso enano, incluida su habitación, donde estaba la cinta. Se la he enseñado y le he comentado que servirá para decorarla, junto con los pósteres de dinosaurios que quiero comprarle. No ha entendido nada del chisme que le he dado, pero me ha dicho que le hace gracia ese hombre en bañador que se ve en la carátula. He tenido que explicarle qué era un surfista y en qué consistía el surf. No le he hablado nada de todo lo demás del casete. Ni de la magdalena de Proust ni de Brian Wilson ni de los colores ni de los flamencos volando hacia nubes. Me lo habría lanzado a la cabeza. Tampoco le he hablado del lsd ni de los porros. Me quitarían la custodia. Simplemente he añadido que mucho tiempo atrás me lo compró su abuela y en silencio he vuelto a dar las gracias a mi madre por su regalo. Justo cuando se ha dado la vuelta para buscar sus juguetes y distraerse en su propio mundo, he recordado la pregunta que me hizo la noche de Reyes: «Papá, ¿por qué te has mudado?». Maldita sea. ¿Por qué los críos hacen siempre las preguntas más jodidas? Sigo sin tener respuesta para él, aunque intento tenerla para mí.

«If I Can Dream»

Elvis Presley

LLEVO UN MES SIN ir a la psicóloga. Le he puesto varias excusas, como viajes imprevistos, reuniones inaplazables, entrevistas de última hora o gripes inesperadas. Ninguna era verdad. Todo es culpa de la noche. Ayer salí, como otros días de la semana pasada y como otras semanas del mes. Como dice la canción «Soy un hombre enfermo» de Los Deltonos: «La resaca es mi enfermedad». Anoche, acabé desplomándome sobre la cama aturdido por el cansancio y el alcohol. Me acogió como a un herido de guerra. No sé cómo llegué al piso, pero en algún momento tras el concierto en Joy Eslava las cosas se aceleraron y me vi rodeado de gente que no paraba de reír en Costello. Ya me conocen allí y Raúl acaba siempre invitándome a la última. Fue tan divertido y estúpido que, cuando puso los chupitos cortesía de la casa, dos chicas empezaron a cantar temas de Sabina y aquello se convirtió en un karaoke, lo que hizo que fuéramos al de Tres Cruces a pedir canciones del propio Sabina, Nino Bravo, Camilo Sesto y Alaska. Yo terminé cantando «Mucho mejor» de Los Rodríguez, intentando quedar por encima de unos ingleses que berreaban más que nosotros. Los japoneses solo miraban. Una señora, maquilladísima y escotadísima como una diva del *jazz*, cantaba a Rocío Jurado. Nos quedamos locos, y en un atisbo de lucidez alcohólica constaté una pequeña verdad: a las muchas de la madrugada, la gente decadente brilla más que el resto del mundo. Es el secreto de la noche madrileña. Su atracción invencible. De ahí, fuimos a casa de Fajardo. Recuerdo que Fajardo cogió la guitarra y se puso a tocar canciones de los Beatles y que Juan se metió otra raya. Lo acompañé y, acto seguido, me explicó que su separación fue como un combate de boxeo: a ver quién pegaba más fuerte. Su ex y él acabaron tan reventados de darse de hostias, me dijo, que ya no se reconocían. Se habían destrozado mutuamente. Aparte de los abogados y el juez, su hijo fue el verdadero espectador privilegiado de ese espectáculo de mala leche. Al oírlo, me acojoné, me puse otro *whisky* y convencí a los pocos que quedábamos para escuchar a los Jayhawks. Siempre conseguían convertir lo atrofiado en algo bello. Cuando sonó «Save It For A

Rainy Day», recordé la vez que Gary Louris me contó que necesitaba perseguir melodías para componer canciones. Hizo la comparación con un pozo en el que había que adentrarse mucho y hasta el fondo para hallar agua. El agua era la melodía correcta. La bendita melodía. La misma melodía que, cuando hay más *whisky* que sangre en mi cuerpo, me vuelve un melancólico exasperante, pero me cobija. Ayer apenas lo recuerdo, pero debí acabar en el pozo de «Save It For A Rainy Day». Borracho, pero protegido. Me he despertado con esa sensación extraña y con la canción de los Jayhawks incrustada en la cabeza.

Ayer era un maldito martes y hoy, día de consulta, parece el jodido fin del mundo. No puedo ir a la psicóloga con este malestar del demonio. También tendría que pasarme por el hospital para el tema de la cita, pero también paso. Lo de la psicóloga no se lo diré a Rosa. No quiero que crea que le fallo aún más, pero no sé qué hago hablando con esa mujer de cosas que ya hablo con Toni. Nos llamamos todas las semanas y siempre estamos más de una hora al teléfono. Encima, comentamos discos y no me cobra los sesenta pavos de la consulta. Toni no será un profesional de la psicología, pero sabe escuchar y da buenos consejos. Y algo casi igual de importante: tiene todo el humor que a esa mujer de gestos disciplinados le falta. Y creo que también necesito reírme. Eso con él no lo he perdido ni en los peores momentos. Ni cuando más cabrón me sentía por haber decidido irme de casa. Estoy convencido de que me vendría mejor un fin de semana en Barcelona con Toni que todo un año con ella.

Al menos, durante este tiempo sin aparecer por la consulta, he podido ir vaciando cajas. Algunos cedés que han salido se los pongo a Alejandro en el coche de camino al colegio. Le gustó mucho el primero de Elvis Presley. Presentí que, aun a su corta edad, le causaría buena impresión. Hay algo tan poderoso en Elvis que es inexplicable. Cuando en «Tutti Frutti» grita «a-wamba-bulubabalam-bambú», es como salir disparado hacia la Luna. A Alejandro se le ilumina la cara y a mí me causa una sacudida tremenda. Esas palabras sin traducción, de un lenguaje imposible y que Elvis muerde como si le estuviesen haciendo un torniquete en plena batalla por alcanzar la gloria, son dinamita. Me gusta saber que Alejandro se las ha aprendido antes que cualquier tiempo verbal o

la tabla de multiplicar del uno. Porque me parecen más importantes que el padrenuestro. El autor original de la canción es Little Richard, y alcanza incluso una fuerza más descarnada cuando encara este alarido bárbaro, que se inventó porque los puritanos no le dejaban decir algo que consideraban obsceno. Keith Richards lo explicó muy bien: «Cuando de niños oímos por primera vez aquel grito de guerra del rock'n'roll, nuestro mundo pasó del blanco y negro al tecnicolor». Los Rolling Stones liarían una buena con los colores que traía aquel grito. También lo haría Brian Wilson con los Beach Boys. Y los Beatles y Dylan y muchos músicos hasta nuestros días. Pero hay una verdad incuestionable: sin Elvis no hubiese sido posible. Antes estuvo Little Richard, sí, pero con Elvis la irrupción del rock'n'roll ya no tuvo vuelta atrás. Tampoco en mi vida.

Elvis quiso regalarle a su madre una canción y, sin darse cuenta, cambió la historia de la música popular. Era un chico tímido, que acababa de cumplir los dieciocho años cuando entró en el estudio de Sun Records y pidió grabar un vinilo de dos caras. Había pasado a menudo por delante e incluso se había parado frente a la puerta de la pequeña discográfica un par de veces, pero nunca se había atrevido a entrar. Cuando lo hizo, saludó como si tuviese un sombrero imaginario en la cabeza, farfulló que quería grabar y se sentó a esperar su turno. La secretaria de Sun Records, Marion Keisker, dijo tiempo después que aquel chico «era tan ingenuo que parecía que nada le podía fallar». Elvis grabó dos canciones. No sucedió nada trascendental más allá de que Sam Philips, dueño de la discográfica y encargado de la grabación, señaló que era un cantante de baladas «con interés» y pidió que se le volviese a llamar para probarlo. Cuando la secretaria se lo comunicó, Elvis se entusiasmó con la idea de volver a grabar y ser descubierto como músico. Tardaron casi un año en volver a llamarlo después de que el guitarrista Scotty Moore buscase un cantante. Fueron dos días de largas sesiones en el estudio de grabación, pero sin buenos resultados. En la segunda jornada, llegaron a registrar, ya desesperados, hasta doce tomas de una canción. Elvis estaba frustrado y todos los demás decidieron parar porque era tarde y se veían sin rumbo. Faltaba química entre ellos y él no encontraba su sitio. Entonces, a última hora, ese chaval se puso a cantar un antiguo *blues* llamado «That's All Right». En palabras de Scooty Moore: «De repente, Elvis empezó a cantar ese tema, saltando y

haciendo el ganso, y entonces Bill agarró su contrabajo y también empezó a hacer el payaso. Y luego yo me puse a tocar con ellos. Creo que Sam tenía la puerta de la sala de control abierta. No lo sé, o estaba editando alguna cinta o haciendo algo, y sacó la cabeza y preguntó: "¿Qué estáis haciendo?". Nosotros contestamos: "Ni idea". "¡Pues volved a empezar! —exclamó—. ¡Buscad un punto de partida y repetidlo!"». Sam Philips quedó fascinado con la canción. «Era diferente y pura», diría poco después el creador de Sun Records, que había fundado la discográfica para encontrar un sonido que, según sus palabras, demostrase que «el alma del hombre nunca muere». Con su voz chillona y nerviosa, tan libre como segura, Elvis captó ese sonido mientras «jugueteaba», según señaló él mismo, con una composición que le gustaba cantar en sus ratos libres. Sam, Scotty y Bill se pusieron a juguetear con él. No pasaría mucho tiempo antes de que miles y miles de jóvenes más se sumaran a la juerga. Un mundo entero de adolescentes haría suya la música de Elvis. Y llegaría el tecnicolor.

Impresiona ver todo lo que trajo ese regalo en forma de canción. También emociona saber que Elvis quiso tener ese gesto con su madre. Normalmente, cuando eres adolescente, estás preocupado por cualquier cosa menos por tener gestos bonitos y sinceros con tus padres. Elvis, en cambio, era distinto. También la relación con su madre era distinta. Se llamaba Gladys y durante el parto perdió a uno de sus dos gemelos. Elvis nació treinta y cinco minutos más tarde que su hermano muerto. Tal vez esta tragedia unió mucho más a Gladys con su único hijo y el músico creció lleno de amor dentro de un entorno de pobreza. Su padre ingresó en la cárcel cuando él tenía cuatro años. Fue condenado a tres años por falsificación de documentos, aunque finalmente estuvo ocho meses en prisión. Dio igual: lo marcó para siempre. Fue una persona sin autoestima y que se desmoralizaba a las primeras de cambio. Desde que durmió entre barrotes, fue un progenitor ausente, avergonzado de sí mismo, que se largaba del hogar temporadas enteras. De esta manera, Elvis creció con un padre intermitente, que, en palabras de su hijo, era «un hombre que perdió su espíritu». Por eso, su verdadero sustento fue su madre. Vivía por y para él. Le dio todo lo que tuvo a su alcance dentro de una existencia humilde. Le compró su primer tocadiscos, le regaló la guitarra con la que entró al estudio de Sun Records y, sobre todo, le dio independencia para que

se entregase a su inquietud musical. Su madre estaba siempre pendiente de que Elvis fuera feliz por muy hostiles que fueran las cosas en su vida.

La primera canción que grabó Elvis aquel día que entró por primera vez a Sun Records fue «My Happiness». Se escucha a un Elvis meloso y juvenil, con un punto que, como casi todo lo que hacía, consigue engatusarte por su contoneo vocal. Pocas personas han reparado en que el regalo para su madre era una composición que hablaba de la felicidad, como si aquel paso crucial que marcaría el comienzo del rock'n'roll fuera un sincero gesto de agradecimiento por su parte. Lo pienso más de la cuenta estos días. Elvis quiso cantar a la felicidad, aunque viviese en un ambiente pobre y adverso, formando parte de lo que en Estados Unidos se llama «basura blanca», ese saco de población blanca sin apenas recursos que se apila en barrios marginales. Era una forma extraordinaria de decirle a su madre un simple «gracias». Solo por eso, Elvis merece mi respeto, aunque a mí nunca se me ocurrió hacer algo así por mi madre. Nunca he sabido cantar ni tocar ningún instrumento, pero sobre todo nunca he sido artista. Lo intenté, pero no sirvió de nada. Siempre pensaba en perder el tiempo con cualquier excusa que me daba la vida. Tampoco tuve una ocurrencia tan buena como la de Elvis, que a veces inunda el piso con canciones como «If I Can Dream». Cuando la escucho, pienso en mi madre, que, como la de Elvis, siempre estuvo en la retaguardia.

Suenan las trompetas, Elvis se pone a cantar y puedo verla. No me hace falta yerba. Está conmigo en escenas que, a veces, pasan rápido y en otras ocasiones se congelan como un recuerdo sin cuerda. Ella y yo. Una madre y su único hijo, andando por una Puerta del Sol atestada de autobuses, camino de la tienda del tío Josele, una camisería de corte clásico en la calle Postas. Mi madre y yo solíamos ir muchas tardes de viernes y mañanas de sábados a echar horas con él. A veces, nos acompañaba mi abuela. Al llegar a la esquina con la calle de Esparteros, solía asomar el olor a castañas asadas en una vía adoquinada y presidida por la Sala X, un cine golfo imperturbable al grito de los vendedores ambulantes con sus mecheros, collares y estilográficas y al tránsito diligente de aquellos que acudían a ese nido de pequeños negocios formado por la relojería, la droguería, la corsetería, la tienda de arte sacro y el

almacén de mantas. Era un magma vivo y costumbrista, una postal de edificios que, según decía el tío Josele, parafraseando unas palabras de Pérez Galdós, parecían casas de muñecas. En la camisería, donde montaba guardia una enorme caja registradora, el tío Josele aprovechaba cuando mi madre se iba a hacer recados para, con su voz cascada y gruñona, contarme todo tipo de historias sobre la Guerra Civil; algunas me parecían aterradoras y otras fascinantes, pero todas eran tan fantásticas que me perseguían durante días. Aunque no había nada más excitante que atravesar la puerta que, escondida en el lado de las corbatas y pajaritas, daba a un pasadizo al sótano, un lugar que sirvió de refugio durante los bombardeos. En esa sala en la que solo colgaba una bombilla, detrás de un puñado de estanterías con cajas con camisas y pantalones, había otra puerta secreta, que llevaba al otro lado del edificio, a una calle paralela, y que se usó como salida de emergencia durante la guerra. El tío Josele hablaba poco, pero de forma muy gráfica, y era fácil situarse en sus relatos bélicos de supervivencia e incertidumbre vistos a través de los ojos de un niño. También me gustaba acompañarlo a por un bocadillo de calamares al bar Sol Mayor, donde, con su recreo de servilletas de papel manchadas y palillos usados en el suelo, lo llamaban por su nombre y le ponían un generoso plato de aceitunas en cada visita. Descubrí con él el rito del aperitivo, la verdadera marca de Madrid, un mandamiento en su vida que compartía en la barra con algunos de los viejos salidos de las sesiones del cine porno y con prostitutas de día, como Marisol, que entonces yo solo pensaba que era la tía que más guay vestía de la ciudad. Marisol siempre se sentaba conmigo y se interesaba mucho por mis notas en el colegio. De vuelta a la camisería, a la espera de que llegase mi madre, me dejaba sentado en las escaleras mientras leía el periódico u oía la radio, la misma radio por la que escuché por primera vez a Elvis, como si el destino estuviese escrito aquel mediodía de sábado para que ese vozarrón sentimental me jalease como cabalgando en sueños. Lo oí salvaje y extravagante, bramando en «Jailhouse Rock», tal y como supe tiempo después al no poder olvidar nunca ese comienzo con esos golpes de tambor, precipitados y nerviosos, y atravesados por ese gruñido delirante. El tío Josele, apoyado sobre el mostrador con el periódico entre las manos, sentenció: «Este Elvis canta como si quisiera acabar con un imperio». Me quedé con el nombre de aquel fiera, cuyo timbre podía sacudir un cadáver y me despertaba las

ganas de hacer algo con mis huesos y también de luchar en el frente de todas aquellas contiendas de la Guerra Civil de las que no entendía nada, pero en las que quería alzar la bandera de la victoria por todos los derrotados.

Derrotados como yo, que, entre las paredes de este piso, a veces empiezo a pensar qué mierda hago con mi vida. ¿Quién soy? ¿Qué quiero? ¿Tiene sentido algo? Lo peor es que, luego, pienso en qué estará haciendo Mar. Recuerdo que le hablé de la camisería familiar el primer día que quiso saber más de mí, más allá de las monsergas de trabajo de las que siempre hablábamos. Desayunamos en el Café del Príncipe y ella no paraba de hacerme preguntas. Me escuchaba atenta y plácida y pedía detalles de la tienda, del tío Josele, del pasadizo y de lo que fuera. Luego, en algún momento, dijo que le hubiese encantado conocer a mi madre. Y, tiempo después, tras muchas conversaciones, anécdotas e intimidades compartidas, decía que la tenía mucho en mente, como si se conociesen, como si se hubiesen cruzado, como si pudiese hacer trampas al tiempo. Me gustaría saber qué pensaría Mar de este piso, que no sé cómo empezar a amueblar. También, claro, qué pensaría mi madre. ¿Qué pensaría realmente de este sitio al que me he aventurado solo, sin mapa, sin brújula? Ella, que entendía nuestra casa en aquella calle estrecha de Aluche como una morada, un espacio de ritos cotidianos, apto siempre para disfrutar de su compañía, de su forma de estar apacible, sin molestar, y estando presente incluso cuando no estaba. Ella, que daba al hogar una candidez que ahora echo de menos. Al menos, conservo la foto que presidía aquel hogar, en el centro del salón. En la imagen en blanco y negro se la veía en el Retiro, sonriente, con un elegante abrigo en capa y a mí, con apenas un año, en sus brazos. Había junto a nosotros un cachorro de perro que parecía menos asustado que yo. Lo primero que hice al llegar al piso fue poner esa foto en mi habitación. También otra en la que estoy con Alejandro de forma muy parecida: yo lo sujeto y lo observo mientras él, con un año, mira a la cámara y despliega una sonrisa kilométrica. Y mis mismos mofletes portentosos.

¿Qué pensaría mi madre entonces si me observase con sus ojos esmeralda? ¿Estaría decepcionada con mi decisión? Rosa y ella se adoraban. También los padres y la hermana de Rosa la adoraban. Los padres de Rosa han sido como unos padres para mí. Y su

hermana como una hermana. Sé que a ellos sí los he decepcionado. Rosa me contó que su padre lloró al enterarse de que me iba de casa. Su madre no lloró con la noticia de mi marcha o, al menos, no lo hizo delante de su hija, evitando hacerle más daño. Es una sufridora silenciosa, pero, sobre todo, es una mujer de una pasta extraordinaria. Vela por su familia y por todos los que quiere y está siempre disponible para ellos. Sin pedir nada a cambio. Quise explicarle las razones de mi marcha, pero no pude. Tal vez porque no las sabía expresar razonablemente a una mujer como ella. Era una persona, como el resto de la familia, de carriles fijos, cuando yo me había convertido en un tipo imprudente, como necesitado de coger curvas. Siempre estuve agradecido por su cariño, por sus cuidados, pero, a veces, quizás demasiadas, todo se convertía en un decorado excesivo por estático, un armazón tan bien construido que apenas podía abrirse cualquier otra rendija. Comida de fin de semana, cena de los miércoles, verse otro día más por cualquier otra cosa, celebrar todos los cumpleaños, santos y fiestas de guardar, compartir vacaciones, cuidar del niño de día y de noche, estar disponibles a todo lo que hiciese falta cuando no hacía falta… Era tan abrumador que podía aplastar. Rosa lo necesitaba y yo ya no sabía qué quería de esa película que se repetía en un pase de muchos años. Quererlos, como los quería por mi parte, no parecía suficiente y no sabía cómo explicarlo. Lo mismo que me pasaba con Rosa. Había guardado demasiado amor como en un cajón hecho a medida y prefería no abrirlo. Menos aún pude explicarme aquella mañana en la que me fui como a disculpar con su madre por mi mudanza y ella acabó ofreciéndome un táper de su maravilloso cocido para llevarme al piso. Por una cuestión de dignidad, dije que no un par de veces y ahora, convertido en todo un especialista en comida de congelados, todavía me arrepiento. Rosa es un calco de ella. Igual te prepara una sopa deliciosa el día que tus huesos no paran de temblar como te da el consejo de tu vida después de haber escuchado todas tus penas. Es normal que ella y mi madre se entendiesen tan bien, con tanta naturalidad, con una admiración mutua. Es difícil encontrar personas así.

¿Qué me diría hoy mi madre? Es algo que me preguntó la psicóloga, a bocajarro, interrumpiéndome cuando le contaba cómo era mi vida antes de conocer a Rosa. «¿Qué pensaría ella de la separación?», inquirió. «Yo qué sé», respondí. Rosa también me lo soltó un día en

casa, cuando le adelanté que ya había visto apartamentos. Le contesté lo mismo. No podía saberlo, pese a que me gustaría. Aún hoy, vaciando cajas en este piso, me sigo formulando esa misma pregunta. A lo mejor porque nunca he tenido la menor idea de cómo vivir solo y echo de menos su papel de centinela. Una centinela amable, dispuesta y comprensiva. Pude decirle a la psicóloga que no había querido dejar de ser hijo por mucho que me hubiese convertido en padre. Puede que tuviese un problema y no había dejado de ser ese niño miedoso que necesitaba meterse muchas noches en la cama con su madre porque allí residía toda la seguridad del mundo. Ese niño que la sentía llegar cuando amanecía, cuando venía de pasar toda la noche de guardia en el hospital. Esto no se lo conté a la psicóloga, pero tampoco creo que hiciese falta para explicar mi infancia. ¿Qué tenía qué decir? ¿Que ya no era un niño, que lo sabía y que, sin embargo, echaba de menos cosas de antes, incluso que Alejandro ahora no durmiese conmigo? Alejandro también se metía en la cama con nosotros cuando yo vivía en la otra casa. Empezó desde muy pequeño. Venía corriendo desde su habitación, se colaba entre su madre y yo y conquistaba en un par de movimientos la mejor parte de la cama.

Desde que me he mudado, solo se ha quedado una noche a dormir conmigo y fue trágica: lloró desconsolado porque echaba de menos su casa, habló con pucheros con su madre por teléfono tres veces y no entendió nada de dormir en un piso que no ha dejado de parecer una despensa de discos y libros. Para colmo, le sangró la nariz a chorretones a mitad de la noche, justo cuando había conseguido que se durmiese agotado de tanto soponcio. El bucle de lloros y pucheros volvió a activarse a las tres de la mañana, pero con la diferencia de que esta vez la cama estaba manchada de sangre. Pensé en llamar a los bomberos antes que volver a marcar el número de su madre. Ni en mi peor pesadilla hubiese salido tan mal esa primera noche con Alejandro en el piso. Hubiese preferido un terremoto. Quedó claro que lo de dormir juntos lo necesito yo más que él. Que el niño soy yo. A lo mejor es porque tengo miedo a la nueva situación. No lo sé. No tenía tampoco ningún plan cuando me instalé en el piso. Solo sé que desde que entré por la puerta no han dejado de sonar canciones, como las de Elvis. Canciones que ahora me recuerdan cómo cambiaron mi existencia, ese transcurrir tranquilo de días y noches, de estaciones y años, con mi abuela

tejiendo y mi madre cantando a Julio Iglesias o Los Brincos mientras se movía por la casa, velando por mi felicidad, por cualquier pasión que tuviese, incluida la que tuvo que ver con una tan determinante como es mi amor a la música. Una a la que hoy no puedo dejar de recurrir.

Elvis llegó de la nada en la camisería del tío Josele, pero se quedó gracias a mi madre. Al igual que con el casete de los Beach Boys y mi primer *walkman*, ella me regaló mi primer cedé de Elvis y mi primera cadena musical. Cuando supo que la música cobraba importancia ya en mi temprana adolescencia, apareció en casa una tarde con una minicadena. Desapareció el globo terráqueo de la estantería de mi habitación y colocamos juntos ese aparato con el que viajaría mucho más lejos que con cualquier coche, tren, avión o nave espacial. Fue mi máquina del tiempo, el invento que permitió transformar mi vida como por un hechizo. La ciencia no alcanzaba donde me llevaba esa minicadena negra de la que me gustaba todo: el color verdoso de sus números digitales, el ruidito que hacía el lector de cedés al arrancar o el lento movimiento de las pletinas de casetes al abrirse y cerrarse. Mi madre me inició en la música con sus regalos, pero consiguió algo más importante: supo proteger mi mayor inquietud para que yo le diese rienda suelta. Salvaguardaba que todo estuviese en orden para que pudiese alimentar mi crecimiento adolescente con más discos. Jamás se opuso a ello ni intentó controlarlo. Una vez, agarró el álbum *Transformer* que me había comprado tras leer un artículo y me preguntó por su autor. Estaba sobre mi mesa y le llamó la atención su portada con ese hombre que parecía un fantasma. Cuando le expliqué como pude quién era Lou Reed y de qué iba su disco, con esas canciones hablando sobre Nueva York, las drogas duras, el sexo, el travestismo y la necesidad de buscar un lugar en una sociedad que te daba la espalda si eras diferente, se quedó algo sorprendida. Aquello se salía de sus esquemas mentales. Sin embargo, se limitó a decirme que «de todo en la vida se podía aprender», sobre todo de lo que no conocemos. A fin de cuentas, su forma de ser fue el mejor método para comprometerme con mi pasión musical. Me dejaba independencia mientras ella sabía que ahí fuera había un mundo dispuesto a ponerte a prueba y se preparaba cada día para ello desde su condición de enfermera, trabajando doble turno entre el hospital y una clínica ginecológica. Sabía que tenía unas

obligaciones con respecto a ese mundo, pero su verdadero compromiso era con el hogar, con sacar adelante todo sin perder la energía y la ilusión. Y el hogar éramos ella, mi abuela y yo. Una familia distinta al resto de familias que me rodeaban, pero en la que crecí con la plenitud de su figura. Ella me llevó a confiar en mi instinto, incluso cuando no sabía hacia dónde me llevaba, o era tan visceral que no podía apaciguarlo, como sucedió con la música. Como sucedió cuando oí por primera vez a Elvis Presley en mi minicadena y noté en mis huesos aquello que dijo Bob Dylan: «Escuchar a Elvis era como escapar de la cárcel».

No había cárcel, más allá de las exigencias de los curas del colegio, pero la realidad se presentaba en aquellos primeros años adolescentes demasiado normal. Tan normal que no pasaba nunca nada que no fuera previsible. Y el rock'n'roll era lo imprevisible. Una realidad que no se podía moldear, que no se podía dictaminar, que no se podía controlar. En definitiva, un espacio que no se podía comparar. Era como una de las salidas secretas de la camisería del tío Josele, como el agujero que aparece de repente en *Alicia en el país de las maravillas*, una madriguera cavada en el suelo, en la pared o en el techo de mi habitación por la que introducirse y descubrir un planeta de absurdos y paradojas, de sentimientos nuevos y auténticos, donde ondeaba bien alta y prodigiosa la bandera de la libertad. Era el gran desafío hacia todo lo establecido, un acontecimiento lleno de posibilidades. Hasta que no caí por ese pozo de vibraciones, todo lo que había sucedido parecía un mero trámite, un expediente cumplido que daba paso a la verdadera odisea de la existencia. Todo pasaba por esas canciones que me propulsaban más allá de las fronteras de la razón. Cada día le daba más caña a la minicadena, refugiado en mi cuarto como si fuera un científico intentando descifrar el origen del universo o confeccionando el invento del siglo. Qué más daba, si tenía claves que solo yo poseía y que me permitían hacer cosas que solo yo imaginaba. Iba a todos los sitios con mi *walkman* y luego con mi *discman.* Lo llevaba cuando hacía la compra que me encargaba mi abuela, cuando esperaba a mi madre en el hospital, cuando iba en metro a la camisería a pasar las tardes con el tío Josele e incluso cuando estaba en clase y, aprovechando que algún profesor infumable y despistado daba sus lecciones de matemáticas o lengua, me ponía uno de los cascos en la oreja y fingía que atendía más que

los demás.

«Good Vibrations» me había ayudado a imaginar. Elvis me ayudaba a ser. El rock'n'roll también tronaba cuando me aventuraba solo por el centro de Madrid, el mismo por el que paseaba de niño con mi madre. Nacía una nueva época. El verde se convirtió en el color de la marcha. Era el de la línea 5 de metro, rumbo al corazón del enigma. De la parada de Aluche a la de Gran Vía en un plis plas. Perdido entre la multitud, aquel adolescente que ya era se creía Elvis entre el pavoneo propio y el asombro que le causaba la ciudad indómita, dispuesta como una jungla de brea, edificios y bocinazos. El ritmo era rápido por esas calles. Parecía perfecto para mí. No era nadie, pero por momentos sentía que lo tenía todo en ese anonimato urbano, como si fuera ese «jugador de los callejones con suerte hasta para perder», que cantaba Bruce Springsteen en «It's Hard to Be a Saint in the City». Si existía un rey de la selva entre esa maraña humana, obligatoriamente tenía que parecerse a mí. Caminaba orgulloso y erguido, improvisando los pasos, balanceando la cabeza al toque de las guitarras y las baterías, bombeando sin parar. ¡Hey, chicos, Elvis había abandonado su choza y estaba en la ciudad! En el tránsito infinito, recorría de arriba abajo Gran Vía, formando parte de su pulso acelerado, participando del jolgorio incesante de sus músicos callejeros desperdigados entre la red de arterias que bombeaban en ese organismo vivo. En el fondo, quería pasar por las mismas sensaciones que debieron de invadir a Elvis de adolescente cuando se escapaba a Beale Street, «la calle del *blues*», la gran avenida de Memphis, escenario improvisado de gente como Louis Armstrong, B. B. King, Muddy Waters o Rufus Thomas, quien afirmó: «Cuando ibas a Beale Street se encendía el mundo, como una tragaperras». Gran Vía era mi tragaperras, y se encendía con su pleno de diamantes. Y aunque Madrid no era Memphis y yo nunca sería Elvis, mi rock'n'roll pasaba por esa larga espina de cemento y transeúntes. Surgía un nuevo gato de las esquinas y llevaba mi nombre.

Allí aguardaba Madrid Rock, la enorme tienda de discos, mi templo particular, el paraíso para las tardes de hacer pellas, con aquellas cuatro grandes portadas de álbumes promocionales, que cambiaban cada semana, presidiendo su entrada. La música sonaba en todo el edificio, empujándote a perderte por sus pasillos y plantas de

discos, diferenciados en departamentos de novedades y catálogo, y ordenados alfabéticamente en secciones de géneros musicales: rock, pop, *soul, blues, jazz, heavy-rock, reggae*... Siempre llegaba con tiempo de sobra para no preocuparme del reloj. Saltaba lentamente de estantería a estantería, recorría los discos hacia delante y hacia atrás, como si fueran cromos en un patio del colegio, perfeccionando la destreza de los dedos para separarlos y con la mirada entregada a la tarea plácidamente solitaria de la contemplación de las cubiertas de los discos. Solía llevar apuntados en un papel algunos de los que quería comprar tras haber leído algunas revistas musicales. Si *Ruta 66* insistía en músicos como Elliot Murphy o Pretty Things sería por algo, me decía. Si *Rockdelux* hablaba de PJ Harvey o Vic Chesnutt, lo tendría en cuenta. ¿Quién era ese tal Johnny Hallyday al que le dedicaban tantas páginas en *Efe Eme*? ¿Y cuál era el grupo de portada de *Mondosonoro*? Me gustaba detenerme con los álbumes en la mano, observando con atención sus portadas e inspeccionando los créditos de la contra, que siempre daban pistas para otros descubrimientos. ¡Colega, resulta que ese tal Carl Perkins también grabó en Sun Records, donde Elvis, Johnny Cash y Roy Orbison! ¡Y también hubo músicos negros allí, como uno llamado Howlin' Wolf, grabando antes que Elvis! ¡Menudo cañón los dos pavos! De esta forma, disfrutaba aún más cuando surgían discos desconocidos que llevaban impregnados el esplendor del tesoro escondido. Siempre sucedía. ¡Qué maravilla era esa de *Supersnazz* de los Flamin' Groovies con esa portada de dibujos animados que invitaba al cachondeo! ¡Quién no quería parecerse a esos tipos llamados Ramones, pordioseros gloriosos, tan imbatibles apoyados en esa pared de Nueva York con sus cazadoras negras y los vaqueros rotos! ¡Había que llevarse tres discos de ellos! Amontonaba muchos, a veces diez, a veces veinte, otras creo que cargaba conmigo la tienda entera, para luego seleccionar solo tres o cuatro. A lo sumo, cinco. El dinero no daba para más. Nunca daba para todo lo que deseaba. Entonces, me sentaba en el suelo, como había visto hacer a otros bajo ese mismo techo, y revisaba todo lo que tan cuidadosamente había seleccionado. ¿Qué era mejor: apostar por discos de *soul* de Aretha Franklin o aumentar la discografía de The Kinks? ¿Era preferible un recopilatorio de The Clash o mejor ir haciéndome con sus álbumes por separado? ¿Y qué pasaba con la Creedence Clearwater Revival? ¡Qué portadas! ¡Yo quería vivir donde fuera que estuviesen esos tíos! Todos los deseos

formaban parte de una gozosa faena y comprar discos se había convertido en una verdadera ceremonia. Mi ceremonia.

En Madrid Rock compré mi primer disco de Elvis. Mi madre me acompañó a la tienda el día que cumplí trece años y me lo regaló. Luego pasamos por la camisería de la calle Postas a enseñárselo al tío Josele. Fue su álbum de debut, titulado simplemente *Elvis Presley*. Tanto tiempo después, esa grabación seguía siendo vigente para alguien como yo. Desde que comenzaba con el arrebato de «Blue Suede Shoes», su energía desenfadada llegaba a mis entrañas. Me fijaba anonadado en la fotografía en blanco y negro de la carátula. Con la guitarra entre las manos y esas características letras con su nombre en rosa y verde rodeándolo, Elvis desprendía movimiento, desinhibición, fuerza, ímpetu. Un ímpetu desmedido, con su boca abierta de par en par, a pulmón abierto, rugiendo descontrolado. ¿Quién no podía oírlo a tantos kilómetros y décadas de distancia? Tenía los ojos cerrados, remarcando su expresión fiera, bárbara, todo un instante orgásmico, como si el planeta se detuviese en ese momento justo de pasión. Así era. Elvis era todo pasión. Era todo corazón. Esa era y es la clave misteriosa de su música. Ese corazón latiendo salvaje en las canciones, dentro de ellas, abarcándolas enteras, de principio a fin, de arriba abajo, por los cuatro costados. Cuando escuchas a Elvis, sientes a un hombre comprometido con su música, que desparrama su corazón cuando canta. No mide los pasos. No deja rehenes. Todo o nada. Y es todo, como saltando de un trampolín al vacío para terminar volando.

¿Cómo hay gente que se mofa de él? Muchos se han quedado con esa caricatura de los últimos años de su vida cuando el tragón de hamburguesas y barbitúricos vivía encerrado en Las Vegas y, vestido con un mono blanco de gemas engastadas y una capa enjoyada, interpretaba un paripé de sí mismo para señores y señoras con pasta. Pero Elvis hacía tiempo que había renunciado a sí mismo y a su responsabilidad en la historia, es decir, en la vida de los demás. Nunca fue un revolucionario ni un rebelde con causa. Después de poner patas arriba a su país, ni siquiera estaba preparado para su papel en el mundo. ¿Quién podría estarlo cuando eres el primero en abanderar algo que no buscabas, que antes ni siquiera existía y nadie podía verbalizar? Elvis, el músico más magnético que pisó la tierra, era en realidad un chaval normal, que

llamaba todos los días a su madre para saber cómo estaba. Musicólogos, eruditos y aficionados a la música de toda condición dicen que mató al rock'n'roll después de hacer el servicio militar en Alemania en 1959. Dicen que lo domesticaron y pasó, pero hubo algo más. Fue la muerte de su madre, que falleció justo un poco antes, lo que mató su rock'n'roll original, esa sacudida fantástica de inocencia. Ninguna historia del rock comenta eso. Su música no fue igual. Él no fue igual. Con una cerveza de más en el cuerpo, podría afirmar que, desde ese día, en mucho de lo mejor de su reportorio se percibe ese dolor por la ausencia. Desde entonces, siempre mal acompañado y peor aconsejado, siempre a expensas del detestable Coronel Parker, Elvis fue una comparsa. Alguien que no sabía nunca cómo adaptarse a una vida de la que no podía zafarse, que lo engulló y en la que ya no estaba su madre y sí ese perro de presa y de colmillos afilados del Coronel. Y, con todo, dejó tan magníficas canciones a su vuelta del servicio militar que a veces se escucha latir en ellas su corazón herido. Solo basta repasar su conocido e irrepetible regreso de 1968, en plena cresta de la contracultura, para quedarse boquiabierto con su magnitud artística. Vestido todo de cuero con su tupé impoluto y su sonrisa radiante sobre ese escenario en forma de cuadrilátero, Elvis era el campeón de los campeones, aunque hubiese perdido la guerra, su guerra. ¿Quién podría golpear más fuerte y mejor que Elvis cuando se trataba de rock'n'roll? Nadie. Con la chupa desabrochada, dejando ver el pecho y el brillo del sudor en el cuerpo, dio todo un golpe. Fue como recordarles a Dylan, a los Beatles, a los Rolling Stones, a los músicos pasados y a los futuros, a todos, que el rock'n'roll siempre llevaría su nombre. Él ganaba por ko. Nadie podía decir lo contrario. Nadie se lo quitaría. Ese rostro, ese gesto, esas patillas, esa voz…, todo el conjunto era un gran truco de magia hecho realidad. Más allá de los desbarajustes que la fama y la soledad le trajeron y que lo convirtieron poco después en un tipo consumido, devorado por su propio mito, el maldito mito de América, ese sueño que crea pesadillas, Elvis latía apasionadamente en sus canciones. Era como si lo hiciese por todos nosotros. Poseía algo innombrable. En palabras de la secretaria de Sun Records, cuando lo vio el mismo día que cruzó la puerta de la discográfica para grabar su primera canción a su madre: «Tenía toda la complejidad de la gente sencilla».

A menudo me desborda su música de aquellos años, un tiempo que todo el mundo asocia con su decadencia. Late como señalando mis propias contradicciones, mostrando al tipo que fue incapaz de explicar bien a Rosa lo que le pasaba, pero que necesitó irse a vivir solo. La misma persona que no sabía decir cómo se sentía, pero que no dejaba de sentir. Creo que se lo comenté con otras palabras a la psicóloga en una sesión, pero tampoco lo recuerdo bien ni me pidió incidir, o no le dio importancia, o no me expliqué debidamente, o quiso esperar a llegar a veinte sesiones más para comentarlo con detenimiento. Da igual. Ya instalado en el nuevo piso, siento la pasión de Elvis como si fuera mía. Es una de esas cosas que tengo dentro. Canciones como «Always On My Mind», «Sylvia» o «Tomorrow Never Comes» me abruman de tal forma que es como si perdiese la conciencia. Esos *crescendos* instrumentales, impulsados por su voz grave y penetrante, son torrentes que me arrancan de cuajo y me llevan mucho más lejos de lo que mi cabeza alcanza. Yo no llego más que a levantarme cada mañana, después de apagar diez veces el despertador, y cumplir con mi cometido en la redacción, tal y como se espera de mí. Entretanto, beso el suelo a escondidas, como cuando llego al piso por la noche y me doy cuenta de que no tengo nada para cenar, ni siquiera una lata de conservas. El hambre no me preocupa. Es la falta de interés, la desidia de los días, interrumpida por esos pequeños temblores, imperceptibles a la mirada, que me asaltan como recordatorios de que solo soy capaz de concentrarme en mi trabajo. A veces, parezco un replicante de *Blade Runner,* aunque ellos estén programados para algo importante como salvar la Tierra o algo así. Yo quedo lejos de eso. También es cierto que ellos no se preocupan de las cosas ni piensan, como yo, que fuera de la pantalla del ordenador y de todas esas palabras que junto para dotar de un significado a mis artículos, nada parece tener sentido. Pero, claro, tampoco los replicantes se emocionan con Elvis como yo. Elvis me levanta del suelo cuando canta «If I Can Dream». Con su sentimentalismo descomunal, es como si me lanzase a otra órbita. Se desgañita cantando que «estamos perdidos en una nube con demasiada lluvia y estamos atrapados en un mundo afligido por el dolor». Justo después, propulsado por metales y coros estelares, llega a la enajenación y, como en otra dimensión, aborda todos los temores: «Pero mientras un hombre tenga la fuerza para soñar / Puede redimir su alma y volar». Ese instante son como puertas del cielo abriéndose. De par

en par.

El otro día vino una chica al piso. Nos conocimos en Costello y nos enrollamos. Ella se deslizaba traviesa por el salón, mirando discos y libros sacados de las cajas. Cuando puse «If I Can Dream» en la cadena, dijo que Elvis le parecía música hortera. «Me recuerda a Luis Miguel», señaló convencida. Se desprendió algo que, de repente, sentí importante y se me quitaron las ganas de seguir besándola, de intentar quemar todas las naves. Pensé en esas pintadas que alguna vez había visto en el baño de algún bar, o incluso escrito en algún tuit: «Si no lee, no te lo folles». Lo tuve claro, como un guitarrista antes de ejecutar su mejor *riff*: «Si no le gusta Elvis, no te la folles». Habíamos bebido demasiadas copas y también pensé en Mar. Después del último *whisky*, dije que me estaba doliendo muchísimo la tripa y la invité a irse. Quiso degollarme en mi salón de segunda, pero tan solo recogió sus zapatos y se esfumó, clavándome una mirada asesina. No había cogido todavía el ascensor cuando ya me había tirado en el sofá y puse de nuevo «If I Can Dream». Vibró el piso, como si un tren de mercancías descarrilase en la madrugada, y choqué de bruces contra una certeza: estaba más solo que nunca.

Al menos, veía todas las mañanas a Alejandro y le ponía canciones que me hacían sentir mejor. De camino al colegio, me preguntó en el coche si Elvis vivía. Tal vez lo hizo porque el día que murió David Bowie nos pilló a los dos también en el coche yendo al colegio y, cuando oí la noticia en la radio, frené en seco y le mandé callar mientras me observaba sin entender nada. Tuve que explicarle que se había muerto un músico al que su padre tenía mucho cariño, tanto como él a su perro de peluche Coby. Entonces, llevado por la emoción y mi forma tonta de dar a veces explicaciones a mi hijo, no se me ocurrió otra comparación para que comprendiese la importancia de Bowie y mi reacción desproporcionada. Con su pregunta sobre si Elvis vivía, me vino de inmediato a la cabeza la canción de Andrés Calamaro, «Elvis está vivo», que se incluía en *Alta Suciedad,* un álbum que compré en Madrid Rock. Miré por el retrovisor a Alejandro y le contesté que sí. Y añadí que Bob Dylan también lo sabía, como si pudiese coger el guiño. Así de mal me funciona a veces la cabeza. Él volvió a dar por hecho que Bob y yo éramos amigos. No había dejado de pensarlo

desde que un día decidió por sí mismo que, si me gustaba tanto su música y tenía cedés suyos en el coche, era por una cuestión de amistad. Tampoco me preocupó y sigue sin importarme, como no me importa que crea que Elvis está vivo. Hay cosas peores que le enseñan en el colegio o que son menos sostenibles como eso del alumbramiento del Espíritu Santo y la Virgen María. Elvis estaba vivo, le dije, y luego pensé en el propio Calamaro y la primera vez que estuve charlando con él en una cafetería. Del café pasamos a los licores cuando, con su particular verborrea lenta, se puso a recordar aquellos primeros años en los que lo arrasó el rock'n'roll. Sacó el nombre de Elvis y le señalé lo gracioso de su canción. Imposible no tararearla. Seguro que la compuso con un colocón de marihuana de primera. Entonces, elevó las cejas, guardó silencio largo rato, como si se hubiese congelado, y, con una mirada infantil, remarcó que Elvis alimentaba un hecho extraordinario: «La vida es corta, aunque ancha».

Puede que sea así. Escuchando a Elvis, me doy cuenta de que, más allá de las noches estiradas a piñón en Costello y El Sol, tengo que empezar a hacer algo con el piso. La música no es suficiente para amueblarlo. En el pasillo debería poner las estanterías para los discos y colgar algún cuadro. Se parece al pasillo de la casa de Aluche, por donde caminaba tan segura mi madre para irse a trabajar cada día. El impacto de aquella imagen tan nítida y apacible creo que es algo que me acompañará para siempre. Más cuando por este nuevo pasillo no camina nadie que no sea yo. En otro tiempo, ella cogía cualquier disco de Elvis de mi habitación y decía: «Ponlo y bailemos, como en los guateques». Y yo lo ponía y, al principio, me negaba a levantarme de la silla y después acababa bailando. Bailaba, aunque me cansaba antes que ella. Y ella bailaba y, luego, suspiraba. Yo también he empezado a suspirar como mi madre. Antes no lo hacía. Ella decía que se lo había pegado su madre. Debe ser hereditario. Quizá estoy asumiendo que la vida es corta, aunque en otro tiempo me pareciese infinita. Y algo ya tengo asumido entre tanto suspiro: prefiero morir solo y con Elvis alzándose por las paredes que vivir sin discos.

«Born to Run»

Bruce Springsteen

Rosa y yo hemos hablado con la profesora de Alejandro para informarle de que nos separábamos. Queríamos que tuviese todas las claves por si veía algún cambio en el comportamiento de nuestro hijo. La psicóloga me dijo ya en la primera sesión que sería recomendable que su tutora escolar lo supiese y que, incluso, Alejandro fuera a un psicólogo infantil si veíamos que hacía llamadas de atención o tenía una actitud diferente con nosotros. Rosa también me lo había advertido. Como dicen todos, Alejandro tiene seis años y nuestra separación puede afectarle mucho. Obvio. La psicóloga señaló que, en cualquier caso, era algo que no se manifestaría de forma inmediata. Al menos, el día que nos reunimos con la profesora nos tranquilizó. En principio, nuestro hijo estaba bien. De alguna forma, Alejandro se había acostumbrado a verme poco en casa por las tardes debido a las exigencias de mi trabajo. Además, habíamos continuado la rutina de desayunar juntos y llevarlo al colegio, y con nuestro hábito de pasar tiempo jugando al fútbol en el parque los fines de semana. Ese día, la profesora también comentó que para la nueva situación ayudaba que Alejandro fuera algo inmaduro para su edad, un niño demasiado metido en su mundo interior y en sus juegos de dinosaurios. De hecho, dijo que, a veces, salía con cosas raras, muy suyas, como la mañana que en clase ella preguntó cómo se llamaba el rey, en referencia al rey de España, y, mientras todos intentaban atinar el nombre entre Felipe o Juan Carlos, Alejandro levantó la mano y dijo convencido que se llamaba Elvis. La profesora le corrigió, pero él se mantuvo en su sitio: el rey era Elvis. A fin de cuentas, su padre se lo había dicho. Pensé en disculparme, pero sentía que era peor tener una monarquía que nadie había elegido. Al menos, Elvis era una elección. Así que sonreí y dije que eran cosas de niños, aunque Rosa luego me pidió que no fuera metiéndole esas ideas en la cabeza. Tenía razón, pero a veces no podía evitarlo. En muchas ocasiones me preguntaba cómo Rosa podía aguantarme tanto y cómo había conservado la paciencia conmigo, mientras yo estaba encerrado en mí mismo, dejándola al margen. Lo de Elvis solo era

una muestra más de mis tonterías.

Se lo he contado a la psicóloga justo después de la reunión con la tutora. Llevaba mucho tiempo sin ir a su consulta, pero el otro día vi a Rosa tan abatida que me dije a mí mismo que tenía que cumplir mi promesa de aguantar al menos nueve meses. Al entrar a la sala con olor a vainilla tras semanas sin hacerlo, me ha preguntado cómo estaba. No le he dicho nada de todas mis parrandas, de todas esas formas improvisadas de dejarme llevar por la noche, como la del pasado domingo, la última, en la que, tocado por dejar a Alejandro con su madre después de pasar todo el día haciendo dibujos para la nevera, acabé cerrando La Coquette mientras la banda residente detonaba guitarras y armónicas. Si cualquier domingo de febrero ya es deprimente, este primero me pareció más. El piso estaba frío sin Alejandro y recoger sus juguetes tirados por el salón no me ayudó. Preferí estar en ese antro atestado de trasnochadores y *blues* que conmigo a solas.

Con su gesto serio, de un rigor marmóreo, la psicóloga me ha preguntado cómo creía que mi hijo me veía. No he sabido qué contestar, aunque me han dado ganas de decirle que si no se daba cuenta de que me hace siempre preguntas para las que no tengo una respuesta clara. Aun así, he señalado que me veía como a alguien con el que podía jugar más que con su madre, pero sin la constancia de ella en las cosas importantes. Su madre es su seguridad y yo no sé muy bien qué soy en esta nueva situación, le he dicho, pero quiero aportar todo lo que esté en mi mano para mantenerle esa seguridad. Su bienestar es lo primero, aunque él no sepa realmente lo que ha pasado. El día antes de mudarme le dije que me iba a ir una temporada por motivos de trabajo a vivir a otro piso cerca de nuestra casa. Para él, mi trabajo era algo que condicionaba siempre mi vida y contra el que se podía hacer poco. Todavía era muy pequeño para hablarle del amor, del desamor y de los sueños rotos. De todo eso de que las cosas no acaban siempre como uno las deseó. Le señalé por la ventana dónde quedaba el nuevo piso, como si pudiese verlo desde el salón. Su madre estaba sentada a su lado con la cara desencajada, manteniendo la compostura. La única respuesta de nuestro hijo fue: «¿Estáis de broma?». Nunca le había oído soltar una frase así, con tanto desparpajo, como si fuera un adolescente espabilado y no un niño que acababa de empezar la primaria. No

pude evitar reírme por lo bajo, aunque me esforcé por no llorar como Rosa cuando se fue al dormitorio. Luego, Alejandro asumió rápidamente que mi trabajo volvía a plantear algo nuevo. No pensó en que ese algo podría cambiar su vida y siguió tan pancho viendo los dibujos animados en la televisión. Lo envidié por ello.

No tengo ni la más remota idea de cómo me ve mi hijo, que se pasa todo el día jugando a batallas campales de dinosaurios y lo que más le preocupa últimamente es saber si podríamos extinguirnos, como sus bichos preferidos, si otro meteorito impactase contra la Tierra, cosa que le parece divertida. En la consulta, simplemente, he dicho que no quiero fallarle. Al menos, no fallarle más, porque es imposible no sentir que ya lo había hecho. Mi relación con él, por muy pequeño que sea, es más importante que mis problemas con Rosa o con Mar. Es algo que ya había hablado antes con Toni, incluso con Martín, que desde que me vine al piso no ha dejado de mandarme canciones de Bruce Springsteen, Bob Dylan y Neil Young, como si de esa manera no hubiese tanta distancia entre Costa Rica y Madrid. Al escucharme, la psicóloga me ha observado y, aunque parecía que sacaba punta al lapicero, en realidad estaba afilando la siguiente pregunta: «¿Cómo crees que es un buen padre?». Me he encogido de hombros. Y después de unos segundos le he dicho que no sabía cómo podía ser mejor en nada. «Mi pelo sigue siendo rizado y mis ojos marrones. Eso es todo lo que sé», he soltado. Después he intentado adornarlo algo más y he reconocido que, a veces, mientras conduzco con la música en el coche, pienso en esos músicos que se esfuerzan por vaciarse hasta dar todo lo que llevan dentro, que rascan tanto que encuentran canciones que les sobreviven. No sirven para ser modelos de padre, seguramente, pero en ocasiones hay un poder en algunas de esas canciones que sacan lo mejor de uno. Quiero pensar que ese poder podría transmitírselo a Alejandro. Sin embargo, me he quedado con ganas de decir que quería que mi hijo me viese como yo escuchaba «Born to Run», pero algo me ha avisado de que esa mujer que parece querer ayudarme no había entendido nada. Me he callado, he mirado al suelo y solo he podido explicar que el domingo al mediodía paseamos Alejandro y yo por el Rastro y, después de comprarle unas patatas fritas en la tienda Ortiz, el mismo sitio donde me llevaba mi madre, acabamos atravesando la Plaza Mayor y pasando frente a una tienda de discos donde mi madre me compró uno de los álbumes de mi vida. Aquello

me hizo recordar lo afortunado que fui por tener la madre que tuve y, entonces, le he dicho, esforzándome por responder a su pregunta imposible, que ojalá pudiese ser la mitad de buen padre con Alejandro que lo que su abuela fue conmigo. Ella ha apuntado algo con mucho cuidado en su libreta y yo he aprovechado para echar un vistazo por la ventana. Las ramas de los árboles, temblando con el viento, me han recordado los primeros compases de «Sad Eyes», la primera canción que oí de Bruce Springsteen.

Fue en una tarde de otoño cuando mi madre y yo nos topamos con Escridiscos y vi en su escaparate el disco que, sin remedio, lo transformó todo: *Tracks* de Bruce Springsteen. La cuádruple caja repasaba su carrera con canciones nunca antes editadas, rarezas varias y tomas alternativas de algunos de sus clásicos. Costaba un pastizal. Había escuchado «Sad Eyes» por la radio y tenía muchas ganas de saber qué se escondía detrás de ese artista. Siempre he querido pensar que mi madre me lo compró porque supo ver mejor que yo lo que ese artefacto significaría en mi existencia, pero lo cierto es que ser hijo único tiene sus ventajas: siempre te sales con la tuya. Regresamos a casa, cenamos y me metí en mi habitación con la caja entre las manos, contemplando su portada alargada, con esa imagen en color sepia de Bruce Sprinsgteen tumbado sobre un sofá. Era como si observase a un colega al que le confiaría todos mis desvelos. Aquella noche me dormí muy tarde, embobado con aquellas canciones. Ni siquiera pude escucharlas todas. No salí del primero de los cuatro discos. Me noqueó. Tuve que poner varias veces «Growin' Up», con esa sensación de amanecer en los acordes y aquel tipo cantando como a la carrera. Eran canciones sencillas, con una voz en primer plano, llena de recovecos y desgarros, como en un cuentacuentos alrededor de una hoguera. No entendía nada de lo que decía, pero no podía dejar de escucharlo. Más fuerte fue el enganche que tuve después con la eclosión del rock'n'roll de banda, un sonido callejero y despampanante en su alegría vital, incitando a perder el conocimiento. Cómo rugieron en la oscuridad canciones de Bruce y la E Street Band. Temas como «Seaside Bar Song», «Thundercrack», «Rendezvous», «Give The Girl a Kiss» o «So Young and In Love». Tenía dieciséis años y aquella noche lancé definitivamente mi órdago al mundo conocido: yo quería vivir igual que sonaban aquellas canciones.

Bruce Springsteen lo cantaba en «No Surrender»: «Aprendimos más con un disco de tres minutos que con todo lo que nos enseñaron en la escuela». Desde que conocí su música, este verso fue mi máxima. Uno a uno, los primeros discos de Bruce se convirtieron en un espejo en el que mirarme. Ya en «Growin' Up» había una frase que empecé a escribir en los pupitres del colegio, aunque me diesen ganas de empapelar toda la ciudad con ella: «Me escondí en la oscura ira de la multitud, pero, cuando me dijeron "siéntate", yo me levanté». Supongo que era una forma infantil de lanzar una especie de mensaje al exterior, como una botella al mar, por si alguien lo recogía. Quería hacer lo contrario que pregonaban los libros de texto con sus lecciones sin alma, con sus explicaciones pesadas sobre hechos y personajes que me resultaban ajenos, insoportables como una ducha de agua fría en una mañana de invierno. Puede que esos libros guardasen cosas increíbles, pero no paraba de preguntarme cómo hacían los profesores para que la clase fuera tan aburrida. No había ni un solo profesor que me inspirase como lo hacía ese colega llamado Bruce que parecía comerse la vida en cada canción. Había algunos simpáticos —los menos en un buen saco de capullos—, pero ni sus mejores intenciones evitaban que los viese como personas que tenían existencias con los pies llenos de cemento, pegados al suelo como estatuas grises sin ningún brillo en los ojos. Bruce era de otra pasta. Como decía en «Born to Run»: «Vagabundos como nosotros, habíamos nacido para correr». Y yo también era un vagabundo que había venido a este mundo para lo mismo, o al menos así me lo hacía creer él con sus canciones. Quería levantarme y correr. No estarme sentado. Cogía esa caja de *Tracks*, sacaba el libreto y me estudiaba esas fotografías en las que se le veía con la mirada desafiante. Luego, ensayaba esa mirada en el espejo del baño. Nunca me salía igual, pero lo intentaba con ganas. Observaba con detenimiento cada detalle del resto de imágenes: sus camisas, sus botas, sus cazadoras… Quería conocer su secreto. Por eso, cada noche cogía mi pequeño diccionario de inglés y traducía rudamente las letras de sus canciones. Casi nunca conseguía darles el sentido adecuado, es cierto, pero cada párrafo traducido era una ventana abierta. ¿Para qué quería yo saber cómo se saludaba correctamente en inglés en una reunión formal o de negocios si todavía no había hallado el significado exacto de «Loose Ends», esa canción que rompía en mi cabeza como fuegos artificiales en la noche?

Fui haciéndome con sus álbumes con vocación desmesurada y algo de ingenio, como cuando le birlé *The River* al hermano mayor de Picho. Antes de grabarlo en casete y devolverlo, me encerré en mi casa con ese doble álbum durante un fin de semana como si me metiese en una película. A través de tantos discos de Bruce, empecé a vivir tantas películas que no había forma de salir de ellas. Quedé definitivamente eclipsado con la portada de *Born to Run*. Aquel blanco y negro, cálido y evocador como una noche de verano, era una promesa, una ilusión que sabía que podía ser real. Esa imagen de camaradería, todo un fogonazo, era motivo suficiente para correr hasta donde fuera que hubiese que correr. Bruce se apoyaba sobre el hombro de su compinche, el saxofonista Clarence Clemons, Big Man, grande como una torre, y sonreía con sus ojos chisposos, su chupa de cuero salvaje, su camiseta mordisqueada, su colgante de colmillo, sus vaqueros rotos, sus zapatillas desgastadas, su Telecaster al hombro, su matorral de pelos y su barba desaliñada. Era perfecto parecerse a él, si no fuera porque a mí, a esa edad… ¡todavía no me salía barba! Creo que llegué a pensar en pintármela mientras me hacía con el resto del equipo. Pero la imagen era impecable. Incluso guardaba una señal: en la cinta de la guitarra se veía una chapa con la cara de Elvis, donde se podía leer: «Elvis the King. Fan Club of n. y. c.». No podía ser casualidad. Todo encajaba. Incluso, si yo no podía tener barba, podía dejarme al menos unas patillas parecidas a las de Elvis y comprarme una chupa de cuero de segunda mano en el Rastro.

Mi madre y mi abuela siempre decían que había nacido en el año del golpe de Estado. Yo las creía. Pero yo sé que nací en ese año porque fue el año que tocó Bruce Springsteen por primera vez en España. Para un adolescente que ya venía zarandeado por el rock’n’roll, *Born to Run* era como darse de bruces con el amor de su vida. Lo tenía todo. Música extraordinariamente sentimental y carnal, un torrente de emociones recorriéndote el cuerpo y el espíritu a lo largo de sus ocho composiciones. No era un disco normal, ni siquiera sobresaliente. Era perfecto, como solo son las mejores cosas imperfectas, elevándose por encima de sí mismas, superando sus debilidades con un pundonor que cautiva. No podía ser un disco más para alguien solitario como yo cuando su primera canción, «Thunder Road», con esa intensa armónica, abría con estos versos: «La puerta de la rejilla se cierra de golpe / El vestido de

Mary ondula / Como una visión, baila en el portal / Mientras suena la radio / Roy Orbison está cantando para los solitarios / Hey, ese soy yo». Ese también era yo, escuchando a Bruce Springsteen en mi radio, deseando «algo de magia en la noche», tal y como rezaba unas frases más adelante «Thunder Road». Las mismas letras que le escribí a Rosa en una carta en la que le juré amor eterno. Ese era yo, copiándole a Bruce cada palabra, como copiaba en el colegio a la mínima de cambio. *Born to Run* no podía ser un disco más. No podía serlo para alguien que buscaba su momento como yo cuando justo en la última canción, al final de esos treinta y nueve minutos de recorrido trepidante, sonaba «Jungleland» con ese piano melodramático y acababa con estos otros versos: «Fuera la calle está ardiendo en un auténtico vals de la muerte / Entre lo que es carne y lo que es fantasía. / Y los poetas de aquí no escriben nada / Simplemente observan y dejan pasar las cosas. / Y en el vértigo de la noche buscan su momento e intentan una honrosa resistencia / Pero acaban heridos, ni siquiera muertos / Esta noche en la Tierra de la Jungla». Yo también tenía vértigo, pero anhelaba poder contarlo. Yo también me sentía en alguna parte entre la carne y la fantasía. Sentía que me ubicaba en algún lugar nuevo, en una cierta anarquía descarada. Y me convencía de ello gracias a este disco, que observaba y sujetaba con mis manos cada vez que lo escuchaba en mi habitación.

Eric Meola, que fue el fotógrafo de la portada de *Born to Run*, dijo que conoció a Bruce en Nueva York. Caminaba por la Quinta Avenida, a la altura de Central Park, y se puso a llover a cántaros. Se refugió en el Hotel Plaza y se topó cara a cara con el joven músico. Nervioso y empapado, Meola se presentó a Bruce. Sabía perfectamente quién era, pues ya tenía sus dos primeros discos. Le preguntó sobre sus personajes y ese lenguaje callejero de indómita energía. Conversaron un buen rato y Bruce le acabó invitando a uno de sus conciertos. A las dos semanas, Meola alquiló un coche y condujo hasta la localidad de Red Bank para verlo en directo con su banda. Congeniaron aún más, hasta el punto de que Bruce le pediría que hiciera las fotografías para su siguiente álbum, *Born to Run*. Contaba Meola que se barajaron varios títulos previos para el disco. Uno de los que más le gustaba a Bruce era *Between Flesh and Fantasy*. Durante las sesiones fotográficas, trabajó con ese título en la cabeza y buscó captar ese territorio, una imagen que hiciese de

bisagra entre la realidad y la utopía. Meola había quedado fascinado al ver a Bruce y la banda sobre el escenario «pintando un mundo imaginario que cobraba vida». Su percepción era similar a lo que escribió por aquellos días Robert Hilburn, redactor de *Los Angeles Times* y uno de los mejores críticos musicales de la historia de Estados Unidos: «Springsteen es el vislumbre más puro de la pasión y la energía del rock'n'roll en una década». Aquel vislumbre puro quedó reflejado en la portada. Meola también lo explicó así: «Lo que nos define, lo que encontramos importante, lo que hace que hallemos una razón para creer estaba en esas canciones». Estaba en Bruce, apoyado en su amigo Big Man.

Desenfrenado, incontenible y contagiosamente inspirador, *Born to Run* revolucionó mi yo soñador. Hasta entonces conocía algo su existencia, pero desde que interioricé sus canciones fui plenamente consciente de ese yo. Fue como un motor de inyección directa. Absorbido por el álbum y su deslumbrante portada en blanco y negro, podía ir adonde yo quisiese. Podía ser como yo quisiese. Podía tener carácter, podía engrandecerme ante la multitud, podía enamorar a la chica que adoraba pero que se morreaba con el chulo de turno o podía componer un disco, escribir un libro o alcanzar la luna. Podía conseguir lo que se me ocurriese. Incluso podía encontrar un referente existencial. Un modelo. De hecho, lo hice. En plena adolescencia, en ese periodo donde se juegan algunas cartas esenciales, Bruce fue mi referente. La persona que más me incitó a jugármela por un órdago, aunque fuera de farol. Mi madre y mi abuela eran personas que amaba y temía al mismo tiempo. Me llenaban de afecto y comprensión, pero sus modelos de vida pertenecían al mundo conocido, ese que había decidido desafiar tras la detonación causada por Bruce, por la palabra del rock'n'roll que empezó a predicar Elvis. Cuidaban de mí, pero sentía que su tranquila vida cotidiana, tan respetable, tan necesaria para mi seguridad emocional, era incompleta. Me hacía estar sentado más tiempo del deseado, cuando yo, el nuevo figurín supersónico del barrio, quería levantarme y correr. No podía acabar aceptando una existencia resignada, en la que no podía batir mis propias marcas. ¿Dónde quedaba entre tanto orden el desvío para enfilar la Carretera del Trueno? ¿A qué olía el fuego de la noche ardiente, escondido en ese lugar entre la carne y la fantasía? Sucedía igual con mis amigos, con todos esos con los que había crecido y a los

que quería como camaradas de cabañas y partidos de fútbol, pero que no entendían nada de mis escapadas al corazón de la ciudad para perderme entre montañas de discos en Madrid Rock y Escridiscos. Mucho menos comprendían lo que les decía cuando afirmaba que había sido cegado por la luz, tal y como cantaba Springsteen en la primera canción de su primer disco, «Blinded by the Light». Ellos querían pertenecer a un ejército de normas, cumplidos y expectativas familiares del que yo pretendía renegar. En palabras de Tom Petty cuando vio por primera vez a los Beatles en televisión, en su histórica actuación en el *Ed Sullivan Show* en 1964: «Fue como ver a los marcianos invadiendo la Tierra». Mis amigos no creían en los marcianos, pero yo sí. Su luz era sideral y, como Tom Petty, quería ser abducido. O como también afirmó Dylan: «Todo mi devocionario residía en Hank Williams cantando *I Saw the Light.* Yo también vi la luz».

Vi la luz, pero conmigo amenazaban rayos y truenos. Probé a tocar en un par de bandas del barrio, una de ellas con Picho, que aporreaba la batería como si atizase clavos con un martillo. Yo era peor a la guitarra. No sé cómo me aguantaban, más aún cuando me daba por cantar: sonaba más humano estrujar a un gallo. Consciente de tantas limitaciones, insistí durante una temporada hasta que, al final, me dio por escribir. Era un mal menor, y así evitaba el hundimiento del mundo. ¿Un crítico musical como músico frustrado? Uno más en la lista. No era nada nuevo bajo el sol. Al menos, sería un perdedor digno, dispuesto a llevar mi condición con algo de entereza. Devoraba todo tipo de revistas musicales y pronto redacté mis propias chuminadas. La escucha compulsiva de las canciones me llevaba a conspirar contra la ciudad en cada artículo que escribía para mí mismo. Decidí que quería ser periodista. Un invento como otro cualquiera para no parecer un pavisoso. ¡Que le diesen a Administración y Dirección de Empresas, a Arquitectura, al porrón de Ingenierías y a todas esas carreras con las que el orientador del colegio me machacaba y que solo me llevarían a acabar encerrado en una triste oficina! Periodista para acabar en el paro, y, encima, crítico musical para ser un adolescente eterno. Al menos, me divertiría mucho más que la mayoría. Además, podía creérmelo tanto que, cuando escuchaba a Bruce mordiéndome las tripas, escribía textos disparatados y apasionados para explicar el gran acontecimiento de la humanidad, es decir, el rock’n’roll: la

música, la vida y la muerte sonando siempre como un relato imprevisible. Quería ser cronista del gran acontecimiento, imitando a los mejores críticos musicales, cuyos artículos leía como si sonasen canciones. Cuando el orientador escolar, con ese bigotillo nazi, nos convocó a mi madre y a mí a su despacho, preocupado por mi decisión, e incluso avergonzado por el honor de ese supercolegio de curas donde todos iban para ministros y abogados del Estado, preguntó: «¿Su padre lo sabe?». Mi madre contestó, con tono amable, aunque retador: «No, ni falta que hace». Fin de la reunión. De vuelta a casa sonaba en el coche *Born to Run*.

Para cuando Bruce se convirtió en mi referente y en mi devocionario, yo solo había preguntado en dos ocasiones por mi padre. A veces pienso que son pocas; otras, demasiadas. No sé. Tal vez fueran las justas. La primera vez fue cuando tenía cerca de siete años. Cansado del interrogatorio de un compañero de clase, indagué sobre él. No recuerdo la explicación que me dio mi madre sobre su ausencia porque yo preferí desde ese mismo día montarme todo un cuento. De lo que me contó ella, solo me quedé con que era médico y, a partir de ahí, fabulé lo demás. A ese compañero quisquilloso y pesado le conté que mi padre viajaba por el mundo como médico de guerra. A los sucesivos cotillas, que no fueron muchos, pero sí los suficientes para dejar volar mi imaginación, les fui diciendo de todo: médico en Nueva York, médico científico en la nasa, médico espía del Gobierno que vivía en un país secreto, médico aventurero como Indiana Jones que llevaba años explorando Oriente… Cualquier cosa me valía para soltarla y olvidarla al poco tiempo. No me preocupaba ni sentía que tuviera que dar explicaciones de algo que, en el fondo, no estaba en mi cabeza, siempre llena de otras distracciones. Solo acudí otra vez a mi madre, esta vez muy afectado, cuando tenía trece años y eché en falta la figura de un padre durante los partidos del equipo de fútbol del colegio. Mi madre solía ir a verme los fines de semana, pero, a medida que fui creciendo, lo abandonó. Era un entorno muy masculino. Más allá de que no siempre podía cuadrarlo con su trabajo, ella se aburría entre tanto padre exaltado. Yo la entendí, aunque no quitó para que un día llegase a casa dolido por sentirme solo en un ambiente tan competitivo como el del fútbol. Quise saber al menos por qué no conocía al mío. Nunca lo había visto ni me había llamado por teléfono.

Mi madre me lo explicó con más detalle que la primera vez, o yo presté más atención. Mi padre se había esfumado cuando mi madre se quedó embarazada y nunca quiso saber nada ni de ella ni de mí. Le ocultó que estaba con otra mujer con la que finalmente se fue. Antes, intentó convencerla de que abortase, incluso la amenazó con hacerle la vida imposible, pero mi madre también había tomado su decisión: tener un hijo sola. Sin su ayuda ni la de nadie. No me lo contó con tristeza, sino con cierto orgullo herido, con un fulgor en su mirada por el paso que dio y por haber evitado que él pudiera perturbarme. Para ella, yo había sido fruto del amor que, al menos, sintió convencida en su momento y, sobre todo, del que empezó a darme desde el mismo instante que supo que yo llegaría a este estropeado mundo. Y para ella eso era intocable, aunque tuviese que verse humillada en varias situaciones por ser madre soltera. Por ejemplo, cuando fue a inscribirme al Registro Civil y el funcionario de turno le preguntó si era puta y si de verdad podía mantenerme. Con el tiempo concluí lo que cualquiera con un dedo de frente, ni siquiera hacían falta dos, concluiría: la España de primeros de los ochenta no estaba preparada para mi madre. Y, como decía ella, al final: «Mucho mediocre no está preparado para la gente que sabe cómo ser feliz». «El amor es lo único que importa», me dijo con firmeza aquella última vez que le pregunté por mi padre. «Y a ti nunca te va a faltar», añadió. Seguidamente, quiso saber si me preocupaba no tener padre y le contesté la verdad: «No». Solo lo había preguntado por el maldito fútbol, con esos padres que ejercían de entrenadores y me hacían sentir muy pequeño cuando maniobraban para que jugasen sus hijos mientras yo me quedaba en el banquillo. A mi madre tampoco le conté cuánto me molestaba esta situación. Después de hablar con ella, había algo más importante: ya sabía a qué atenerme sobre mi padre. Aunque su ausencia fuera real, jamás me había preocupado por él.

Esa ausencia me definía. Tardé muchos años en darme cuenta. Quizá el tiempo suficiente para verlo con perspectiva. Un padre ausente es también una figura en una familia o, mejor, en el desarrollo vital de un hijo, en la infancia y en la adolescencia. Como lo puede ser la de una madre ausente, cuyo peso suele ser más determinante. Yo conocí la del padre ausente. Crecí con su verdad cotidiana. Es como un espacio vacío, imperturbable, impenetrable. Presente sin estarlo. Real sin pensarlo. Si te acercas a mirar por su

hueco, te empiezas a preguntar cómo narices sería tu vida si no existiese ese agujero. Cómo narices serías tú. ¿Mejor? ¿Peor? ¿Otro? No tienes ni idea y eso puede llegar a inquietarte. Así que decides inconscientemente no acercarte, incluso decorarlo para que parezca otra cosa. Termina por ser más fácil vivir sin asomarte, pero el vacío sigue ahí. No se va. Tampoco se mueve. No te dice nunca nada y no te importa. Hasta que, de repente, un día te importa y lo hace de la forma más absurda. En mi caso, después de una infancia sin importarme, fue la tarde que cogí el autobús a la salida del colegio y, mirando por la ventanilla y escuchando a Bruce Springsteen en el *walkman*, pensé que me gustaría conocerlo. Conocer a Bruce. Estar cerca de él y fijarme en cómo hablaba, cómo gesticulaba, cómo andaba y se relacionaba con la gente. Pensé que quería saber qué opinaba de asuntos que me parecían importantes, pero que seguramente resultaban intrascendentes. Y, sobre todo, pensé que me gustaría conocerlo para saber que me aceptaría, que le gustaría tenerme cerca, aunque yo no tuviese nada que ofrecerle, aunque yo no fuese capaz de articular palabra. Tal vez me miraría, me revolvería el pelo con su mano y me diría: «Algún día, cuando seas más mayor, podrás ponerte mi chupa de cuero».

Bruce llenó ese espacio vacío. No sé si como un padre o como el hermano mayor que tampoco tuve, pero lo llenó. Cuando ponía la canción «Born to Run» y subía el volumen al máximo, mi corazón se aceleraba como un bólido. Los redobles de batería eran mis latidos desbocados y todo ese sonido compacto y sólido, como una verdad absoluta, era mi espíritu feroz. Todas las preguntas parecían tener respuesta, todas las dudas parecían ser certezas y todos los silencios se convertían en canciones. De alguna forma, esa canción y todo el álbum daban significado a lo que el propio Bruce decía: «*Born to run* es un disco espiritual en cuanto a sus valores. Para mí es un disco religioso. No habla de la religión ortodoxa, sino de una cosa fundamental: la búsqueda». Era cierto. Parecía que el protagonista anónimo de «Born to Run» quisiese salir huyendo de esa «ratonera» que era su vida, pero, en realidad, no era una huida sin sentido. Aportaba esperanza. Era un disco de búsqueda. Latía una fe por alcanzar algo más grande que lo que Bruce ya conocía, como si lo que hubiese vivido le permitiera emprender el viaje hacia lo desconocido. Y yo, consciente o no, buscaba ese viaje. La excusa perfecta para saber qué hacer con mi espacio vacío, que no dejaba

de estar ahí, en mi día a día. Quería perseguir la estela que la canción dejaba muy dentro de mí, como una luz parpadeando en el horizonte, porque sentía que me traería una nueva definición de mí mismo. Algo más grande. El hueco imperturbable e impenetrable podría convertirse en un espacio despojado de vértigo, el salvoconducto al país de las maravillas, el lugar donde los marcianos imponían su ley pirata. Un espacio sin ausencias, como el sonido pletórico de «Born to Run».

En sus memorias, tituladas precisamente *Born to Run*, Bruce escribió para explicar el momento en el que se dio cuenta de que buscaba tener una voz propia: «Dylan es el padre de mi país». Yo sabía a lo que se refería. Dylan lleva mucho tiempo siendo el padre de mi país, como antes lo fue Bruce cuando yo era un adolescente sin padre ni país. Han pasado muchos años desde que supe que era en las canciones de Springsteen donde quería vivir. El propio Bruce definió así a Dylan cuando lo descubrió: «Él me inspiró y me dio esperanza. Hacía las preguntas que el resto de la gente no se atrevía a hacer, especialmente a un quinceañero: "¿Cómo se siente uno… al ir por su cuenta?". Una brecha sísmica se había abierto entre generaciones y de repente te sentías huérfano, abandonado en el fluir de la historia, tu brújula girando, internamente sin hogar. Bob señaló el verdadero norte y sirvió como faro para ayudarte a encontrar tu camino. Plantó una bandera, escribió las canciones, cantó las palabras esenciales para la supervivencia emocional y espiritual de muchos jóvenes». Yo también puedo decirlo: mi patria son las canciones, incluso todavía que llevo tanto tiempo de travesía por el desierto y, tal y como canta José Ignacio Lapido, con mi cuerpo que pide tierra y mi alma, pidiendo cielo.

Alguien debería estudiar con detalle cómo la falta de un padre o una relación tormentosa con él empujó a muchos adolescentes a esa búsqueda y a esa supervivencia a través de la música. De hecho, fortaleció la creencia en el rock'n'roll como filosofía vital en algunos de los mejores músicos de la historia. Podría ser una teoría: la figura del padre ausente influye directamente en el amor por la música. También podría ser una inmensa tontería en la que, por otra parte, aún seguiría creyendo, como sucede con todas las inmensas tonterías que luego son perfectas de defender en madrugadas improvisadas con amigos. Ejemplos de músicos en esta

situación hay muchos. Ahí está Brian Wilson con su padre maltratador. También lo tuvo Tom Petty, quien reconoció que le dolía demasiado recordar su infancia marcada por los insultos y las palizas brutales de su progenitor. A Lou Reed su padre lo llevó a sesiones de *electroshock* por su actitud problemática y sus cambios de humor. Lou era un chico inestable y complicado, pero, lejos de hallar comprensión en el hogar, fue sometido a una terapia de choque que lo traumatizó para siempre. Más suerte tuvieron otros, aunque las ausencias condicionaron su vida, como le pasó a Elvis con el suyo, ese ser intermitente que desaparecía temporadas enteras sin dar explicaciones. El padre de Tom Waits se marchó de casa cuando su hijo tenía diez años. Era un borracho y un salvaje que dejaba al niño sentado en los taburetes de los bares durante horas mientras él se bebía todo el botellero y no paraba de contar historias de nómada romántico. Mucho tiempo después, Waits le dedicó dos canciones: «Frank's Song» y «Frank's Wild Years». John Lennon fue dado en adopción a su tía y no conoció a su padre, que era un buscavidas del montón, hasta que ya fue un Beatle famoso. Neil Young siempre tuvo en su padre a un ser lejano, un tipo que se divorció de su madre cuando él todavía no era adolescente, se instaló en otra ciudad y jamás reconocía los logros de su hijo. Neil se pasó media vida buscando su aprobación, pero eso nunca sucedía. Lo mismo le pasó a Bob Dylan, hasta que decidió largarse a Nueva York a conocer a Woody Guthrie. Su padre era autoritario y extremadamente reservado, tanto que evitaba hasta la compañía de sus hijos. A veces, sufría ataques de ira y, entonces, Bob, que de niño siempre tuvo el deseo de agradarle, prefería encerrarse en su habitación. También se encerraba en la habitación Bruce Springsteen hasta que dejó Freehold, su pueblo natal, para irse a probar suerte como músico a Asbury Park. Bruce vivió aterrorizado bajo la sombra de un padre depresivo y alcohólico, que, en plena noche, tras llegar borracho de la calle, destrozaba la casa o amenazaba con zurrarle por el simple hecho de existir.

Quizá porque Bruce marcó mi adolescencia, sentí una gran empatía, muy visceral, cuando le escuché hablar de la figura de su padre. Fue en Londres, en el Instituto Contemporáneo de Artes, cuando en un encuentro presentó sus memorias. Sin quitarse la chupa de cuero, Bruce leyó pasajes de su libro y charló sin filtros con algunos periodistas. Reconoció que la relación con su padre lo convirtió

desde niño en alguien muy inseguro. En el colegio fue un chico incapaz de encajar, un paria que sufría el acoso de los compañeros más depredadores. Recibió el apodo de Blinky, que significa algo así como «parpadeos». Cuando se ponía nervioso, Bruce parpadeaba sin control, «cientos de veces por minuto», y era objeto de burla. Pero nada le ponía más nervioso que encontrarse con su padre «escondido en la oscuridad rota de la cocina». Yo estaba sentado en primera fila y recuerdo cómo respondía a la primera pregunta sobre su padre. Lo hizo con los ojos cerrados, como si temiese parpadear y todavía alguien lo fuera a llamar Blinky. Siempre que rememoraba escenas de su pasado con su padre cerraba los ojos medio minuto. Tal vez fuera un perfecto actor que quería darle un toque de dramatismo a la presentación de un libro que le reportó millones de dólares. A fin de cuentas, todo el mundo sabe que Springsteen es un magnífico intérprete, todo un *showman* sobre el escenario, un artista que sabe manejar los tiempos y al público a su antojo. Pero también puede que Bruce, quien confiesa en su autobiografía que toma medicamentos y acude a psiquiatras para combatir depresiones periódicas causadas por la ansiedad, la fama y la responsabilidad moral, estuviese simplemente intentando contar algo que no ha dejado de perseguirlo. Algo que, de alguna manera, pudiera servirle a alguien para dar sentido a su propia historia. Como antes hizo cuando, sin ser «ningún héroe», como cantaba en «Thunder Road», cogía una guitarra para «hacerla hablar».

Gracias a mi madre, yo tuve mucha más suerte que Bruce y que muchos de los músicos que reflejaron mi existencia con sus canciones. Mi padre solo fue una figura ausente. Nada tóxico. Nada dañino ni destructivo. Solo una figura ausente. Nada de esto lo hablé con la psicóloga. Tampoco lo había hablado con Rosa, a pesar de que ella supo pronto que la música de Bruce Springsteen me había dinamitado la cabeza: en nuestra segunda cita aparecí con chupa de cuero y botas de hebilla. El problema, según el juicio instantáneo que la psicóloga sacó al verme entrar con la chupa y las botas en mi última visita, es que sigo con las mismas pintas de roquero de saldo. Le dije medio en broma que me caí, como Obélix, en la marmita del rock’n’roll y así me quedé, pero no pareció cogerlo. Rosa también sabía mejor que nadie que lloraría la muerte de Bruce, pero que, en cambio, jamás podría llorar la muerte de mi padre. Era algo que descubrí aquel día que vi a Bruce en Londres,

aquel día que también escuché la voz de un padre de familia con la piel curtida. Bruce, como Dylan, Neil Young, Tom Petty, Tom Waits, Patti Smith y otros forman más parte de mi existencia que mi propio padre. Ellos son parte de mi vida. Una vida que, aquel día paseando por un Londres nocturno y frío, sentía que se estaba yendo al garete. Mi encuentro con Bruce sucedió apenas un mes antes de mi salida de casa. Caminaba pensando en cómo afrontaría la separación. Me acordé de Martín, que ya sabía que me quería ir de casa. Le escribí un mensaje para decirle que, en las distancias cortas, Bruce no defraudaba. Era un tipo generoso y amable. Sabía manejar a las personas. Tenía como una especie de don. «Hubiese molado tenerle en nuestra pandilla», le dije, como si estuviese en nuestra mano aceptarlo. Martín me contestó: «Le hubiésemos puesto la cabeza como un bombo».

Ahora, cuando en estas noches de este invierno en este piso pongo «The Promise», en la que Springsteen habla de un chico que por dentro se siente como si llevase «todos los espíritus rotos de aquellos que perdieron», recuerdo que ese día, en Londres, llamé a Rosa. Después, le escribí a Mar. Le había contado algo que Rosa me había oído contar mil veces: años atrás, vi a Bruce en Asbury Park e intenté hacerme una foto con él y no fue posible. En Londres, tenía una segunda oportunidad de fotografiarme con él y lo conseguí. Entonces, deseaba creer con todas mis fuerzas en las segundas oportunidades. Mar bien lo sabía.

Caminé por Picadilly Circus y me puse la versión acústica de «Born to Run», que Bruce hizo en una actuación en Los Ángeles en los años ochenta. Tenía el toque relajado que necesitaba. Con su delirio de luces y sus turistas, la calle se asemejaba a una feria, pero, lejos de sentirme un extraño, fue como pisar tierra hermana. El bullicio de la ciudad resultó acogedor y «Born to Run» acústica sonó demoledoramente cercana, como si tuviese a Bruce cantando a mi lado en la acera. Desde Madrid, Rosa y Mar me respondieron que me tenía que sentir orgulloso. No sé por qué me puse a pensar en los espacios vacíos. Un escalofrío me partió en dos. Acababa de charlar con Bruce, le había estrechado la mano y lo iba a contar en un artículo para la revista. Tal vez Rosa y Mar tenían razón, pero aquel yo soñador que se reconoció con «Born to Run» cuando era adolescente nunca hubiese apostado por llegar hasta ese momento

en Londres. O sí. No pude saberlo con exactitud porque tuve la sensación de que aquel yo quedaba demasiado lejos. Sin embargo, había algo más importante, algo que me inquietaba mucho más: el espacio vacío. El verdadero problema no era mi espacio sino el que yo ocupaba en la vida de Alejandro. Había tomado la decisión de irme de casa y me sentía descolocado. Más aún: aterrado por la idea de generarle cualquier tipo de agujero, tanto que me quedé paralizado en mitad de la calle. Bruce, el mismo hombre rico y famoso que nos había confesado que todavía le temblaba el cuerpo cuando escuchaba algunas canciones de Dylan, Elvis, los Beatles, los Rolling Stones o Woody Guthrie, cantó a través de mis cascos con la misma prontitud con la que lo escuchaba veinte años atrás cuando, al cerrar todos los bares, callejeaba por Malasaña y confiaba en correr hasta llegar a ese lugar al que quería ir. Entonces, había un verso en «Born to Run» que me inyectaba energía: «Tenemos que salir de aquí mientras seamos jóvenes». Sin embargo, mis pasos eran pequeños por Londres, sabía que ya no era joven y tenía menos idea que nunca de adónde iba. Y, encima, todo condicionaba la vida de mi hijo. El sonido de la armónica me abrazó como si estuviese a punto de desfallecer tras un largo viaje. Y seguía ahí clavado. Quería serle leal a «Born to Run» como en aquel tiempo en el que me impulsó a la búsqueda de algo más grande, como en aquellos años en los que me enseñó a creer en mí. Quería serle leal, pero ya no sabía cómo. Era cierto que no sabía adónde me dirigía, pero, al menos, tenía la música. Tampoco sabía lo que quería, pero, al menos, la música estaba conmigo. Era lo único que volvía a dar sentido a mi historia. No podía explicarlo, pero podía sentirlo, ahí clavado en la acera. La música se presentaba más que nunca en toda mi existencia como mi compañía. La compañía para ese viaje desconocido por el que acabé yéndome de casa, dejando un espacio vacío a Alejandro. Un viaje desconocido que me había llevado a vivir en un piso solo por primera vez en mi vida y también a sentarme a hablar con una psicóloga.

«In Dreams»

Roy Orbison

Hemos firmado los papeles de la separación el Día de San Valentín. Rosa me ha señalado la fecha de camino al juzgado y yo lo he pensado cuando me ha pasado el bolígrafo para mi firma. Nunca había hecho caso a esa celebración inventada por los centros comerciales, pero no dejaba de ser paradójico. Es como si nuestras vidas hubiesen acabado dentro de una película de Woody Allen. Ha sido rápido y el juez tenía la mirada vacía, como si la rutina de tanta burocracia y papeleo le hubiese despojado de humanidad, pero eso no ha quitado para que ambos estuviésemos tensos. Ella estaba seria y yo he estado torpe con mi excesiva amabilidad. Sé que toda la responsabilidad de la situación es mía. Rosa nunca quiso que me fuese de casa, que hubiésemos llegado a rubricar ese convenio que regula la separación matrimonial, tal y como lo nombra el Código Civil, y que pone orden sobre la distribución de nuestros bienes, la pensión que tengo que pasarle y la custodia de Alejandro. Al menos, lo hemos arreglado sin bronca, sin reproches, sin jodernos, sin hacer de nosotros un campo de batalla. Es casi imposible hallar civismo y comprensión en las separaciones y los divorcios. Son territorios llenos de cadáveres.

Siempre tuve suerte con Rosa, incluso en este momento tan desagradable de nuestra larga historia. En la calle, junto al coche, me ha dicho que jamás se imaginó en una situación así conmigo. Hablaba con el corazón encogido y solo he sabido decirle que yo tampoco lo imaginé hasta que sucedió. Después, agaché la cabeza. Me gustaría haberle dicho que la recompensaría de alguna manera, pero no he encontrado las palabras. Sospecho que no se puede reparar el daño cuando eres el verdugo. Al menos, yo no sé de qué manera podría hacerlo, aunque piense que, si he hecho saltar todo por los aires, podría ayudarla a recoger los pedazos. Ella también va a un psicólogo, incluso antes que yo. Intenta sobrellevar esta situación que, como puedo intuir, le quita más vida de lo que me deja ver. Por eso no pregunto. Cuando nos hemos despedido, ha querido saber qué tal me va con mi psicóloga. Le he dicho la

verdad: ni bien ni mal, simplemente no lo sé. Hablo mucho y ella toma notas. Casi preferiría que se bebiese un par de vinos antes de cada cita y así se animase a comentar algo, hilando algún tipo de discurso, evitando oír mi voz todo el tiempo.

En la última sesión le dije que Rosa era más responsable que yo. Que siempre me había fiado más de ella que de mí, excepto en el asunto de la separación: me fie de mí aun sabiendo que llevo dentro un suicida o un estúpido. O las dos cosas. Siempre fue fácil fiarse de ella desde aquella noche de abril que nos conocimos en un bar. Yo llevaba la típica castaña adolescente de sábado y ella me aconsejó no tomarme unos chupitos con un amigo. No sé por qué terminé haciéndole caso y evité así acabar arrastrado en la barra como mi colega. Me pareció la chica con la mejor sonrisa que había visto nunca. Estaba rodeada de amigas, pero conseguí charlar con ella en una mesa. La segunda vez que nos vimos, tres semanas después en una discoteca, la reconocí por su sonrisa. Se le achinaban sus ojos castaños, despertándole un aire exótico y atractivo. Al verla de lejos, no atiné a saber de qué conocía aquella chica, entonces se rio y me vino a la cabeza su nombre. Me acerqué y hablamos. Fue la noche que nos enrollamos por primera vez. Desde ese día todo resultó muy fácil, incluso aunque yo fuera un chaval acelerado e inquieto y ella una chica calmada y precavida. El primer año quedábamos todos los viernes en los bares de Moncloa, donde daban un garrafón indecente y al que entonces inexplicablemente éramos inmunes. Éramos especialmente asiduos al Chapandaz y a su leche de pantera, un brebaje que caía de unos grifos en forma de estalactitas. Ella iba con sus amigas y yo con mi pandilla. Poco a poco, nos fuimos conociendo y sumamos un día más a la semana para vernos sin gente de por medio. Eran nuestros miércoles de cine y acudíamos religiosamente el día del espectador a las salas de Gran Vía. Nunca sabíamos qué íbamos a ver. Nos dejábamos guiar por los carteles de las salas y por el placer de la novedad. Sin planificarlo, acabamos abonados a los cines Acteón, que destacaban del resto por sus ascensores acristalados y por tener las mejores palomitas de mantequilla. Además, aprovechábamos para tomar algo por los alrededores de la Plaza del Carmen y pasear por la Puerta del Sol. Fue una rutina que mantuvimos durante nuestros años universitarios.

Adoraba aquellos miércoles, esa rutina que como tantas otras se había esfumado con el paso del tiempo. O lo que era peor: fueron sustituidas por otras que el propio tiempo vino a imponernos. Me acordé de aquellos días justo cuando decidí instalar de una vez por todas la televisión en el piso. Estuvo en la caja al menos una semana y media desde que la compré. Absorbido por el trabajo y la fiesta de bares, nunca encontraba el momento de conectarla. El domingo que lo hice ponían *American Beauty* en un canal y recordé la tarde que Rosa y yo fuimos a verla a los cines Acteón. Aquel día no me enteré mucho de la película, básicamente porque nos estuvimos dando el lote en la oscuridad de la sala, pero la segunda vez que la vi, muchos años después junto a mi madre, me encantó. En el piso fue algo más lo que sucedió. *American Beauty* me reflejó. Fue como si Lester Burnham fuera yo. Mientras me revolvía sobre el sofá, me convencí de que me esperaba un final similar para mi vida, pero cambiando ese chalet con jardín en Chicago, tan propio del *american way of life,* por un pequeño apartamento repleto de cajas en el centro de Madrid. Un final donde yo era un ser por el que sentir más lástima que simpatía, aunque, en el fondo y de una manera estúpida, solo buscase un instante de redención. ¿Y qué significaba la redención? Seguramente, como para Lester Burnham, podía ser cualquier cosa: una paja en la ducha a primera hora del día, un porro de marihuana en mitad de la jornada laboral, una universitaria esperándome tirada sobre la cama y rodeada de pétalos o un buen disparo en la cabeza. O podía no ser ninguna de esas cosas y, sencillamente, estaba tan al borde de la desesperación que me valía cualquier cosa para redimirme. Estaba a solas en el piso y el personaje de Kevin Spacey me golpeó en el vacío del estómago cuando dijo: «He perdido algo, pero nunca es tarde para recuperarlo». ¿Qué había perdido yo? No tenía ni idea, pero sabía que había sucedido. ¿Y podría recuperarlo, aunque fuera tarde? Tampoco lo sabía.

A la psicóloga le comenté que podría estar en una crisis de la mediana edad tan propia de los hombres y me comparé con el protagonista de *American Beauty*. Al fin y al cabo, autodiagnosticarse siempre fue una de las mejores aficiones de nuestra sociedad y yo no iba a ser menos. Ella me observó con condescendencia y me dijo que en esa sesión se quería detener en mi relación con Rosa, un asunto sobre el que ya habíamos planeado

de distintas formas. Respondí a sus preguntas intentando darle todo tipo de detalles sobre nosotros. Aquello me pareció más un cuestionario que una consulta clínica, pero entendí que formaba parte de su método. Le conté que Rosa y yo nos acoplamos muy bien durante nuestros dieciséis años de pareja. Éramos realmente distintos, pero habíamos sabido construir una relación sólida de entendimiento. Desde los primeros días, todo había ido muy fluido y, a pesar de nuestras discusiones, nunca nos habíamos faltado el respeto. Yo podía llegar a tener un ego importante, característico de muchos hijos únicos —volví a autodiagnosticarme—, pero había que ser muy imbécil para violentarla. Rosa tenía mucho sentido común, ese aspecto vital tan escaso y que siempre desplegaba con naturalidad para cualquier asunto, fuera mundano o trascendental, y que a mí me cautivó desde el primer momento. También transmitía paz y serenidad, lo que hacía de ella una compañera magnífica, alguien a quien la gente apreciaba a los dos minutos de conocerla. Tanto era así que incluso a veces me preguntaba si mis amigos la querían más a ella que a mí. Al menos, sabía que se fiaban más de ella. Era una persona organizada y cuidadosa, incapaz de ir a trompicones como yo y mucho menos de perder las llaves de casa como me ha sucedido a mí en varias ocasiones.

Me tocó definirla con una palabra y, sin pensarlo mucho, dije «orden». Y reconocí que, a veces, tanto orden me agobiaba. No tenía nada en contra de la organización, pero tampoco sabía si me manejaba bien dentro de un imperio de responsabilidad tan medida, calculando cada paso y decisión con tanta lógica y precaución que apenas quedaba nada para el juego. Cuando me paraba a pensarlo, creía que era como ir a uno de esos conciertos en los que sabes qué va a pasar a cada momento. Sientes que el grupo ejecuta las canciones con tanta corrección que, al final, se dejan algo importante fuera del escenario: la improvisación. No se trata de saberse las notas de memoria y tocarlas perfectas, sino de dejarse llevar por la música. Con todo, el mayor poder de Rosa era uno al que yo tenía un acceso privilegiado desde la adolescencia: era capaz de transmitir un amor tan puro que era imposible no quererla, no arrimarse a ella para sentirse dichoso. Y, sin embargo, sentado frente a esa señora con gafas redondas estaba intentando explicar por qué lo había hecho. Por qué había dejado de querer a Rosa como antes y me había alejado. Me sentía un capullo, mucho más

de lo que se podía sentir Lester Burnham en cualquier momento de *American Beauty*. Aunque nada comparado a cuando, tras firmar los papeles de la separación, Rosa todavía se preocupó de mi cita médica, que seguía sin tener fecha porque desde que me había mudado no había ido al hospital a ver a la doctora. Con el rastro de su perfume todavía en el coche, ese aire cotidiano con ligero aroma a gardenia que durante tanto tiempo abarcó el espectro de todas mis mañanas compartiendo cuarto de baño con ella, he puesto una canción para que me cobijara: «In Dreams».

Había olvidado la hermosura demoledora del canto de Roy Orbison. He vuelto a escuchar la canción a propósito de una reedición de *A Black and White Night,* el concierto homenaje que le rindieron a Roy Orbison por toda su carrera. Fue una noche memorable, que reunió a un plantel de adoradores de sus canciones: Bruce Springsteen, Tom Waits, Elvis Costello, Bonnie Raitt, k. d. lang, Jackson Browne o J. D. Souther acompañaron a Orbison en el escenario del Cocoanut Grove. A todos ellos se sumaba la estupenda tcb Band, la sección rítmica que acompañó a Elvis Presley desde 1969 hasta su último concierto en 1977. Esa noche, en el Cocoanut Grove solo hubo un objetivo: destapar todo el encanto de las canciones de Orbison. Lo que sucedió en ese escenario fue, en palabras de Jackson Browne, como «un pequeño milagro». Me lo dijo en una entrevista la última vez que estuve en Nueva York. Lo calificó de milagro por toda la energía captada, fruto de una mezcla fantástica de admiración y profesionalidad de los de allí. Bastaba observarlos, rodeando a Orbison mientras interpretaba sus canciones, para entender a lo que se refería. Cómo le miraban cuando cantaba, pero también cómo tocaban como músicos de acompañamiento de un tipo que los guio cuando todos soñaban con convertirse en artistas. Por ejemplo, en «Ooby Dooby», en la que se montaron una *jam session,* se veía a todas esas estrellas felices y entregadas al homenajeado. Roy terminaba dando un soplido al final de la canción, como diciéndose a sí mismo: «Está molando más de lo que pude imaginar».

Me di cuenta de ese soplido la noche que volví a ver el concierto en el piso. No pude evitar sobrecogerme ya en el comienzo de la actuación cuando, tras la presentación de la grandiosa banda por parte de T-Bone Burnett, sonaron los primeros acordes de «Only the

Lonely» con esos coros acariciantes y el perfil de Roy Orbison apareciendo entre la penumbra. Antes de arrancarse a cantar, una luz blanca bañó su rostro, caracterizado siempre por sus gafas de sol, y sonrió entre aplausos para luego pronunciar las primeras palabras de «Only the Lonely» con su canto astral: «Solo los solitarios saben cómo me siento esta noche». Me arañó el espíritu. Está claro que estoy en ese punto en el que creo que todas las canciones hablan de mí, pero esa manera profundamente triste de cantar el primer verso explica por sí sola la definición que dio Elvis Costello de Roy Orbison: «Es el vocalista más maravilloso de la Tierra». Su voz melodramática siempre guardó ese misterio que solo tienen los recuerdos en plena fiebre noctámbula. El compositor Joe Melson, mano derecha de Orbison en la creación de algunas de sus mejores canciones, reconocía que buscaban hacer vivir la música en esa extraña atmósfera que reina en la duermevela: «Cuando componíamos, nos dormíamos sobre las guitarras. Mientras escribíamos "Only the Lonely" sesteábamos en la habitación. A veces estábamos levantados hasta muy tarde, intentando encontrar el ambiente de la canción, su *feeling.* Y luego la tocábamos durante el día para ver si aguantaba. Nuestra filosofía era: si suena bien con la luz diurna, imagina cómo sonará cuando la gente la escuche a solas por la noche». Como cuando yo la escuché en el salón del piso y entendí que mi decisión de buscar mi lugar fuera del matrimonio iba a ser un camino lleno de espinas. De hecho, venía siéndolo desde hacía ya un tiempo y simplemente Roy Orbison, como decía Bruce Springsteen en «Thunder Road», estaba cantándome como a un nuevo solitario, pero esta vez sin magia en la noche.

Con su canto de polvo de estrellas, Roy Orbison nos había dado magia a Rosa y a mí muchos años atrás, cuando empezamos. Más allá de los casetes que solía grabarle, el primer disco que le regalé fue uno de sus recopilatorios. Creía en eso que decía Tom Waits sobre él: «Sus canciones no eran semejantes a los sueños, sino sueños en sí mismas, como arias. Era un fantasma surgiendo de la radio, un Rigoletto *rockabilly,* tan importante como un Caruso con gafas de sol y chaqueta de cuero. Las canciones de Roy sonaban siempre como si intentaran llegar hasta ti desde un lugar muy alejado. Cuando querías que una chica se enamorara de ti bastaba con un ramo de rosas, un viaje en la noria de la feria y Roy Orbison». No hubo viaje en la noria, pero sí rosas, paseos por el

centro de Madrid, tardes tumbados en el Parque del Oeste y noches por los bares de Moncloa y Malasaña. De hecho, elegí poner de fondo a Roy Orbison la noche que nos acostamos por primera vez. Estuvimos semanas hablándolo porque los dos éramos vírgenes y se trataba de un paso que afrontábamos con las mismas dosis de ilusión y temor. Como en todo, yo era más decidido que ella, pero también más imprudente. Rosa marcó el ritmo y al final lo planificamos para hacerlo coincidir con un día que no estaba mi madre en casa. Influido por alguna película de sobremesa que luego olvidé, bajé las persianas de mi habitación y la decoré con velas mientras giraba el disco de Roy Orbison. A la cuarta canción ya habíamos comprobado que nuestra primera vez había sido un ejercicio de torpeza bien intencionada. Acabamos riendo sobre la cama de mi habitación, comiendo helado y escuchando a Orbison a la luz de las velas. Nuestro primer orgasmo juntos, más que con el sexo, tuvo que ver con la emoción de oír a todo volumen el falsete estratosférico de «In Dreams» desnudos sobre la cama y con los morros manchados de chocolate y fresa.

Con Rosa supe que todo iría seguro. Fue una de esas certezas que sin saber por qué se presentó ante mí como si conociese el número ganador de la lotería. A la psicóloga se lo comenté recalcando que, al principio, me sentía un poco estafador porque ni siquiera pensaba entonces en jugar a la lotería. Sin embargo, Rosa me enseñó a sentirme una persona afortunada. Una noche estábamos dentro del Ford Escort de mi madre parados en una calle escuchando a Springsteen cuando sonó «Thunder Road». Habíamos estado en el Angie tomando algo y, antes de dejarla en su casa, pasamos por Ciudad Universitaria para montárnoslo en el coche. Cuando llegó el épico pasaje instrumental del final de la canción se abalanzó sobre mí, me abrazó y se puso a llorar. Yo ya estaba quitándome la ropa y llegué a pensar que, después de tanto, iba a reconocer que mi cuerpo le horrorizaba o que jamás le había provocado un orgasmo. Cuando le pregunté que qué pasaba, me dijo que me querría siempre, que era importantísimo para ella y que nunca me dejaría. Fue un arrebato tan sincero que tardé en reaccionar, aunque, antes que orgullo y felicidad, sentí alivio: no era un desastre en el sexo. Llevábamos tres años saliendo juntos, pero, como si el destino nos hubiese estado esperando hasta esa noche, pude verme con ella ya toda la vida. Desde ese día «Thunder Road» se convirtió en nuestra

canción, un himno que nos unía a los dos como por una fuerza física, proclamando por nosotros todo lo que juntos estábamos dispuestos a alcanzar, lanzados a ganar, cogiéndonos siempre las manos, atravesando caminos en los que el cielo estaba esperándonos y todo eso que solo una canción de Springsteen puede hacer en tu cabeza. Nos sentíamos tan únicos con esa opereta tan romántica y pasional que «Thunder Road» sonó en nuestra boda. Engrosamos de esta manera la lista de parejas con nula originalidad. Fue la canción del momento del enlace: Bruce cantaba y mi madre le hacía coros llorando a moco tendido.

Más de una década después, Rosa seguía pronunciando las mismas palabras que me dijo aquella noche en el coche mientras sonaba «Thunder Road». Incluso parecía más convencida de ellas con Alejandro en nuestras vidas. Y eso era mucho más atribuible a su admirable carácter que a mis méritos. Su amor honesto, comprometido e inquebrantable, era un ejemplo que fui incapaz de seguir. Se lo dije a la psicóloga con bastante tranquilidad. «¿Te sientes culpable?», me preguntó. «Culpable e idiota», le contesté. Lo único que me consolaba antes de mudarme y ahora que vivía en el piso era escuchar canciones. De hecho, me arrepentí de no hablarle a la psicóloga de Roy Orbison. Comenté en la consulta lo del personaje cínico y derrotado de *American Beauty,* pero no dije nada de ese vocalista prodigioso, que «sonaba como si cantara desde el monte Olimpo y realmente se lo creyera», como afirmaba Dylan. Escucharlo en la soledad del piso me había hecho preguntarme cuándo y cómo había perdido aquello que había perdido mientras Roy Orbison, en cambio, tenía ese algo único y especial en su voz. Tenía ese toque mágico, ese remolino celeste, esa esencia. Cuántas veces habría cantado «In Dreams» en sus tantísimos años de carrera y, sin embargo, era capaz de interpretarlo una vez más como la primera vez, incluso mejor. Ni la rutina ni el tiempo le afectaban. Era capaz de transmitir su inocencia absorbente y conservar su plenitud sentimental como si el encantamiento nunca se acabase. La canción empezaba con unas frases sin música para elevarse con las primeras notas hasta alcanzar un pasaje orquestal como sonando en la galaxia. La estela de las guitarras, los violines y las violas danzaba persiguiendo el lamento inalcanzable de Roy Orbison, cuyo eco cruzaba el firmamento. Puede que yo estuviese loco de atar, pero, viéndole cantar otra vez «In Dreams», solo pensé en por qué

no había sido capaz de mantener intacta la llama de mi amor hacia Rosa. ¿Qué había fallado?

Bonnie Raitt dijo: «Roy Orbison me recuerda que hay una forma de amar que podría ser posible, que debería ser posible». Tiempo atrás, yo había conocido esa forma, cuando las canciones del hombre de las gafas de sol sonaban como un descubrimiento. Sin embargo, recién separado, parecían otra cosa: se oían dolientes, como cantadas por «un payaso color caramelo colándose de puntillas de noche en mi habitación», como rezaba el primer verso de «In Dreams». Todo tenía otro impacto. Me veía como un ser incapaz de levantar cabeza, que se venía abajo en la soledad de su piso sin que nadie lo supiese, convencido de que el drama se había instalado en mí para siempre. Era una mala caricatura de lo que en otro tiempo fui. Escuchaba a Roy Orbison y pensaba precisamente en él luchando contra los elementos de la tragedia y superando una vida llena de obstáculos, mucho más difícil que la mía, mucho más que la de cualquiera. Su mujer Claudette —a la que dedicó una canción con el mismo nombre— murió en un accidente de moto. Dos años más tarde, un incendio destruyó su casa de Tennessee y mató a dos de sus hijos. Podía haberse suicidado o haber caído en una depresión ciega, incapaz de salir nunca de ella, pero se repuso, siguió tocando y volvió a casarse y a tener más hijos. «No vi el motivo para dejarlo, aunque me ocurriese algo traumático», confesó Roy. «Dejé que el amor y el tiempo se encargaran de todo». El amor, el tiempo y la música. La leyenda cuenta que desde entonces ya no acudió a más funerales y que usó sus gafas de sol como refugio, pero eso era la leyenda. Lo importante fue que Orbison miró hacia delante y siguió valiéndose de sí mismo para sacar la magia de sus canciones. Esa magia a la que se refería Bruce Springsteen en «Thunder Road» y también en una entrevista: «La música de Roy siempre fue muy psicológica. Casi siempre trataba de algún tipo de pérdida devastadora que parecía insuperable. Luego estaba esa voz que, en su misma belleza, resonaba con esperanza, y la sensación de anhelo que transmitía, ese infinito anhelo. Una música tan oscura y hermosa. Bastaba con escuchar aquellos éxitos. Solo las introducciones, el modo en el que sintetizaba todo en una línea. Por ejemplo, la introducción de “It’s Over”: “Tú chica ya no te ama…”. Cuando cantaba ese primer verso, sabías todo lo que había que saber».

Cuando escucho de nuevo «In Dreams» sé todo lo que hay que saber sobre mi matrimonio. El payaso color caramelo se ha colado de noche para que repita sus palabras como si fueran mías: «En sueños hablo contigo / Camino contigo todo el tiempo y siempre juntos, en sueños… / Qué lástima que todas estas cosas solo pasen en sueños». Es una lástima, así es. Ahora nuestros sueños, los de Rosa y los míos juntos, ya son recuerdos. Nuestra realidad es muy distinta: hemos firmado los papeles de la separación el dichoso día de los enamorados. Debería registrar la idea y vendérsela a un guionista. El mismo día en el que Mar me ha escrito un mensaje para saber cómo me iba todo. Maldita casualidad. Yo creo que tiene el poder de observarme desde una cámara secreta. Llevaba más de un mes sin saber de ella. Había escuchado a Tom Waits y se acordó de mí. El mensaje iba acompañado de dos emoticonos con besos y corazones y otro de las teclas de un piano. Iba a contestarle inmediatamente, pero me he puesto unas birras, he dejado que el vinilo de Roy Orbison siguiera girando y he preferido dejar pasar una hora hasta hacerlo.

«Tom Traubert's Blues (Four Sheets to the Wind in Copenhagen)»

Tom Waits

La psicóloga ya había oído el nombre de Mar en otra sesión, cuando, analizando cosas que me separaban de Rosa, le hablé de una amiga a la que le gustaba la música de una forma tan auténtica que alguna vez la había comparado con la madre de mi hijo. Ella tenía un interés del que Rosa carecía. Su nombre salió con naturalidad y sin ninguna presentación, como si llevase en esa consulta tanto tiempo como el de Rosa. Hoy, sin embargo, ha demostrado que sus notas tienen algún sentido. Al empezar la sesión, me ha preguntado por Mar. Al parecer, la había nombrado más de una vez. Está claro que hablo tanto en esa consulta que ya no sé ni de lo que hablo. Le he contado que hacía más de un año apareció en la presentación de una novelucha que escribí sin más pretensión que salir del mundo de las entrevistas y los reportajes y dar un poco de rienda suelta a mi imaginación fuera de las obligaciones de la revista. Entró por casualidad a la librería y decidió quedarse a escuchar en un lateral de la sala. Se me acercó al final del acto y, después de comentarme que también era periodista, lo primero que me dijo fue que le gustaba Tom Waits, cuya música tenía un papel fundamental en el libro. Quiso conocer más cosas sobre él, como de dónde le venía la inspiración para esa estética de merodeador de tabernas abandonadas. Esa noche ya quedé sorprendido por la personalidad alegre y juguetona de Mar, que planteaba conversaciones fuera de lo convencional y le gustaba formular preguntas inesperadas. En mitad de un grupo de gente con el que fuimos a tomar algo a un bar, me preguntó cuál era mi instrumento musical favorito. Nunca me lo había planteado y nadie me lo había preguntado. Lo pensé, como quien está en un concurso de televisión, y dije que el piano. También era el suyo. Rio como una niña pequeña al acertar una adivinanza. Yo, por mi parte, agradecí que no me hiciese la cansina pregunta que me hacía mucha gente de si el protagonista de la novela era yo. Como si eso

importase. O como si a ese pardillo del libro o a mí nos fuera a ir mejor.

No volvimos a vernos hasta cerca de tres meses después. Quedamos por motivos de trabajo. Un colega de la profesión nos puso en contacto porque ella buscaba asesoramiento en una cuestión periodística y, al parecer, yo podía serle útil después de varios años escribiendo de música. Le dije por teléfono que escogiese el sitio para la cita. Eligió el Café Barbieri, una antigua y preciosa cafetería con un esqueleto de columnas de hierro y una decoración a base de grandes espejos en pleno corazón de Lavapiés. Bajo sus altos techos, se hacían conciertos de piano los domingos por la tarde. Era típico de Mar sorprender con la elección de los lugares para vernos. Nuestro encuentro se terminó convirtiendo en una charla informal de casi tres horas, con ambos sentados en una mesita en mitad del salón principal, pidiendo copas de vino y enredándonos en diferentes conversaciones. Charlar sin medir el tiempo también era típico de ella. Le encantaba. Era una persona con una originalidad particularísima. Carecía de pose. No intentaba epatar como tanta gente en la que se nota una intención latosa por mostrarse distinta, pero que en realidad copia estereotipos. Su originalidad iluminaba el resto de su personalidad y constaté que era imposible aburrirse con ella. A mí me vino perfecto que, con su desparpajo, pilotase la conversación porque, si yo me hubiese dejado ir, podía haber acabado hablando de la diferencia entre el country de Nashville y el de Bakersfield o explicando por qué adentrarse en la serie de discos de los American Recordings de Johnny Cash era más trascendental para el alma que visitar el Vaticano o La Meca.

Aquella cita profesional dio pie a una relación más estrecha. Nos caímos bien y me puse a su disposición para cualquier tipo de ayuda, tanto para los artículos musicales que hacía para una web como para otras colaboraciones esporádicas que mantenía con otros medios. Era una *freelance* todoterreno que se buscaba las castañas en varios frentes del precarizado y sufriente mundo del periodismo de colaboraciones. Volvimos a vernos tres semanas después. La excusa esta vez fue comentar juntos un proyecto de charlas musicales que iba a plantear a un centro cultural. Siempre tenía buenos planes profesionales y estaba dispuesta a buscar un lugar donde aterrizarlos. Esa fue la última vez que quedamos por motivos

de trabajo. Desde entonces, ya nos vimos por el placer de estar juntos. Pasamos de conocidos a amigos como esa gente que se lanza al agua sin pararse a pensar si está demasiado fría o demasiado caliente. Resultó estar a la temperatura idónea. Pronto me propuso más planes y todos ellos me parecieron una alternativa estupenda a mis obligaciones. Le gustaba desayunar en la calle y me animó a institucionalizar de una manera periódica lo que llamó «desayunos musicales». Ella elegía el bar para desayunar y yo le descubría un músico o un grupo mientras nos tomábamos un café con tostadas. Era tan tonto el plan que me pareció genial. A la segunda vez que nos citamos, ya no hizo falta que hablase de ningún artista. Nos bastaba con conversar, sin necesidad de preámbulos. De esta forma, el único músico que pude descubrirle oficialmente fue Damien Rice. Le hablé de sus canciones hipersensibles y desgarradoras y de cómo desapareció durante unos años tras romper con su pareja, la cantante Lisa Hannigan. A Mar le fascinó la historia de su huida a Islandia, donde Damien se refugió abatido por la tristeza de perder a Lisa y cansado de la fama. En la gran isla, le conté, compuso su último disco, *My Favourite Faded Fantasy*. Me dijo que ella también debería hacer algo así: dejarlo todo y marcharse a Islandia, donde, me aseguró, abriría una librería. Las ideas disparatadas iban con ella. Y a mí, entonces, el disparate me atraía.

En apenas unas semanas fue como si nos conociésemos desde el instituto, buscándonos a la salida de clase para ir a casa. Yo le descubrí un simple músico y ella me descubrió cafeterías, libros y nuevas formas de mirar y, sobre todo, me mostró un mundo interior frágil, que vibraba con lo bello y lo insólito. Un día se puso a jugar con un niño en la calle y, observándola, parecía que su universo estuviese construido de los mismos condimentos ilusionantes del pequeño. Era como si sus ojos siempre vieran el mundo por primera vez, incluso cuando contaba cómo algunos problemas familiares le afectaban mucho o cómo había puesto fin a una relación con un novio que tenía en Dublín. Ella supo de mi nube seca sobre la cabeza, del hundimiento lento al que estaba sometiendo mi vida, de toda esa sensación amarga que arrastraba sin saber por qué desde hacía un año o más y de todas las canciones que habían sonado durante tanto tiempo y de todas las que habían dejado de sonar. Me animó a hacer un viaje con Rosa, los dos solos, como si volviésemos a nuestros primeros días. Mar no solo daba buenos consejos, sino

que además escuchaba con atención cada palabra, como si hiciese suyas cada una de ellas, clavando su mirada en mí sin distraerse ni interrumpir. A veces, sus ojos de miel parecían interactuar con la conversación, adoptando visos distintos según el tono y el contenido de lo que contaba, pero nunca resplandecían con tanta intensidad como cuando hablábamos de música. Apoyaba la cara en una de sus manos y atendía como si se estuviese imaginando una fábula en relación a esa música. Una mañana se subió al coche y me dijo que saldría conmigo del *parking* hasta la calle mientras escuchaba lo que llevaba en el reproductor de discos. Le hacía gracia sorprenderse con la música que llevaba ya seleccionada en el coche. Dentro estaba el nuevo álbum de Coque Malla y subió el volumen para poder oír lo que le dio tiempo de «Pétalos, sonrisas y desastres». Antes de bajarse del coche, se lo quise regalar, pero no lo aceptó. Dijo que se lo compraría por mí. A los pocos días, me escribió un mensaje asegurando que cuando escuchaba «El último hombre en la Tierra», la canción que daba título al álbum, se imaginaba como una trapecista en el aire. Me gustó. El trapecio era un buen lugar para imaginarse la vida cuando el amor fallaba.

Mar era un río de imaginación. Decía que le venía de las historias que le contaba su abuelo, que había sido marinero y se sentaba con ella cuando era niña para narrarle todo tipo de peripecias, pero en aquellos días también la ejercitaba en las clases de interpretación a las que acudía en un teatro de Lavapiés. Usaba la música como trampolín mental para meterse en los personajes, algunos de ellos improvisados. Caminando un día por La Latina, le pedí que hiciese de novia enfadada y, como si se transformase en un camerino, giró sobre sí misma y empezó a echarme una bronca en mitad de la calle que casi me la creí. Un tipo que pasó a nuestro lado me miró con condescendencia convencido de que lo que hubiera hecho había sido tan grave como para que mi pareja me diese esos gritos incontrolados en el cruce de la Colegiata. Yo estuve a punto de pedir perdón hasta que ella soltó una carcajada. Fue la única vez que estuvimos cerca de una discusión. Nuestra relación guardaba un clima exquisito, fluía ligera y confortable, como conjurada por el soplo sinfónico del disco de Coque Malla, que ya nos unía.

No pude evitar asociar *El último hombre en la Tierra* a los días en los que conocí íntimamente a Mar. Más aún cuando por aquella época

el propio Coque Malla me comentó su necesidad de buscar un clima en su disco y se refirió a las canciones como «fantasías». Le fui a ver a su casa en la sierra de El Escorial. Me recibió en un jardín repleto de hojas secas. Al cruzar sus puertas metálicas, una cruz de piedra con aire medieval quedaba en el lado izquierdo de la parcela rodeada de pinares y enebros. Charlamos en su cocina desde la que se podía ver una habitación presidida por un piano. Sus gatos Lula y Carlo se paseaban entre los muebles mientras Coque me hablaba de lo importante que era para él conseguir un clima en los álbumes. *El último hombre en la Tierra* poseía un clima elegante, evocador, como si de su interior floreciese una primavera sentimental tras un largo invierno. «Trabajo con las emociones, pero, desde el subconsciente, sé que estoy escribiendo una fantasía», señaló después de preparar un poco de té. Me gustó especialmente cuando terminó definiendo las canciones como «cuentecitos». Cuando regresé a Madrid, esa palabra se repitió en mi cabeza como un recordatorio inesperado. No podía ser de otra manera cuando, al fin y al cabo, después de tantos «cuentecitos» escuchados desde la niñez, yo era una persona que, ya adulta, casada y con un hijo, necesitaba otro «cuentecito» que me ligase a una especie de alegría nueva e incipiente. A una alegría desconocida. Cuando a Mar se lo conté desayunando, dijo que se apropiaría de esta definición de Coque para siempre. Las canciones iban a ser cuentos desde entonces.

Uno de esos cuentos brotó entre Mar y yo y marcó nuestra singladura. Fue «Tom Traubert's Blues (Four Sheets to the Wind in Copenhagen)», de Tom Waits. Me encontraba en Nueva York para entrevistar a Jackson Browne y la primera noche acabé paseando por el puente de Brooklyn, como hacía siempre que llegaba a Manhattan desde que había ido a estudiar a aquella ciudad a los veintidós años. A mitad de ese trayecto elevado que une las dos orillas del río East, le mandé a Rosa una fotografía de Manhattan en plena sobredosis nocturna. El *skyline* centelleaba impasible ante los avatares emocionales del resto del planeta. Me sentí diminuto y acabado en el lugar del mundo que más me había proyectado hacia el futuro. Tras darle varias vueltas, decidí también mandarle a Mar la misma foto que a Rosa, pero acompañada de la música de Tom Waits y de un mensaje de agradecimiento por su amistad en un periodo complicado. Al día siguiente, me contestó con un cariñoso texto y, ya por la noche, vi que también compartió la canción en su

Facebook con un mensaje que decía que le bastaba cerrar las persianas, tumbarse sobre la cama y escuchar «Tom Traubert's Blues» para soñar una gran aventura. Me gustó saber que Tom Waits también podía cantarle a ella, aunque, de alguna extraña manera, esa canción, con su melodía noctámbula y su voz errabunda, captaba mi desastrosa situación, de persona lamentándose de sí misma mientras buscaba una salida de emergencia a su matrimonio.

«Tom Traubert's Blues (Four Sheets to the Wind in Copenhagen)» cuenta la historia de un hombre atrapado y sin blanca en una tierra extranjera donde nadie habla su idioma y «todo está roto». Al oír su sinfonía de cuerdas y su piano llorón, Traubert se antoja un personaje simpático, al que podrías acoger en tu casa una noche de lluvia, pero es evidente que habita un infierno creado por él mismo. Un infierno que consiste en no llegar nunca a casa porque se gasta todo el dinero que tiene en beber. El propio Waits reconoció en su día que el personaje nació después de visitar los bajos fondos de Los Ángeles. Para hallar la inspiración para esta canción, el músico pasó una noche entera sentado en la esquina de la Quinta con Main Street, una zona marginal del centro de Los Ángeles que también usó para la canción «On the Nickel» y donde los Doors fueron fotografiados para la cubierta de su álbum *Morrison Hotel*. Bones Howe, productor de aquel trabajo y mano derecha de Waits en los setenta, contó que se acostumbró en la época de grabación de *Small Change* a que el teléfono de su casa sonase pasada la medianoche y fuera Tom Waits comentándole cosas de sus canciones. Tom era un animal nocturno al que la cabeza le giraba a todas horas con las historias de sus composiciones. «Me llamó y me habló maravillas de esta futura canción», explicó Bowes. «Me dijo que necesitaba de verdad pasar un tiempo en los barrios bajos porque buscaba estímulos para componer. Y que todos esos tipos de allí tenían una historia». En una entrevista posterior, Waits dio más detalles al respecto: «Me cogí el autobús, busqué un supermercado, compré una botella de *bourbon*, la metí en una bolsa de papel marrón, me acuclillé en mitad de la calle y me puse a hablar con todo el que pasaba. Luego me fui a casa, vomité y escribí «Tom Traubert's Blues».

Aquella noche de documentalista borracho fue la génesis de «Tom

Traubert's Blues», pero hubo más. La composición estuvo en sus apuntes durante una temporada. Un breve viaje a Dinamarca orientó la creación hacia otra dirección. Tanto fue así que llevó a Waits a añadirle el subtítulo de «Four Sheets to the Wind in Copenhagen». En 1976, Tom pasó unas semanas en Londres, donde bebió mucho y acabó harto de casi todo, pero sacó bastante material para componer las canciones de *Small Change.* En ese tiempo, fue a Copenhague para participar en un programa televisivo. Allí le presentaron a una hermosa cantante llamada Mathilde Bondo. Entre bambalinas, hicieron buenas migas y Bondo se brindó a mostrarle la cara más sórdida de la capital danesa. En mitad de la juerga nocturna, Bondo tocó al violín varios valses para Tom y este quedó maravillado por el carácter libre y desenfadado de la chica. Fue una especie de flechazo. De regreso a Los Ángeles, Waits decidió incluir un nuevo pasaje musical en «Tom Traubert's Blues». Era la popular canción australiana «Watzing Matilda», que el músico conocía por un disco de su padre: «Streets I Have Walked», de Harry Belafonte. Bondo, a la que ya no volvió a ver, quedó amalgamada a ese pasaje donde la letra esconde un juego de palabras fabuloso. Literalmente, el estribillo significaría «bailar un vals con Matilda», pero, cuando se compuso a finales del siglo xix, el lenguaje rural australiano daba un significado distinto y muy poco conocido a esos versos que, derivados de antiguos términos alemanes, realmente querían decir «vagabundear». Por tanto, para el folclore de entonces, la canción hablaba de esa sensación que nace al viajar con un simple atado, con todas las pertenencias envueltas en una manta. Con su melancolía hiriente, «Tom Traubert's Blues (Four Sheets to the Wind in Copenhagen)» juega con el significado de bailar y vagabundear. El oyente podría elegir cualquiera de las dos ideas, incluso, a veces, se podría decir que las dos funcionan al mismo tiempo. Porque ese vals de Tom Waits con Mathilde Bondo en el latido furtivo de la noche danesa era un modo poético de vagabundear para un hombre que se sentía perdido.

Algo así me pasaba aquellos días con Mar. Su compañía era una melodía que no podía dejar de escuchar. Me veía como un transeúnte sin dirección, incapaz de tomar una decisión sobre mi propio destino, pero quedaba con ella y algo se movía. Pasamos de compartir nuestros desayunos a vernos también algunas tardes, sustituyendo de esta manera los cafés por vinos. Ambos vivíamos en

Lavapiés y regresábamos paseando por Sol, La Latina o el Barrio de las Letras. Nunca cogíamos el mismo camino. A ella le gustaba improvisar, hallar trayectos nuevos y pararse en rincones de Madrid que desconocía, observándolos con atención e imaginando historias que, según comentaba, irían a un libro de cuentos que deseaba escribir. Siempre había algo que deseaba hacer. Una noche serpenteamos por la Cava Baja hasta acabar en una callejuela al lado de un edificio antiguo, medio en ruinas. Me pidió que me sentara con ella en las escaleras, en mitad de la calle, al lado de un bar repleto de gente. La luz del local caía sobre nuestras cabezas mientras leyó un poema de Ángel González titulado *Canción de invierno y de verano*. «Te lo regalo», dijo. «Será nuestro secreto», sentenció con los ojos chisporroteantes. Luego, se inventó todo un relato de un matrimonio de ancianos que había vivido en ese edificio. Cuando acabó, me pidió que pusiese la última canción que había escuchado en mi móvil y salió *My Lighthouse*, de Villagers, una banda irlandesa que acababa de sacar un nuevo disco y cuyo folk delicado podía amansar a las fieras. Le pareció perfecta, como una señal del destino. Días después, le regalé el álbum y me lo agradeció con un abrazo desatado y cálido, tan propio de ella. Se titulaba *Where Have You Been All My Life?* y soltó que era el mejor título de disco que había visto nunca.

Otra noche coincidimos en un concierto en la sala Galileo y a la salida se vino conmigo en el coche. Me hizo parar a la altura del templo de Debod para ir hasta su terraza a contemplar las vistas. Había una quietud acogedora en el parque y la parte de la ciudad que quedaba al descubierto desde las alturas recordaba, a la luz de la luna, al boceto de un cuadro, con sus trazos marcados pero no definidos. Mar me contó que estaba bastante afectada por sus problemas familiares. Necesitaba hablar. Sus padres y sus hermanos vivían fuera de Madrid y apenas los veía. No lo llevaba bien. Incluso echaba de menos a su abuelo, que había muerto poco antes de que yo la conociera. Tampoco llevaba bien su trabajo. Empezaba a estar desesperada ante las dificultades de sobrevivir de *freelance* en una ciudad como Madrid, que no hacía más que encarecerse mientras en la profesión se pagaba cada día peor y se ninguneaba más a los jóvenes. Me sorprendió saber que una persona con un júbilo tan contagioso como ella guardase tanto abatimiento. Mar alegraba mis horas muertas y ni siquiera sabía que, a veces, se

encerraba en su pequeña azotea de Lavapiés y no se comunicaba con nadie. Escuchaba discos y escribía notas sueltas en cuadernos. Pude reconocerme en sus palabras, aunque yo era bastante más caótico que ella: había dejado de escribir y me limitaba a rendir en un puesto de trabajo seguro mientras era un padre de familia. Sentados en los podios de piedra junto al estanque del templo, me preguntó qué cambiaría de mi vida si pudiese elegir una cosa. Nunca temía preguntar, tenía ese privilegio. Tras pensarlo unos segundos, contesté que no morderme las uñas cuando estaba agobiado, básicamente porque siempre vivía agobiado con el trabajo. Luego dije que eso era una tontería y que cambiaría mi despiste crónico, que me llevaba a no encontrar nunca las llaves de casa. Cualquiera de las dos respuestas confirmó mi inigualable capacidad para convertirme en un ser superlativamente torpe en los buenos momentos. Mar no me lo tuvo en cuenta. Sentado junto a ella, no supe confesar que, incapaz de saber qué cosas podría cambiar para sentirme más conectado a todo y a todos, me cambiaría a mí. Yo era el elemento que fallaba en la ecuación de mi vida. Al volver al coche, caminó por el empedrado que bordeaba el estanque, dejando a sus espaldas el templo de Debod iluminado y elevándose unos pies del suelo. Adquirió un aire de faraona con su mirada penetrante y sus labios de rojo furioso. Pude verla tal como era: una faraona con alma de niña. Esa era Mar, que, después de mirarme como si pudiese ver todo lo que callaba por dentro y de despedirse con otro de sus abrazos, me mandó al móvil la canción «My Lighthouse», acompañada de un mensaje en el que reconocía que cada día se sentía más unida a mí. «Cuando nos juntamos el mundo desaparece», escribió. Podía ser, pero lo que desapareció esa noche fue la pintura del frontal de mi coche al chocarlo contra una jardinera cuando leía su mensaje mientras aparcaba.

Como en esas canciones de Villagers, Damien Rice o Tom Waits, había un mundo que desaparecía, pero también otro, pequeño y exclusivo, que se convertía en una especie de confidente emocional. Ese nuevo mundo lo empezaba a construir Mar. Yo solía hablar por teléfono con Toni para comentarle mis miedos con respecto a mi crisis sentimental y la posibilidad de romper una relación tan larga y querida, pero con Mar encontraba un respaldo distinto. Sentía que era como una muleta en la que apoyarme para seguir caminando cuando apenas tenía fuerzas para estar de pie. Endeble y temeroso,

yo no sabía salir de mi bloqueo mental. No encontraba ningún motivo para volver a ilusionarme con mi matrimonio, pero tampoco ningún atisbo de esperanza fuera de él. Todas las opciones eran malas y ninguna era peor que chocarse cada día, cada noche, cada duermevela, con el muro de mi mente desactivada. Con su calidez y espontaneidad, Mar trastocó mi cableado, removió los hilos huérfanos y encendió una chispa mientras la música se colaba entre nosotros. No solo porque yo oía canciones en mi cabeza cuando paseaba con ella, sino también porque coincidíamos en conciertos que nos atravesaban, como el de Patti Smith. Esa noche acabamos bebiendo *gin-tonics* y, al despedirse en la plaza de Lavapiés, solo me dijo que ojalá supiese hacer lo correcto con mi vida y ser feliz. Me asustó pensar que me había convertido en un ser tan consumido a los ojos de ella.

A veces pensaba que sabía qué era lo correcto y otras, la mayoría, no pensaba nada. Simplemente me dejaba llevar por un impulso ciego, como un sediento que busca un oasis en mitad del desierto. Sabía que nuestra amistad se movía en el filo, pero me daba igual. Oír decir a Mar, con toda naturalidad y gracia, que era sexualmente muy activa, era escuchar a Debbie Harry cantándote travesuras al oído. Resistirme a ese canto era verme a mí mismo más ridículo de lo que ya me veía. Esa dulzura penetrante, clavada en dos simples movimientos, me vencía con su posterior silencio conquistador. Su mirada a veces se quedaba suspendida, observándome, descifrándome, preguntándose con una sonrisita. A lo mejor buscaba una urgencia, ver a través del fuego, o solo era su forma de agarrarme a ella, como cuando las puntas de sus dedos rozaban el vello de mi brazo antes de ponerse a jugar con mis pulseras. Son todas bonitas, decía, me gusta que los chicos lleven pulseras y pendientes, me gusta que me cuentes más cosas de ti. Con esos mismos dedos se colocaba el pelo que le caía por el lateral, una cortinilla morena y seductora, que recogía con un gesto automático, lento y fino, mil veces ejecutado y que mil veces me prendía. En cada intrascendencia había hermosura. Y con la primavera, los hombros al aire y la piel liberada, todo su cuerpo gozoso, de un perfume más intenso, transmitía una energía terrenal que lo abarcaba todo. Fijarse en los trazos de un conjunto tan bien rematado era contemplar Il Duomo de Milán en un día de sol radiante.

Me levantaba cada día dentro de una relación en la que sentía que la sangre no me corría por las venas y la sola posibilidad de cortarme en cualquier otro lado me seducía tanto que no medía las consecuencias. Después de tanto, reconocí mi sangre, esa herida abierta que poco a poco se había hecho más grande, durante un viaje de trabajo a Ibiza en verano. Descubrí un disco que me ayudaba a evadirme de todo, incluido yo mismo. Era *Music and Dreams* de Robert Lester Folsom, un músico maldito que acababa de conocer y que me tenía fascinado. En aquel viaje lo escuché sin pausa. Tuve la mañana libre antes de coger el avión de regreso y la dediqué a pasear por una playa atestada de guiris borrachos y enrojecidos. Una canción me volteaba: «Biding My Time». Al encontrar un lugar poco transitado, me quedé con los pies descalzos y mojados en la arena mirando la espuma de las olas brillar como en una ensoñación. El quimérico aroma de folk-soul de «Biding My Time» me abrazó como una brisa y fui consciente de toda mi sangre derramada, como si hubiese tenido que llegar hasta el mar y encontrar un rincón alejado de Madrid y de todo, para ver el corte. En ese instante, cuando la voz mansa de ese desconocido llamado Robert Lester Folsom se cristalizaba con el mar, se me removió el cuerpo y me vine abajo, abatido definitivamente, sabiendo que no podía seguir más tiempo sosteniendo mi vida con los dientes, mordiéndola casi por obligación. Rosa no se lo merecía.

Una vez más, a la psicóloga le he ahorrado todo el tema de las canciones. Cuando me pongo hablar con ella, guiado por sus comentarios, no me sale explicarle las cosas como realmente sucedieron, movido por acordes y letras que me perseguían en esos días, como me persiguen ahora. Canciones que estuvieron presentes en mi relación con Rosa, pero también en la que surgió con Mar. Esta última estaba condicionada por mi matrimonio, pero también por la propia vida de ella. Al empezar el verano, me contó que estaba conociendo a un chico, alguien que, según sus palabras, se lo había trabajado mucho para que volviese a apostar por estar con otra persona. No me sorprendió, pero tampoco salté de alegría. Era evidente que estaba rodeada de pretendientes y alguno terminaría por interesarle. Aquello me hizo pensar profundamente en que yo no estaba más que trabajando en mi propia lástima, como el desgraciado de Tom Traubert, que pedía que lo «apuñalasen», pero al que solo le «rasgaban la ropa». Y yo ni siquiera daba para

protagonista de una canción de Tom Waits. Cierto que ya estaba dispuesto a afrontar mi vida. Pero una cosa era querer cambiar una situación y otra empezar a cambiarla.

La psicóloga seguro que tenía alguna definición para ese estado mental en el que se sabe lo que hay que hacer, pero no se hace. Cuando ese pensamiento ya te ha vencido, pero justo después llega el tiempo de dar el paso adelante, de tomar la decisión, de poner fecha y hora a la detonación. Nunca supe cuánto duró esa transición. ¿Una semana? ¿Dos? ¿Un mes? ¿Más? No lo supe y lo sigo sin saber. En el verano, cuando todo el mundo estaba feliz por sus vacaciones, yo estaba en esa transición. Puede que hubiese comenzado antes. Lo que es seguro es que sabía que estaba ahí y era como sufrir un cortocircuito en la cabeza, uno en el que se me quemaron los fusibles, entre la pena y el odio, entre la renuncia y el deseo. Y, mientras tanto, como diría Tom Waits, andaba por un lado y por otro con las ropas rasgadas, sin haber sido apuñalado, pero como si hubiera pasado a la vista de todos. Era un estado de guerra interna, de demacración personal, en el que no me aguantaba ni aguantaba a casi nadie. Con su elegancia afligida, Mar era una de las excepciones.

¿Fue por eso que se coló tantísimo en mi vida? Ni idea. *A priori*, he acudido a esta consulta para tratar el tema de mi relación con Rosa, pero el nombre de Mar no se ha ido de la habitación. La psicóloga se ha ajustado sus gafas cuando le explicaba que en agosto mi amiga me pilló en ese cortocircuito cuando ella también parecía estar con sus fusibles en llamas. Coincidimos en un festival y fuimos como dos polos de corriente continua. Si no hubiésemos estado hablando por mensaje las semanas anteriores o si ella se hubiese quedado con sus amigas en vez de venirse conmigo la primera noche del festival, o si yo no hubiese bebido tanto después de haber buscado señales en los conciertos para saber por dónde tirar en el cruce de locos en el que me hallaba, o si ella no me hubiese acompañado al hotel, entonces, tal vez, no lo sé, el nombre de Mar no estaría en esta consulta rebotando como una mariposa contra el cristal de la ventana. Y quizá yo tampoco lo estaría.

Aseguran los historiadores que siempre hay un hecho que modifica el sentido de las cosas, un acontecimiento que influye

definitivamente en la coyuntura. La historia está repleta de ejemplos: el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria en Sarajevo en el comienzo de la Primera Guerra Mundial, la caída del muro de Berlín en el fin de la Guerra Fría, la publicación del primer disco de Elvis Presley en el nacimiento del rock'n'roll o el día que Bob Dylan dio a probar su primer porro a los Beatles para que la segunda mitad del siglo xx fuera más divertida que todos los siglos anteriores juntos. El acontecimiento en mi historia con Mar sucedió aquella primera noche cuando nos detuvimos en la primera planta de aquel hotel, donde había un salón social lleno de antigüedades que recreaban, como dijo ella, la estancia de un castillo. Iba borracho y estábamos a oscuras, entre armaduras, mapas y un globo terráqueo de madera. Ella también había bebido, pero no tanto o, al menos, eso pensaba yo, porque tiraba de mi mano como si fuera un niño perdido en medio de la nada y me daba confianza. Cuando nos sentamos en el sofá, me pidió poner música en el móvil. Yo solo buscaba no tropezarme ni hacer el imbécil, evitando parecer un adolescente con su primer pedo. De un modo automático con el que me sorprendí a mí mismo, busqué «Tom Traubert's Blues (Four Sheets to the Wind in Copenhagen)». Al oír sus primeros acordes, Mar se acercó a mí como una luciérnaga. Hubiese preferido que se hubiera lanzado a comerme la boca, que me hubiera empujado contra el sofá como si fuera nuestro último día en la Tierra, que hubiera desplegado todo su instinto animal, esa sexualidad volcánica que desprendía y de la que ella era bien consciente, o que hubiésemos acabado salvajemente tirados por el suelo, arrancándonos la ropa, impulsados por el deseo, golpeándonos contra trastos del pasado y lamiéndonos nuestras heridas, antes que abrazarme como me abrazó. Antes que, apoyando su cabeza en mi pecho y rodeándome la cintura con los brazos, estrecharme con una intensidad tan sincera y desgarradora que, en pleno incendio, sentí cómo me quemaban aquellas palabras que me había escrito un par de meses: el mundo volvió a desaparecer porque estábamos juntos. Al menos antes, el mío, tan desgastado, se paró ahí, en su abrazo, atravesando la médula. Con Tom Waits cantando en la oscuridad, el resto del planeta se esfumó. Ese abrazo llegó en plena batalla sin tregua conmigo mismo e inundó todo de una paz definitiva, imponiendo armonía allí donde había masacre. Ni saciando esos instintos primarios hubiese encontrado un estado tan superior de calma, esa calma que me

llevaba meses faltando, tantos meses como años, tanto tiempo que ya no sabía quién era. Mar me agarró más fuerte, como si fuera a caerme por un acantilado, y, de repente, supe todo lo que los dos guardábamos el uno del otro cuando susurró que no podía separarse de mí. Susurró palabras que realmente no llegué a entender de principio a fin, pero eran dolidas y agradecidas, con una prontitud urgente, mientras yo solo atiné a acariciarle el pelo y a pensar que me hubiese gustado decir las mismas palabras si no fuera porque ya no me fiaba de mi voz. De esa forma, nos quedamos dormidos, como vagabundos en la noche, y pudimos estar cinco minutos o dos horas hasta que ella me despertó, me levantó y, con una calma dramática y una mirada furiosamente dulce, me dejó a tientas en la habitación y se fue como un centelleo.

¿Qué detalles se supone que debía contarle a la psicóloga? ¿Los de esa noche, en la que mi estado catastrófico podría haberme llevado a inventar casi todo lo que pasó? ¿O los de la noche siguiente, cuando todavía intentaba descifrar las horas anteriores, toda esa placidez insólita y arrasadora? Ella me escribió un mensaje para verse conmigo, pero yo desaparecí. ¿Qué debía explicar en aquella consulta? ¿Cómo me sentí? ¿Cómo llegué hasta ahí, hasta esa noche del castillo de cartón piedra, idealizada estúpidamente por alguien que tenía el cerebro ya demasiado abollado por la música, el alcohol, la tristeza y la culpa? Todo lo que dijese no tendría ningún valor si no explicaba cómo esa noche de sábado en el festival, un par de horas después de ver a Mar con aquel chico, el concierto de Cooper estalló como un cometa en el firmamento. Fue como si Alex Cooper y su banda, engrasada como un cohete, me estuviesen esperando, conociesen cómo, después de tanto tiempo, había llegado hasta ese día con mi timón destrozado y mis fuerzas por los suelos. Fue como si ese concierto fuera el lugar sagrado donde tenía que prender todo. Su actuación fue toda una reivindicación de música efusiva y radiante, de ese horizonte sonoro que busca con alegría a The Jam y The Kinks, pero también fue una fiesta sin paliativos, como una hoguera en la playa en una noche de verano loca. Y yo, aturdido, brinqué por el fuego hasta perder el conocimiento. Dicen que cuando te mueres ves pasar tu vida, pero yo la vi pasar en aquel concierto. Vi pasar mi vida sentimental durante «Luces rojas», la canción de Los Flechazos que tocaron con la sección de vientos revolucionada, el grupo en plena cilindrada y

Alex disparado y prendiéndolo todo. Lo prendí con él ante la mirada sorprendida de la gente que me rodeaba y que debió preguntarse por el tipo de droga que me había metido. Prendí esa vida sentimental que vi pasar como un bonito barco que salió del mejor puerto con Rosa y acabó hundido en mitad del mar. Botando, dando palmas y cantando extasiado abracé el fuego desde el mismo instante que Alex y los coristas se arrancaron con ese grito inicial de «¡papapararapa-papaaaa!», que tanto repiten en la canción. «¡Papa-pararapa-papapaaaa!». Una y otra vez. Una de esas onomatopeyas del pop que son como retazos de estados de ánimo recónditos, como inigualables trucos para explicar la complejidad del ser humano. Onomatopeyas con las que quemar las zapatillas, cerrar los ojos y apretar los puños. Onomatopeyas que dicen lo que no dicen ni las palabras pensadas ni los pensamientos elaborados y con las que bien vale la pena empapelar una existencia porque son el último recurso para combatir el silencio. «¡Papa-pararapa-papapaaaa!». Me agarré a ese «¡papa-pararapa-papaaaa!» como si me subiese a un cometa, cantando con fuerza el verso: «Sé que el mundo es así, pero también sé que no es para mí».

A la psicóloga no le he comentado nada sobre ese cometa ni de mi estado de demencia transitoria durante ese concierto. No le he dicho nada de cómo en lo que restó del verano, cuando en Calpe le dije por primera vez a Rosa que pensaba que habíamos llegado al fin de nuestra larga relación, me inyecté en vena las canciones de Cooper y Los Flechazos, consiguiendo desenterrarme con su pop pluscuamperfecto por unos minutos de mi tristeza. De cómo «Biding My Time» de Robert Lester Folsom me sacaba de mí mismo y me llevaba a ese otro lugar impensable donde flotaba en un océano de paz. Un océano como en el que me sumergí sin medir las consecuencias con Mar. No le he dicho nada de que, si tenía que empezar hablando de Mar, lo correcto sería explicarle antes qué sensaciones me invadían cuando escuchaba «Tom Traubert's Blues (Four Sheets to the Wind in Copenhagen)». De cómo al sonar la canción de Tom Waits entraba como en el cuento de mi propia vida. Un cuento en el que, ya separado y viviendo solo, cerraba los bares de Madrid o ponía canciones a todo volumen en un piso que, con decenas de discos en pilas desordenadas y latas de cerveza vacías por el suelo, bien podría ser el del propio Tom Waits cuando se fue a vivir al motel Tropicana. Tal y como contaba un amigo del

músico, la habitación de Waits era «una representación de su estado de ánimo», repleto de objetos apilados y caos. En una ocasión, el amigo abrió la nevera para sacar una cerveza y solo encontró «un martillo, un bote de corazones de alcachofa, un tique de aparcamiento y un tubo de pegamento». El panorama no era muy distinto al de mi piso. El otro día vino a comer el Jipi y, cuando abrió la nevera, solo vio unas latas de cerveza, un par de salchichas agonizando en su envase de plástico y dos cedés que me había dejado dentro. El Jipi había venido dispuesto a cocinar y me hizo darme cuenta de que no tenía horno después de tres meses viviendo allí. No lo había echado en falta. El piso se había convertido en una especie de búnker musical, donde lo único que me importaba era escuchar canciones. Solamente cuando venía Alejandro lo recogía para que no pareciera Normandía después del desembarco.

Antes de irme de la consulta, la psicóloga ha lanzado una frase como si tirara una cuerda con la que no dejarme escapar: «Estás aquí para sobrellevar tu separación con Rosa, pero el asunto de Mar también es importante». No podía negar que no lo fuera, así que me he limitado a decir: «Supongo que sí». Ella ha cerrado su cuaderno, ha dejado el bolígrafo en la mesa y, todavía sentada, ha apuntado: «Seguiremos con eso en la próxima sesión». Le he dado las gracias y me he ido pensando en cómo se seguía con eso una semana después. Al llegar al coche, me ha venido a la cabeza que el último mensaje que escribí a Mar por iniciativa propia fue en Nochebuena, cuando me encontraba tan jodidamente nostálgico que, al felicitarle la Navidad, acabé mandándole «That Lucky Old Sun», una canción cantada por Aretha Franklin que siempre me acogía. Luego, puse una y otra vez «Workingman's Blues #2» hasta que un espectro de Bob Dylan se sentó a mi lado en el coche, mirándome como se mira a una estatua de sal. Quizá esperó a que arrancara y huyera lejos, como se hace en tantas canciones. Cuando en mitad de la sesión la psicóloga me ha preguntado si definiría como amor lo que sentía por Mar, le he contestado con un simple: «Sí, claro». Pasa a todas horas a lo largo y ancho del planeta. Te acercas a alguien, alguien se acerca a ti y una medianoche cualquiera caminas solo hacia casa pensando cómo os habéis enredado tanto para no poder separaros. De ahí tantas canciones escritas y bares abiertos. Iba a dejarlo ahí, pero he vuelto a citar a un músico, sin importarme si estoy pirado perdido. He dicho que, a estas alturas, cuando se trata de amor, me

siento plenamente identificado con una frase de Tom Waits. Y, con bastante resignación, la he pronunciado como recordaba que la dijo él: «Llevo un águila tatuada en el pecho. Solo que en este cuerpo parece un petirrojo».

«That Lucky Old Sun»

Aretha Franklin

No sé si está sirviendo de mucho asistir a las sesiones con la psicóloga. Nada de lo que hablamos es tan importante como encontrar un vinilo cuando lo necesito. Qué desesperación cuando el domingo quería llorar gustosamente con *Coles Corner* de Richard Hawley y no daba con él. Creo que, en realidad, hasta que no tenga ordenados los discos no tendré ordenada mi vida. Debería decírselo a ella. Por mucho que hablemos en la consulta, no conseguiré ninguna armonía espiritual hasta que no vuelva a tener mi colección perfectamente ordenada, como sucedió tiempo atrás. Cuando nos fuimos a vivir a la otra casa, al año de nacer Alejandro, la tuve destartalada. Intenté corregirlo, pero siempre tenía otras ocupaciones que se interponían. Y la cosa fue a peor: cuando Alejandro hizo dos años, se divirtió durante meses sacando los álbumes de las baldas inferiores y tirándolos por el suelo. Fue la primera vez que pensé en desheredarlo. Decidí no agobiarme demasiado con el asunto durante un tiempo, pero se complicó del todo: mientras se desordenaban los que ya estaban más o menos colocados, cada semana traía de la redacción otro puñado más y los iba apilando donde mejor podía. Acabó reinando el desconcierto. Cuando me vine al piso, ya metí todos como cayeron en las cajas, tal que trastos para una cacharrería. Ahora vivo en el caos. Mi colección de discos es camino retorcido para llegar de la a a la z. Un laberinto entre el folk y el *rhythm and blues.*

Tengo una máxima, casi un axioma: dime cómo ordenas tus discos y te diré cómo eres. Según eso, yo soy un maldito desastre. Creo que eso habla más por uno mismo que los horóscopos. A mi madre le gustaba creer en los horóscopos y con solo decir si eras aries o virgo, más el ascendente, ya podía trazar unas cuantas líneas de la personalidad de cualquiera. Nunca fallaba. Supongo que lo hacía por divertirse. A estas alturas, yo creo que puedo definir a alguien solo por la música que escucha y por cómo ordena sus álbumes. El signo y el ascendente. Mi colección siempre ha seguido el orden alfabético por el nombre y no por el apellido. De tal forma que Bob

Dylan está en la b y no en la d. O sea, que en la a están todos los artistas cuyo nombre empieza por a, con independencia de su género musical. Después, los distribuyo por música nacional e internacional. Conozco a gente que distribuye los álbumes por géneros musicales, y luego los ordena por nombre, lo que más se ajusta a la mayoría de las tiendas. Viti en su casa tenía puestos hasta letreritos con estilos musicales que se veían desde el otro lado del salón. Hay casos de todo tipo: personas que ordenan sus discos por fecha de publicación, por orden de adquisición o por preferencias personales como los gustos o los recuerdos. Esto último me parece una locura. ¿Quién pelotas ordena sus discos por recuerdos? Imagino que, si tienes quince discos en tu colección, podrías hacerlo. ¿Pero qué haces cuando tienes cientos o incluso miles? Si yo tuviese que ordenar mi colección por recuerdos, debería ser un ordenador de memoria avanzada y no el tipo que esta semana echó a lavar su jersey de lana favorito en un programa caliente y se le ha encogido tanto que ahora le vale a su hijo.

Los vinilos son importantes. Los vinilos son muy importantes para mí. Me dan paz. Hay toda una ceremonia en acercarse a lo que Toni llama el oro negro. Cuando se escucha un vinilo hay que dedicarle el tiempo que merece, todo ese tiempo para el que fue concebido. Abrirse una birra, ponerse un *whisky*, enchufarse un buen porro… Hay que rodearse de buena compañía. Adoro el rito de sacar el disco de la funda casi sin tocarlo, colocarlo en el plato con la misma delicadeza con la que se deja una porcelana en una vitrina y mover la aguja con mimo hasta el surco. El ruidito de la aguja al contactar sobre el vinilo en movimiento despierta siempre un instante de satisfacción superior, como si en ese escaso segundo sonoro, se alcanzase una lógica matemática del universo. Es un sonido tan peculiar y único como el que produce abrir un viejo cofre. Dentro espera algo mejor que fuera.

Debería hablar con la psicóloga de este fetichismo emocional, pero de qué serviría. No me veo dando detalles tan personales, como no me veo hablando de Mar ni de casi nada en esa habitación que, a veces, me parece como el decorado de un laboratorio. Me da por imaginar que, al otro lado de la pared, hay todo un equipo de personas trabajando sobre mis palabras, mis gestos y mis reacciones para saber cómo llegar luego a consumidores potenciales, como en

ese capítulo de *Los Simpson* que cocinan estudios de mercado en las aulas del colegio de Bart y Lisa. La psicóloga con su libreta y su bolígrafo es solo el intermediario que me incita a explicar situaciones y emociones para que ella y la corporación a la que pertenece sepan más adelante qué discos, películas o libros venderme. Si me pusiese a largar sobre todo lo que pienso de las canciones y mi vida o de la vida y mis canciones, no dudo de que podrían hacer conmigo lo que les diese la gana. Llevo desde la pubertad consumiendo música y posiblemente no ha hecho más que complicarme la existencia. Y también trastocarme la agenda. Estos días intento decidir si comprarme una entrada para ver a Tom Petty en Londres. Una vez más, tampoco viene a España. Pienso que si él no viene a verme tendría que ir yo, pero si no he comprado la entrada no es tanto por su precio desorbitado sino porque ese fin de semana de julio coincide con más de un festival importante y me tocará cubrir alguno. No creo que pueda librarme, pero es el puto Tom Petty. ¿Sabrá esta mujer que tantas notas toma en cada sesión quién es?

Rosa me miraría con incredulidad al oírme decir que quiero irme hasta Londres a ver a Tom Petty y por el camino dejarme medio sueldo. A Mar, en cambio, se le iluminarían los ojos y el arrebato le parecería una buena idea. Así son de diferentes, aunque también es verdad que vienen de situaciones distintas. Nunca sabré cómo hubiese sido conocer a Rosa en las circunstancias en las que me topé con Mar: ya adultos, con suficientes experiencias acumuladas en los riñones y en el corazón los dos y ella sola, libre y tratando de pasar página de una relación fallida a distancia. Conocerla con todo de cara, como un velero con viento a favor. Tampoco puedo saber si Mar hubiese sido la misma de habernos encontrado, como nos sucedió a Rosa y a mí, siendo adolescentes, demasiado pavos para todo y con la necesidad de apoyarnos en lo primero que hubiese a mano para empezar a caminar por la vida. Entonces, la esencia pulida y magnética de Mar estaría por hacer. La andaría buscando, como la andábamos buscando Rosa y yo, como todos la buscan en la juventud. Es en la edad adulta, en esa barrera que se rompe hacia los treinta, cuando, como por una inercia monstruosa, agazapada en la trastienda de las cabezas, se buscan otras cosas. Una criatura invisible, que vence a casi todas las parejas, empuja suavemente hacia su territorio hasta que un día sientes que algo hace bum y ha

cambiado todo. Han cambiado las reglas y el escenario. Tu vida, basada en las grandes, divertidas y estúpidas aventuras en busca de tu identidad y del amor, es otra película: un matrimonio, un monovolumen, una hipoteca, una familia política, un trabajo agotador y un hijo comiéndose gran parte de lo que queda del dinero, el tiempo y las fuerzas.

Rosa estaba preparada para esta película y yo no. Es algo que ya comenté con la psicóloga en otro de mis alardes de autodiagnóstico de tres al cuarto. Y, entre tanto, Mar se cruzó en mitad de la trama. ¿Fue el detonante para mi separación? Puede que sí. Toni dice que, sin ella, no habría sucedido tan rápido y recuerda el día que lo llamé y le hablé entusiasmado de Mar por primera vez. También lo dice Jipi, que la otra tarde, fumándose un cigarro, señalaba unos papeles como si fueran los de una obra teatral escrita por Shakespeare y aseguraba que el conflicto con otra persona pasa en todas las historias, si no de qué cojones iba uno a separarse. Le pasó a Medu, que se separó de su novia tras pillarse por otra chica, aunque él afirma que, en el fondo, hubiese roto igual porque sabía que lo suyo estaba acabado. Yo también pensaba que lo mío ya lo estaba, pero es cierto que hubo un momento en el que Mar dejó de ser figurante para pasar a tener un papel protagonista.

Fue como una balanza. Al principio, el peso de Mar apenas era relevante en su rol de amiga nueva. Era distinta del resto por su particular forma de ser, por todas esas cosas impredecibles de las que hablaba y por esas propuestas de vernos que iba dejando como despistada, pero nada más. Poco a poco, semana tras semana, adquirió presencia. Nos encontrábamos en conciertos y del típico saludo de cortesía, ese «hola qué tal», pasamos a tomar algo a la salida en un bar, donde planeábamos algún desayuno esporádico para seguir hablando de todo eso que se había quedado pendiente y que la mayoría de las veces no era otra cosa que seguir dando vueltas sobre nosotros. Sin embargo, nada le fue dando más magnitud como el intercambio de mensajes por el móvil. Primero una duda profesional, después un comentario a un artículo, luego una canción que pensé que podría gustarle, más adelante un agradecimiento por el libro que me recomendó en aquella cafetería, continuamente otro agradecimiento por lo que yo le dije caminando por Gran Vía, al final de eso una conversación, más allá otra charla,

y otra, y otra más, y muchas charlas, largas o cortas, divertidas o intensas, sinceras o provocativas, charlas sobre el pasado y el presente, pero también sobre el futuro. Y, un buen día, entre tantas charlas, el «buenas noches», seguido del «duerme bien y descansa». Desde ese día la balanza ya no se veía igual. El contrapeso era distinto. Aun así, durante un tiempo, estaba convencido de que existía un equilibrio perfecto. Mar era una gran amiga, podría decirse que algo más que una amiga, porque había un cariño honesto y una atracción real por mi parte, pero al otro lado estaba todavía Rosa, con todo el peso de nuestro matrimonio, con el depósito de un amor que llegó a ser tan alto como el Empire State y con su corazón que me reclamaba en una vida cotidiana sin sobresaltos, acostumbrada al entendimiento y tan encajada que, a la vista de todos, era irrompible. El equilibrio parecía perfecto, o así lo creía yo, pero, a decir verdad, no debió durar mucho. La balanza se deslizaba del lado de Mar, como una marea que sube imperceptiblemente por la fuerza gravitatoria de la Luna. Sus palabras ganaban fuerza, sus silencios pesaban más y sus miradas ligaban con más destreza mis pensamientos a ella, que, en las cafeterías y los bares donde nos encontrábamos, me observaba desde la mesa cuando iba a pedir a la barra o me contemplaba a través del ventanal cuando hablaba por teléfono en la calle. Que siempre me miraba con un apremio feroz, como de querer rescatarme o cometer conmigo el mayor de los delitos. Sí, es verdad: la balanza ya estaba de su lado cuando, como dos unidades buscándose para formar una misma materia, nos abrazamos en la noche etílica del festival.

Ahora lo veo claro, más aún cuando lo hablo con la psicóloga. Después del verano, la balanza se desniveló por completo. Como si Rosa se hubiese ido disolviendo. O como si yo la hubiese ido deshaciendo desde que en la playa dije que quería saltar a otro lado. Al que fuera, pero saltar. Salir de la zona segura, agradable y perfecta en la que vivía con ella y probar otra bien distinta. En los primeros días, Rosa ponía de su parte, como si la culpa fuera suya, como si, más que confesarle que yo ya no sentía lo mismo, hubiese descubierto que ella desviaba dinero de nuestra cuenta a otra en Suiza para gastárselo en un yate con el que huir. Ponía tanto de su parte que hasta me molestaba. Yo había abierto la caja de Pandora y ella me dejaba la cena preparada cuando llegaba de trabajar o de

un concierto, o se levantaba por las mañanas con una sonrisa intacta que yo quería suponer fingida, pero que me desplegaba con la amabilidad del botones de un hotel de cinco estrellas. Me hablaba todos los días como si nada y me contaba cosas del trabajo, del niño o de su familia. Yo también intentaba contarle y ella escuchaba atentamente. Hablábamos, cierto, en el desayuno, en la cena o en la cama, pero habíamos empezado a hablar en círculos para no hablar de lo importante. Hasta que me mareé de tanto círculo, de tanto quiebro que no llevaba a ningún lado, y estallé justo dos días después de que a Dylan le concediesen el premio Nobel de Literatura. Debí pensar que era una señal, pero también es verdad que iba empujado por Mar. No sé. Ahí estaba el momento histórico, el logro sin precedentes, el hito, la culminación total, la brecha única, el antes y el después, y yo, como espoleado por todo ello, o como si estuviese decepcionando a Dylan por callar tanto, cogí a Rosa una mañana de sábado, la senté en la cama y decidí anunciar que me iba a ir de casa. Así de gilipollas fui, y así de gilipollas soy. Bob tocando al otro lado del planeta, sin abrir la boca sobre todo eso y sobre nada, pasando olímpicamente de la humanidad, y yo, con su disco *Blood on the Tracks* en la cabeza, dando el discurso más solemne de mi vida, merecedor, más que de un premio, de una inmensa bofetada, y a la vez abriendo las puertas de una nueva historia, en la que dejaba que nos invadieran los bárbaros, con sus cuchillos, sus lanzas y sus calaveras.

Siempre hay barbarie en una ruptura en la que la otra parte sigue albergando amor y futuro. Aunque se intente ser civilizado y razonable, hay un desgarro punzante y seco cuando la persona despechada escucha «se acabó», ese «ya no te quiero como antes» que busca suavizar el daño hecho al arrancar con un tirón la raíz de la tierra, despojándola de todas las semillas que un tiempo atrás fueron fruto. Es tierra quemada, estéril ante tanto desgaste, pero no deja de ser cultivo que conservaba la raíz de dos personas, ese amor original, primigenio, especie de molécula química que consiguió unir mundos dispares y que fue creciendo y madurando hasta ser flor, esa ganancia de provecho. Después de dieciséis años, Rosa y yo habíamos sido como enredaderas que hubiesen trepado una con la otra hasta ser juntas más bellas que por separado. Pero la enredadera se pudrió. Yo me pudrí. Y no tenía sentido seguir infectándola a ella. Cuando se dice «hasta aquí», es que no hay

modo de hacerlo bien ni mejor. Para ese instante no hay diplomacia posible. Es un acto que no tiene reglas ni ceremonias. Todo el tacto del mundo no sirve para evitar el dolor. Al pronunciar las palabras, al ejecutarlas, como dictando sentencia, a la otra persona siempre se le arranca de cuajo la raíz. Es un momento cruel y despiadado. Es trágico. Es inevitable.

Rosa se desplomó en nuestra habitación mientras Alejandro jugaba en el salón. Me sumé a sus lágrimas y me pidió tiempo, que no fuera inmediato, que lo hablásemos más, que me lo pensara, que me acordara de mi madre y, sobre todo, de Alejandro, nuestro lazo de unión incluso aunque no quisiésemos o nos inventásemos otras vidas o, aún peor, luchásemos en esta en una guerra atroz por devastarnos. Pero ninguno queríamos combatir a tumba abierta. Tampoco era el estilo de Rosa. Y suficiente demolidos estábamos ya cuando llegamos hasta ahí, hasta el momento en que ella todavía confiaba en un milagro y yo en que pasasen los días hasta saber cuándo volver a plantarme como un soldado de plomo para proclamar la retirada.

Hasta la llegada de esa retirada, Rosa empezó a ir al psicólogo y se enrocó, haciéndose más dura, perdiendo su disponibilidad para cambiar la realidad. Lo preferí. Una mala cara me parecía más justo que una amable. Llegaba a casa, después de deambular con los cascos por la calle, y me miraba seria, me escudriñaba como si fuera un pescado en mal estado, oliendo a sal mojada y agachando la cabeza al cruzar la puerta. Desde el otro lado del salón, se levantaba y se acercaba despacio, sin prisa, casi con temor a descubrir veneno en mi piel y luego se sentaba conmigo en la cocina y me preguntaba que qué tal. Intercambiábamos palabras, a veces forzadas, hasta que su paciencia se fue agotando y dejó de levantarse, de venir a la cocina y de querer saber si estaba mejor o peor que ayer. Yo no tenía nada que decir. Hablaba muy poco, mucho menos de lo que solía hablar antes, cuando las grietas de nuestras paredes ya eran reales y yo las miraba preocupado, obsesionándome con ellas. Por ahí, entre esas fisuras, imagino que se empezaría a colar Mar o me empezaría a escapar yo en busca de una solución a un amor que se había esfumado o en busca de un disparo en el pie que nunca llegó y que me alertase de que estaba haciendo mal, que era un error alejarse de lo que más había querido y que, si seguía hacia delante,

tirando por mi cuenta, podría cagarla como solo lo hacen los inconscientes o los niñatos. «No la cagues», me dijo Picho, al que apenas veía desde que nació Alejandro. Habíamos crecido juntos en Aluche, vecinos de puerta, íntimos en lo bueno y en lo malo, camaradas en nuestras primeras borracheras, siempre sinceros el uno con el otro. No te hice caso, amigo. La cagué.

Hasta que me mudé, esperando a que Rosa fuera más consciente de nuestra realidad, escuché muchas canciones que, en mi cuenta atrás, cobraron otra dimensión. Canciones de Bob Dylan, Lucinda Williams, Neil Young, Bruce Springsteen, Michael Kiwanuka, Sufjan Stevens o Aretha Franklin. De Aretha había una que inesperadamente se transformó en un bálsamo. Fue «That Lucky Old Sun», un tema de 1949 compuesto por dos personas desconocidas para el gran público como Beasley Smith, que puso la música, y Haven Gillespie, que escribió la letra. Ambos dieron forma a una canción muy popular dentro del cancionero estadounidense, que con el tiempo ha terminado por pertenecer a ese catálogo conocido célebremente por los musicólogos como *Great American Songbook.* Estas joyas sonoras de la gran colección de *standards* norteamericanos trascienden generaciones y épocas. Es lo que sucede con «That Lucky Old Sun», versionada por Aretha Franklin y por muchos artistas más. Frankie Laine, más conocido en su día como Mr. Rhythm por su palpitante ritmo remozado con su voz de barítono, hizo la versión más exitosa a mediados del siglo pasado. Redujo su habitual marcha al micrófono y ofreció una balada muy melosa, acompañada de unos coros angelicales muy de la época y que ahora suenan bastante desfasados. De aquellos años me gusta más la que canta Louis Armstrong, derramando su sentimentalismo con un quejido góspel como si dejase su corazón sobre la mesa. Pero hay tantas buenas versiones que, en un viaje por aquellos días en los que ya pensaba irme de casa, me hice una lista de reproducción con muchas que encontré. Al oírlas todas seguidas, sentí sacudidas importantes. LaVern Baker, Frank Sinatra, Jerry Lee Lewis, Sam Cooke, Ray Charles, Chris Isaak, Willie Nelson, Johnny Cash o Bob Dylan habían dejado su particular visión sobre esta canción e incluso Brian Wilson, siempre tan excesivo cuando algo le gusta, compuso todo un disco de homenaje titulado «That Lucky Old Sun». Sin embargo, es la interpretación de Aretha Franklin la que, entonces y ahora, me conmueve más que ninguna.

Su versión está recogida en el álbum *The Electrifying Aretha Franklin,* publicado unos años antes de que diese el crucial salto al *soul* y empujase con fuerza la música negra a otro territorio nuevo e increíble. Es una versión que desprende toda la elegancia vocal de Aretha, con ese timbre suyo tan dramático, llenando todos los surcos. Basta escuchar los primeros compases de la canción para caer rendido ante su voz imperial. Unos sencillos acordes de piano y Aretha canta los dos versos iniciales, como sacados de un viejo *blues*: «Me levanto por la mañana / Voy al trabajo». En tan poco tiempo, consigue ya maravillar con la grandeza de su canto, tan solemne como tierno. «That Lucky Old Sun» es un lamento sobre las fatigas de un hombre o una mujer, según quién la cante, ante los desajustes de la vida cotidiana, cuando se intenta hacerlo lo mejor posible con la familia y el trabajo, pero por el camino aparece el desgaste hasta que se pierde el espíritu. «Trabajo como un demonio todo el día por mi salario / Pero ese viejo sol afortunado / Que nada tiene que ver / Solo rueda por el cielo todo el día», continúa la letra.

Aretha, que sufrió fuertes perturbaciones emocionales desde niña, conocía el valor de ese viejo sol. Su madre se fue de casa cuando ella tenía seis años debido a los líos de faldas de su padre, el reverendo C. L. Franklin, un destacado líder baptista que llegó a ser una celebridad en la comunidad afroamericana. C. L. Franklin, que fue un amigo muy cercano de Martin Luther King Jr., era un ferviente creyente y bastante déspota. Desde el primer día, fue un controlador enfermizo de su hija, una niña prodigio que pronto despuntó como una vocalista extraordinaria en la iglesia, pero que también cargó con un drama: ser madre de dos hijos en edad de ir a la escuela. El primero lo tuvo con doce años y el segundo con catorce. Nunca trascendieron los padres. ¡Qué locura! ¿Puede alguien imaginarse el espíritu roto de esa niña? A los quince años, ya madre de dos hijos, Aretha grabaría sus primeras canciones. Fue en el templo donde la joven cantante dio rienda suelta a sus cuerdas vocales, empalmando todas las semanas las ceremonias festivas de los sábados por la noche con las misas de los domingos por la mañana. Durante los días de esclavitud, la iglesia, más allá de creencias y supersticiones, fue un refugio para la comunidad negra estadounidense: las canciones apelaban al corazón, liberaban. Ese espíritu de lugar inviolable frente al racismo y los desajustes

sociales seguía vigente en la segunda mitad del siglo xx en la Norteamérica segregacionista contra la que se rebelaron Rosa Parks y el propio Luther King. Con su timbre dulcemente desgarrador, Aretha reclamaba ese espacio espiritual en sus mejores canciones, pero también otro, cercano al de la lucha por los derechos civiles: el de la liberación personal. Cuando la gran reina del *soul* desparramaba su voz insumisa, se deshacía de su dolor desde niña, de las exigencias de su severo padre y, posteriormente, también de los malos tratos de su marido. Por todo ello, Aretha arrastró alcoholismo, trastornos de alimentación compulsiva y episodios de depresión grave. Su carácter era extremadamente voluble y complicado, pero ella transformaba su dolor en canciones monumentales. Alzaba sobre ellas tanta perfección vocal, desplegaba tantas aristas emocionales en tan poco tiempo, que era como ver levantarse el edificio Chrysler en cuestión de segundos. En su música, su voz crea un paisaje nuevo, imponente y bello, reservado para ella, y nos hace cómplices. Por eso, el otro día me molestó muchísimo en el Freeway que un abrazafarolas se metiese con Aretha. No me importó que no le gustasen sus canciones, como a mí no me gustaba él, pero, después de que Viti desde la barra pinchase «Respect», nos pusimos a hablar de *soul* y acabó afirmando que era una gorda maniática y sobrevalorada. Sé que estoy atravesando una época chunga, pero calificar así a Aretha, sobre la que he depositado tantas veces todas mis penas, fue como si me diesen una descarga eléctrica. Salté de mi taburete y le espeté que, si no se le encogía el corazón con Aretha Franklin, entonces, estaba muerto. Me revolví un poco al irme y me quedé con ganas de decirle que a la próxima le partiría sus gafas de pasta, como amenazaban los abusones de mi barrio a todos los que intentábamos saber por dónde soplaba el viento.

Me gusta pensar que «That Lucky Old Sun» ha sido recurrente para tantos buenos artistas, como si ellos también hubiesen pasado por una etapa de gran desorientación existencial en la que necesitaban hallar algo de esperanza. La música nos iguala a todos cuando una misma canción se hace tan necesaria para personas de distinta condición o edad. Incluso cuando nos saca el moñas que todos llevamos dentro. Cuando escucho «That Lucky Old Sun», no puedo evitar ablandarme. Su garganta de terciopelo me puede siempre, tanto que, al sonar en el piso, recordé que había enviado la canción

a Mar en Nochebuena. En un salón en que ya había colocado estanterías para libros y vinilos, vi desfilar nuestra historia desde aquella noche en el festival hasta ese día. Era como una película en super-8, pero sin guion y con dos protagonistas que no sabían cómo habían llegado hasta ahí.

Se lo dije a la psicóloga en la anterior sesión, cuando se limitaba a mirarme como si fuera otro caso más de un capullo que no sabe lo que quiere o que lo quiere todo. Hasta el verano, no me sentía culpable de haberme acercado a Mar. ¿Por qué iba a serlo? Me veía como alguien que busca poner un poco de sal a la vida, o que mete un poco de *groove* a una canción demasiado plana. Tampoco creo que se pudiese reconocer como infidelidad lo que pasó en el festival, pero yo qué sabía ya. Quizá basta con desear algo para que conmute. O basta intimar con alguien hasta confiarle nuestra parte más oscura para que sea peor que el menor de los revolcones. La psicóloga no dio ningún veredicto, simplemente anotó algo en su cuaderno y me dejó continuar. Expliqué que regresé a Madrid tras las vacaciones de verano convencido de que no quería volver a ver a Mar en una temporada larga, pero fue como quien dice que hará una dieta estricta para a la semana siguiente saltársela. El hambre me llevó a la gula. Y la gula nos llevó a los dos a un punto de no retorno.

Cuando dos personas se atraen, una rara fuerza abre entre ellos un camino que aparta todos los obstáculos. Es cursi oírlo, cierto, pero como lo son tantas canciones, que, sin embargo, no pierden un ápice de verdad en lo que dicen. Se hacen a un lado los diques, las montañas y los continentes. Lo que sea que los imanta actúa para volver a cruzarlos. Eso pasó cuando Mar y yo volvimos a vernos en una rueda de prensa la primera semana de septiembre. Ninguno de los dos teníamos previsto estar en aquel edificio de Chueca apenas unas horas antes. Nos habíamos mandado algunos mensajes en agosto y no pensamos que fuéramos a vernos tan pronto. Pero ahí estábamos los dos. Acabamos nuestro trabajo y salimos juntos. Regresamos a casa paseando como siempre, decidimos parar a beber unos vinos, volvimos a dar vueltas sobre nosotros mismos y, al despedirnos en Puerta de Toledo, caímos el uno sobre el otro como si hubiésemos tropezado. Labio contra labio, jugando al despiste en mitad de la multitud revuelta y el tráfico alterado. Dos

lenguas buscando trampas o motivos para detenerse y solo hallando una sed comanche. En mi caso, fue como si su dulce forma de besar acabase con una sequía propia de abrir un telediario. Luego me abrazó largo rato, como pidiendo disculpas, y yo dije simplemente «joder». Fue la palabra que más repetí con ella hasta Navidad. Era como un mecanismo automático, que saltaba cada vez que nos volvíamos a tropezar en algún escondrijo de Madrid, aunque hiciésemos malabarismos de todo tipo para evitarlo. No siempre dieron resultado, como en el día que le concedieron a Dylan el premio Nobel de Literatura.

Salí de la redacción tarde, tan eufórico aún por el acontecimiento que no notaba el cansancio de toda la jornada. Quedé con Mar en Lavapiés. Solo queríamos vernos para zanjar de una vez por todas lo que nos pasaba. Me llevó a Tapas y Fotos, un bar al que decía que siempre me quería llevar por su buena música y sus paredes repletas de fotografías de cantantes. Brindamos con más vino de la cuenta y ella habló con el dueño del garito para que pinchase canciones de Dylan. Para cuando empezó con «Like a Rolling Stone», ya estábamos liados en nuestras propias palabras sobre nuestro ejercicio favorito de preguntarnos por nosotros. El amor, el desamor y por qué todo es tan difícil, incluso lo que realmente es muy fácil. Yo dije que mi objetivo era salir de casa y encontrar un piso. Ella me miró como si no me creyese y dijo que estaba hecha un lío. Tras una pausa, añadió que no quería estropear la relación que había empezado con aquel chico. Hablábamos mientras bebíamos y bebíamos mientras hablábamos. Hasta que me callé y se calló, y, agarrándome de la mano, se quedó mirando las pulseras de mi muñeca como si intentase resolver un jeroglífico. Luego levantó su vista hacia mí, como descansándola de sus pensamientos. Los míos tenían que ver con la locura. Entonces, antes de que yo me levantase para ir al baño o buscase el móvil como si me llamara el propio Bob Dylan, ella dijo, como dejando caer las palabras: «Otra canción más».

Hay tres o cuatro frases de Mar que se han quedado sonando con una resonancia incansable hasta hoy. Esa fue una. «Otra canción más». Sonó «Tangled Up In Blue» y fue como si se precipitase un séptimo de caballería sobre un bar que había estado esperándonos noches y días hasta esa canción. Mis manos urgentes sobre sus

caderas, las suyas inmediatas sobre mi cuello, nuestras bocas coléricas por el retumbe de todas las palabras que nos repetíamos desde hacía meses y nuestros cuerpos pegados en mitad de una sala a la que, declarándole la guerra con la brusquedad de nuestros movimientos, abandonamos un rato después a su suerte. Mar se despidió del camarero diciendo: «Se nos ha ido la cabeza. Lo siento». El camarero no pestañeó y se quedó con el cambio. En la calle, junto al primer portal con el que topamos, volví a agarrar a Mar de las caderas, como si tuviese miedo a que se me escurriese, y me llevó en dos grandes pasos contra la puerta. Primero me arrinconó ella; luego fue mi turno. La chica delicada que conocía, la misma que había plantado la bandera de su conquista con un abrazo infinito, resultó ser una valkiria. Entonces, la palabra que siempre salía de mi boca la soltó ella: «Joder». Cuando volví a oírla, con mis dedos perdidos y ansiosos entre el vuelo de su falda, fue con más intensidad, como si quisiera desgastarla. Me mordió el labio con fuerza, como un recordatorio de que estábamos quemándonos en plena calle, y añadió: «No pares». Esa fue otra frase que podría decir que me emborrachó como a un adolescente, que me despegó de mi propia sombra de meses y me llevó a revolucionar la oscuridad de ese portal como si fuera un asalto a mano armada. Poco después, Mar volvió a la carga. Otro nuevo asalto, que guardaba mucha desesperación y alcohol. Nada que no ilustrase lo que había convertido mi vida en los dos últimos años.

Después de aquella noche, Mar se sintió culpable y dijo que debíamos dejar de vernos. Otra temporada. A mí me pareció bien. Deseaba acabar con mi situación atascada y lo peor de nuestros encuentros eran las cenizas que dejábamos el uno en el otro. Puse fecha a la salida de casa e intenté que Rosa entendiese que demorarlo no iba a servir para que cambiase de opinión. Sin embargo, la telequinesis volvió a hacer de las suyas y nos llevó a Mar y a mí a encontrarnos otra vez en el Festival de Jazz de Madrid, a finales de noviembre, poco antes de mudarme al piso. Coincidimos en los conciertos de Gregory Porter y Madeleine Peyroux. A ella le gustaba mucho Porter y decía que sus canciones de duermevela le recordaban a nosotros, al modo en que nos fuimos haciendo más íntimos, caminando por un Madrid nocturno como islas a la deriva abriéndose hacia puertos que iban a dar a callejones en penumbra y rincones con bares. De aquellas veces juntos se

quedaron más palabras, otra vez dichas, y ese jugueteo de manos que, en la penumbra del teatro, no paró durante la actuación de aquel músico grandullón con pintas de guerrero africano. Llegué a pensar que Mar tenía una especie de obsesión por mis pulseras, como Alejandro cuando se empeñaba en hacer con un juguete siempre lo mismo. Al final, entre las filigranas pianísticas de aquel *jazz* refinado, entendí que su sutileza tocando mis manos servía para concentrar todo el deseo fuera de mis labios, como dejando constancia con sus caricias de que había una lucha en su corazón, pero también una barrera que no podíamos volver a cruzar. No pudo ser. Éramos como dos cíclopes buscándose en un laberinto que terminaban por esconderse en el mismo pasadizo.

En el concierto de Madeleine Peyroux pasó igual, hasta que una canción apareció como un golpe del destino. En los bises, Peyroux tocó «Keep Me in Your Heart», una composición de Warren Zevon que me partió por la mitad en el patio de butacas. Vi explotar ante mis ojos mi vida hasta ese día, aquella existencia de años que en cuestión de unos días iba a tomar otro rumbo, sin las personas más esenciales de mi pasado, de toda mi historia, pero también sin Mar, quien me abrazó al final de la noche como si el mundo se acabase. No lo decía, pero se lamentaba de que estuviese tan atado emocionalmente a Rosa, creyendo que jamás saldría de casa o que, si lo hacía, acabaría arrepintiéndome. Intentaba hablar sobre ello, pero se le atascaban las palabras, se le caía el ánimo y perdía su mirada por los recovecos de las calles. No la pedía, pero buscaba desesperadamente una garantía de seguridad. Y yo había dejado de ser una garantía para nadie, empezando para mí mismo. Con bastante gravedad, me dijo que no quería dejar a su pareja y que tampoco quería dejar de verme. Me soltó el clásico «no eres tú, soy yo». Pensé que ojalá alguien supiese decirme quién era yo, porque lo había dejado de saber. A ella parecía pasarle lo mismo. A medida que se explicaba se tensó, yo me tensé más y acabamos diciendo cosas sin sentido hasta que ambos dijimos basta. Nos despedimos dándonos otro plazo de otra temporada y esta vez fui yo, dolido y rabioso, quien exigió que fuera largo. De verdad. Largo e innegociable hasta que ella se aclarase con su pareja y yo me viese con fuerzas para volver a verla. Se marchó por un callejón sin nombre de Lavapiés cuando la niebla ya empezaba a bajar de los tejados. Yo me perdí por el camino largo mientras que, con el sabor

de su despedida, se me repetía el verso de «Simple Twist of Fate»: «Ella nació en primavera, pero yo nací demasiado tarde». Una vez más, el viejo Bob ya lo sabía.

Lo único que supe hacer con Mar fue seguir adelante, como un pájaro que volara envuelto en tristeza. No había nada por lo que podíamos sentirnos orgullos. Nuestro mayor problema era que nos buscábamos más cuando estábamos lejos el uno del otro que cuando estábamos juntos. Eran las bestias de la noche las que nos reclamaban más que cualquier otro motivo. Ella lo definió bien cuando una vez dijo: «No es que me sienta sola, es que hay un momento al final del día en el que necesito ponerme canciones que hemos compartido». Era tan complejo como esos sueños que solía tener y que me contaba con detalle como si los hubiese vivido de una manera racional. Soñaba muchísimo, todo lo que yo no hacía. Me explicaba sueños en los que lo absurdo era normal, en los que no había distancia ni daño ni tiempo, todo lo contrario que la realidad.

A Rosa nunca pude contarle nada. El deterioro de su mirada me parecía tan severo que no quería causar más dolor. Días antes de salir de casa, me cogió una mañana y me preguntó si había otra mujer. Ya lo había preguntado otro día, pero sin mucha determinación. Otra vez dije que no e insistí, ya con más énfasis, en que la brecha entre nosotros no venía por nadie y que también venía de mucho tiempo atrás. ¿Para qué explicar nada entonces? ¿Para qué abrir otro frente en una guerra que tocaba a su fin? Mar me lo había dejado claro con una de esas frases que retumban con fuerza de océanos: «No he amado a ningún hombre como a ti, pero perdóname». Cuando la oí, rebotando por todos los ángulos, pensé que pedir perdón por amar a alguien debería ser delito. Un delito que no prescribiera jamás. Yo lo supe por Mar y puede que Rosa lo supiese por mí.

Hoy he empezado a colocar los vinilos y he dejado visible *The Electrifying Aretha Franklin*. Me gusta que, al entrar al piso, se vea su fondo de cálido amarillo, como si Aretha, cantando al piano con un gesto de intensidad máxima, estuviese cubierta por el mismo sol. Cuando ha sonado «That Lucky Old Sun», he notado que me empequeñecía más de lo que ya estaba. «That Lucky Old Sun» habla

de alguien que se quedó «arrugado y gris». Bien podría ser yo, pero, a diferencia de lo que se canta, no me quedé al lado de Rosa, sino que desbaraté mi vida anterior, dejando una herida profunda en ella. Con su voz majestuosa, Aretha pide a Dios que le envíe «una nube con un puente de plata» que la lleve «hasta el paraíso». Tumbado sobre el sofá, con el vinilo girando, he pensado en pedírselo a Elvis. Me fío más de él que de Dios. Una nube con puente de plata para Rosa y otra para mí, aunque no la merezca y seguramente no vuelva a pisar el paraíso. Al menos, puedo decir que lo conocí. Habité el paraíso cuando Rosa y yo éramos más jóvenes. Fue cuando también vivía mi madre.

«Keep Me in Your heart»

Warren Zevon

Entre todas las cajas, ha aparecido una que contenía dentro algunos de los recortes de los primeros artículos que publiqué y que, tan cuidadosamente, guardaba mi madre. Desde mi debut en el glorioso, como prescindible, periódico de la facultad sobre el muy apasionante tema de las actividades primaverales de la biblioteca hasta mi primera columna informativa en un diario de tirada nacional. Ya no recordaba que ella era una recolectora tan entregada. Los tenía archivados en carpetas, como también archivó cada uno de los dibujos que con trazo horrible pinté de niño. No he mejorado con el dibujo, aunque espero haberlo hecho con la escritura. Mi madre conservaba todas las cosas que demuestran que antes existí: mi primer chupete, pinturas de la guardería, juguetes, cuadernos de deberes, dientes de leche, boletines de notas, títulos académicos, trabajos de la universidad, e incluso todas las gafas rotas que fui destrozando en las calles del barrio. También guardó muchas fotografías, tantas que hasta podría afirmar que en alguna yo no soy ese. Las fotografías son siempre un arma de doble filo. Uno piensa que son objetos inofensivos, simples cartulinas o píxeles, que existen para adornar y conmemorar un momento, pero realmente causan más daño que una indigestión aguda. No tanto porque te veas ridículo en todas ellas, como en mi caso, sino porque pueden voltearte de tal forma que acabas aplastado. Recuerdan de una manera tan precisa y contundente que una vez fuiste más feliz o estuviste más vivo que es imposible quitarse el sopetón de encima. Son como muchas canciones, si no fuera porque las canciones generan una adicción perturbadora que no provocan las fotos. Con ellas es aún peor porque no transportan a un punto fijo, sino a muchos a la vez, y acabas como ciego intentando cuadrar unos con otros mientras andas envuelto por la melodía. Mi madre no presumía de muchas canciones, pero con las fotografías podría haber hecho exposiciones de las distintas etapas de nuestra vida y haber llenado todas las salas del Reina Sofía. De hecho, Rosa me ha recordado que en el trastero todavía hay algunas cajas con álbumes de fotos de mi infancia y adolescencia. Creo que en el pasado cuatro

o cinco sueldos de Kodak dependían exclusivamente de nuestro gasto.

Mi madre era una acumuladora emocional. Está claro que esa vena me ha salido de ella. Uno de los primeros y mayores problemas que tuvimos que solventar Rosa y yo al irnos a vivir juntos fue mi obsesión por conservar no solo cedés y vinilos, sino también películas, libros, revistas, fanzines, afiches, hojas volanderas, entradas y púas de guitarra. Le dije que, por suerte, me había librado ya de los casetes y que no me iban mucho los cómics. La broma no coló. Ella era minimalista y yo, todo lo contrario. Ella podía decorar un salón con un florero y un par de cuadros y yo necesitaba hacer de ese lugar una especie de museo sentimental con más cuadros, fotografías, libros y discos hábilmente seleccionados y colocados por todos lados. Un día me dijo: «Ya no tienes quince años». No respondí, me fui a la cocina pensando que era verdad y que, al mismo tiempo, era mejor: a los quince años no tenía tantos motivos para poner cosas ni el dinero para comprarme todo lo que se me ocurría. Ahora que vivo solo me he dado el capricho y, al fin, tengo una *jukebox*. Estoy feliz. Luce como un platillo volante, parpadeando del amarillo al verde, del verde al azul, del rosa al morado y al blanco. Cuando la miro, pienso en Elvis o Buddy Holly. No suena mejor que el tocadiscos, pero ya se sabe que el tocadiscos no es más guapo que la *jukebox*. Me gusta tanto que he pensado en escribir un artículo sobre ella. A fin de cuentas, hay quien los escribe de sus perros y gatos, y también sobre esos aparaticos con los que se masturban. Saldría algo bastante deleznable, pero mi madre lo hubiese añadido a su archivo de mis publicaciones como si fuera otra obra para el recuerdo de su hijo periodista.

Como la gran mayoría de las madres a sus hijos, la mía me quería por encima del bien y del mal, y, además, me apoyaba con una determinación inalterable. Esta última virtud es más difícil de encontrar. Si hubiese dicho que quería ser torero, hubiese conseguido el capote, la espada y una ganadería para practicar en el salón los domingos. Si hubiese dicho que mejor quería ser astronauta, hubiese alquilado un cohete y habría cambiado la gravedad de la casa. Como simplemente tiré por el camino más fácil y dije que quería ser periodista, me regaló una máquina de escribir y me dejó salir de fiesta como si fuera Keith Richards. La máquina

de escribir la usé tres veces porque prefería el ordenador, ya que podía distraerme con algo de porno y los chats de música. A ella le debió dar igual, pero se sentía más orgullosa que yo de que su hijo hubiese alcanzado la meta, más aún cuando casi no me aceptan en la universidad pública. Nunca fui mal alumno, pero tampoco brillante, y todo se complicó cuando ya en cou el rock'n'roll dominaba mi cabeza, me distraía del todo y terminé bajando la nota hasta quedarme en el filo. Tan orgullosa se sentía que, según me contó con algo de retranca en una de nuestras últimas conversaciones, solo volvió a hablar con mi padre por el tema de la carrera. Le tenía localizado e hizo tres llamadas a su trabajo para anunciarle, en mensajes cortos y directos, sin apenas conversación, tres momentos distintos: el primero, que había entrado en la carrera de Periodismo; el segundo, que había terminado la carrera de Periodismo y me iba a estudiar a Nueva York; y el tercero, que había entrado a trabajar en una revista. Cuando me lo contó, tanto tiempo después de que sucediesen las llamadas, me enseñó una foto de mi padre. Era más o menos reciente. La había sacado de una página web. Me consultó antes si quería verla. Nunca lo había visto. Lo único que pensé al observarla es que, si los genes se ponían de su lado, tendría que tomarme en serio en algún momento lo de ir al gimnasio. Si iba a parecerme a aquel señor, no debería relajarme. Y yo era muy de relajarme. También me vino bien verla para concluir que nunca debería dejarme bigote. O al menos no ese pedazo de bigote. Me dio por pensar en Dylan, Springsteen o Tom Waits, que eran más mayores que el hombre de la foto y transmitían mucho mejor rollo. Cuando llegase a esas edades, seguía queriendo parecerme a ellos. Mi madre también me contó que a mi padre le hubiese encantado ser periodista antes que médico. Al final, prefirió hacer dinero y carrera antes que escribir. Era comprensible, pero ese día me alegré de nuevo por haber sido educado por mi madre. Ella apenas tuvo dinero más que para poder tirar con mi abuela y conmigo, aunque poseía una cualidad imbatible: una contagiosa pasión por vivir.

Esta pasión era como una estela que nunca se acababa. Se podía ver de lejos y deslumbraba de cerca. Si, como en un concurso, tuviese que elegir un solo rasgo de mi madre, sin posibilidad de explicación o de relacionarlo con otros, diría sin pensarlo que el principal de todos era la alegría que despertaba en los demás. Ese es mi juicio

definitivo. A partir de su pasión vital, mi madre era una mujer que despertaba alegría a su alrededor, en otras personas, en cualquier tipo de personas. Quizá por eso, siguiendo un curso natural, se hizo enfermera desde muy joven y ejerció esta labor con sensibilidad. Si bien tengo recuerdos difusos de aquellos primeros días trasteando con mis juguetes o montando en triciclo por los pasillos del hospital, donde ella me dejaba protegida por sus compañeras mientras trabajaba, atesoro sin esfuerzo multitud de momentos en los que los pacientes le agradecían su trato. Y, si es así, es porque varios de ellos acababan regalándole algo y, por consiguiente, a mí, que desde muy niño empecé a recibir regalos de gente que jamás volvería a ver, y que me hacía sentir que los Reyes Magos eran todo el año. Me acostumbré pronto a que por ella me llegasen cosas buenas, incluidos estupendos jamones, lomos, chorizos, pasteles o botellas de vino por Navidad o algo que entonces no valoraba nada y ahora echo de menos: las visitas a los mejores especialistas sanitarios. Como me dijo Rosa, si estuviera ella, ya tendría cita para mi dichosa prueba médica.

Si me quedaba sin voz cuando era niño porque me pasaba las horas gritando en el patio del colegio, me llevaba a ver a la otorrinolaringóloga más respetada. Para mi vista, siempre tenía cita con uno de los oftalmólogos más reputados. Si me salía acné, nos recibía uno de los mejores dermatólogos. Todos estaban a mano. Al poco de nacer, alguien le metió en la cabeza unos miedos raros sobre los males de la fimosis y mi madre se quedó preocupada casi de por vida por «mi pito». Era inusual verla inquieta por temores infundados, menos aún relacionados con la salud, pero ahí, con mi miembro viril, lo consiguieron. Fui inspeccionado año tras año por un ilustrísimo urólogo, que suspiraba plomizamente en cada visita en la que yo me bajaba pantalones y calzoncillos haciéndome el distraído. Cuando mi pito se convirtió en polla, mi madre se preocupó aún más, porque no quería que sufriese en las relaciones sexuales. Tuve que sentarme un día con ella para contarle con el mejor buen rollo posible que me lo pasaba muy bien en la cama. Desde entonces, dejó de estar preocupada, aunque, si de algo puedo presumir, es de que mis bajos estuvieron más maqueados y pasaron más por el taller que los del rey de España. Todos, incluido el urólogo, nos recibían con una sonrisa y me recordaban la gran madre que tenía. Puede que por eso el último trabajo que ejerció

fuera uno que no existía y que parecía inventado para ella: responsable de enfermería del Servicio de Atención al Paciente del hospital, un servicio que inauguró. No duró muchos años, pero no por incompetencia o desinterés, sino porque cayó gravemente enferma.

Con frecuencia me pregunto de dónde sacaba esa pasión por vivir, y aún más cómo seguía despertando la misma alegría en los demás después de que le diagnosticasen un cáncer de colon en estadio 4. Es decir, un cáncer muy avanzado, con metástasis, en este caso en el hígado. Tan avanzado que ya desde el primer día era mortal, como se encargó de contarme mi tía. Al día siguiente de la noticia de su diagnóstico, me llamó para decirme que tenía que aprovechar cada día con ella y que debía también concentrarme en mi futuro con Rosa. Nunca tuve claro si esa llamada fue un error garrafal o una sabia decisión. Solo hice caso a lo primero porque lo segundo no lo entendía sin mi madre. Tampoco ella debía entenderlo y, por tanto, no se apeó del futuro. La enfermedad lo empujaba a un lado, pero ella se empeñó en ir hacia el otro.

Ya desde el primer día dijo que no se iba a morir. Al menos, no inmediatamente. «Que no me joda el cáncer ahora», gruñó. La había visto quejarse poquísimas veces y aquello me tranquilizó. Cuando mi madre se enfadada con algo, siempre salía ganando. Tenía razón: a sus cincuenta y cuatro años, acababa de echarse pareja y la enfermedad había llegado justo cuando se habían ido a vivir a una nueva casa. Además, no estaba dispuesta a desaparecer de la noche a la mañana. A mí fue al primero que me lo dijo el aciago viernes que le diagnosticaron el cáncer. Me enteré de la noticia por una llamada suya por la tarde. Se le quebró la voz, pero luego me lo contó serena. Fue breve. Yo me encontraba con Rosa y sus padres. Llegué a su casa después de haber llorado en el coche. No quise que me viese aflojar para que no aflojase ella, pero, sobre todo, para transmitirle buena energía. No hizo falta. Después de abrazarme y llorar en silencio unos minutos, me dijo que había tomado la determinación de que la tragedia no destrozaría ni su vida ni las nuestras. Todo seguiría igual que siempre, solo que con ella muy enferma.

Pienso que mi madre sobrellevó lo mejor que pudo sus graves

complicaciones. Estuvo sometida a tratamientos de quimioterapia y radioterapia de forma periódica. Algunos eran más duros que otros y todos marchitaban su cuerpo, que se iba encogiendo mientras su piel amarilleaba con un tono agrio y superficial. Siempre fue una persona bajita, y, tras varios tratamientos y operaciones, parecía más diminuta y frágil, como una muñeca desgastada. Creo que se enfrentó a todo con algo de temor y una gran dignidad. Acudí con ella a algunas sesiones de quimio al hospital, donde solíamos aprovechar para charlar de mi trabajo y otras cosas sin importancia, y me sorprendió cómo transformó aquella sala dominada por un silencio incómodo en una especie de consultorio emocional. Medio hospital acudía a visitarla para que, al final, ella, enganchada a su catéter, fuese la que escuchaba los problemas de los demás e hilase conversaciones y situaciones con las de otros pacientes. Bajo su aureola, unos y otros se ponían a charlar y compartir miserias y alegrías hasta que mi madre decía que lo sentía, pero que se tenía que ir. Todos se despedían de ella, hasta los más moribundos.

Era normal también verla con su gotero en el salón de su nueva vivienda después de vender nuestra casa de Aluche. Se movía con pequeños pasos entre las habitaciones y la cocina para seguir teniendo el hogar en orden. La armonía hogareña era una de las cosas que más le preocupaban. No dejó que la enfermedad se la arrebatase, pero tampoco que la convirtiese en una víctima. «Que esté enferma de cáncer no quiere decir que esté paralítica», alzaba la voz cuando todos queríamos ayudarla con cualquier cosa. Le fascinaba cocinar, era su gran pasión. Decía que le daba paz, como a mí poner vinilos. Era uno de los pilares de su armonía y nunca cocinó más que cuando apareció el cáncer. Tampoco yo nunca engordé tanto, incapaz como era de renunciar a cualquiera de sus deliciosas comidas. Podía comerme un sábado hasta tres platos de sus lentejas. Yo qué sé, era como escuchar tres veces seguidas «Let’s Have a Party» de Wanda Jackson. Las comía bailando. Entre fogones, con la radio, de fondo y su copa de vino al lado, se pasaba horas preparando todo tipo de guisos y platos. De mi abuela había heredado el don para los platos de cuchara, mientras que los segundos y los postres los pulió devorando libros de recetas. Era la mejor cocinera que jamás he conocido. No era el único que lo pensaba. Más de un colega de la familia quiso convencerla de que dejase el hospital y abriese un pequeño restaurante, pero a ella le

gustaba cocinar para pocos, como si fuera un asunto siempre familiar. De esta forma, un amigo contable nos hacía la declaración de la renta a mi madre y a mí a cambio de comer uno de sus guisos de rabo de toro un par de veces al año. Yo me dejaba caer siempre por ahí para enterarme bien de qué se cocía con la renta y, de paso, liquidar la bandeja.

Es curioso cómo de aquellos días con mi madre enferma apenas recuerdo nada que no tenga que ver con el tiempo que pasé con ella. Escuché mucha música, fui a conciertos, vi un montón de películas y series, leí bastante y viajé, pero apenas nada de eso permanece con claridad. Simplemente sobresale la boda, a la que llegó por poco, porque estaba ya muy debilitada. Rosa y ella se unieron más de lo que ya lo estaban. Solían charlar de todo y les gustaba llamarse para comentar temas relacionados con la ceremonia. Una boda no es ese día en que te casas: es todo eso que condiciona tu tiempo y tus planes durante un año de tu vida con tareas y más tareas, detalles y más detalles. Cuando crees que ya lo tienes todo controlado, surgen los últimos pormenores. Veinticuatro horas antes de la ceremonia, tenía una lista de detallitos que faltaban por resolver y de la que a mí solo me preocupaba saber de dónde habían salido los últimos cinco. Uno de ellos era darle un regalo a mi madre. Fue idea de Rosa. Era una tranquilidad ver fluir su relación en comparación con los ejemplos que conocía de amigos y amigas, donde suegros, nueras y yernos estaban deseando ahogarse mutuamente.

En todo aquel tiempo con mi madre enferma, tan solo un disco me sobrevino con una intensidad superior a todo lo demás. Era un álbum que ya cuando se publicó me había impactado, pero entonces me conmocionó de una forma tan extraordinaria que quedó dentro de mí como un órgano vital imprescindible. Llevo escuchados muchos discos en mi vida y unas cuantas decenas de ellos los considero inconmensurables. Hablo de álbumes que son maravillosos y nunca, pero nunca, me canso de oírlos. Álbumes tan dispares como *In the Wee Small Hours,* de Frank Sinatra; *Kind of Blue,* de Miles Davis; *Exile on Main St.,* de los Rolling Stones; *Tapestry,* de Carole King; *The Rise and Fall of Ziggy Stardust and the Spiders From Mars,* de David Bowie; *Coney Island Baby,* de Lou Reed; *Otis Blue,* de Otis Redding; *Grace,* de Jeff Buckley; *At My Age,* de

Nick Lowe; *Figure 8,* de Elliott Smith; *I Am a Bird Now,* de Antony and The Johnsons; *Cole's Corner,* de Richard Hawley, o *The Greatest,* de Cat Power. Hay otros, tan solo un puñado, que son algo más. Hablo de esos discos que participan en lo que eres tanto como el aire que respiras, pero tú también participas en ellos. Compartes como si fuera tuyo el acontecimiento vital que guardan, conectando tus pensamientos con su psicología, coordinando tu ritmo cardíaco con su latido. Cuando los escuchas, no estás escuchando unos discos: estás viviendo su experiencia. Puedes afirmar sin ningún riesgo a equivocarte que has estado ahí. Aún más, puedes asegurar que están dentro de ti, como esa energía que te mueve, como ese espíritu que no se ve, como ese carácter que define a las personas. Sí, claro, yo diría *West,* de Lucinda Williams; *Pet Sounds,* de los Beach Boys y *Born to Run,* de Springsteen, aunque también podría decir de Bruce *The Wild, the Innocent and the E Street Shuffle*. También diría *Blood on the Tracks,* de Dylan, aunque también podría decir *Street Legal*. Y añadiría *What's Going On,* de Marvin Gaye; *Astral Weeks,* de Van Morrison; *A Love Supreme,* de John Coltrane; *Horses,* de Patti Smith; *Closing Time,* de Tom Waits; *Summerteeth,* de Wilco, y *The Beast in Its Tracks,* de Josh Ritter. Y en ese puñado exclusivo, está también *The Wind,* de Warren Zevon, el álbum que me sobrevino en aquellos días. Forma parte de mí, como el recuerdo de mi madre.

The Wind fue el último disco de Warren Zevon. Acababan de diagnosticarle un cáncer de pulmón muy avanzado cuando decidió grabarlo, en 2002. Los médicos le dijeron que se tomase con calma los últimos meses de su vida, pero a él le entró prisa por meterse en el estudio de grabación. Cuentan que el músico de Los Ángeles, que despuntó en los primeros setenta como un compositor de una prodigiosa ironía, quería terminarlo rápido. A fin de cuentas, dejar un disco a medias por morirse debe ser un fastidio. Una de sus frases más repetidas era: «Chicos, vamos muy lentos, así no acabaremos a tiempo. Por si acaso, ¿sabéis si todavía publican ep?». Llegaron a tiempo para grabar un disco elepé formado por once canciones de emoción desbordante. Eso sí, llegaron justos: *The Wind* se publicó apenas diez días antes de la muerte de su autor.

Zevon había sido un superviviente nato desde que ya en los primeros días de su carrera se metió en las drogas como un elefante

en una cacharrería. Fue alcohólico, cocainómano y yonqui, y fracasó como suicida. Con su habitual ironía, se resumió así: «He vivido como Jim Morrison y luego, otros treinta años». También era un narrador único. Discos como *Warren Zevon, Excitable Boy* y *Sentimental Hygiene* son crónicas angelinas tan bien trazadas que nada tienen que envidiar al mejor Tom Waits de los suburbios. Paul Nelson, uno de los mejores críticos de la antigua *Rolling Stone*, definió así *Excitable Boy:* «El mejor disco norteamericano de rock'n'roll desde *Born to Run* de Bruce Springsteen, *Zuma* de Neil Young y *The Pretender* de Jackson Browne. Es un trabajo que le confirma como un cronista aventajado de la cara menos amable de la condición humana. Y lo hace con valentía, riéndose de la desagradable verdad sin pestañear».

Sin duda, el humor fue su mejor arma. El músico confesó en una gloriosa entrevista con David Letterman que llevaba diecisiete años limpio de alcohol y drogas, pero que, cuando le comunicaron la noticia de su cáncer, se puso a beber como si fuera a morirse al día siguiente. Al propio Letterman le dijo: «Puede que haya sido un error táctico no haber visitado a un médico en veinte años. Ya sabes, David, una de esas fobias que no compensan». Y el propio presentador le recordó una de las últimas frases que el músico había dicho en un supermercado desesperado por lo lenta que avanzaba la fila para pagar: «Perdone, tengo un cáncer terminal, ¿podría hacer que la cola fuese un poco más rápida?».

En aquel programa, después de conocer la noticia de su cáncer, Zevon todavía no había grabado *The Wind.* No perdió el tiempo para el disco y llamó a varios amigos que lo admiraban. El desfile de nombres que participan lo dice todo: Bruce Springsteen, Tom Petty, Jackson Browne, Emmylou Harris, Ry Cooder, Dwight Yoakam, T-Bone Burnett, Mike Campbell, Don Henley, David Lindley y Billy Bob Thornton, quien prestó su estudio casero para algunas sesiones de grabación. Incluso uno de los hijos de Zevon se sumó a tan ilustre equipo. Basta escuchar la versión de «Knockin' on Heaven's Door» de Bob Dylan para entender que Zevon miraba a la cara a la muerte. De las innumerables versiones que hay de las canciones de Dylan, esta es mi favorita. Es una interpretación que nace de lo profundo de Zevon, como si esta composición universal se colase por sus venas hasta ser parte de él. Se oye su voz apurada

añadir unas palabras nuevas justo en el último verso, como si fuera un lejano grito impulsado con el llanto de una guitarra eléctrica. «Abre la puerta, abre la puerta, abre la puerta… para mí», canta Warren Zevon. No regatea consigo mismo. Las puertas del cielo se están abriendo, aunque eso pueda significar todo o nada. En su última entrevista, Letterman le preguntó: «Warren, ¿tienes otra visión de la vida y la muerte desde que sabes que estás enfermo de cáncer?». Zevon contestó: «No creo, excepto que ahora sé cuándo debo disfrutar de cada sándwich».

Cuando mi madre ya andaba mirando a la cara a la muerte, yo escuchaba *The Wind* de otra forma a como lo había hecho años atrás. Nunca supe si el cáncer le dio a ella otra visión de la vida y de todo eso que nos espera al otro lado de la puerta, pero fui consciente de que se dedicó a disfrutar de cada sándwich que se tomó hasta el último día. A diferencia de Warren Zevon, ella no vivió como Janis Joplin y otros treinta años, y creo que siempre supo disfrutar de cada sándwich, pero entonces lo hizo con una entereza sorprendente. Yo, por mi parte, guiado por ella una vez más, intenté hacer lo mismo con cada plato de lentejas que me preparó hasta el último día. No fue fácil: pasó por el quirófano en siete ocasiones y las dos últimas de una manera bastante desesperada. Aguantó dos años y dos meses desde que le diagnosticaron un cáncer repleto de metástasis en el hígado. Era como intentar acabar con «una plaga de cucarachas», tal y como lo definió el oncólogo: matabas unas por una esquina, pero te salían otras por otra. Los médicos le habían dado como mucho tres meses. Ella resistió veintiséis.

Cuando me quedaba en el hospital a dormir con ella, veíamos películas pésimas que echaban en esos canales que hacía tiempo que habían dejado de interesarme. Metía dinero en el televisor con la misma alegría que en una máquina de hielos de un hotelucho de Las Vegas tras haber ganado en el casino. Luego, me acomodaba lo mejor que podía en el sillón al lado de su cama y nos poníamos a cenar. De las noches en el hospital recuerdo especialmente las películas: *Amor con preaviso, 50 primeras citas, La pareja del año…* A veces, me llevaba palomitas y alguna cerveza. Allí, con ella, me parecían todas ganadoras de un Óscar. Lo demás transcurría en apariencia como siempre. «Como si la vida nos estuviese regalada»,

decía ella y se ponía a recordar algunas de las historias de la guerra que solía contar el tío Josele. Teníamos tanta complicidad que el tiempo juntos era provechoso y apacible. Ninguna noche en el hospital, de las muchísimas que hubo, estuvo triste y solo en una de las últimas, cuando el cáncer iba doblegando sus fuerzas con una tenacidad tétrica, se emocionó porque dije que el puré de verduras del hospital estaba rico. Lloró y rio al mismo tiempo y me pidió que me acercase a la cama para darme un beso. «Jamás te has quejado en tu vida por la comida», me comentó secándose las lágrimas con una risa. Debía de estar asqueroso, pero yo le dije la única verdad posible: tantos años en el comedor del colegio habían desarrollado en mí una tolerancia por cualquier tipo de alimento que ni yo mismo sabría explicar. Todo me lo podía comer, aunque no todo me parecía igual, más siendo hijo y nieto de unas cocineras tan cualificadas como ella y mi abuela.

La última noche en el hospital, tras una recaída de la última operación, mi madre tomó mi brazo para ir hasta el baño. Luego me pidió con mucha serenidad que la ayudara a cambiarse el camisón por otro que estuviese limpio y se metió en la cama con mi ayuda. Con esa manifestación de debilidad me hizo recordar que se moría. No me concentré en pensarlo. Hasta entonces, el optimismo había sido una droga. Supongo que hay todo un tratado filosófico sobre los chutes de optimismo para las enfermedades. Es algo que me gustaría preguntar a la psicóloga. Basta que una vez te haya ido bien siendo optimista para creer con la fe de un legionario que te va a ir igual siempre. No puedes pensar de otra manera. Tampoco te lo permites. Yo me enganché desde el principio al optimismo y llegó un momento en que, si bien no perdí la perspectiva de la realidad, me servía de bálsamo. «Va a ir bien», le decía a ella y a todos. «Si salimos de la última vez, saldremos de esta», repetía. Los meses se contaban por exámenes médicos y, tras la preocupación, siempre había alguna buena noticia. Se podía sentir alivio y tomarlo como refugio. Cada indulto significaba que todavía no se había perdido la guerra. Daba igual. La muerte siempre se toma su tiempo.

Después de esa noche, la muerte ya estaba a punto de salirse con la suya. Todos lo sabíamos, pero yo me fui de la habitación con otro chute más de optimismo. Mi madre esperó a que me fuera para sedarse. Era la sedación final. Cuando me lo dijeron, me alteré

bastante. ¿Por qué no me había dicho nada? Entonces, empecé a pensar en las últimas horas juntos. Entendí por qué al salir por la puerta me mantuvo la mirada tan intensa y penetrante, brillando sus ojos verdes de aurora boreal con el sol de la mañana, y por qué hablamos todo lo que hablamos durante la noche anterior sobre su vida, sobre la mía, sobre la de mi abuela, sobre mi trabajo y mis aspiraciones como periodista, sobre mi padre e incluso sobre el hijo que, según ella, tendría algún día. «Será un niño al que ya echo de menos», afirmó. También deslizó un consejo, al que en aquel momento no di mucha importancia: «Recuerda que no hay nada más valioso que la bondad».

Iniciada la fase de sedación, tardó tres días en apagarse. Una de esas mañanas, me quedé a solas en la habitación, sujetándole la mano mientras le recordaba cuando íbamos juntos a la antigua camisería del tío Josele, y sentí que quería abrir los ojos. Me vine arriba y quise salir corriendo a buscar a un médico para que intentara recuperarla. «¡Puede oírme!», quería gritar. Tropecé con mi mochila y me estampé contra la pared. Al minuto llegó una enfermera y me dijo que qué había pasado. Estaba todavía en el suelo cuando simplemente contesté: «Nada». Lo que en verdad había pasado es que mi madre se iba sin quererme decir adiós. Se apagó del todo en una noche desalmada de enero sobre las tres y media. Después de dos jornadas sin pegar ojo, me había quedado dormido en el sillón cuando Rosa me despertó para decirme que llegaba la hora. Me incorporé y apoyé mi cara en la suya, la agarré de la mano y sentí su último aliento. Fue un soplito ligero, que aterrizó en la parte superior de mis labios, rozándome la nariz. A veces, me da por tocarme ahí como si todavía lo notase.

En el tanatorio, Picho me preguntó si había elegido una canción para mi madre. Era una gran idea. Cuando mi abuela falleció, inconscientemente hice de «Have I Told You Lately» su canción. Tenía quince años cuando ella perdió la cabeza con una demencia. Fue de un día para otro, casi de una hora para otra. Estaba viendo por televisión un partido del Real Madrid contra la Juventus de Turín cuando en el descanso llegó al salón y me confundió con mi abuelo, al que nunca conocí porque también se murió de cáncer antes de que yo naciera. Al comienzo del partido estaba bien, o eso parecía, pero cuarenta y cinco minutos después me dijo que nos

teníamos que ir con las niñas a Ezcaray. Tardé media hora en saber que no estaba de broma y en comprobar que mi abuela perdía la noción de la realidad más rápido que el Real Madrid el balón. Para cuando acabó el partido, el Real Madrid estaba eliminado de la Copa de Europa, esfumándose otro año más el sueño de la Séptima, y mi abuela ya vivía en recuerdos borrosos de otra época. A partir de ese día, estuvo dos años fuera de sí hasta que murió. El tío Josele fue detrás, tan solo un mes después, como si decidiese acompañar a su hermana. Todo ese tiempo, yo estaba alucinando con las canciones de Van Morrison, que me servían de asidero emocional ante la debacle psíquica y física de la que era mi segunda madre, a la que me pasé durante años haciéndole regalos en el colegio por el Día del Padre. Fue la primera vez que elegí una canción para recordar a alguien que había sido importante en mi vida: mi abuela y también el tío Josele.

Con la muerte de mi madre, me acordé de mi abuela y mi tío Josele porque fui al mismo tanatorio y volví a sentir el calambrazo helado del beso en la frente en el ataúd. Elegí «Keep Me in Your Heart», la más bella despedida jamás compuesta para cerrar un disco, incluso para cerrar una vida. Fue la última canción escrita por Warren Zevon y comienza así: «Las sombras caen y estoy corriendo sin aliento / Consérvame en tu corazón durante un tiempo / Si te dejo no quiere decir que te ame menos / Mantenme en tu corazón por un tiempo / Cuando despiertes por la mañana y veas ese loco sol / Mantenme en tu corazón por un tiempo / Hay un tren que desaparece por la noche llamado "Cuando todo está dicho y hecho" / Mantenme en tu corazón por un tiempo».

Hay quien reza para comunicarse con los muertos, otros hacen espiritismo y algunos más se colocan con cualquier mierda. Como emborracharme siempre lo he hecho para estar cerca de los vivos, escucho «Keep Me in Your Heart» para sentirme cerca de mi madre. Tampoco espero que nadie lo entienda. Ni siquiera la psicóloga, que se esfuerza por saber si hay algo que arreglar dentro de mí o si, por el contrario, nada tiene solución. En la última sesión, hablamos de mi madre y ha sido la única vez en la que he acabado con lágrimas. Todo vino porque me preguntó que qué tal lo llevaba viviendo solo y le dije que bien, aunque a veces echaba de menos unas buenas lentejas. Ahora, ya en el piso, pienso en que vivir solo es algo

extraño. Hace que puedas estar horas sin hablar con nadie mientras pasa la vida. Mientras suenan más canciones que nunca.

«Scenes from an Italian Restaurant»

Billy Joel

Después de pedir cita, por fin, para la colonoscopia, me he comprado la entrada para ver a Tom Petty en Londres. La psicóloga me propuso empezar a fijarme objetivos concretos o algo así para mirar hacia delante y poner cierto orden en mi día a día. Me sonó como a esos doce pasos de los que se habla en Alcohólicos Anónimos. Supongo que ir a ver a Tom Petty es un buen paso. Fecha: 9 de julio. Ya veré cómo me lo monto para entonces con el trabajo. Desde que tengo la entrada, no paro de escucharlo en el piso. Sus guitarras estremecen todo mi cuerpo como cuando escuchaba a los Ramones o a Los Enemigos en la adolescencia. Supongo que sucede porque esto del rock'n'roll es como un soplo de aire que guarda un vendaval. Si lo dejas entrar, te arrastra sin parar. Y he vuelto a dejarlo entrar.

Vivir solo me permite hacer todas esas cosas que antes no hacía, como pasearme desnudo por el salón mientras Tom Petty se desgañita en la *jukebox*, no recoger las colillas del cenicero, dejar la puerta del baño abierta, amontonar cervezas en la nevera o hacer fiestas improvisadas. La última fue el pasado fin de semana cuando vino Toni a Madrid para visitarme. Quedamos con Juan para ir el domingo a uno de sus «aperitivismos extremos» y todo se desmadró. Al principio éramos cinco, pero acabamos siendo más de quince cuando ya había anochecido y animé a todo el mundo a seguir en mi piso. Era domingo y había bebido mucha cerveza. A mí la cerveza siempre me convierte en un ser expansivo. Podría serlo un poco, pero termino siéndolo mucho. Compramos más bebida en un chino y terminamos todos distribuidos entre el salón y la terraza. Para ser un piso pequeño, hubo un momento que parecía la mansión de Elton John. Hubo dos tíos que se enrollaron en mi habitación y en la de Alejandro se colaron tres bulldogs de una chica que me pidió permiso para subirlos. Iba tan eufórico, bailando con Carola, Belén y Toni canciones improvisadas de todo tipo, que podría haber adoptado a los tres perros si me lo hubiese pedido. No recuerdo gran cosa, salvo verlos corretear por todos lados y oír a la

chica decir a cada rato: «¡Cuidado con los cachorros!». Temía que los pisásemos, aunque fueran grandes como jabalíes. Pasaron a la habitación de Alejandro y acabaron destrozando uno de sus dinosaurios de juguete. También mi álbum de *The Stranger*, de Billy Joel, que estaba en una de las pilas de discos. Toni lo llamó «la maldición de los bulldogs». Tres chuchos, dijo, corriendo como ratas, ejemplificando cómo un día cualquiera se te puede ir de las manos y convertirse en un desmadre. La maldición de los bulldogs ha hecho que ahora tenga uno de mis discos más queridos mordisqueado e inservible. Y que deba comprarle otro juguete a Alejandro.

The Stranger siempre me recuerda a Nueva York y Nueva York siempre me recuerda que hubo un tiempo en el que parecía que nunca nada iba a salir mal. Fue en Nueva York, en 2004, donde conocí a Martín y donde, un par de años después, Rosa y yo convivimos por primera vez, como si fuéramos dos pijazos de una serie moderna que podían elegir el lugar del mundo en el que emanciparse. En realidad, las cosas salieron redondas gracias al tipo que más me empujó a escribir, el mismo desconocido que se coló en mi existencia desde el otro lado del Atlántico. A Martín lo había conocido por un chat musical cuando entré en la universidad. Durante cinco años hablábamos varios días a la semana. Era diez años mayor que yo. También el mayor fan de Springsteen que nunca había visto y eso ya era decir mucho en una logia tan concurrida y fanática y en la que yo me sentaba en el primer escalafón. A veces, me quedaba hasta las tantas de la madrugada charlando con él de música, cine, literatura, periodismo o fútbol. De lo que fuera. Me corregía mis primeras chifladuras literarias con las canciones, resolvía algunas de mis dudas existenciales y, sobre todo, nos reíamos mucho. Cuando le comenté que quería estudiar inglés en el extranjero, me ofreció su apartamento en Jersey City. No lo dudé ni un segundo. Aquello era mejor que ganar la lotería. Se lo dije a mi madre y esa noche tiró de sus escasos ahorros para comprarme el billete de avión y pagarme la academia de inglés. Nueva York se lo debo a ella. Y, claro, a Martín.

El día antes de viajar a Estados Unidos por primera vez, me entró un correo electrónico urgente con el asunto: «¡Foto!». Me había mandado una fotografía suya y me pedía una mía para que

supiéramos reconocernos en el aeropuerto de Newark. Ninguno de los dos habíamos caído en que no sabíamos qué cara tenía el otro. Cuando lo vi en persona en aquella primera noche, en un *diner* de Jersey City al lado de su casa, una casa que terminaría saliendo en un capítulo clave de la última temporada de *Los Soprano*, me contó su vida, sin tapujos. Me sentí dentro de una película de Martin Scorsese. Había llegado a Estados Unidos huyendo de la mafia española estrechamente relacionada con el mundo del ladrillo. Como sabía demasiadas cosas relacionadas con banqueros y políticos, había hecho un pacto con ellos para no volver a España y evitar así que le hicieran algo a su familia. Aunque tuvo que decidirlo en cuestión de unas horas porque se enteró de que lo buscaban desesperadamente, pensó que, puestos a huir, qué mejor que Nueva York, donde podría tener más a mano los conciertos de Springsteen. El problema es que aterrizó diez días después del 11-s y la ciudad estaba como sitiada, casi imposible para empezar una nueva vida. No se rindió y acabó viviendo como inmigrante irregular y trabajando de portero de edificios en Jersey City, en el estado natal de Springsteen. Lo primero que pensé es que Scorsese debería conocer su historia para hacer una buena película con él. Además, el tío se daba un aire a Robert de Niro. Él, por su parte, en aquella primera noche comiendo la mejor *cheeseburguer* de mi vida, me dijo: «Ya sabes quién soy. Ahora decide si te quieres quedar a dormir este verano en mi casa o, si lo prefieres, te vas a otro piso o a un colegio mayor de estudiantes». Nos hicimos inseparables y durante las siguientes noventa jornadas me obligó a recorrer todos los días las calles de Manhattan, Queens, Brooklyn o el Bronx para escribir artículos que solo iba a leer él. De noche, dormía en su salón, dentro de un piso en un sótano al que se accedía bajando unas escaleras y cuyas ventanas estaban a ras del suelo de la calle, coleccionando escupitajos y cagadas de perro como mejores vistas. Me parecía el paraíso y jamás me cobró un dólar por nada. Encima, aguantó mis ronquidos.

Su último año en Nueva York lo pasó conmigo. Fue cuando vimos en primera fila a Springsteen en el Stone Pony de Asbury Park y le chocamos la mano entre chupito y chupito, y mi cámara se quedó sin pilas en el momento cumbre del concierto. «Yo lo que no sé es cómo no pierdes los calzoncillos», me decía siempre. Ahí se equivocaba: al mes de estar viviendo con él nunca más volví a ver

un par de ellos. Debieron quedarse en la lavandería de la esquina. Fuimos a conciertos, escuchamos muchísimas canciones bebiendo Jack Daniel's en la azotea de nuestro edificio desde la que se veía Manhattan y me enseñó hasta el último rincón de una ciudad inagotable de la que él era un auténtico enamorado. Había estado once veces en Nueva York antes de vivir allí. Una noche veníamos de fiesta del Greenwich Village y, ante mi insistencia, nos pusimos a mear entre unos contenedores cuando apareció un coche de policía a nuestro lado. En Nueva York, la policía puede detenerte por mear en la calle, por lo que Martín salió corriendo y yo, tras verlo, detrás de él. Ambos corrimos como diablos meando en todas direcciones. El coche paró y uno de los agentes de policía se bajó, pero le dimos esquinazo rápidamente. Cuando nos paramos a descansar, dos negros como salidos de Run-dmc nos miraron y uno gritó en inglés: «¡Hijos de puta, iros a chuparos la polla a un sótano!». No dijimos nada porque, en el fondo, quién se defiende de algo con todo el pantalón meado. Si a Martín lo hubiesen pillado esa noche, seguramente lo hubiesen deportado por su situación irregular. Era lo último que necesitaba. Yo también, pero tuve que regresar al expirar mi visado.

El día que volé a Madrid, estuvimos dos horas escuchando canciones de Joan Manuel Serrat en su casa mientras yo recogía mis cosas y abandonaba mis dos gayumbos extraviados. Aquella tarde de septiembre entendí que el salto de oír a Serrat a llegar a sentirlo es un momento musical que te marca, como ver por primera vez el mar. Serrat fue su último gran regalo. Antes de salir hacia el aeropuerto, puso como despedida «Decir amigo», una canción que escuché unas veinte veces llorando en la sala de embarque. Martín era algo más que un amigo, era el hermano mayor. A veces, incluso pienso que era ese padre que nunca tuve. Nada iba a ser igual desde entonces. Tampoco para él. Al mes de abandonar Estados Unidos en septiembre de 2004, me llegó un correo electrónico en el que me confesaba que su tiempo en Nueva York había llegado a su fin. Se iba a esconder en otro sitio y quería construir una vida. Estaba harto de trabajar como un imbécil siete días a la semana y vivir sin apenas amigos ni nadie de confianza a su lado. Nueva York puede convertirse con facilidad en un monstruo que te asfixia si vives en el lado de los desafortunados. Y Martín había agotado toda su fortuna allí después de tanto tiempo. Apenas dos meses después de mi

partida de su casa de Jersey City, emigró a Latinoamérica a buscar su destino y lo encontró en Costa Rica. Abrió un hotelito cerca de la playa y se quedó allí. Llevo tantos años tan entregado a mi vida de Madrid que tengo pendiente visitarle.

En 2006 cuando Martín se enteró de que para seguir mejorando mi inglés iba a irme, esta vez con Rosa, a Londres, movió sus contactos y nos consiguió en veinticuatro horas un piso en Jersey City. «Eres un animal neoyorquino. Déjate de hostias», bufó en un mensaje escueto y certero. Tenía razón. Rosa se quería ir a Londres, pero yo no lo tenía tan claro. Además, el alquiler del piso y la vida en Jersey City nos salían bastante más baratos que en Londres. Sin embargo, todo lo decidió un sueño que tuve. Al contrario que Rosa y Mar, apenas sueño, o, como dicen los especialistas, recuerdo lo que sueño, razón por la que mi memoria demuestra ser un cacharro poco fiable y por la que dormir me resulta un asunto bastante aburrido. De las poquísimas veces que he soñado y lo he recordado, siempre ha sido con una intensidad de tal calibre que me ha marcado. La noche anterior al correo electrónico de Martín, había tenido el sueño más real de mi vida. Yo andaba por la calle 34, contemplando alegre cada detalle de ese avispero, y un taxista se paraba a mi lado y me insultaba: «¡Gilipollas!». Yo le sonreía como agradecido y luego seguía andando, con las manos en los bolsillos y silbando. Era raro, porque no sabía silbar. Al cruzar la Sexta Avenida, un policía se acercaba corriendo, se detenía delante de mí y apuntándome con su revólver gritaba: «¡Oiga, usted, está prohibido pasear con la polla al aire!». Yo le echaba una risita y, sin mirarme abajo, me la volvía a meter dentro del pantalón y le decía: «Gracias, tío». Luego, ahí parado, en el cruce, miraba hacia arriba para ver el Empire State en toda su plenitud. Doblaba tanto el cuello que parecía que me lo iba a partir mientras pensaba que Nueva York era el mejor lugar del mundo. Observando la grandeza de aquel monumento que desafiaba al cielo, con todos los coches y transeúntes rodeándome como si fuera Spiderman a punto de lanzar mi telaraña, me difuminaba felizmente en mi sueño mientras sonaba «Blowin' in the Wind», de Dylan. Aquella noche, alrededor de las cuatro, me desperté sudando, con dolor de cuello, olor a *pretzels* retostados y un ruido de tráfico tan real en la cabeza que oía bocinas de taxi en mi habitación. Fui directo al ordenador, tarareando el estribillo de «Blowin' in the Wind», y le mandé un

correo electrónico a Martín, que ya vivía en Costa Rica, y le puse algo así como que Londres se lo quedasen los británicos, que conmigo no contasen, y que mataría por volver a comer una de las porciones de pepperoni del Joe's Pizza, pero del que estaba en Carmine Street, cerca del Greenwich Village, y no de ningún otro sucedáneo. El mismo lugar donde una noche hice cola detrás de David Bowie.

Martín lo llamaba «la llamada de la selva». A veces, afirmaba, Nueva York reclamaba a algunas personas. Enric González, que siempre tiene las palabras exactas para todo, lo llamó «el rugido de la bestia». Decía Enric que a Nueva York, «ese caudaloso río humano», siempre se vuelve si en algún momento has sido capaz de escuchar su rugido. En el año que regresé con Rosa, Enric había publicado *Historias de Nueva York*. Fue un libro que durante mucho tiempo llevé a todas partes, como si me diese suerte tenerlo cerca. Me gustaba leerlo en cualquier lugar de la ciudad, aunque lo hubiera hecho ya diez veces. Su tono me seducía y deseaba que algo de su prosa se me quedase para cualquier cosa que yo escribiese en el futuro. Algo así como les pasa a los guitarristas que empiezan y, aun siendo torpes, sueñan con parecerse a Chuck Berry y solo se aprenden pequeños fraseos, punteíllos. A veces, simplemente sostenía el libro y observaba su portada: esos dos amantes abrazados en el ferri de Staten Island, dejando atrás el *skyline* de Manhattan, con las Torres Gemelas a lo lejos. La primera vez que cogimos ese ferri Rosa y yo le pedí hacernos la misma foto, como si pudiésemos crear una instantánea igual de arrebatadora. Ya no estaban las Torres Gemelas, pero las imaginamos. Es lo único que yo hacía en Nueva York: imaginar. Para mí, la ciudad pasaba todo el tiempo por la imaginación. Creo que Rosa acabó de la misma forma. Fue allí donde empezamos a imaginar juntos una vida compartida.

De hecho, nada más aterrizar en el apartamento de Jersey City tuvimos que imaginar los muebles. Estaba tan vacío que durante la primera semana nuestra única silla era la taza del váter. Nos turnábamos para sentarnos cuando no estábamos durmiendo en los sacos. Sin sillas, sin mesas y sin nada hasta que pudimos desplazarnos a un Ikea, recorríamos cada noche las calles de esa ciudad, que nada tenía que envidiar al Baltimore de *The Wire*, para

ver si cazábamos algo en algún contenedor. No dejé de hacerlo durante semanas porque comprendí las palabras de Tom Waits cuando decía que «la basura de Nueva York resulta algo increíble y emocionante». De hecho, amuebló todo su apartamento con cosas que encontró en la calle. Nosotros, en buena parte, también. En nuestros paseos, siempre dábamos con un pequeño hombre de no más de 1,30 metros, vestido de jamaicano y colocadísimo de crack, que husmeaba como un perro callejero. Una noche peleamos por una mesita de madera más vieja que la Estatua de la Libertad, y Rosa y yo terminamos cediéndosela porque, aunque fuera pequeño como un hóbit, tenía pinta de poder matar a un boxeador. Una mañana, el hombrecillo apareció bocabajo tumbado frente al portal entre un montón de bolsas de basura. Rosa, compungida, concluyó que había muerto. Estaba claro que, viéndole tan colocado por las esquinas, lo difícil era que todavía estuviese vivo. Cuando le toqué para verificar su fallecimiento, saltó de un brinco y me mordió el pie. Rosa decidió que ya estaba bien de Jersey City, de Nueva York, del enano drogadicto, del maldito inglés con el que no se entendía ni con los latinos, del olor a curry que se nos pegaba todos los días en las ropas por los guisos de los vecinos indios, de los ratones que se paseaban por nuestra cocina, de la comida basura, de la lavandería llena de mujeres musulmanas con nicab, de no conocer a nadie más que a japoneses y coreanos de la academia de idiomas que no abrían la boca y, sobre todo, de las canciones que siempre le citaba como si fueran la excusa perfecta para vivir allí. Dijo basta. Se quiso volver a Madrid. Al final, con paciencia y algún truco fabulador por mi parte, se quedó y terminó encantándole toda esa aventura hasta el punto de que en el salón de nuestra casa de Madrid solo pusimos cuadros de Nueva York. El día que me mudé al piso me quedé mirándolos como si pudiera sacarles el sonido de aquellas canciones que imaginaba dentro de ellos.

Solía escuchar «New York City Serenade», de Bruce Springsteen, cuando salía de clase y Rosa me esperaba en el apartamento de Jersey City. Teníamos distintos horarios y yo aprovechaba para pasear solo por Nueva York. «New York City Serenade» es mi canción neoyorquina por excelencia. Es cierto: me he pasado la mayoría de mi vida poniéndole canciones de Springsteen a todo. Creo que podría ponerle una incluso al ceremonioso acto de la masturbación. Como ya no lo hago —lo de poner canciones de

Bruce a todo—, no sé si he madurado o, simplemente, se me ha acabado el repertorio de canciones. O quizá es que el problema se ha agravado, porque ahora pongo todo el repertorio de Dylan. De cualquier manera, no quiero ahondar en ello y no le diré nada a la psicóloga porque suficiente filón tiene conmigo. A veces, me mira como si me diese por perdido. De la canción de Bruce me encantaba el verso en el que el protagonista escupe: «Camina erguida, cariño, o no camines». También cuando llama «tío de las vibraciones» al saxofonista callejero y le reprocha que, si toca un poco más triste, «acabará tocando en la tumba». Escuchaba el tema y me elevaba como la ciudad. Y nunca lo hacía mejor ni más feliz que cuando me detenía en Washington Square observando su arco luminoso y confundía a veces a las ardillas con las ratas y viceversa.

Caminar por Nueva York con música en los oídos a todo volumen durante tantos días me dejó medio sordo, pero descubrí álbumes cuya sangre neoyorquina corría con tanta soltura y grandiosidad que hoy los considero maravillas dignas de ser expuestas en el moma. Tengo uno por cada estación del año. Para el otoño, con esos días grises tan puramente neoyorquinos de los que siempre habla Woody Allen, nada sonaba mejor que *The Bridge,* de Sonny Rollins. Si hay un instrumento que le pega a ese Nueva York de gabardina es el saxo. Para el invierno, con ese aire espectral en sus esquinas, pero sobre todo para cuando la ciudad te escupe en la cara, te demuestra que es incómoda y agresiva y compruebas como un panoli que tener nieve sucia en las aceras durante semanas no tiene nada de romántico, me gustaba pinchar *New York,* de Lou Reed. Con todo su sarcasmo, Lou te muerde en la nuca y te recuerda que adorar Nueva York no tiene nada que ver con ser neoyorquino. Para la primavera, cuando las aceras parecen una tormenta de espíritus acelerados y las calles muestran su particular osadía de estar al límite en su propio delirio, entraba como un misil *Glitter in the Gutter,* de Jesse Malin. Sus guitarras disparadas son como la marea caótica del viernes noche en Lower East Side. Y para el verano, cuando el calor revienta los termómetros y la fiebre invade una urbe carnal y desinhibida hasta el tuétano, sonaba mejor que ninguno *Subway Joe,* de Joe Bataan. Sus percusiones y vientos frenéticos, propios del más excitante *boogaloo* latino y del *doo-wop* afroamericano, hacen sudar la gota gorda. Pero, si hay un disco que suena al Nueva York que amé, es *The Stranger*, de Billy Joel. Sí: el

mismo que fue destrozado por los bulldogs.

A diferencia de la visión de cirujano de Lou Reed, que destripa Nueva York y le saca gloriosamente sus vísceras, la de Billy Joel en *The Stranger* es la de un tipo fascinado con la ciudad. Por eso, como veinteañero recién llegado a un lugar tan trepidante y lleno de energía, conecté tanto con su álbum. Veía la ciudad con sus mismos ojos alucinados. Joel nació en el sur del Bronx, pero pronto se fue a vivir a Long Island. Desde allí, siendo adolescente, bajaba a Manhattan para empaparse de la vida nocturna en los teatros de Broadway, las salas de conciertos del Lower East y los bares que nunca cerraban del Village. Al igual que Bruce Springsteen observaba la Gran Manzana desde su orilla de Nueva Jersey, Joel lo hacía desde Long Island. Ambos llegaban como dos forasteros que encontraban brillos nuevos en sus luces, capaces de maravillarse con su ritmo siempre cambiante y de cruzar sus emociones a flor de piel con los personajes de esa tierra de Oz asfaltada.

The Stranger fue el disco que más veces reproduje en mi *discman* en aquellos días. Es un álbum que guarda el propósito de un gran musical clásico, de esos que presiden Broadway durante temporadas, rebosante de épica y melodrama y reluciente en su alegría y dolor desmedidos. Era fácil beber de su pócima y transformarse desde que saltaban los primeros acordes hipnóticos de «Movin' Out (Anthony's Song)», en ese foráneo a la carrera llamado Anthony, y «soñar con hacer algo grande» entre luces de neón y taxis amarillos. Billy Joel, que tenía veintiocho años cuando grabó el disco y se había ganado la vida tocando el piano en bares de Long Island para ayudar a su madre soltera, aseguró que *The Stranger* surgió como «un estallido», y se grabó en pocos días. En sus surcos concentró su amor juvenil por esa ciudad de imposibles. Una vez *The Stranger* estallaba, para mí empezaba la función: lo escuchaba driblando rascacielos, como el protagonista del musical más asombroso jamás producido. Podía girar sobre mí mismo al tiempo que saltaba de acera en acera y la muchedumbre me abría paso. Llegué a hacer la prueba: en sus cuarenta y cinco minutos de duración se podía arrancar desde el letrero esplendoroso de Times Square, epicentro del desfase neoyorquino, y llegar al corazón mismo del Greenwich Village. Incluso, andando a ritmo neoyorquino, es decir, más rápido que en cualquier otra ciudad del

mundo, y enfilando todo recto la Sexta Avenida, se podía llegar al Word Trade Center y acabar observando el puente de Brooklyn mientras volaban los pensamientos con el silbido final de «Everybody Has a Dream». Bueno, a lo mejor no, pero casi. Se repetía alguna canción y listo. El productor del disco, Phil Ramone, un veterano de las grabaciones de Nueva York, fue el responsable de pulir el sonido de *The Stranger* hasta darle esa capa de elegancia cinematográfica. Entendió que todo el derroche emocional de Billy Joel, ejemplificado en su piano musculoso y su vozarrón dramático, debía ajustarse a un sonido limpio y radiante, como Manhattan con su vestido de luces. Lo consiguió. El vaivén sonoro del álbum y el latido de la ciudad se entendían como dos amantes en su primera noche: revolcones, risas y gozo con «Scenes from an Italian Restaurant», «Only the Good Die Young» y «Get it Right the First Time», entremezclándose con la pasión de baladones como «Just the Way You Are», «Vienna» y «She's Always a Woman». En todos mis trayectos mientras sonaba el álbum, Nueva York se mostraba como es: extrema, salvaje, tierna, indescifrable, irreal, única.

Observo ahora el disco de *The Stranger,* mordido como una presa de pacotilla por esos tres chuchos que se colaron en la última fiesta en el piso, y pienso en «Scenes from an Italian Restaurant». Es una de las canciones más largas en la carrera de Joel y la que más me excitaba del álbum. Como su propio nombre sugiere, es como una película en sí misma. El músico neoyorquino reconoció que era fruto de unir tres piezas independientes. Por un lado, tenía una introducción melódica al piano cuyo título original era «Italian Restaurant». Después, un desarrollo de balada. Es el arranque de la canción hasta el minuto 1:43. Luego, había estado trabajando en un pasaje sonoro que buscaba rememorar el estilo jazzístico de Dixieland, uno de los primeros en la historia del *jazz*, original de la zona del Misisipi a principios del siglo xx y que solían tocar los negros de Nueva Orleans por las calles. De hecho, la letra de la canción dice en un verso: «Metiste un centavo en la *jukebox* y se puso a sonar una canción de Nueva Orleans». Ese toque Dixieland, que también se dejaba oír en algunos locales de la Gran Manzana cuando Joel era adolescente, confiere un aire de desfile a la canción entre el minuto 1:43 y el 2:47. Después, la composición se acelera hacia una pieza de rock'n'roll que su autor había titulado «The Ballad of Brenda y Eddie». En este último tramo, el más largo, Billy

Joel canta con mayor urgencia, en ocasiones clamando mientras el saxofón refuerza, incluso intensifica, sus lamentos. Las transiciones entre los tres pasajes siempre van a cargo de un piano vigoroso, hilo conductor, como si fuera una cámara que recorre la vida de sus protagonistas.

«Scenes from an Italian Restaurant» es un conjunto de escenas de la vida de dos personajes: Brenda y Eddie. Ambos son jóvenes en el primer tramo de la canción, cuando se conocen y quedan en un restaurante italiano. En su mesa «hay una botella de vino blanco, una de tinto y una de rosado». Inspirado en Fontana di Trevi, un simbólico restaurante italiano al lado del Carnegie Hall donde Billy Joel solía quedar a comer con Phil Ramone, ese es el lugar de citas de la pareja, donde siempre tendrán «una mesa reservada». Cuando la canción se transforma en el desfile con aroma jazzístico, se sigue narrando en primera persona cómo ambos se unen aún más. Eddie y Brenda son «el rey y la reina en el baile de graduación». «Cervezas frías, luces calientes / Mis dulces y románticas noches adolescentes», dice Eddie, el narrador, en voz de Billy Joel.

Cuando Rosa y yo vivimos en Nueva York, fue como si nos moviésemos al ritmo pegadizo y entusiasmado de «Scenes from an Italian Restaurant». Éramos como Brenda y Eddie desfilando por una ciudad que nos regaló la experiencia infinita del presente. Como escribió Enric González en su libro: «En Nueva York, que no sabe de nuestra memoria sentimental ni de nuestro calendario, siempre es hoy y todos los momentos valen». La noche de Halloween nos disfrazamos de zombis y aprendimos que se puede morir por comer auténtica comida coreana, que pica más que cualquier comida picante de cualquier lugar del globo, pero que además se muere dos veces si solo tienes *whisky* para rebajarla. Cuando llega la Navidad, vimos que no se puede competir con los yupis en las pistas de hielo, especialmente en la de Bryant Park, rodeada por la majestuosa Biblioteca Pública. Llevan sus patines en sus maletines, los sacan, se los ponen y, en traje y corbata ellos, en traje y blusa ellas, se adueñan de la pista con sus piruetas y su felicidad contagiosa. Es mejor observarlos desde la barrera que entorpecerlos. El primer día que nevó con ganas dejamos las clases y salimos corriendo a pasear por un Central Park blanco. Se oía el crujir de nuestras pisadas en un paraje que parecía sacado de un

cuento. Rodeando el lago pequeño que hay cerca de Central South Park, descubrimos que los patos no se van en invierno. Se escurren por el hielo y se acurrucan todos en un diminuto espacio de agua y se tienen unos a los otros. Es algo que siempre he deseado decirle a Holden Caulfield. Cuando la primavera estalló, pasamos muchas tardes sentados en Washington Square escuchando a los músicos callejeros tocar canciones de Dylan, Woody Guthrie y Pete Seeger y viendo cómo estudiantes de teatro se desnudaban sobre la fuente central que hacía de escenario para que la gente les prestase atención mientras interpretaban obras de Shakespeare. Y cuando el sol derretía el asfalto, supimos que pasar un día de playa en Coney Island es tan decadente que resulta imposible no disfrutarlo, y sobre todo que es mejor comerse los perritos calientes de Nathan's después de montar en el Cyclone para no potarlos. Sí, aquella experiencia del presente que nos brindó Nueva York nos dio alas para imaginar nuestro futuro.

Un futuro como el Brenda y Eddie, que, como canta Billy Joel, se casaron y consiguieron luego un buen trabajo, una casa y una vida en la que juntos siempre podrían «sobrevivir». Fuimos ellos. Y lo fuimos tanto que hoy, que tengo el disco mordisqueado entre las manos y reviso el libreto de sus letras, me doy cuenta de que la tercera parte de la canción, la que Joel tituló en unas maquetas iniciales como «The Ballad of Brenda and Eddie», habla de la separación de la pareja. Cuando «no contaban con las lágrimas», cuando «lo mejor que pudieron hacer era recoger las piezas». Entonces, cuando escuchaba el tema en Nueva York, no prestaba atención más que a su sonido impulsivo. Yo solo quería llegar al final del disco mientras caminaba por la ciudad para quedarme con su último verso de «todo el mundo tiene un sueño», que cerraba «Everybody Has a Dream» y que yo intentaba hacer coincidir con mi vista del puente de Brooklyn, o con el edificio Chrysler, ya iluminado, desde la esquina de la calle 42 con la Quinta Avenida. El Chrysler es mi edificio favorito de la ciudad y del mundo. Contemplarlo con su armonía *art déco* y su resuelta corona de metal brillante con aguja era como un chute, y traía siempre a mi memoria el verso: «Camina erguido o no camines».

No sé cómo acabaría Eddie. Yo estoy en este piso en el que el pasaje final de «Scenes from an Italian Restaurant» retumba como un

viento aullador. Las ventajas de vivir solo es que puedes poner un inmenso cuadro de Nueva York presidiendo el salón. Inmenso hasta el punto de cubrir toda la pared. Un cuadro con una fotografía en blanco y negro donde sobresale el Chrysler en el centro de un contraste de edificios. Pensé en poner uno del puente de Brooklyn, pero me quedé con el Chrysler. La última vez que estuve en Nueva York fui al puente la primera noche. Después de deambular solo por el Village, tomando cervezas y *whiskys*, recordando todo lo que en esa ciudad había vivido y maldiciéndome por querer poner fin a una relación que tanto me había dado, cogí un taxi para que me llevase hasta el comienzo del puente desde el lado de Brooklyn. Siempre es mejor caminarlo viendo el *skyline* de Manhattan. Cuando el taxista me preguntó si iba a alguna calle en particular, le dije que simplemente quería que me dejase al lado del puente para poder cruzarlo. Eran las tres de la madrugada y hacía una temperatura de diez grados bajo cero. El conductor me dijo: «Amigo, hace demasiado frío. Morirá congelado ahí arriba». Era verdad: el viento y la sensación térmica con el río lo empeoraban todo. Salí rodando del taxi y me arrastré escuchando «Workingman's Blues #2», «New York City Serenade» y «Scenes from an Italian Restaurant». Tenía esa maravilla colgante para mí solo y en el horizonte brillaba en todo su esplendor el Chrysler. Sabía que llevaba mucho tiempo sin caminar erguido, más en ese momento con todo lo que había bebido. Me dio por sacar el móvil. Escribir mensajes con ese frío cortante era la mayor proeza que había hecho en mi vida. Primero, mandé un mensaje a Rosa, y, luego, tras pensarlo unos minutos que parecieron inviernos enteros, a Mar. Aquella mayor proeza duró poco. Fue superada cuando, con medio puente por cruzar, me meaba con desesperación y tuve que hacerlo drásticamente durante un par de minutos, que se alargaron como décadas, las mismas décadas de gloriosa historia de ese puente sobre las que salpiqué todo. Puede que fuera el primer y único tipo que había tenido el puente de Brooklyn en exclusiva para mear. Descargué todo el pis refunfuñando, recordando aquella huida con Martín y pensando que sería justo que me detuviese la policía. Pensé también en que mi madre no se sentiría orgullosa. Pude escuchar su voz de aquel día en el que, sentada en el salón de nuestra casa de Aluche, me insistió en ir a Nueva York porque, según ella, Londres no era la ciudad a la que debía volver con Rosa. Tenía razón. Fue la mejor experiencia de mi vida y ella ahorró todo lo que estuvo en su mano para ayudarme

a ir dos veces a la ciudad de los rascacielos.

Justo después de la muerte de mi madre, oí otra vez la llamada de la selva. El rugido de Nueva York fue feroz y pensé en dejarlo todo. Estuve unos días dándole vueltas, recuperando algunas de las canciones neoyorquinas y tracé el comienzo de un plan. Iba a comentárselo a Rosa para que juntos regresásemos a Nueva York con algún proyecto o para una visita larga cuando esa tarde me dijo que había comprado el predictor porque pensaba que estaba embarazada. Efectivamente, lo estaba. Lo teníamos en mente, pero no tan pronto. Después de todos los tiros que fallé en el equipo del colegio, con los padres de mis amigos cagándose en mis muelas, resultó que la metí a la primera y por toda la escuadra. Eso era puntería. Hasta ese día, estaba convencido de que no la tenía. Una puntería insuperable con la que pasé, en cuestión de un segundo, de verme subido otra vez en lo alto del Empire State, con el Chrysler y todo Nueva York en el horizonte refulgiendo como en un sueño, a saber que sería padre.

«Hey Jude»

The Beatles

Alejandro nació diez meses después de morir mi madre. La familia de Rosa dijo toda feliz que era una señal, algo que venía del cielo. A mí me pareció un poco cabronada: quería ser padre, pero también necesitaba contárselo a mi madre.

Hasta el día del nacimiento de Alejandro, la última vez que había creído en una señal fue en Las Vegas. Después de que hubiéramos ahorrado un dinero trabajando de camareros en un restaurante mexicano en el Greenwich Village, Rosa y yo cerramos nuestra experiencia norteamericana con un viaje por la Costa Oeste y parte del recorrido de la Ruta 66. Estábamos en el Golden Nugget y, de repente, sentí que la ruleta me dijo algo. Había ruido de máquinas tragaperras por todos lados y unos borrachos de despedida de soltero gritaban a lo lejos. Como caído del cielo, Elvis Presley se puso a cantar por el hilo musical. Al principio, «Viva Las Vegas» sonaba sugerente en ese circo alocado de luces, pero, después de que Rosa se fuera a por unos perritos calientes, se elevó como por encima de todo. Elvis berreaba pletórico, directo a mi corazón, y entendí más que nunca por qué era el rey. Ese estribillo exaltado cabalgaba sobre la atmósfera decadente, con señoras en carritos con cestos llenos de monedas para las tragaperras, hombres con gorra, pantalón corto y calcetines subidos hasta la rodilla y turistas que tiraban fotos con más *flashes* que luces en Strip Boulevard. Me vi más rutilante que Frank Sinatra en aquella parte de Las Vegas antigua, donde él había triunfado y que ahora es pasto de los jubilados que buscan hacerse ricos en un fin de semana. Aposté los quinientos dólares, nuestros quinientos dólares, todo el dinero que llevaba encima, sobre la casilla del 17, el número del día en el que Rosa y yo empezamos a salir. Y justo ese día era 17 de agosto. Pensé que ni el Rat Pack me podría parar: me llevaría una pasta gansa, le pediría matrimonio a Rosa en cuanto volviese y nos casaríamos en una de esas capillas horteras vestidos de Elvis y Marilyn Monroe. Lo pensé y luego, al ritmo palpitante de «Viva Las Vegas», me lo creí hasta que la canción se acabó y justo salió el

número 2. Negro par. Siempre maldito par. Cuando Rosa regresó con los perritos calientes en la mano, lo difícil fue conseguir que no me los estampase en la cara. De la boda pasé a una de las mayores broncas que recibí nunca y a pedir a mi madre por teléfono al día siguiente que me hiciese una transferencia que prometí devolverle a mi regreso. Intenté explicar que los más de seis mojitos que me había tomado a un dólar cada uno no ayudaron en mi interpretación de las señales, pero eso ya no importaba. Dejé de beber mojitos para siempre.

Con Alejandro volví a creer en las señales, aunque fuera pésimo interpretándolas. El día que Rosa rompió aguas, yo había quedado con unos amigos. Iba a salir ya de casa cuando me llamó para que fuera al baño y viese por mí mismo cómo estaba la situación. Yo dije algo así como que ese líquido en el suelo no daba ni para charco y además todavía faltaban casi dos semanas para llegar a la fecha prevista. Con cierta solemnidad, pedí calma. Después de un rato, Rosa empezó a quejarse para sí misma, mientras yo mandaba mensajes a mis amigos diciendo que me retrasaba. Poco después, se rompieron definitivamente las presas como si el río Ebro se desbordase. Llegamos al hospital con urgencia y yo con la misma cara de perdido que Dylan en el videoclip de «We are the World». No se me quitó durante las tres horas que permanecimos en la sala de espera porque, según las enfermeras, no estaba suficientemente dilatada.

En los cursos de preparto debieron comentar que esto podía pasar, pero yo siempre andada algo despistado y estaba con mi banda sonora interior: canciones en bucle, artículos en redacción, entrevistas en la lista de deseos… así que no sabía muy bien si la cosa iría para largo o no y Rosa, directamente, no estaba para pensar en nada. Cuando nos pasaron a la sala de preparto, donde estuvimos la tarde y la noche, veíamos desfilar mujeres hacia el paritorio antes que Rosa. A la hora de la cena aparecieron mis suegros, momento que aproveché para irme a dar una vuelta por el hospital. Recordé que esa noche tocaban los Fleshtones en Madrid y pensé en ir a verlos. Sabía que tenía un problema solo por pensarlo, pero en esas circunstancias el cuerpo me pedía oír rock de garaje grasiento y alocado. No lo hice, pero escuché sus canciones y, caminando por el hospital, al menos pude reflexionar sobre la

posibilidad de que, si el niño tardaba tanto en salir, era porque me estaba intentando decir algo desde antes de nacer. Algo como que la vida es caprichosa y todas esas cosas para que justo coincidiese que la última vez que yo había pisado ese hospital fue la noche de la muerte de mi madre, cuando tuve que seleccionar ataúdes a las cinco de la mañana en un despacho con un hombre trajeado que me sacó un catálogo como si aquellas cajas fueran aspiradoras. Nunca pensé que hubiese ataúdes de promoción, pero también es cierto que nunca imaginé que mi madre fuera a morir tan pronto. Ni siquiera que se fuera a morir. De esta forma, mientras paseaba solo esperando la llegada de Alejandro, el hospital, territorio de la muerte, se convertía en un lugar para la vida. Pensé que habría listos que se podrían montar con todo esto una película inspiradora o un manual de autoayuda, pero yo, simplemente, lamenté que el hospital no estuviese a solo dos calles de la sala El Sol, donde estaban los Fleshtones taladrando cerebros con su rock.

Supongo que Alejandro nos dio aquellas diecisiete horas de espera para poner un poco de tensión a un embarazo tranquilo. Extremadamente tranquilo. Rosa se encontró siempre bien, sin casi náuseas, vómitos ni dolores. Tuvo suerte, aunque también es la persona que, junto con mi madre, menos he visto quejarse en mi vida. A mí no me cabe duda de que a la tercera náusea ya hubiese solicitado el ingreso hospitalario y a la décima contracción hubiese gritado mi testamento para que alguien tomase nota. A ella lo más que le dio en esos nueve meses fue mucho sueño. Se dormía pronto y solía encontrarse a lo largo del día cansada, aunque nunca parara de hacer cosas: ella sola montó la habitación del niño dos días antes de romper aguas, mientras yo estaba trabajando. Como solía caer pronto en la cama, yo aprovechaba para ver películas, escuchar discos o leer. Para mí, fue un tiempo muy fructífero. Pero si hay algo que recuerde del embarazo, es a Sherlock Holmes. En nuestras vacaciones en la playa, ella se pasaba casi todo el día dormida o tan relajada que tampoco quería trajín y aproveché esa semana para leerme *Todo Sherlock Holmes*, un inmenso volumen con los relatos completos de Arthur Conan Doyle. Lo devoraba sobre la arena, en el chiringuito o en la terraza del apartamento por la noche. Fue la única vez que pensé, entre los misterios sin resolver a los que se enfrentaban Sherlock y Watson, que a lo mejor no estaba tan mal lanzarse a por la familia numerosa. La incursión fue tal que regresé

de las vacaciones creyendo que mi hijo nacería en el Londres del siglo xix. Si bien no fue así, acepté a Sherlock Holmes como un personaje de ficción que existió en la vida real. Como Tony Soprano y Holden Caulfield. Pienso en todos ellos a menudo.

Tuve que esperar en una salita al lado del paritorio cerca de cuarenta minutos hasta poder entrar. La madre de Rosa estaba conmigo e imaginé a la mía, ataviada con su bata de enfermera llena de *pins* musicales que me quitaba de la colección que había hecho de niño, movilizando a medio hospital y consiguiendo incluso que pudiésemos estar ahí dentro con una nevera repleta de birras. Seguramente, esa espera se solía hacer recorriendo el pasillo de arriba abajo o distrayéndose con las vistas desde la ventana, pero yo pensé que tenía que entrar a la paternidad por la puerta grande. Decidí ponerme música: Springsteen y Dylan. La madre de Rosa me miró con la misma resignación con la que se contempla a un niño de guardería que siempre tira los mismos trastos. A medida que se acercaba el momento, me pregunté: ¿Qué es lo más grande que escucharías para atravesar esa puerta y recibir a tu hijo? Dylan y Springsteen estaban bien, pero un instinto fiero me llevó a los Beatles. Subí a tope el volumen y empezaron a sonar sus canciones. Al entrar al paritorio, con «Help!» rugiendo en mis oídos, la enfermera me dijo que tenía la música tan alta que la oía hasta mi mujer desde el otro lado de la puerta. Era una exageración: Rosa se estaba cagando en la vida del dolor y me mandó callar con un grito cortante en cuanto me senté a su lado e intenté aportar ánimos rollo película de Hugh Grant. Mientras Rosa empujaba con todas sus fuerzas, yo intentaba encontrar el karma adecuado pensando en esa pandereta adictiva de «Help!» sonando como en segunda línea, pero que no se va de la cabeza.

«Help!» guarda esa melancolía Beatle tan exclusiva. Es una simbiosis perfecta de nostalgia y optimismo, como si la existencia se balancease constantemente entre esos dos péndulos. Te sientes algo triste, pero al mismo tiempo te invade una sensación reconfortante de posibilidades. John Lennon contó que la compuso en una etapa en la que estaba pidiendo ayuda a gritos a través de la música. La llamó su etapa de «Elvis gordo», porque se sentía muy inseguro con su físico, con algunas decisiones que había tomado y, sobre todo, con una vida que iba demasiado rápida. Mucho más rápida de lo

que podía entender. Porque, según dijo, había otra etapa anterior en la que «todo era fácil». Esta urgencia visceral late en la canción. Una urgencia que no reduce su complejidad emocional. Lennon estaba desorientado, pero disfrutaba del éxito descomunal del grupo. Los péndulos conviven en la composición. Entré al paritorio con esa sensación de que todo iba demasiado rápido para mí también: recordando a mi madre, pensando en mi hijo. Y, como Lennon, atravesando también mi etapa de Elvis gordo ante la acumulación de platos de lentejas y una vida tan sedentaria.

A veces, considero que «Help!» es mi canción preferida de los Beatles, pero enseguida me doy cuenta de que decir eso es como ponerle puertas al universo: siempre hay una canción de los Beatles que puede ser mejor que la que ya era mejor. Las mejores canciones de los Beatles poseen un ciclón de energía interior en el que se cruzan varias emociones. Es una energía incandescente y vibrante, con una tensión llena de vitalidad, que te mueve en más de una dirección a la vez. Eso hace que haya veces en las que una de sus canciones parezca definitivamente tu favorita con respecto a las demás y, sin saber cómo, otra pase a serlo en cuestión de no mucho tiempo. Incluso en composiciones de su primera época, aparentemente más sencillas que cuando se convirtieron en la gran banda de los sesenta, hay este espíritu absorbente y distintivo. «I Want to Hold Your Hand» es un buen ejemplo. Fue la primera canción del grupo en alcanzar el éxito en Estados Unidos y, de esta forma, fue la más vendida de su carrera durante un tiempo. Como bien se sabe, su aterrizaje en el país de Elvis Presley fue como la llegada de un mesías. En palabras de John Lennon: «Antes de los Beatles, todo era distinto; después de los Beatles, nada fue igual».

Decidí poner «I Want to Hold Your Hand» a Alejandro al llegar a casa para que nada fuera igual. Fue la primera canción que oyó, aunque imagino que no se enteraría de nada. El tema habla de un chico que le quiere coger la mano a una chica mientras pasean, pero me gustó la idea de agarrarle la mano a mi hijo como un signo de complicidad. Supongo que porque lo primero que solemos hacer los padres es darle nuestros dedos a los recién nacidos para que los cojan con sus diminutas manos. Eso al menos es tierno, porque también les hablamos a gritos, hacemos tonterías en sus narices como si estuviéramos estúpidamente drogados o afirmamos sin

dudar ante todo el mundo que esas criaturas son guapas. Ningún niño al nacer es guapo. Nadie se atreve a decirlo por la cara con la que los mirarían sus padres, pero sobre todo sus abuelos. Está arrugado y colorado como una pequeña pasa mientras pelea por sobrevivir a la luz, el ruido y el hambre. Cuando me dieron a Alejandro para cogerlo en brazos en el paritorio, lo primero que pensé es que se parecía a todos los niños recién nacidos que había visto en la sala de al lado. Entendí que, entonces, estaba todo en orden: no habíamos roto nada, sobre todo yo, que soy muy de romper cosas, como mi matrimonio. Luego, sentado con él, me dije a mí mismo que aquellos tres kilos y dos cientos gramos pesaban más que toda mi vida anterior. Me pregunté cómo una cosa tan pequeña e inofensiva podía transmitir tanta responsabilidad. Nada que no pensasen la mayoría de los padres del mundo entero, aunque, como me dijo más tarde Rosa, para sentir tanto el peso de la responsabilidad bien que acabé durmiéndome luego como si el niño ya se hubiese emancipado con trabajo y casa. Como la madre de Rosa se quedó con nosotros esa noche, imagino que me relajé después de casi cuarenta y ocho horas sin pegar ojo entre el parto y las visitas. Ciertamente, era especialista en dormirme en los momentos en los que todo se antoja trascendental. Cuando a mi madre le hicieron una de sus operaciones, me despertaron para decirme que ya había salido del quirófano mientras yo tenía toda la manga del jersey babeada. Siempre he creído que tiene que ver con los hospitales y su atmósfera abatida: me narcotizan. También supongo que tendrá que ver con que tengo un problema. Uno que no le he comentado a la psicóloga. Cuando salimos del hospital con Alejandro, hubo que pensar en todo lo que había que tener listo en casa, pero yo solo pensaba en que escuchase «I Want to Hold Your Hand», como si poniéndosela empezase a funcionar su nuevo cordón umbilical con el mundo. Lo tenía claro: era una canción con palmas y le pondría palmas a todas las canciones de la historia. O, mejor dicho, pondría canciones con palmas cada día para mejorar el mundo. En este caso, además, lo hice convencido de que, al igual que yo a la paternidad, mi hijo entró a la vida por la puerta grande gracias a los Beatles.

«Si los Beatles no hubiesen existido, habría que haberlos inventado». Eso fue lo que solté a la psicóloga cuando le conté por qué los había elegido para que los oyese Alejandro nada más nacer.

Su música, su historia, su recuerdo… todo, dije, era algo grandioso y digno de ser conocido. Era un relato espléndido, pero, sobre todo, me gustaba pensar que algo de su energía se le podía colar al niño. Como dijo George Harrison, al poco de que la banda triunfase y se convirtiese en un referente de la juventud: «Los Beatles vinieron al mundo para acabar con el aburrimiento». Supongo que quería que mi hijo, esa lenteja que solo bebía leche y se cagaba, ya supiese desde antes de aprender a decir mamá o papá que aburrirse era peor que pasar hambre. Con sus canciones eufóricas y variadas, los Beatles le ayudarían a saberlo. Lo harían mejor que su madre y que yo, que en algún momento sin determinar dimitimos de la diversión. Ya con Alejandro en nuestras vidas, directamente, convertimos su presencia en un asunto de tan primera necesidad que parecía un continuo recordatorio de que no podíamos hacer otra cosa. Nos condicionaba hasta el riego sanguíneo. Incluso, cuando todo estaba bien con el niño, yo sentía que ya ni me corría la sangre y, a veces, me pinchaba para saber si las venas eran las mías.

Tener un hijo es darte cuenta de que antes existía un tiempo que te pertenecía pero que ni siquiera valorabas porque siempre había estado ahí. Nos pasamos media vida siendo evaluados para todo: en el colegio, en la universidad, en el trabajo, en el banco, para conducir, para entrar a un país… pero nadie evalúa si seremos capaces de estar a la altura de lo que requiere un hijo. Nadie te advierte. No solo se trata de dormir menos de lo que nunca pensaste que dormirías, acumulando sueño como si la vida fuera estrechándose, alterándolo cada día porque el niño a las tres de la madrugada quiere hacer pis, después de que le insistieras diez veces en que lo hiciera antes de irse a la cama; o quiere beber agua una hora más tarde, después de haber conseguido pegar la cabeza a la almohada. Se trata sobre todo de que renuncias a ti, o, como mínimo, a una buena parte de ti, tal vez la que más te gustaba, la más importante. Vas renunciando cada día, a cada rato, con cada pequeño asunto sin importancia, hasta que ya nada importa más que el niño. Es una preocupación constante. Sucede desde su nacimiento, que ya estás inquieto porque no eructa y es lo que tiene que hacer. ¿Y si el eructo acaba en vómito? Menudo drama. Ni siquiera Alejandro había cumplido un año cuando ya me había convertido en más experto en cacas de bebé que en la discografía de

cualquier estrella del *indie* de la última década. Color, tamaño, densidad…, todo era necesario para saber si el niño estaba enfermo o no. Siempre podía estar enfermo. Oler mierda se me daba tan bien que, a veces, mientras cambiaba pañales con los codos manchados, pensaba que había nacido para ello. Jamás había tenido miedo a vivir en mi propia casa, pero desde que el niño empezó a gatear veía más peligros que en un concierto de los Sex Pistols. Picos de mesa, ventanas abiertas, puertas sensibles a las corrientes, cuchillos a la vista, enchufes… Incluso pensaba en precintar el horno por si un día acababa dentro y lo confundíamos con un pollo. En el piso, no tengo horno y Alejandro ya es más mayor, aunque sigue exigiéndome leerle un cuento cuando ni siquiera tengo ya fuerzas por las noches para escuchar ni una sola canción. Un hijo es ese ser que, más allá de que se dejará las cosas por ahí siempre tiradas y jamás colaborará cuando vas con más prisa que el diablo, está dispuesto a exigirte un poco más. Siempre un poco más, y cuando ya estás a punto de desfallecer… te vuelve a llamar. ¿Quién puede llorar más fuerte y de forma más incansable cuanto más sueño tiene? ¿No debería el sueño fulminarlo? Y un hijo también es ese ser que, cuando ya no es un bebé, se presenta un día y, cuando solo queda un trozo de *pizza*, el que te corresponde, el que dejaste para el final, con el extra de queso y la masa aún crujiente, viene y te lo pide. Eso es un hijo, y luego no solo se come ese trozo de *pizza*, sino que también se acaba el único helado que queda en el frigorífico. El tuyo. Nadie cuenta eso. Nadie, tampoco, te lo advierte.

Últimamente suenan mucho los Beatles en el piso. Sus canciones me acompañaron mientras terminé de decorar la habitación de Alejandro, y rematé con un cartel de la película *Parque Jurásico* en la puerta. También se deslizaban con sus melodías contagiosas cuando colgaba fotografías de Aretha Franklin, Neil Young y Tom Petty por el pasillo, o la gran imagen en la entrada de Bob Dylan, cuando, con sus pelos eléctricos, sus gafas de sol y su armónica salvaje, era un príncipe del futuro. Le dije a Toni que desde ahora llamo al pasillo mi *hall of fame*, que se remata al terminar en el salón con imágenes de Bruce Springsteen, Patti Smith, Tom Waits y los Beatles. Alejandro se quedó a dormir el otro fin de semana. Inauguramos «nuestras noches de *pizza*», en las que él se come siempre la última porción, y me preguntó por las fotografías. Le interesó especialmente la de los Beatles, más aún desde que sabe

que la primera canción que le puse al nacer fue de ellos. También porque el sábado le conté en la cama, como si fuera un cuento, la historia de cómo se conocieron y cómo se convirtieron en un grupo tan famoso. Lo hice por él y por mí: necesitaba salir de las lecturas sobre dinosaurios. Si volvía a leer una vez más cómo los *Tyrannosaurus rex* se comían a sus presas, sería yo el que acabaría tragándome el librito para hacerlo desaparecer. Por eso, los Beatles como parábola me pareció una buena idea. Improvisé intentando que entendiese el valor de la amistad a través de su relato vital, pero no sé si lo conseguí. Le dije, a modo de conclusión, que recientemente Ringo Starr había dicho que, por encima de todo, es decir del éxito, la fama y los viajes, los Beatles fueron unos «amigos inolvidables». Una vez más, Alejandro dio por hecho que Ringo era mi amigo, como antes ya lo era Dylan. Tampoco pude contradecirle: Ringo, «el corazón de los Beatles», como lo llamó Lennon, y con su «paz y amor» en la boca cada dos frases, era amigo de todo el planeta. ¿Y realmente hay alguien que no quiera a Ringo?

Estoy aprendiendo a comunicarme con Alejandro de otra forma. La psicóloga apuntó algo en su cuaderno a medida que se lo explicaba en la última sesión. A veces, se me hace muy difícil verle menos que antes, le dije, y, en mis peores momentos, puedo llegar a entender por qué mucha gente no se separa para no alejarse de sus hijos. Uno de esos momentos me asaltó el otro día cuando se despidió de mí desde la distancia, abrazándose a sí mismo desde el coche de su madre, esperando a que le devolviese el abrazo con el mismo gesto, como si fuera una contraseña inventada para nosotros. Era la segunda vez que lo hacía en un mes. Podría ser una tontería, pero a mí se me hizo un mundo. De repente, en esta nueva relación con él hay tonterías que cobran importancia. Ahora el teléfono móvil es un aparato crucial. Nunca había mandado un mensaje de audio hasta que Alejandro empezó a enviármelos antes de dormir dándome las buenas noches, contándome cómo era el argumento de una película que había visto o por qué un espinosaurio podía acabar con sus garras con un velociraptor. Los emoticonos, esos dibujitos que nunca usaba y me parecían una bobada, se han convertido en imprescindibles. Le encanta que le mande al móvil de su madre mensajes con distintas figuras: animales, balones de fútbol, trozos de *pizza*, hamburguesas, caras de todo tipo… Luego, me contesta con más. Es raro, en cambio, cuando yo deseo hablar, pero las

llamadas duran menos de un par de minutos porque él está cansado o distraído. Después de esas conversaciones infructuosas, si me pilla en el piso, siempre acabo poniéndome música. Una de las canciones que más me anima es «Hey Jude». Básicamente porque Alejandro dijo que era su preferida. Íbamos en el coche una mañana de domingo escuchando a los Beatles y, de repente, me pidió oírla otra vez. Lo interpreté como una señal. Otra más venida de mi hijo. Cierto que después de Las Vegas había dejado de creer en las señales, pero no hay nada mejor que recuperar viejos vicios.

«Hey Jude» es la canción que Paul McCartney escribió justo después del divorcio de John Lennon y su mujer Cynthia. Paul siempre había disfrutado de una estrecha relación con el hijo de John, Julian, que por entonces tenía cinco años. Para mostrar su apoyo a su madre y al niño durante la ruptura, condujo desde su casa solo para llevarles una simple rosa roja. Eso habla muy bien de él. Paul solía trabajar con sus nuevas composiciones mientras conducía y, ese día, pensando en el incierto futuro de Julian, empezó a cantar «Hey, Julian» y siguió improvisando letras sobre el desconsuelo y la tranquilidad. En algún momento durante la hora que duraba el viaje, «Hey Julian» pasó a ser «Hey Jules» y Paul desarrolló los versos que dicen: «Hey Jules, no lo hagas mal / Toma una canción triste / Y conviértela en algo mejor». Más tarde, cuando profundizó en la letra, cambió Jules por Jude. Le pareció que Jude era un nombre que sonaba con más fuerza. Como en la mejor obra de los Beatles, la canción goza de una energía interna demoledora. No debería extrañar, por tanto, que cualquiera que la oyese se sintiese identificado con ella, incluso el propio John Lennon, que llegó a afirmar que Paul le escribió esta canción para animarle a romper con los Beatles y lanzarse a su futuro con Yoko Ono. Paul tuvo que corregirle y comentar que, en todo caso, esta canción de apoyo estaría antes escrita inconscientemente pensando en él mismo, sabiendo los cambios a los que sin remedio se dirigían los Beatles, que terminarían separados para siempre.

La historia de los Beatles es la historia de un cuento. Su historia marcó la pauta, el tiempo exacto que puede estar una banda antes de que empiecen los enfrentamientos. Los Beatles duraron ocho años, quizá el tiempo que un grupo puede vivir como tal. Como en el amor, que primero es romántico y luego llegan otro tipo de

intereses compartidos, acuerdos y negociaciones. Con su historia, los Beatles trazaron la línea trascendental como ejemplo para el resto de bandas, incluso para todas las que estaban por venir en las próximas décadas. Fue como si dijeran: «¡Cuidado! A partir de ahí llegarán los verdaderos problemas. Tomad nuestra historia para solventar la vuestra». Los Rolling Stones fueron los primeros en tomar nota, pero los Beatles, esos cuatro chavales irreverentes salidos como un milagro de una ciudad triste y portuaria, llena de ladrillos de rojo renegrido y alambres que arañaban muros, estaban destinados a otra cosa. Los Beatles estaban destinados a ser un hechizo.

Cuando la psicóloga me miró con su seriedad habitual al oírme hablar de ellos, me dieron ganas de preguntarle: «¿Pero usted sabe lo que le quiero decir?». Ni se inmutó cuando los nombré y, pasados unos segundos, apuntó algo en esa libreta que todavía no sé para qué sirve. Me parece estupendo que sea una profesional, que aplique tanta lógica a cada sesión, que su método tenga que ver con Freud o con Pepito de los palotes, que no sepa de quién le hablo cuando cito a músicos, que no se compre discos o vaya a conciertos y que me observe desde la distancia. Me parece estupendo, pero, al oír que nombro a los Beatles en relación con Alejandro, que ella diga con un tono burocrático: «Sí, hum, hum, los Beatles». ¡Qué pelotas de mono muerto los Beatles! No se trataba de los Beatles como una pegatina que uno ve estampada en una pared, ni como una marca de ropa, ni como una noticia de relleno para cerrar un informativo, ni como nada que tuviese que ver con algo que todo el mundo conoce pero que a nadie le importa. «¡Eh, oiga! ¡Que le estoy hablando de los Beatles!», pensé en increparla. Si a Alejandro le puse una canción de los Beatles al nacer era por algo más que por todo eso. Hablaba de su significado, de lo que hay dentro de ese nombre que ha dado la vuelta al planeta. Me refería a ese relato que concentra tantas emociones, a ese capítulo de la humanidad que todavía brilla como si acabara de encenderse, como si la chispa gloriosa que lo creó no fuera a extinguirse nunca. Los Beatles no envejecen. Su música atraviesa el tiempo y el espacio. Los escuchamos y los sentimos como un cuento de hadas con sus moralejas y sus momentos cargados de magia. De hecho, cuanto más nos alejamos de ellos, de su nacimiento y de su separación, más grandes resultan. Es el verdadero don de los Beatles. Su

encantamiento es más poderoso a medida que el mundo gira.

¿Sabía esa mujer por qué quería enseñarle este encantamiento a mi hijo el primer día que llegó a casa, cuando era un renacuajo lleno de gases? ¿Por qué todavía se lo quiero enseñar? Porque no eran simplemente los Beatles, el grupo más famoso sin más. Podría coger una canción del principio, cualquiera, por ejemplo, su primer sencillo, «Love Me Do», y contagiarme de esperanza. También podría cogerla de justo al final, la que fuera, por ejemplo, su último sencillo mientras la banda seguía en activo, «The Long and Winding Road», y quedarme sin palabras por la belleza que esconde la existencia. El siglo xx nos dio dos guerras mundiales, dictadores de todo pelaje, terroristas, asesinos en serie, catástrofes medioambientales y otras también preocupantes como Lionel Richie y Mariah Carey…, pero, joder, nos dio a los Beatles. Cuando me doy cuenta de la maldad que existe en este averiado mundo, pienso en los Beatles. Ellos contrarrestan todo lo malo con la simple formulación de su nombre. No digo que fueran perfectos, no digo que no fueran cuatro humanos más, repletos de errores, ambiciones e intereses, y no digo que, si quisiéramos sacarles defectos, no los tuvieran, como de hecho los tuvieron. Solo digo que los Beatles son una excusa para ser feliz. Al menos, son mi excusa para serlo.

Si «Hey Jude» es la canción favorita de Alejandro, seguramente, más adelante será otra, y luego otra, y así hasta que vuelva a tenerla como primera opción. O puede que no vuelva a oír a los Beatles hasta pasados unos años. O nunca. De cualquier manera, a partir de ahora mi canción favorita de ellos pasa a ser también «Hey Jude». Y me sucede como a él: se me va la bola cuando escucho esa coda en la que la banda, apoyada por una orquesta con coros y palmas, repite la frase: «Na-na-na-na». Es no decir nada y decirlo todo. Es una coda fantástica, un frenesí extraordinario, perfecto para que una canción triste se convierta, como canta Paul, en «algo mejor».

Supongo que no le devolveré a Alejandro lo que le he quitado al irme de casa. Tampoco me lo devolveré a mí. Es evidente que no soy el padre que su madre había previsto. Quizá tampoco por él ni por mí, pero yo de mí ya no sé nada. Solo sé, como le dije a la psicóloga, que si consigo que mi hijo acabe apreciando a los

Beatles, ya me habrá valido como padre. Debería enseñarle muchas más cosas, de las que no sé si soy capaz, pero me bastaría solo con esa. Me serviría si en mi epitafio se leyese: «Enseñó a su hijo a amar a los Beatles».

«Because the Night»

Patti Smith

La psicóloga ha dicho que «el tema» de la música era un «asunto delicado». Cuando alguien dice que un asunto es delicado quiere decir en realidad que es extremadamente delicado. Con su tono desprovisto de cualquier emoción, su voz vibró por primera vez en la consulta. Después de contar que volví a ver a Mar, lo soltó al acabar la sesión, como dejando abierta la posibilidad de tratar el tema el próximo día. Tenía que haberle preguntado a qué se refería, pero me fallan los reflejos cuando alguien me descoloca. Termino callando y llevándomelo conmigo. Y, claro, no paro de pensar en ello. Así lo ha dicho: un asunto delicado.

«Delicado» es el adjetivo que utilizo en algunos de mis artículos musicales. Debería dejar de usarlo. Creo que la última vez lo hice para hablar de los medios tiempos de Father John Misty. Desde que escuché su nueva canción no he parado de ponerla cada mañana, de hacer sonar su eco cálido mientras me preparo el café. «Ballad of the Dying Man» ha venido a sustituir a «Are You Alright?», de Lucinda Williams. Father John Misty es lo que Toni llama un perfecto «mojabragas», pero también puede ser un perfecto «mojagayumbos». Seduce hasta a una estatua de mármol. No me escondo: conmigo ese hombre podría hacer lo que quisiese. Con su atmósfera íntima, «Ballad of the Dying Man» cubre cada rincón del piso como si las paredes también se reconfortasen con esta balada que habla de un hombre moribundo. El sarcasmo de la composición sirve para destapar lo grotesco de esa parte de la sociedad estadounidense que ha elegido a Donald Trump como presidente de Estados Unidos, pero a mí me llega como si ese hombre fuera yo. Llevo unos meses transitando hacia un nuevo lugar, no sé cuál. Ya no sé si arrastro la crisis de los treinta o me he adelantado a la de los cuarenta. Tal vez me mueva entre ambas, enlazando una con otra como esas canciones que saben hilar los buenos pinchadiscos, sin espacios en blanco. Todo seguido para dar sentido al título de mi propio disco: *Hombre en crisis permanente*. Sería un fracaso absoluto entre los entendidos, pero, al menos, habría bastante

verdad en ello. Solo parece que amaina el temporal cuando las canciones me rodean, incluso cuando lo hacen en los rincones de las discotecas.

El otro día, en mitad del puente de San Isidro, acabé de fiesta con Thais, Isa y Fajardo y hubo un momento en que, bailando en la sala Maravillas, se me olvidó que ahí fuera había un mundo en el que no encajaba. Entre los fogonazos de luces, estaba entregado a los ritmos de «La revolución sexual» y fui consciente con una clarividencia abrumadora. Pocas veces en los últimos meses me había sentido tan pleno como en esa pista, rodeado de todo tipo de personas desconocidas. Thais y Fajardo también se han separado. Isa, por su parte, se volvió a enamorar del chico equivocado. Dice que juega con ella y solo la quiere para tirársela a altas horas de la noche, cuando no tiene nada mejor que hacer. A sus veinticinco años, también afirma que anda siempre equivocándose. Estuve a punto de decirle que puede que la cosa no mejore una década después. La única diferencia es que los errores se aceptan con resignación, sin tanto drama. Todos andamos equivocándonos. El problema es que nadie acierta nunca del todo consigo mismo como para saber cómo acertar con los demás.

De un tiempo a esta parte, bailo todo lo que no he bailado en años. Una noche con Thais acabé bailando hasta reguetón. No pido perdón. Debió ser un espectáculo lamentable: con eso me vale. Puede que lo hiciera porque ya no me preocupa bailar mal o, simplemente, porque me empiezan a preocupar bastantes menos cosas que antes. Al verme en movimiento en la sala Maravillas, Thais me dijo que era muy gracioso, que es lo mismo que decirme con buenas palabras que bailo fatal; y Fajardo me aseguró que no entendía cómo, gustándome tanto la música, podía tener un ritmo tan nefasto. Yo solo sonreía porque la canción se estaba pegando a mi piel y recordé aquello que me dijo Guille Milkyway a propósito de su estilo musical y «La revolución sexual»: le gustaban mucho las cosas que explotan y se llevan al límite. La noche en la Maravillas se encaminaba hacia la explosión. Había tomado mdma y existía un punto ahí, cuando todo está arriba como en un globo en el que sientes un fabuloso y tórrido viento soplando por todo tu cuerpo, en el que la vida se detiene o, más bien, todos los márgenes de fuera se derriten como esos relojes blandos de Dalí. Bailaba y todo se

escurría menos la música. La música se mantenía firme y bastaba cerrar los ojos para verla brillar. Moviéndome como una lagartija por la pista, sentí un amor sincero y universal por Thais, Isa y Fajardo. Sincero, universal y efímero. Supongo que, a veces, todo lo auténticamente bueno tiene que durar lo que dura una canción y lo demás es adaptarse.

Intento adaptarme a esta situación a la que he llegado por decisión propia, incluso intento hacerlo con Mar entrando y saliendo de ella. Volver a verla después de cinco meses ha sido como escuchar otra vez una de esas canciones que te caen en medio de la grieta existencial. Toda la energía se ha reunido en torno a ella. A la psicóloga no se lo he dicho con estas palabras; más bien le he explicado que volvimos a quedar después de tanto tiempo e intentamos recuperar nuestra amistad, aunque no salió como ninguno de los dos esperábamos. Hemos removido cosas. Regresó esa sensación de que todo lo que decíamos, pero también lo que no decíamos, cobraba importancia. Como si cada palabra o silencio pudiese hacer despegar un cohete o, por el contrario, estrellarlo. Todo transcurrió bien hasta que se precipitaron sobre nosotros los viejos tiempos. Los dos sabíamos que podría pasar, aunque no quisiéramos, aunque nos distrajésemos viendo pasar a gente sentados en La Fuentecilla de La Latina. Mar bromeó sobre una pareja que bajó tonteando por la calle Toledo y se desbocaron las palabras que yo tenía agazapadas, todos esos porqués con sus resquemores, todas esas conversaciones a medias. Ella tenía lista la defensa, preparada ante el mínimo envite, y la ejecutó con determinación. Volvimos a enzarzarnos entre nosotros, terminando como lo habíamos dejado la última vez que nos vimos, como veníamos dejándolo desde que nos llevábamos el uno al otro a los rincones.

Tres días después, coincidimos en el concierto de presentación del nuevo disco de Sílvia Pérez Cruz y volvió a suceder. Un quinteto de cuerda acompañaba a Sílvia, que dejó volar su canto soberano por las bóvedas del antiguo cuartel de Conde Duque. Al poco tiempo, todo estaba envuelto como en un conjuro sinfónico. Nosotros estábamos al final de la sala, apoyados en la pared de piedra, cuando Sílvia dijo que necesitaba que la música que le apasionaba, aquella que cantaba con ese timbre sutil, «estuviese conectada con

el estómago». Mar giró la cabeza y me clavó su mirada. Sus palabras revolotearon entre nosotros, definiendo lo que nos sigue pasando. Tanto ella como yo seguimos viviéndonos desde el estómago.

El pasado nos va a la zaga. Queremos ser amigos, pero no sabemos. ¿Cómo lo hacemos si todavía me fijo en su cuello de raíz espléndida y ella suspira cuando el silencio contiene tanto dentro? A la psicóloga se lo he dicho con estas palabras: somos tan idiotas que ya no sabemos siquiera estar una noche el uno con el otro. Hemos perdido el humor entre nosotros. Es el rasgo definitivo de que la cosa no funciona entre dos personas, ese dramático momento en el que es difícil permanecer mucho tiempo juntos, la confianza se contagia de una intensidad nociva y las palabras se vuelven en contra cada dos frases. No hay nada peor que una pareja de amantes tomándose en serio todo el rato. En La Fuentecilla de La Latina, Mar acabó dejando escapar lágrimas por lo severo que fui mientras que la noche del concierto de Sílvia Pérez Cruz ella regresó como por inercia sobre nosotros cuando yo ya había agotado mi propia voz. De la amargura había pasado al abatimiento. Solo cuando sonó «Because the Night» en el hilo musical del bar, ambos recordamos que, en el verano anterior, habíamos disfrutado juntos del concierto de Patti Smith en Madrid. Bajo ese ritmo viciado de pasión, nos dimos cuenta de que era mejor escuchar a Patti que hablar. Al terminar la canción, le conté a Mar que Patti me regaló una púa cuando la conocí, pero no le dije que siempre había confiado en el romanticismo que desprendía su música y ahora me resultaba complicadísimo sentir lo mismo. Quizá porque había dejado de confiar en casi todo.

Conocí a Patti Smith en Barcelona. La tarde anterior había ofrecido un concierto contundente y emotivo. Allí percibí un pinchazo premonitorio de la clase de persona con la que horas después charlaría. Salí corriendo casi al final de su actuación para coger sitio en el escenario donde luego cantaría Damien Rice, del que tenía que escribir una crónica. Iba esquivando cuerpos cuando Patti profirió un gruñido salvaje antes de lanzarse con «People Have the Power». Me detuve en seco en mitad de la muchedumbre, como si desde la distancia aquella mujer me hubiese atrapado con una cuerda y la hubiera tensado. Me di la vuelta y observé en la pantalla su gesto desencajado por la emoción, con esa cabellera

grisácea y bárbara y el puño en alto, como si fuera el grito de guerra para acabar con un imperio. Siempre me he preguntado qué clase de persona se queda indiferente ante esta canción. Es un agujazo en el pecho. Allí, parado entre miles de oyentes en ese inmenso recinto del Primavera Sound, era imposible no sentir muy dentro esa proclama tan visceral, cantada con la fiereza propia de una mujer que es dueña de su destino.

Su carisma de batalladora indomable se transformó en un halo de serenidad cuando a la mañana siguiente salió del ascensor del hotel. Me quedé esperando en una especie de vestíbulo elevado, una sala de elegante decoración moderna, presidida por una amplia mesa baja rodeada de sofás y butacas. Vestida con una fina chaqueta negra, unos vaqueros rotos y unas botas oscuras, Patti surgió como una brisa inesperada al abrirse el ascensor. Me estrechó la mano y me preguntó por mi día, que acababa de comenzar y que se antojaba difícil de olvidar con su entrevista. Me senté para charlar en un sofá frente al suyo, pero me pidió que, por favor, lo hiciese en el mismo que ella. Con amabilidad y unos golpecitos de su mano derecha indicando la parte del sofá justo a su lado, me comentó que sería mejor para nuestra conversación no tener tanta distancia. De esta forma, charlamos uno junto a otro, con toda naturalidad. Nunca había hecho una entrevista tan cerca de alguien y nunca me había sentido tan cómodo.

Patti transmitía paz cuando, a propósito del 40 aniversario de *Horses*, hablaba de su vida y su carrera. Me explicó los entresijos de su gestación y me reconoció que, por aquellos primeros años setenta, no estaba en sus planes ser cantante. Sin embargo, las lecturas de poemas le parecían «demasiado estáticas» y por eso se animó a subirse a un escenario. También me habló del ambiente extraño y excitante que se respiraba en Nueva York en esa época, después de que los Beatles se hubiesen separado, Dylan se hubiese borrado del mapa de la contracultura por voluntad propia y Jimi Hendrix, Janis Joplin, Jim Morrison o Brian Jones hubiesen muerto. «No era una atmósfera normal. Nuestra generación heredó a mucha gente muerta de la guerra de Vietnam. Y había movimientos por los derechos laborales, sociales, de los gais y las mujeres. Pero musicalmente la voz cultural de los sesenta estaba desapareciendo. Y sentíamos que queríamos formar parte de algo», comentó.

Insistió en la idea de formar parte de algo. Patti fue la primera artista a la que escuché hablar como si oyese las plegarias espirituales de sus canciones. Como hago siempre, llegué a la entrevista autoconvenciéndome de que la estrella podría decepcionarme y más pendiente de hacer bien mi trabajo, formulando las preguntas adecuadas, que de cualquier otra cosa. Pero su voz y su discurso me causaron el mismo efecto que sus descarnadas composiciones. Parecía no haber barreras entre esa mujer de mirada desviada y sonrisa sicaria y el icono que representaba para la comunidad del rock. Se expresaba sobre los avatares de su vida con la misma profundidad emocional con la que cantaba sobre el escenario, rompiendo los límites entre el arte y la realidad. Casi me bastó verla salir por el ascensor para afirmar que era una artista en el término pleno de la palabra. Ya no lo dudé a los pocos minutos de conversación, cuando se levantó del sofá y fijó sus ojos grises en el vacío para explicarme cómo era el apartamento que compartía en Manhattan con Robert Mapplethorpe, su gran amigo y amante, el fotógrafo que captó la imagen andrógina de la portada de *Horses*. Se puso de pie y, como si con ese simple movimiento pudiésemos viajar a aquel cuchitril del Lower East Side de los setenta, empezó a mover las manos para contar cómo tenía colocados los álbumes que más escuchaba entonces. Los fue nombrando mientras parecía agarrarlos en el aire: *Younger than Yesterday,* de The Byrds; *Highway 61 Revisited* y *Blonde on Blonde*, de Bob Dylan... Conservaba los recuerdos intactos de esa estantería imaginaria a la que yo también acabé por mirar. Me pareció incuestionable: era una artista, esa especie tan difícil de hallar, esa raza sin medias tintas ni florituras, y dejaba ver un destello personalísimo al referirse a esa necesidad vital que tuvo de «formar parte de algo» al llegar a Nueva York, pero también tiempo después, incluso cuando hablaba conmigo, ya en el otoño de su existencia, muy lejos de los días en los que compuso *Horses.* También lejos de cuando conoció a Bruce Springsteen, quien en aquella época le cedió parte de la canción «Because the Night» y que salió en nuestra conversación. De forma breve, Patti se refirió a la idea del amor enlazándolo a la idea de pertenencia de ese «algo», explicando que lo vivió así cuando recordaba su tiempo junto a Robert Mapplethorpe, y comentando que «Because the Night» era una composición que le gustó mucho entonces por tratar ese concepto del nosotros. Incluso dijo que le añadió unos versos propios que

reforzaban aún más esa sensación de simbiosis y reafirmación en ese ambiente descreído de los setenta.

Bruce y Patti se conocieron en Nueva York. Hubo un flechazo artístico entre ellos. Hablaban el mismo idioma. Un año después, Bruce le regaló a ella una de las canciones descartadas de las sesiones de grabación de *Darkness of the Edge Town*. Patti le dio los retoques necesarios y, sobre todo, con su provocador tono de voz, le otorgó su carácter definitivo. Le gustó tanto «Because the Night» que decidió convertirla en el primer sencillo de *Easter*, el disco que publicó tras *Horses*. Desde entonces, el público entendió que era una canción de ella, aunque estuviese coescrita con Springsteen y a este le gustase cantarla en sus conciertos. Era normal que sucediera así. Es una composición que bien podría haber salido de la cabeza de Patti. Tanto ella como Bruce compartían por aquel entonces la misma visión del rock'n'roll. Empujados ambos por la música de Dylan, habían tenido la misma educación sentimental con las canciones y mostraban en su obra el mismo propósito de ir más allá del presente. Había una pulsión real en su música que tiraba del oyente como solo tiran los anhelos más auténticos. Aún más fascinante era el romanticismo que ambos contagiaban. Patti y Bruce eran dos románticos entregados a la causa, sin miramientos, sin negociaciones, anteponiendo todo a ella.

El romanticismo exacerbado de *Born to Run* y *Horses*, aunque en este disco se mezclase en un cóctel explosivo de nihilismo, palpitó desde el primer instante como un corazón nómada en «Because the Night». «Llévame ahora, aquí estoy / Mantenme cerca, trata de entenderme / El deseo es el hambre / Es el fuego que respiro / El amor es un banquete en el que nos vamos a saciar / Ven ahora, trata de entender la manera en que me siento cuando estoy en tus manos / Ven aquí, toma mi mano / Vente a esconder / No pueden lastimarte ahora / Porque la noche es de los amantes», reza la canción en sus primeras estrofas. «Because the Night» es como un secreto compartido entre dos idealistas empedernidos como Patti y Bruce, pero al mismo tiempo es una gran canción del sentido romántico de la vida, una composición que derrocha un sentimentalismo tan intenso que se impone a cualquier vacilación.

Patti sabía de lo que hablaba. No solo por cómo me lo contó y por

cómo cantaba la canción, sino porque se encargó de contárselo a todo el mundo a través de un precioso libro de memorias: *Éramos unos niños*. Comienza así: «Yo estaba durmiendo cuando él murió. Había llamado al hospital para desearle buenas noches como siempre, pero la morfina lo había dejado inconsciente. Me quedé escuchando su respiración fatigosa, sabiendo que ya nunca volvería a oírlo». Solo por ese comienzo uno se hace a la idea del tipo de relato que se va a encontrar. De sus páginas se desprende un amor incondicional a Robert, al que conoció al poco de llegar a Nueva York. Siguiendo el ejemplo de Dylan, Patti tenía veinte años cuando se mudó a Manhattan. Había dejado todo atrás: la casa de sus padres, la carrera de maestra e incluso un hijo que tuvo en un escarceo y que dio en adopción. No se sentía preparada para criarlo y, gracias a una de sus profesoras de la facultad de Magisterio, encontró una familia para él. Ante la mirada inquisidora de su vecindario y la falta de comprensión de sus padres, se fue de casa y vivió con otra familia durante el embarazo. Tal y como cuenta en el libro, esperó a que naciese el niño, lo dio en adopción y se marchó. Siempre me ha parecido valiente que contara esta parte de su biografía.

Éramos unos niños empieza a partir de este hecho trascendental y se mete de lleno en la vida de Patti con Robert en Nueva York, adonde llegó sin nada en los bolsillos, vivió de prestado y durmió en los parques. Conoció a Robert en una librería de Saint Mark's Place en la que ella había encontrado trabajo y donde le cedió un collar persa que a él le gustaba muchísimo. Aquel collar acabaría convertido en un símbolo de unión entre ambos. A los pocos días se volvieron a ver y, después de pasar la noche bebiendo y caminando por las calles, él le devolvió el detalle regalándole un dibujo suyo. Fue el comienzo de una relación indisoluble, surgida en el Nueva York cargado de posibilidades de los primeros setenta, y desarrollado en un Lower East vibrante de bohemia y ansias de experiencias, donde conoció a Allen Ginsberg, Bob Dylan, Janis Joplin, Andy Warhol, Lou Reed y otros músicos, poetas, fotógrafos y pintores, así como a toda la tropa de desarrapados del hotel Chelsea, donde se alojaron una temporada. Su historia es la de dos seres que pusieron sus almas al servicio del arte: ella con la poesía y la música, camino de convertirse en un referente en el punk estadounidense desde el cbgb de Nueva York; y él con la fotografía,

erigiéndose como un destacado retratista de celebridades y un iconoclasta con sus imágenes de desnudos homoeróticos y sadomasoquistas. Robert era gay, aunque le costó mucho tiempo asumir su condición sexual por la férrea moralidad y educación religiosa que arrastraba de su hogar. Sin embargo, sus aventuras con hombres no impidieron nunca que Patti y él tuviesen una relación de una intimidad extraordinaria. Fueron amigos, fueron amantes, pero, sobre todo, fueron dos mejor que uno. Porque juntos eran algo más que por separado. Una idea que se resume en una frase que Robert le decía a menudo a la futura cantante y compositora: «Nadie ve como nosotros, Patti». «Siempre que decía eso, por un instante mágico, es como si fuéramos las dos únicas personas en el mundo», escribió la cantante en *Éramos unos niños.*

Cuando acabé de entrevistar a Patti Smith, me dijo que le encantaba ver a gente joven tan interesada por el rock'n'roll. Luego me abrazó y se metió la mano en el bolsillo para regalarme una púa en la que se podía leer: «Patti». Me había mostrado entusiasta durante la conversación, pero menos de lo que hubiera podido mostrarme si, en vez de sentarme a su lado como un periodista, lo hubiera hecho como un aficionado a la música o como aquel joven que había sido cuando me compré *Horses* y me enamoré de ella. Si no hubiese estado ahí en mi papel de redactor, se lo hubiese dicho, aunque hubiera sido el colega número 1.300.000 en decírselo. Desde los diecisiete años deseé muchísimo a Patti y deseé por igual todos los secretos que escondían sus canciones. Aquella fotografía de Robert Mapplethorpe era tan poderosa que me marcó tanto como la de *Born to Run.* Como un adolescente con ansia de vida, quise ser lo más parecido a Bruce, pero también quise que Patti me hubiese llevado consigo hasta el lado indómito de la noche. En esa imagen, Patti no cumplía ningún patrón de belleza, ni buscaba agradar con su mirada, ni estaba posando para nadie que no fuera su querido Robert. Sujetando con una mano su chaqueta negra y con la otra rozándose los tirantes que destacaban sobre su camisa blanca, transmitía una fuerza imparable, una mezcla increíble de autoconocimiento y energía desafiante. Todavía hoy, me sigue hipnotizando. Como lo hacía y lo hace la portada de *Easter,* el disco que incluye «Because the Night» y en la que se la ve atusándose su melena salvaje mientras de su sobaco asoma una mata de vello. Su belleza es innata, todo espíritu y actitud. En aquella charla en

Barcelona, me contó además cómo se enfrentó a la discográfica en 1975 porque la exigieron cambiar su aspecto para la portada de *Horses*. «Me dijeron que no podían aceptar esa foto. Si yo era mujer, me tenía que arreglar y maquillar, pero esa foto era exactamente como yo era. No llevaba vestidos. ¡Y jamás iba a permitir que me maquillaran! Por ahí no pensaba pasar. Para mí es una imagen preciosa, porque me sacaba tal como soy», dijo. En *Éramos unos niños*, donde cuenta el día que se gestó esa fotografía junto a Robert, llega a afirmar: «Cuando ahora la miro, no me veo nunca a mí. Nos veo a los dos».

La psicóloga me preguntó qué había sentido al volver a encontrarme con Mar. Tuve que explicar esas energías que todavía nos unían de una forma rara pero real, todos esos roces que nos afectaban como capítulos de una historia que nunca se acababa. Señalé que en la última noche juntos hubo un momento en el que sonó una canción de Patti Smith y me dio por pensar en ella y en Robert Mapplethorpe, en todo ese romanticismo que guardaba su historia, como si mereciese la pena todavía creer en ello. Le hablé del libro de memorias, pero debí explicarme fatal porque acabó diciéndome eso de que la música, en mi caso, era un «asunto delicado». Aproveché para callarme lo de la púa de Patti. Creo que la he perdido. Desde que hice la mudanza no la encuentro. Es una constatación más de que mi maldito despiste un día acabará conmigo. Debí cosérmela a la frente. Si se lo contase al Jipi, me diría con retranca, y antes de pagarse una cerveza como siempre hace en Misa de Ocho cuando quedamos para intercambiar pequeñas mierdas existenciales, que son cosas del karma. Una consecuencia directa de separarme.

El karma entre Mar y yo ha cambiado. Nada me hace sentir más solo que cuando me dice que me quiere. Ella tampoco está bien, como me hizo ver sentada en la roca de La Fuentecilla de La Latina, cuando ambos comprobamos que nuestras despedidas ya quedan impregnadas de amargura y resignación. De camino al piso, pensé en Sílvia Pérez Cruz, quien, a propósito de su nuevo disco, dijo algo que se me quedó dentro: «No existe la afinación absoluta». Puede que sea así, tan solo que me he pasado media vida creyendo por inercia lo contrario, convencido de que se puede alcanzar, pero incluso en la historia de Patti y Robert se demuestra que no es así.

No existe. Sin embargo, todavía en ellos sobresale su propia música y hay algo poderosísimo en lo que confío cuando en la *jukebox* pongo «Because the Night». Algo que se guarda en las palabras que Robert le dijo a Patti paseando por Washington Square y que, desde entonces, no paró de repetirle: «Sonríe por mí, Patti, porque yo sonrío por ti».

«Rockin' in the Free World»

Neil Young

HACE UNOS CUANTOS DÍAS jugué con Alejandro y unos niños un partidillo de fútbol en la playa. No recordaba haberme sentido tan libre en tiempo. Reinaba el caos, pero la diversión fluía como un caudal incontrolable. Desde el principio era uno más de ellos y lo vi claro: suprimiría a los padres de los equipos de fútbol infantiles. Son el verdadero mal. Estropean todo con sus comentarios. No se trata de que los niños se parezcan a nosotros, sino de que nosotros sigamos siendo en buena parte como ellos. Su forma de vivirlo, sin tácticas ni presiones, es la esencia del juego. Alejandro metió un gol y lo celebró con el baile del pato. Un par de chavales le siguieron la corriente sin tener ni idea de dónde venía ese baile. También lo desconocía su profesora, que me preguntó la última vez que fui a recogerlo al colegio antes de las vacaciones de verano qué eran esos movimientos que estaba enseñando a sus amigos en el recreo. Le expliqué que venía de Chuck Berry y me miró con cara incrédula. Doy por hecho que, después de lo que pasó meses atrás con Elvis como único rey posible, la tutora acabará diciéndole a Rosa que debería revisar la custodia.

Chuck Berry murió hace unas semanas y, al día siguiente de su fallecimiento, Alejandro y yo pasamos la tarde juntos por el Día del Padre. En el piso puse un vídeo en el que se podía ver al gran arquitecto de la guitarra del rock'n'roll haciendo el baile del pato. Le gustó y, desde entonces, lo hemos reproducido más veces los días que se queda conmigo, sobre todo por las mañanas, mientras desayunamos. Imagino que debería dejar de ponérselo, pero se lo pasa bien y da botes por el salón. Sería mucho peor si le hiciese tragar un partido de fútbol que dura noventa minutos y en los que la mayoría de las veces no hay una sola jugada emocionante. De todas formas, admito que soy una causa perdida, como dice Rosa, pero creo que podría ser peor. Pienso sin ir más lejos en Chuck Berry. El otro día charlé con su hijo, Charles Berry Jr., a propósito de la muerte de su padre y el disco que dejó grabado, y me contó que su progenitor era «un tarado», aunque «en el buen término de la

palabra». Como tantos músicos, Chuck se pasaba muchas semanas fuera de casa por las giras y, cuando regresaba, se las arreglaba para intentar ser un buen padre con su hijo. «Le encantaba invitar a hamburguesas a todos los niños del barrio», decía. «Traía en su cochazo bolsas llenas de hamburguesas. Imagina: ¡veinticinco niños comiendo hamburguesas como cerdos! Todos flipaban con él».

Le he contado esta mañana a la psicóloga lo del partido de fútbol en nuestras vacaciones. Ella me ha preguntado que si no hay nada más que me haga sentir así. Le he dicho que, aunque son cosas distintas, también me sucede con la música. No con toda la música, evidentemente, sino con determinadas canciones y determinados conciertos. Ha sonreído y, tal y como me había prometido en la última sesión, ha tratado el «asunto delicado». Después de ajustarse las gafas y echar un vistazo a su cuaderno, ha dicho que le queda claro que la música, todo ese conjunto de nombres de cantantes, bandas y canciones que cito, es importante en mi vida. En el fondo, ha comentado algo que cualquiera podría ver a primera vista, aunque yo estaba convencido de que me mordía la lengua cuando entre esas cuatro paredes se trataba de señalar cosas relacionadas con las canciones. Y, si algo sé, es que no puedo fiarme de mi cabeza. Suele ser una centrifugadora y supongo que suelto tonterías musicales como calcetines que revoletean en el tambor de la lavadora. Por eso, me he limitado a asentir. Ella me ha explicado que todos esos músicos que comento parecen mis únicas referencias y me ha recordado que, ya en la primera sesión en la que empecé a contar por qué acudía a su consulta, antes de ponerme a hablar de algo en concreto sobre Rosa o Alejandro, cité a Bob Dylan. Yo también lo recordaba, como recordaba que ese primer día al final de la sesión terminé callando un verso de «Subterranean Homesick Blues»: «No sigáis a los líderes y vigilad los parquímetros». Visto el percal en todas partes, me parece pura filosofía. Además, creo con firmeza en esas palabras de Bob, más aún desde que colecciono multas de tráfico. Al final, la psicóloga me ha mirado a los ojos y ha concluido: «La música te hace tener un marco de idealización que a lo mejor no te ayuda en todo lo demás».

Ha sido como si la frase saltase al destapar un frasco. Con la sentencia en el aire, he recordado que Rosa decía que yo era una persona que, en vez de pájaros en la cabeza, tenía canciones. Y

también lo que Mar me dijo la última vez que nos vimos, a costa de otros versos de Dylan. Aseguraba que no ayudaba que yo quisiera ajustar a una canción como «Don't Think Twice, It's All Right» lo que había pasado entre ella y yo. Tenía razón, pero, si era franco conmigo mismo, a mí sí me ayudaba saber que Dylan, con esa voz pesarosa, daba sentido a mis silencios, y estaba convencido de que al menos estaba haciendo algo por mí. Es cierto que sería mejor no comentarlo con Mar ni con nadie, pero las canciones de Dylan, como las de otros músicos, aparecían donde no aparecía nada y donde además yo me encontraba. Y esos pájaros que volaban nunca habían volado con tanto afán. ¿Qué hacía entonces? ¿Los ignoraba? ¿No serían acaso los pájaros que echarían a picotazos a las malditas aves nocturnas a las que se refería Bob en «Workingman's Blues #2»? Desde que había llegado al piso, esas canciones estaban protegiéndome como si fueran parte de un conjuro. Bob Dylan, Aretha Franklin, Tom Waits, Bruce Springsteen, Lucinda Williams, Patti Smith, Elvis, Warren Zevon, Father John Misty… y Tom Petty. Nadie sabía que Tom Petty se había erigido casi desde el primer día en el guardián del piso. Su música, en los últimos meses, estaba tan presente como el aire que respiraba. Cuando la psicóloga me pidió algún ejemplo que me hiciese sentir tan libre como en ese partido de fútbol con Alejandro y los niños en la playa, le dije: «El concierto de Tom Petty». Había viajado hasta Londres para verlo por primera vez y todo el viaje estuvo impregnado de un aura ceremoniosa. Hasta el ambiente veraniego en Hyde Park parecía sacado de una película. Al final de la tarde, Tom Petty saltó al escenario acompañado de los Heartbreakers, aulló un «yeahhh», gruñeron las guitarras con «Rockin' Around (With You)» y me alcanzó una plenitud liberadora que no se fue hasta que, dos horas después, acabó la actuación con «American Girl».

Era imposible olvidarlo. El concierto había sido la semana pasada y lo tenía muy cercano, aunque lo tendría igual si hubiese sido hacía un año o siete. Hay conciertos que te acompañan toda la existencia como si fuesen epifanías. Algo así como lo que oía contar de niño a mi abuela cuando hablaba de las revelaciones de las santas y los santos con devoción. La única diferencia es que ella las conocía por las fábulas que le llegaban por la parroquia, y yo sí había estado en esos conciertos. Sabía de lo que hablaba. Y hablaba del concierto de Tom Petty en Hyde Park por los cuarenta años de su carrera.

También podía referirme a otros que se guardaban dentro de mí como marcas místicas. Conciertos como el último que vi de Neil Young en Madrid en junio del año pasado. Había días que todavía me asaltaban imágenes de aquel escenario. Días en los que me preguntaba si no fue Neil Young aquella noche el que hizo saltar todo por los aires, el que me llevó con su actuación salvaje al más lejano límite, el único lugar posible donde reventar como una olla a presión cuando estaba en el nudo de mi matrimonio y mi relación con Mar, hace ahora justo un año.

Dice el verso más célebre del viejo Neil que «es mejor quemarse que apagarse lentamente». Un verso que muchos creen que era de Kurt Cobain, que, antes de suicidarse, lo dejó escrito en su nota de despedida a su mujer, Courtney Love, y a su hija de año y medio. Sin embargo, proviene de «Hey Hey, My My (Into the Black)», una de las canciones más contundentes de Neil Young. Inmediatamente, fue un verso que se convirtió en parte de su lenguaje, que ilustraba su espíritu indomable. En aquel concierto del pasado verano, el septuagenario Neil Young era la viva imagen de aquel verso. Acompañado de Promise of the Real, una banda de muchachos mucho más joven que él, entre los que se incluyen dos hijos de Willie Nelson, echaba chispas sobre el inmenso escenario del Mad Cool. No era la primera vez que lo veía echándolas, pero nunca antes esas chispas habían prendido de una forma tan descabellada.

Años atrás, había sido testigo de su admirable condición indómita. Fue en 2008. Me colé en el *backstage* de Rock in Rio y vi cómo ese tipo de greñas ingobernables, que llegó cojeando apenas cinco minutos antes de la hora prevista del comienzo de la actuación y que había sufrido en 2005 un aneurisma cerebral, se transformó en otro ser muy distinto al que aparentaba. Transmitía el declive de un anciano endeble y pensé que apenas podría sostener una guitarra entre las manos. Mientras el resto del grupo se colocaba en línea dispuesto a salir al escenario como una compañía de asalto, Neil, el último en incorporarse a la fila, se desvió de su camino en el último momento y se paró delante de una campana gigante, que se escondía como un trasto viejo entre decoración variada. La observó unos segundos y, para sorpresa de todos, la tañó con fuerza y orgullo. Resonó apocalíptica, como el presagio de una tormenta perfecta que, tras cruzar Neil y su banda las lonas negras, acabaría

cayendo sobre el escenario. Aquel viejo que parecía desahuciado se convirtió en un portento ante miles de personas.

La sonrisa casi infantil de Neil ante el ruido de la campana mostraba a una persona segura de sí misma. También maniática, como si solo a él le hiciese gracia haber descubierto la posibilidad de tocar ese cacharro, pero también saber por qué había que tocarlo. Después de décadas de carrera, se sabe que es un hombre obsesivo, igual le da por los coches eléctricos como por el sonido de los reproductores digitales, y se deja millonadas para abanderar campañas de todo tipo. Un hombre que tiene trato complicado y que se antoja una compañía agotadora, que roba energía a todo su círculo y es irreductible en sus batallas. Sin embargo, hay algo también real y único en todo su ser. A eso que se refería uno de sus representantes de gira, Richard Fernandez, cuando afirmaba que es «un excéntrico con un objetivo en la cabeza». Fernandez también había trabajado con Bob Dylan y lo comparaba con él. Decía que ambos son artistas que, por sus trayectorias y su entrega durante tanto tiempo, elevan el rock a otra categoría, pero que también casi viven fuera de la realidad, como encerrados en su mundo artístico. «Los dos tienen objetivos en mente, pero no queda muy claro cuáles son. Los demás solo podemos elucubrar al respecto», señalaba. Ese objetivo que no se conoce y que mueve tanto a Dylan como a Young se trasfiere en sus mejores canciones. También en su actitud ante su obra y su propia leyenda.

Me llamó la atención que se detuviese en la campana. Para el resto del mundo no era más que un objeto a la espera de que se lo llevaran a otra parte, pero para Neil guardaba algo. Ese movimiento pudo ser anecdótico y sin ningún significado, pero incluso en estos detalles se reconoce la esencia de las personas. Neil Young es un ser con una marca inconfundible, que siempre transmite la sensación de que ocurre algo determinante en su interior. Puede que sea un alumbramiento divino o un cataclismo absoluto, pero todo guarda una desgarradora fuerza natural e innata. Como un diluvio. Todo nace y muere con la trascendental idea de que hay un por qué. Y, actualmente, Neil Young transmite ese por qué mejor que nadie. Tocar la campana con ese ímpetu pareció una forma más de recordarnos que incluso en lo aparentemente inservible sigue habiendo vibración, un sonido lo suficientemente intenso como para

extraerlo con determinación.

Cuando lo vi el pasado año, desplegó todo su ser, más aún que la otra vez. Abrió la actuación al órgano con «After the Gold Rush» para después señalar la luna y lanzarse con «Heart of Gold». Como si fueran una banda de chamanes indios en gracia con los dioses de la tierra y el cielo, Neil Young y los suyos nos recordaron esa noche que algo ocurrió con el rock'n'roll. Algo ocurrió con ese sonido desnudo, bárbaro y tormentoso en el mundo, aunque eso poco le importase a la psicóloga. Y no solo eso: Neil Young, pasando del órgano a empuñar su hacha de guerra, su Les Paul Gold Top del 53 pintada de negro y nombrada por él mismo como Old Black, me recordó que algo ocurrió también con el rock'n'roll en mi vida. Las guitarras desbocadas, como armas de corte profundo, enfatizaron el sentido de sus propias palabras cuando una vez aseguró que «el rock'n'roll no se ve desde lejos porque el rock'n'roll es siempre ahora». Con la mirada desafiante y la sonrisa descolocada, ver a Neil Young era ver a un hombre botando con su guitarra, zurrándose con los elementos, imponiéndose a las fuerzas de la naturaleza.

«Tienes que estar dispuesto a darlo todo», dijo Neil en una entrevista. «Y estar seguro de que realmente tienes mucho que ofrecer, porque si sales ahí fuera sin estar preparado para darlo todo —y no tienes la fuerza necesaria para entregarte al máximo de tus posibilidades—, si no estás dispuesto a aguantar la vela hasta el final, cuando está a punto de derretirse y desaparecer, entonces no eres nada. Ni siquiera deberías estar ahí. Lo único que haces es perder el tiempo…».

Hay siempre mucho poder en el momento en el que comienza «Rockin' in the Free World», en el instante en el que imaginas lo que podría pasar, pero todavía no ha pasado. «Hay una señal de peligro justo delante / Hay gente que dice: "Estaríamos mejor muertos"», cantaba Neil, amparado por una luna llena y amarilla durante su actuación. «¡Continúa moviéndote en el mundo libre!», berreaba poco después en ese estribillo cual grito de guerra. «¡Continúa moviéndote!».

Ese día pensé que había acabado atascado en el embudo de mi propia vida. Aquella noche, apenas una hora antes del amanecer, le

pedí al taxista que me dejase a unas manzanas de casa. Rosa y Alejandro dormían y quería caminar con «Rockin' in the Free World» en mis huesos. Fue la primera vez que vi lo que no quería ver: mi matrimonio con Rosa se había acabado. Había llegado el momento de empezar a moverse en otra dirección. De hacerlo causando los menores daños posibles, aunque no tuviese ni idea. Durante un tiempo solo me decía: «*Keep on rockin' in the free world*». Un tiempo en el que creí que iba a afrontarlo de la forma correcta, o al menos de la mejor forma posible. El mismo tiempo en el que Mar y yo éramos amigos, antes de que nuestros deseos se cruzaran hasta colisionar en un callejón sin salida y empeorar la situación. Ahora aquello ya queda atrás y Mar y yo seguimos siendo amigos, pero ya no es lo mismo. Nada es lo mismo, pero ahora todavía suena «Rockin' in the Free World». Porque Neil Young sigue alzándose con su voz agrietada de tótem. Hoy mismo lo escuchaba en la terraza, mecido por la brisa estupenda del atardecer. Con la llegada del buen tiempo, he cogido la rutina de escuchar música en la terraza. Es la segunda rutina desde que llegué al piso. La otra es escuchar a Juan de Pablos por la radio, suspirando entre canciones, mientras me hago la cena los días que no voy a conciertos. ¡Quién pudiera caminar por el mundo como Juan de Pablos locuta!

Neil Young siempre suena engrasado y caliente, como si rodara a la misma velocidad que le marca su corazón. Se puede decir lo mismo de Paul Weller, quien me contó durante una entrevista que había superado su adicción al alcohol centrándose en la música. De ahí su prolífica carrera en los últimos años. Cuando parecía que había terminado de hablar, tosió, reflexionó unos segundos que parecieron minutos interminables al otro lado de la línea de teléfono, y me dijo: «Hey, tío, ¿sabes lo que pienso después de toda la vida dedicado a esto? Pienso que, si no comunico con la música, estoy muerto». Weller es el autor de una gran lista de himnos al frente de los irrepetibles The Jam, pero también de otra banda maravillosa como Style Council. Desde que lo descubrí recién estrenada mi veintena, tengo el rito de poner una de sus canciones de su carrera en solitario cuando mi cuerpo y mi mente perciben que ha llegado la primavera en Madrid. Es «Sunflower» y me encanta que suene alegremente cuando Madrid adquiere ese color verde azulado de acogedora ciudad primaveral. Es el mismo rito que hago con la impagable sensación de la llegada del verano

pinchando «In the Garden», de Van Morrison. Suena siempre mejor en la noche cálida. En el otoño, cuando Madrid se vuelve imbatible con sus amarillos, ocres y el dulzor de pueblo desgastado que aún conserva, escucho «Pasa el otoño», de Antonio Vega, tan patrimonio de la ciudad como su cielo. En Navidad recurro al disco *A Christmas Gift for You from Phil Spector*. Es tan hipnótico como ver nevar. Pero esta última Navidad no lo escuché. Tampoco mantuve el rito de Paul Weller ni de Van Morrison. Estaba demasiado afectado por todo. Ahora quiero recuperar mis ritos, incluso quiero crear nuevos, como el de este julio con Alejandro. Nuestras primeras vacaciones los dos solos resultaron fantásticas. Fuimos a Barcelona, a casa de Toni, y pasamos unos días de gloria en la playa. Alejandro concluyó que cada día había que comer calamares como aperitivo después de probarlos. En L'ona, el único chiringuito que conozco en el que amenizan el día con canciones que van desde Sam Cooke, Etta James y James Brown hasta los Beatles, los Rolling Stones y Creedence Clearwater Revival, Alejandro me recordó a mí cuando el tío Josele me llevaba a por bocadillos de calamares al Sol Mayor y luego en la camisería me quedaba escuchando a Elvis con mi *walkman*. Hubo un día en L'ona, a la hora en que el sol se funde con el mar, que sonó «Rockin' in the Free World» y volví a saborear su poder para desbloquear la vida.

Al igual que en ese momento en el que vi a Neil Young romper la fila, caminar unos pasos y tañer la campana, su música nace de un torbellino de libertad y espontaneidad para acabar impactando de una manera muy física, que se caracteriza porque guarda un estilo como improvisado y primitivo. Rickie Lee Jones lo llamaba «integridad incuestionable dentro de canciones que nunca fueron acabadas». Es como si Neil jamás buscase la perfección, como si ni siquiera tratase de acercarse a ella. Busca la esencia, esa llama que esconde toda emoción, por triste, alegre o rabiosa que sea. Su música es íntegra, aunque pueda ser desatinada o un fracaso. Durante tantos años de carrera, podría haber publicado algunos discos mejor producidos o que podrían haberse enfocado de otra forma menos obsesiva, pero entonces no hubiesen sido de Neil Young. Es un tipo que grabó dos álbumes infumables como *Re-ac-tor* y *Trans* porque buscaba explorar con su música la forma de comunicarse con su hijo Ben, que había nacido con parálisis cerebral y no podía hablar. Esos trabajos, que le costaron su salida

de Geffen Records, se concibieron durante los ejercicios de terapia que hacía con su hijo. Emmylou Harris me dijo durante una entrevista que solo por eso Neil Young era el artista más admirable que había conocido. Es difícil no estar de acuerdo con Emmylou.

«La música te hace tener un marco de idealización que a lo mejor no te ayuda en todo lo demás». Cuando la psicóloga me ha dicho esta frase con un tono profesional tan logrado, no he podido evitar contestar con una broma: «No descartaría ser un hombre formado por un 70 % de música y un 30 % de cerveza». Se le ha dibujado una tímida sonrisa y, después, ha explicado que el idealismo es a veces un escollo para gestionar la vida cotidiana. Me ha parecido una muy buena idea analítica, con la única salvedad de que no estoy para nada de acuerdo con ella. Tampoco podría estarlo, aunque quisiese. Neil Young, que afirma que «el rock'n'roll es algo que no puedes anticipar, algo que no esperabas», sigue sonando a tope. El otro día, estaba conduciendo de camino a la redacción y tuve que parar cuando sonó «From Hank to Hendrix», donde Neil, ayudado de una armónica suave, dice en un verso que «la misma cosa que te mantiene vivo puede matarte al final». Qué manera de abrirte en canal. Una canción es la lupa con la que analizar tu dolor. Tampoco me quito de la cabeza el concierto de Tom Petty, que sigue sonando aún más que antes, y cada día escucho al menos una canción de Dylan, como si fuera una vitamina, un tratamiento.

Antes de irme de la consulta, le he contado a la psicóloga lo que decía Neil Young de la vela y de aguantarla hasta el final y, por primera vez, he sentido que he sabido explicarme. O tal vez ella, que no ha apuntado nada, solo me ha escuchado sin decir palabra, aburrida. Y, justo antes de levantarme, le he confesado que, después de todo lo vivido, era una persona que ya no creía en las grandes verdades, pero que mentiría si no dijese que, gracias a las canciones de Neil Young y unos cuantos más de su especie, las sigo persiguiendo como un loco.

«FLIRTING WITH TIME»

Tom Petty

¿CÓMO SE DEJA IR lo que todavía permanece? Fue lo que pensé sentado en las escaleras del Teatro Rialto. Tras la puerta sonaba la música de Quique González. Solo parecía el rumor del mar. Una pareja pasó a mi lado y me miró como si supiese que todavía me dolía el pie después de haber arreado una patada a la pared tras colgar el teléfono. Puede que hubiese visto demasiadas películas, pero creo que simplemente fue un modo estúpido para descargar los nervios que me treparon como una lombriz eléctrica hasta el cuello. Había recibido un mensaje de Rafa y, justo después, una llamada de la redacción para decirme que Tom Petty estaba ingresado muy grave. Era posible que ya estuviese muerto. Todo tipo de informaciones confusas corrían por las redes sociales. En la redacción querían saber si estaba en condiciones de escribir un obituario para la web. Nunca se está en condiciones de escribir un obituario, mucho menos durante un concierto. Además, había algo que no podía decir a mis compañeros: ¿cómo iba a escribir que Tom Petty había muerto?

Siempre hay un lapso de asimilación. Es lo que suelo llamar «el tránsito hacia el fogonazo». Se trata del tiempo en el que asimilo la muerte de un músico y me concentro en pensar cómo arrancar la necrológica, qué decir en las primeras líneas. Suele ser una cuestión de minutos, largos y pesados, hasta que mis manos empiezan a teclear. El fogonazo es encontrar una idea sobre el músico fallecido. La idea principal, la que sobresale sobre las demás, que luego conduce al resto de los párrafos. Requiere esfuerzo sacarla porque nunca es fácil resumir e interpretar la vida de alguien y porque, en muchas ocasiones, antes hay que filtrarla por uno mismo, con el tiempo que corre en contra y la extraña sensación de pérdida. El último ejemplo destacado fue con Chuck Berry. Había quedado en el Madklyn cuando me llamaron de la redacción. Me di la vuelta y salí corriendo al piso. Era lo suficientemente importante. Antes de sentarme en el ordenador, me puse uno de sus recopilatorios y un *whisky* para acelerar el lapso de asimilación. Tampoco supe hacer

otra cosa que beberme un *bourbon* cuando me dio por pensar que no todos los años se muere un tipo que hizo más con sus canciones por este inhóspito mundo que la mayoría de los políticos. El fogonazo llegó cuando, impulsado por esos *riffs* estratosféricos, concluí que el rock'n'roll, del que Berry era uno de sus padres fundadores y creador de su lenguaje, debería sobrevivir a varias civilizaciones, como otros hitos culturales, e incluso ser conocido por los extraterrestres. A partir de ahí, me puse a escribir como un misil.

El problema sucede cuando el fogonazo sale, pero su energía se me queda dentro. Surge la idea, pero en ningún momento se va la impresión de pérdida. Hay una pesadumbre que se sujeta dentro de mí, como en algún lugar entre las tripas y el corazón, y se extiende por todo el cuerpo. Sucede pocas veces, pero sucede. La primera vez que lo sentí fue cuando murió Antonio Vega. Antes de ponerme a escribir su necrológica, me fui al baño de la redacción. Sentía que algo era más fuerte que yo y me encerré a llorar. Desde que era un chaval imberbe, había aprendido a amar a través de sus canciones. El tránsito hacia el fogonazo fue rápido, pero la idea salió solo para plasmarse. Su significado se quedó dentro, incluso después de llorar seguía conmigo como una lapa. Era una sensación muy rara, porque lo que realmente quería hacer era ir a buscar a Antonio Vega, allí donde estuviese, y decirle simplemente «gracias».

Patti Smith recuerda en *Éramos unos niños* una de las veces en las que experimentó esta sacudida, una sacudida que va más allá del simple conocimiento de la noticia del fallecimiento de un músico: «Era viernes, 21 de julio, y, sin esperármelo, me tropecé con un espectáculo desgarrador. John Coltrane, el hombre que nos regaló *A Love Supreme,* había muerto. Montones de personas se habían reunido frente a la iglesia de San Pedro para despedirse de él. Transcurrieron las horas. La gente sollozaba mientras el lamento de amor de Albert Ayler animaba el ambiente. Era como si hubiera fallecido un santo, un santo que había ofrendado música curativa, pero a quien no se le había permitido curarse con ella. Junto con todos aquellos desconocidos, experimenté una profunda sensación de pérdida por un hombre a quien no había conocido salvo a través de la música».

La profunda sensación de pérdida por alguien que no has conocido

salvo a través de sus canciones. Coltrane no era un santo, aunque su música naciese como un manantial de un hondo sentimiento místico. Tampoco lo eran Antonio Vega ni Tom Petty, pero sus muertes golpean donde no golpean otras muertes de otros músicos. Es como contaba Tom Waits tras fallecer el saxofonista Lester Young: «Cuando pasó todo el asunto escribí un poema. Sentí como si algo hubiese acabado».

Yo no escribí ningún poema con Petty porque hubiese removido en sus tumbas a Lester Young y hasta a Federico García Lorca, pero sí tuve que ponerme a redactar su necrológica. Lo hice en el móvil, sentado en aquellas escaleras de moqueta roja, hasta que pude conseguir que me dejasen entrar en la oficina del teatro, que tenía un ordenador. Era extraño, porque Tom Petty oficialmente no estaba muerto y, mientras tecleaba, seguía oyendo a lo lejos la música trepidante del concierto. Era como si todo conspirase para que no pudiese sentir que algo se hubiese acabado. Con la cabeza echando humo, terminé el obituario justo al finalizar la actuación. Luego, aturdido y rodeado de más gente, me perdí en el Wurlitzer, uno de los mejores antros de Madrid para no pensar en la muerte, aunque su garrafón empuje a ella. Era la noche de un lunes, pero una vez más parecía la noche de un fin de semana interminable.

Regresé a las tantas al piso con Tom Petty en los cascos. Arranqué con «American Girl». Caminé solo desde que salí del Wurli, mirando Gran Vía como ese territorio anárquico de trasnochadores, con su incorregible porte de tierra canalla, rodeado por sus grandes edificios de fachadas vainilla y luces blancas. Nadie se preocupaba por nadie, pero todos formaban parte de la noche burbujeante. Todos parecían necesarios. El comienzo de la canción, con ese «chist» en boca de Petty, fue como un chasquido que ponía en marcha el mundo y pude ver bailar a los transeúntes desconocidos al ritmo precipitado de las guitarras de los Heartbreakers. Las aceras temblaban y yo con ellas. Era como una función que se representaba en mi cabeza. ¿Podía estar Tom Petty ya muerto? ¿Acaso importaba tanto? ¿O era lo único importante de la función?

Caminé fijándome en todo lo que ya no estaba, pero yo veía. Sobre mi cabeza se estiraba el edificio de Madrid Rock, donde ahora regía una tienda de ropa. ¿Cuánta ropa se puede comprar uno a lo largo

de su vida? Las prendas envejecen, se estropean o pierden su talla. Las canciones, en cambio, permanecen. Pude ver sin esfuerzo la entrada de Madrid Rock, sus puertas abiertas y sus pasillos llenos de discos. Al pasar por Montera, con sus chulos, sus putas y sus guiris borrachos, los cines Acteón estaban en proceso de demolición y, aun así, me llegó el olor a palomitas de mantequilla. La Puerta del Sol era muy distinta a la plaza que cruzaba cada fin de semana agarrado a la mano de mi madre. Quizá era mejor ahora que entonces, pero podía contemplar sin dificultad a los viejos con boina que se ponían en corro en la esquina con la calle Mayor para charlar de fútbol y lo que se terciara. Siempre saludaban. Al girar hacia la calle Postas, un cubo de basura descansaba en el mismo sitio donde el puesto de castañas anunciaba la llegada a la camisería familiar. Allí donde yo seguía viendo, inmutable, la tienda del tío Josele, había una franquicia de una cadena de caramelos. El cartel de colores chillones atentaba contra la vista. La puerta de entrada, que mi abuela atravesaba siempre con su bastón en la mano, había sido sustituida por un cajero automático y la Sala X, centinela noctámbulo con sus luces de neón, por una oficina de cambio de moneda. Incluso con los negocios cerrados, Postas desprendía un alevoso aire de atracción turística. El camino hasta la Plaza Mayor era como otros tantos caminos turísticos de otras tantas ciudades. Nada tenía que ver con la calle que recordaban mis ojos y que yo ahora podía volver a ver con la música sonando en mis oídos. Las tiendas de *souvenirs* desaparecían para recuperar a los tenderos con los que el tío Josele se iba a tomar los chatos de vino y las raciones de calamares. Solo la Plaza Mayor aguardaba igual que siempre, como resistiendo a las embestidas, o como si fuera el lugar por el que pasábamos todos para sentirnos como en casa cuando no teníamos adónde ir. Pero yo quería tener adónde ir. Yo quería ir a los lugares que buscaba. A los que me llevaban las canciones. A los que decía Tom Petty en esa noche de octubre.

«He hecho todo lo que podía hacer», cantaba Tom Petty en «Flirting with Time», una de las canciones que nunca me han abandonado y que más había escuchado desde que decidí que iría a su concierto de Londres. Una de esas canciones que me han elegido. Su melancolía me rodeaba como esas brisas que se levantan de repente. En cada nota, en cada acorde, en cada compás, sentía su latido, intensificado cuando con su voz reluciente cantaba el

estribillo: «Estás coqueteando con el tiempo».

Al bajar por la calle Toledo, me fijé en ese recorrido que tantas veces había hecho con Mar, cuando nunca pensábamos que algo podría dañarnos. El mismo recorrido que atravesábamos hablando de todo menos del tiempo. Estaba repleto de sitios que una vez nos correspondieron, de momentos desordenados que una vez nos dieron armonía. Caminaba contemplándonos como si hubiésemos sido dos personajes de un cuento inventándose una alegría fugaz. Porque todos los amantes se inventan a sí mismos. Como todos los amantes son víctimas de la fugacidad.

Mar sigue estando en mi vida, pero cada vez más alejada. Cuando la recuerdo a estas alturas pienso que contiene un universo que yo aún desconozco. Nunca supe descifrarlo del todo. Volvimos a coincidir hace unas semanas en un festival y, por primera vez en el último año, charlamos sin tensión, como en los viejos tiempos. Tropezamos de casualidad en mitad del público y ambos decidimos dejar a nuestras respectivas pandillas de amigos para tomar algo por nuestra cuenta. Salió bien sin esperarlo. Bebimos con la inconsciencia de las primeras veces y reímos con algo más de inconsciencia. Ella se apoyó otra vez en mí como cuando todo entre nosotros era ligero. Y acabamos viendo juntos en las primeras filas el concierto de Coque Malla, que pareció saltar al escenario solo para nosotros. Hubo un momento que nos acercamos el uno al otro, sin más intención que reconocer el espacio íntimo que una vez hicimos nuestro fortín. Justo al oírse las primeras notas de «Me dejó marchar», Mar pidió un cigarro a una chica y yo la acompañé con otro. Esa noche apuramos el pitillo echando el humo hacia arriba como adolescentes llevados por la canción. Fue cuando, con ella atenta al concierto, la miré intentando ver más allá de lo que veían mis ojos y me acordé del día que me dijo que ojalá existiese alguna canción en algún disco que hablase de nosotros. Creo que ninguno de los dos pensábamos entonces que esa canción sería «Me dejó marchar».

Al acabar el concierto, me agarró de la mano y vimos también en las primeras filas a Nada Surf. Mar sabía que adoraba a este grupo neoyorquino tan querido en Malasaña. Seguimos bebiendo hasta que esas guitarras de pop-rock cristalino nos empujaron con una

sonrisa a recordarnos el uno al otro. Con unas porciones de *pizza* de por medio, charlamos mucho y me habló de su colaboración fija en un programa de radio y de un artículo sobre Rosalía que preparaba para una revista. Le encantaba cómo empezaba su disco *Los Ángeles,* con la voz de una niña recitando las coplas de «Toma este puñal dorao». A medida que me lo contaba casi podía imaginarme a una Mar de cría leyendo versos en su casa subida al armario, como una vez me confesó que hacía durante su infancia, cuando no entendía el mundo. Desde que apareció dos años atrás en mi vida, Mar no había parado de crecer como periodista. Era admirable todo lo que conseguía desde su posición de *freelance* en un mundo tan masculino como el del periodismo cultural. Con la música de Nada Surf de fondo, aventuré que alcanzaría grandes metas profesionales y pensé que sería bonito verlas llegar.

Cuando nos íbamos a despedir, bromeé con que había sido una estupenda cena romántica que nos reconciliaba después de tanto tiempo. Sentí que habíamos recuperado el humor. Ella sonrió y calló, bajando la mirada. Le dije que no se rayase, no había nada más que hablar entre nosotros y yo estaba aprendiendo a seguir mi camino queriéndola, aunque ella se me seguía apareciendo en canciones que una vez fueron nuestras. Y, en un broche improvisado, aseguré que siempre deseé con todo el corazón que estuviese esperándome al salir de mi matrimonio. Me clavó sus ojos castaños. Fue la primera vez que anticipé en mi cabeza lo que iba a decirme. Giró la cara hacia un lado como un soplo, luego volvió a mirar al suelo y, regresando hacia mí, dijo: «Llevo desde el concierto de Coque Malla pensando en lo mismo». «¿En qué?», pregunté. «Pensando en que desearía que te fueras y que volvieras, así, con estas palabras de ahora, hace un año y medio». Mar siempre me reprochó que, cuando nos unimos hasta chamuscarnos, parecía demasiado perdido y poco decidido a apostar por ella. Me callé y, siempre tan nervioso y torpe en los momentos que suenan solemnes, me abalancé a abrazarla, pensando que, si fuéramos protagonistas de una serie romántica de tres al cuarto, en ese instante empezaríamos a girar con la música de Nada Surf entre la multitud, pero todo se redujo a que le di un pisotón a Mar, que, al moverse, golpeó con el codo a un tipo que llevaba un mini de cerveza, que le cayó encima. El tío se cagó en nuestros ancestros. Tras disculparnos, Mar y yo nos dimos dos besos rápidos y desaparecimos entre la

gente por caminos opuestos.

Hace ese año y medio, hubo una noche en la que los dos acabamos en mi coche escuchando a Richard Hawley. A ambos nos fascinaba este *crooner* británico, cuya garganta elegante envolvía como polvo estelar, al más puro estilo de Roy Orbison. Habíamos estado en un evento discográfico y se montó conmigo en el coche para que la acercara a casa. Mientras conducía, le conté que había entrevistado a Hawley. Era un hombre muy simpático y buen conversador, que, tras dejar el grupo Pulp, se había caracterizado por crear en solitario canciones que evocaban sitios de Sheffield, la ciudad donde vivía desde que nació. Tanto era así que sus discos solían llevar títulos que citaban lugares de la ciudad. Sucedía en el último: *Hollow Meadows*, que se refería a una cima verde, colindante al condado de Derbyshire, donde había un hospital y vivía gente singular a principios del siglo xx. También en dos de mis preferidos: *Cole's Corner*, nombre que se daba a la puerta de los almacenes Cole como punto de encuentro de varias generaciones de enamorados de Sheffield, y *Lady's Bridge*, que recordaba el puente que, antiguamente, unía la parte pobre de la urbe con la rica. De esta forma, su folk ocre de bellos arreglos recogía todo tipo de estampas de otros tiempos. Hawley me habló de «la magia de los lugares perdidos», explicándome una «vinculación emocional» de su música con las calles en las que sus pasos dejaban huellas, todos esos rincones que guardaban historias que permanecían allí, más allá de él y de las personas. «Cualquier lugar puede ser mágico. Lo que importa es cómo lo miras», me dijo con su cerrado acento inglés. Se lo conté a Mar y ella subió el volumen de la música. «Tonight the Streets Are Ours» sonaba en el momento en el que Mar, con su peculiar manera de imaginar, me preguntó si conduciría toda la noche por ella hasta llevarla a la casa junto al mar donde pasó sus mejores veranos de niña. «Donde la noche huele a salitre», remató. Recuerdo que no contesté y me limité a acelerar y pensar en todo lo que sabía que tenía que decirle a Rosa, pero no sabía cómo. Me limité a conducir en dirección contraria a lo que me pedían Mar y la canción de Richard Hawley.

Puede que nuestro amor, el de Mar y el mío, fuera un lugar perdido desde el principio y solo nos empeñamos durante un tiempo en que no lo pareciese. O puede que no. Ahora, sin duda, lo era. También

lo era el amor entre Rosa y yo, cuando Mar apareció entre bambalinas. Pero fue muy difícil asumirlo. Rosa y yo gozamos de unos años inmensos, tan plácidos y felices desde que nos presentamos al mundo como una pareja de jóvenes hasta que fuimos padres, que descubrir que se habían acabado fue como ver apagarse el Sol. Nadie espera verlo, aunque viva un millón de años. Sin embargo, en algún momento de los últimos tres años, la luz se nos fue extinguiendo hasta que yo me quedé a oscuras y la arrastré conmigo. Dejar de amar es tan triste como dejar de ser amado. Incluso rompe más la brújula, al perderse una parte de uno mismo.

Cuando me mudé al piso, Martín me llamó desde Costa Rica para darme ánimos y decirme que, si mi madre viviese, seguramente no me hubiese separado. Era algo que no se podía saber. Tampoco era algo que ya importase. Puede que existan dolores que nos empujan tanto a lugares inhóspitos y salvajes que no sepamos cómo regresaremos del viaje. No es algo que puedas prever cuando sucede. El dolor por la pérdida de un ser querido es una dimensión tan nueva de la existencia que no hay defensas ni planes posibles que puedan contener todo lo que se viene encima. Por muy bien rodeado que uno se encuentre, por muchos apoyos que se tengan, es un viaje solitario, tan solitario y distinto que hay tantos dolores como personas los soportan. Cada uno carga con su dolor como puede, y no siempre se puede. Supongo que la mayoría de los dolores mellan tanto el presente que lo contagian como un virus capaz de mutar ante todas las circunstancias. Incluso transforman tu propia voz interior en otra oscilante, herida y apresurada, siempre abandonada entre el pavor y la incredulidad.

Esa voz surgió desde el primer minuto que mi madre se fue aquella noche de enero, cuando me quedé mirando el suelo hasta que, al alba, llegó un hombre trajeado al hospital con un catálogo de ataúdes. ¿Cómo narices iba a poder elegir un ataúd para mi madre? ¿Qué pelotas era eso de los ataúdes ecológicos? Y todas esas firmas, ¿para qué? Yo solo quería saber qué hacer con ese último aliento suyo que se me había pegado a la comisura de los labios. Había una voz dentro de mí que por primera vez gritaba sin que nadie la oyese. Esa voz se sentía tan sola como yo y casi me lleva a hacer el ridículo la mañana del entierro. Bajo un traicionero sol de invierno, se reunieron muchísimas personas en el cementerio para despedir a

mi madre. Familiares, amigos, compañeros del hospital y antiguos pacientes. Me llamó la atención ver a tantos pacientes que me recordaban lo buena y atenta que había sido con ellos. Todos trajeron flores. Nunca había visto tantas juntas. Parecía una fábula. Su lápida, en la que se podía leer su nombre y el de mi abuela, quedó sepultada por una montaña de coronas y ramos de flores, muchas de ellas amarillas, las preferidas de mi madre. Ese precioso relieve, como salido de las profundidades de la tierra, fue la última gran prueba de que mi madre había sido esencialmente buena y despertado tanta alegría a su alrededor que se tradujo en un festival de colores vivos. Antes de que todos se fueran, quise pararlos y gritar. Ante esa muchedumbre inmensa, quise gritar que había que ser felices por ella. Que era un mandato, que era una obligación… y que estaba realmente desesperado. La voz interna no paraba de gritar, como si fuera un Mick Jagger abducido por el diablo, pero me callé y me quedé escondido tras mis gafas de sol.

Después del fallecimiento de mi madre, me oía a mí mismo intentando convencerla de que estaba bien, que no se preocupara. Era un esfuerzo vano. Si el dolor por la muerte de alguien amado acaba infectando lo que eres, hay algo que también pasa: acaba infectando lo que ibas a ser. El futuro llega contagiado de una pena que antes no existía y que nunca se va del todo. Revolotea como un mosquito incluso en los momentos menos esperados. Cuando más he echado de menos a mi madre, ha sido cuando más futuro se me brindaba: el día que supe que Rosa estaba embarazada, el día que Alejandro nació, los días que iba a entrevistar a Bruce Springsteen y Patti Smith…, y todas esas pequeñas cosas que pasan y que se van sin poder compartirlas.

El impulso de hablar con ella no se acabó con su muerte. Mi nueva voz interior la buscaba en muchas ocasiones. De niño, cuando mi abuela le hablaba en alto a mi abuelo, frente a la misma tumba donde ahora descansan ella, él y mi madre, pensaba que era una manía de la edad. También lo hacía mi madre con mi abuela cuando murió. Ahora ya sé que no. Hablarle a la tumba de mi madre sucedió ya desde el primer día. No era algo que pudiese controlar. Las primeras veces, con tal de no marcharme, podía llegar a comentar canción por canción la discografía entera de Bob Dylan. Un día, Rosa y Alejandro me acompañaron, y mi hijo me

preguntó qué hacía ahí, tanto tiempo parado, delante de ese trozo grande de granito. Le dije que recordar cómo era la voz de la abuela a la que no conoció. Se encogió de hombros y le pegó una patada a una piedra, que rodó por la callejuela entre las tumbas. Quién sabe si era la misma piedra que golpeaba yo cuando acompañaba a mi abuela y a mi madre al mismo cementerio.

La voz de mi madre, como su persona, se volvió cada día menos inmediata. Luchar contra eso era al principio una batalla que parecía que podría ganarse, pero se convirtió en una odisea. Era una victoria épica si conseguía que sucediese en una ráfaga de un segundo después de muchas derrotas de varios días. Con el tiempo, no conseguía oír el timbre de su voz ni ver su cara. Tampoco distinguir su risa. En pleno declive por el cáncer, ella siempre decía que debíamos recordarla por ese aspecto espontáneo y personalísimo de los seres humanos. «A las personas queridas se las debe recordar por su risa», afirmaba. Aprendí a hacerlo mejor pensando en un contexto. No se trataba de buscarla como si estuviese planeando en algún lado, como un espectro, sino que tenía que pensar en algo concreto, algo que hubiésemos hecho juntos. Pensaba en una mañana llegando los dos al videoclub del viejo barrio, un mediodía de verano en la piscina municipal, una tarde escuchando *Born to Run* en el coche a la salida del colegio o una noche de las últimas charlando en la cama del hospital. La música siempre me ayudaba a recuperar el contexto, por lo que concluí que escuchar «Keep Me in Your Heart» de Warren Zevon era mejor que acudir al cementerio.

Han pasado siete años desde que murió y a veces es como si todo el tiempo que existió ella no hubiese sucedido; como si fuera un sueño al que recurro para encontrar alguna clave. No sé tampoco si hay muchas claves valiosas después de haber puesto fin a la última gran parte de ese sueño: mi relación con Rosa. Quizá ella ha sido la última víctima de todo el dolor que se quedó en mí. Me pasé treinta años, toda mi vida hasta entonces, viéndome a través de los ojos de mi madre. Más que una sensación de seguridad, era una manera de estar en el mundo. La única posible hasta que fue imposible. Fue una traición empezar a estarlo sin ella. De esta felonía no me di cuenta ni la última noche en el hospital, ni la mañana del entierro, ni en el funeral, ni en los sucesivos días que llegaron mientras

intentaba parecer una persona normal. Lo supe mucho tiempo después, cuando a la salida de un concierto de Bruce Springsteen, regresando a casa, decidí hacer lo que había intentado hacer en varias ocasiones sin valor para ello: borrar su número de teléfono móvil. Tardé dos años en hacerlo. Fue un paso más en este viaje solitario.

«Un destello de luz me recordó a ti», canta Tom Petty en «Flirting with Time». La noche que escribí su necrológica, sin saber siquiera si estaba muerto, fue la noche de su fallecimiento. Al entrar al piso, vi por Twitter que se anunciaba oficialmente la noticia. Como un superviviente de una larga batalla, me senté en el salón a oír su música. El mundo sin Tom Petty ya parecía extraño, aunque también me lo pareció cuando murieron Lou Reed, David Bowie y Leonard Cohen. El tiempo seguía haciendo de las suyas, tal y como se oía en «Flirting with Time». Esa noche no pegué ojo. A la mañana siguiente, atendí la llamada telefónica de un programa de radio para comentar qué significaban las canciones de Tom Petty para la historia de la música popular. Eso lo tenía claro, pero lo que no tenía tan claro era saber qué era para mi propia e irrelevante historia. ¿Qué significaba la muerte de Tom Petty?

Más allá del perfil que tenía como estrella del rock, Petty fue un hombre frágil, muy dañado desde niño por la pobreza familiar y los maltratos de su padre, escurridizo ante los focos de la fama e incapaz de encontrar el equilibrio entre el rock'n'roll y su vida privada. El músico Warren Zanes, miembro de The Del Fuegos y autor de su mejor biografía, afirma que era alguien con una mentalidad que «tendía hacia la oscuridad». Una oscuridad alimentada aún más por su alcoholismo y su adicción a la heroína. Cuando consiguió superarlos tras años de lucha, tuvo una fuerte dependencia a los antidepresivos y los calmantes. Tal y como se ha sabido tras su muerte, el día que ingresó en el hospital fue hallado inconsciente en su casa, después de ingerir un cóctel tóxico de siete medicamentos contra la ansiedad, la depresión y el insomnio. Lo mató un fallo orgánico múltiple.

Petty se pasó más tiempo hundido que a flote en esta tierra. Habitó demasiado la oscuridad. Su música, sin embargo, posee una vigorosa fuerza para arrojar luz. En todos estos meses viviendo solo,

sus canciones han iluminado mis espacios sombríos. Han sido más de lo que preveía, pero también es verdad que mis pronósticos siempre fueron nefastos. Una vez aposté una botella de *whisky* a que los Rolling Stones no volverían a salir de gira. Con todo, hay algo especialmente admirable en los creadores que, pese al sufrimiento, buscan con su música librarse de los aspectos oscuros. En el caso de Petty, su luz está impregnada de una melancolía real, como una seña que esconde el peso de todo lo que la ha dañado. Con su melena platino, él mismo aseguraba que componía canciones para intentar hacer «todo más habitable».

Tardé un día en llorar la muerte de Tom Petty. Fue en la ducha después de más de veinticuatro horas sin dormir. Empezó a sonar «Flirting with Time» cuando tenía la cabeza llena de espuma y me puse a soltar lágrimas sin consuelo. Hubo un instante que me asusté por tanto como estaba llorando. Recordé lo que había dicho Patti Smith sobre John Coltrane. «La profunda sensación de pérdida por un hombre a quien no había conocido salvo a través de la música». Pensé también en Tom Waits y Lester Young. También pensé en Bob Dylan tras la muerte de Elvis: se encerró en su casa durante una semana sin hablar con nadie. Y en Springsteen, que el día que murió Elvis condujo toda la noche por las largas carreteras de Nueva Jersey y encontró la inspiración para componer «The Promised Land». Y, con Petty sonando bien alto, recordé las palabras de Richard Hawley sobre la magia de los lugares perdidos. Bajo el agua, rememoré el paseo que había hecho la noche anterior por una ciudad cambiante, cómplice de mis pasos desde que nací. No dejé de llorar.

No estaba triste. Estaba agradecido.

«Changing of the Guards»

Bob Dylan

Bob Dylan dijo una vez que la realidad te hace más sabio, pero no te sana. Lo creo, aunque, en mi caso, tiendo a olvidar aquello que debería aprender. El otro día olvidé que había aparcado el coche en zona azul y, convencido de que lo había dejado en la parte de residentes, me encontré con una multa bien plantada. No sé cuántas veces me ha pasado. Es como si no supiese distinguir entre el azul y el verde. No pude más que darle la razón a Dylan con eso que decía de vigilar los parquímetros. Creo que voy a regalar el coche y vivir sin él. También creo que voy a apuntar dónde dejo los calcetines con ese lápiz corto del que me hablaba mi madre en aquellas tardes de deberes y bocadillos de Nocilla.

Puedo decir, sin embargo, que soy de esas personas a las que al menos la música lo cura. Es algo manido, pero no por ello creo que deba dejar de decirse cuando es verdad. En este mundo deteriorado, estamos faltos de posibilidades sanadoras. John Coltrane hablaba de su música como «una expresión espiritual» de sí mismo y afirmaba: «Sé que hay energías que traen sufrimiento a los demás y miserias al mundo, pero yo quiero ser la energía contraria. Quiero ser la energía para el verdadero bien». Las canciones, mis canciones, están siempre como esa energía del verdadero bien. Lo estuvieron antes y sé que lo seguirán estando. Las canciones son energía imponiéndose a todo lo malo. Por eso, si el mundo te aplasta, devuélvele el golpe con música.

El día que me dieron las llaves del piso, me senté en el suelo del salón vacío y escuché lo más alto que pude «Workingman's Blues #2» y, justo después, «Changing of the Guards». Era de noche y la calle lucía ese color anaranjado tan propio de la nocturnidad madrileña. Si empezaba una nueva etapa, me dije, sabía que podía fallar cualquier cosa menos la música. «Workingman's Blues #2» me llevó hasta el piso y me abrió la puerta mientras que con «Changing of the Guards» vislumbré el comienzo de un camino nuevo hacia un lugar sin nombre, pero deseado. Tan deseado como que me

quemaba la música como si acabase de descubrirla y la canción fuera una zarza ardiente que prendía todo. A través del fuego, podía ver mi futuro. Era un futuro como otro cualquiera, pero era mío. Y Dylan estaba cantándole.

«Changing of the Guards» suena viniendo de lejos. No solo creo que es el mejor comienzo en la historia de una canción, sino que creo que es el mejor en la historia de un disco. De esos arranques marca de la casa Dylan, como en «Like a Rolling Stone» o «Hurricane», empezando en alto, pero en este caso es otro nivel. Es como si se subiese un telón y llevase sonando una hora antes, un día, un mes, un año…, puede que toda la vida. Parece que Dylan y la banda estuviesen ya con la maquinaria revolucionada, esperándome a mí. La única forma de colarse en la canción es con todo en marcha, como en un sueño. Una vez dentro, el sueño se presenta como una feria alborotada. Por todos lados están pasando cosas. Su tracción instrumental es endiablada, empuja sin compasión. No da opción. La canción arrastra en su dimensión acelerada, pero no hay rupturas ni abismos. Porque en el fondo, en ese caos controlado, Dylan transmite armonía, tal y como sucede en las mejores ferias. Te alocan y te llevan a otras emociones. Es un mundo distinto al conocido. Con su acento metálico, casi irreal, suelta en el primer verso: «Dieciséis años». Cuando lo oí aquella tarde en el piso sin muebles, recién alquilado, me pregunté si era el tiempo que él y la banda estaban esperándome o si era el tiempo que había tardado en atravesar todo hasta el corazón de esa feria imposible, incluso pensé que podría ser una maldita señal, porque era el mismo tiempo que Rosa y yo habíamos estado juntos.

Las canciones de Dylan siempre me hacen preguntarme si he hecho lo suficiente por llegar hasta el corazón de todo, allí donde se revela la última verdad. Las verdades no siempre juegan a nuestro favor y a veces son dolorosas, pero conocerlas nos permiten aceptar que hay tantos errores como ilusiones confiando en que todo salga bien. Es una confluencia de estados. En ese punto siempre vive la música de Dylan. Cuando sus canciones surgen con una ternura rota o estallan en unos acordes frenéticos, siempre es como si de una patada abriesen la mente y te espoleasen hacia un misterio más profundo. La primera vez que lo experimenté fue el día que supe que iba a ser padre. Estaba en una nube y quise hablar con urgencia

con mi madre para contárselo, pero ya descansaba a dos metros bajo tierra. Escuché «Make You Feel My Love» y no pude evitar llamar a su móvil para dejar un mensaje en un contestador que todavía estaba activo. Fue escueto. Dije «Hola, mamá», colgué y me ahogué en un llanto mudo que no se me quitó en días. Ese estúpido mensaje terminó por perderse en un vacío existencial, como con el tiempo mi yo del pasado. Constaté que «Make You Feel My Love» contenía más de lo que decía y me empujaba a aventurarme por una senda recóndita. Desde entonces, más canciones de Dylan me llevaron con energía renovada por ese camino helado y cubierto de una niebla de resonancias y ecos. Más canciones como «Workingman's Blues #2», que no dejó de sonar desde que empecé a entender que ya nada más sería como había conocido, que yo no sería como el que era.

Cuando el recuerdo de mi madre se consumía como una vela en la oscuridad, cuando mi amor por Rosa se me escurría entre los dedos sin saber por qué, cuando veía a Mar alejarse por la calle como una golondrina o cuando Alejandro se despedía de mí agitando su pequeña mano desde el coche, la música de Dylan aparecía para enseñarme que todo lo que no es perfecto late con deseo. Lo sigue haciendo. Su guitarra rasga el viento o su piano golpea el pecho para explicarme que la imperfección es un estado real de la vida. Su música es un remolino de contradicciones que me lleva con fuerza a conocer las mías, a ese lugar donde la verdad guarda todavía un significado relevante. Un significado complejo, con el que hay que cargar, pero muy humano. Porque la música de Dylan es radicalmente humana. Tan humana que podría estar existiendo antes de que hubiese sido grabada, como esas historias que pasan de generación en generación. Tal y como él mismo dijo sobre «Changing of the Guards»: «Podría ser una canción que existía desde hace miles de años, que flotaba en el aire, y un día me tropecé con ella».

La canción nace de un extenso poema dedicado a Tom Paxton. Leal a sus héroes, Dylan conoció a Paxton durante sus primeros años en Greenwich Village, cuando perseguía el fantasma de Woody Guthrie. Paxton es un cantante de folk que siempre se ha mostrado del lado de los desfavorecidos y contra los poderosos. Dylan siempre llevó sus enseñanzas con él, aunque renunciase a ser el

embajador de todo ese movimiento folk que casi acaba con él, aunque se transformase en otros Dylan, algunos groseros, usando «distintas máscaras de Dylan», como él mismo dijo ya en los sesenta. Es un artista no falto de cinismo, pero hay algo en su modo de pasar por esta vida que tiene que ver con el respeto y la admiración hacia los que lo llevaron hasta lo que es, como intentando mantener vivo un código no escrito. Es un código que tiene que ver con la mejor música, como en esos vídeos caseros de la grabación de «Not Alone Anymore», la grandiosa canción de Travelling Wilburys, ese invento irrepetible que se sacaron de la manga Dylan, George Harrison, Tom Petty, Jeff Lynne y Roy Orbison. En mitad de la canción, todos dan un paso atrás cuando se pone a cantar Roy Orbison. Están en corro ante un micrófono central y se retiran al unísono en el turno de Roy. Solo sucede con él. Nadie canta como Roy, pero hay algo más: es una forma de agradecerle lo que sus canciones de lunas solitarias y estrellas luminosas hicieron por ellos. Es un carácter que, más allá de las personas, define la música.

Para «Changing of the Guards», Dylan recuperó con algunos matices la idea del poema de Paxton. La canción es un homenaje al combativo cantautor de folk y también es mucho más. El primer verso de «dieciséis años» se refiere a los años que hacía que Bob había empezado su carrera, justo al llegar a Nueva York. Ese comienzo se podía entender como que en 1978 había llegado el momento de romper con su pasado, como ya había hecho cuando, en 1965, acompañado de The Band, se convirtió al rock y dejó atrás el folk. De alguna manera, esta canción es una manera de decir que nacería otra vez un nuevo Dylan, un artista distinto salido de la persona que quedó tras las cenizas de la separación de Sara, su esposa y madre de sus hijos. Tal y como se podía leer en el poema: «En mi cabeza no dejo de murmurar "Peace Will Come" de Tom Paxton y de repente todo tipo de imágenes no dejan de parpadear en el cielo».

Ahora, casi un año después de entrar en el piso, no dejo de canturrear «Changing of the Guards» y, cuando lo hago, en mi cabeza no dejan de parpadear todo tipo de imágenes. «Changing of the Guards» existía desde hace mil años y Dylan un día tropezó con ella. Yo también tropecé con Bob y su canción. Es normal que suene

viniendo desde tan lejos. Sus coros refuerzan esta idea y las sentencias del propio Dylan cuando canta «el destino llama» y esas voces lejanas y espirituales lo repiten. Esos coros femeninos son una pequeña gloria de la naturaleza. Son como fuertes ráfagas de viento. Elevan. Parecen guardar un mensaje: la vida es misterio. También lo es la música. Esconde siempre algo que no se puede explicar, pero es real, como el horizonte, que no se puede medir, pero existe. Se siente. La música no es un uniforme que te puedas quitar y poner. Escucharla es formar parte de algo. Participar en su misterio. Las canciones de mi vida forman parte de mí. No puedo despojarme de ellas. Tampoco quiero. He participado tanto en lo que contienen que ignorarlas sería conspirar contra mí mismo. Los artistas que se escondían detrás de ellas eran espíritus libres que se arriesgaban y, desde que sonaron en mi habitación, en mi coche o en los bares, nunca deseé acabar con ese espíritu. Al contrario: siempre quise honrarlo. Llevo el rock'n'roll en el corazón. Mi vida futura siempre estuvo ahí y ahora puedo decir que también mi vida pasada. Cuando estos músicos ya no estén, se acabará definitivamente una época y quizá este juntaletras musical que represento será una de las últimas pruebas de que sus canciones les han sobrevivido. Sí, lo sé: puede que como personaje yo no sirva para más.

Hoy, busco sobrevivir con mis propias reglas. Por eso, decidí dejar de ver a la psicóloga. Creo que a ella no le hizo mucha gracia. Llevaba rumiándolo un tiempo. Era una obligación más entre otras que ya tengo y ya vivo con demasiadas. Me despedí de ella la semana pasada. No es nada personal, pero lo pensé fríamente: los sesenta pavos de cada sesión son canjeables por tres vinilos. Las cuentas son claras: cuatro sesiones al mes son doce vinilos. Ir al psicólogo me estaba privando de comprar mucha música. Además, ya he llegado a los nueve meses que le prometí a Rosa. De hecho, he estado algo más de diez, incluyendo el que no pasé por la consulta por mi desorganizada vida. No sé si ha sido muy útil charlar con esta mujer, pero reconozco que me siento bien porque creo que me ha servido para saber que he cumplido la promesa que le hice a Rosa. Me gustaría que fuera la primera de muchas promesas que puedo cumplir con ella en esta nueva etapa, en la que somos unos padres separados con un hijo en común. Al despedirme, se lo comenté a la psicóloga, que aparcó su cuaderno en la mesita y me contestó que confiaba en que lo conseguiría. A lo mejor lo dijo

por cumplir. Me invitó a volver siempre que lo necesitase y aseguró que estoy en el buen camino con Rosa y el niño. No era una mujer de muchas palabras. Sonreí y le planté dos besos. No me sale estrecharle la mano a alguien a quien le he contado tantas intimidades. Por menos conversación, un viernes por la noche me pongo a dar abrazos. Después de besarla, le di las gracias por todo y me fui, recordando el día que me acercó unos pañuelos de papel para las lágrimas cuando me puse a hablarle de mi madre.

En realidad, no sé si estoy en el buen camino de nada. No me atrevo a afirmar si he aprendido mucho desde que entré en esa consulta, y no solo porque me sigan cayendo multas. Antes de marcharme, dudé si contarle lo que consideraba más importante de lo que me había pasado en todo este tiempo. Una vez más callé. ¿Qué hubiese dicho si escucha después de tantas sesiones que tuve un sueño que todavía me persigue como si hubiese sido real? ¿Qué diagnóstico hubiese dado sobre mi salud mental si hubiese oído que soñé de una forma tan auténtica con Patti Smith, Tom Waits, Neil Young, Bruce Springsteen y Bob Dylan que desde entonces es como si hubiese estado con ellos? Llevo días pensando en ello y solo puedo afirmar que el sueño, como «Changing of the Guards» y tantas canciones, no es casual. Es imposible que lo sea.

Es llamativo que este sueño me alcanzase el día que me hice la prueba médica. Después de dejarlo pasar durante tantos meses que se convirtieron en años, fui la semana pasada al hospital para la colonoscopia. Sin duda, lo peor son todos esos líquidos que hay que tomarse el día antes para vaciar el estómago. Todo pasó muy rápido y solo pensaba en que hubiese sido fabuloso que a mi madre le hubiesen hecho una colonoscopia en su día para cazar a tiempo los pólipos cancerígenos. Seguramente, viviría. En el momento de la anestesia, solo recuerdo que quise comentar que, cuando me dormía profundamente, solía roncar y quería pedir disculpas de antemano, pero se me debieron cerrar los ojos antes de articular media frase. No tengo memoria de que nadie me respondiera. Caí en un pozo de sueño.

Todavía tiemblo con las sensaciones que me dejó la ensoñación, más aún cuando soy una persona que nunca sueña. Fue más real que la que tuve con Nueva York. Por eso, me la tomo en serio,

aunque no pueda contársela a nadie. Han pasado días y percibo aún con claridad cada detalle de mi paso por ese bosque oscuro. En el primer instante, estaba de pie, solo, rodeado de una noche negra y honda. Miraba a todas partes y no se veía nada. De lejos llegaba el sonido de los grillos. No estaba nervioso, aunque tampoco estaba tranquilo. Tenía una rabiosa curiosidad por saber dónde me encontraba. De repente, una lucecita se encendió sobre mi cabeza. Era una nube seca que parpadeaba con timidez, como a punto de extinguirse. La miré, permaneció ahí unos segundos y se perdió en la oscuridad. Volví a quedarme a oscuras. Pensé en seguirla, pero esperé. Al poco tiempo, estando parado y sin saber qué hacer, la luz apareció de nuevo enfrente de mí. A lo lejos. Fue acercándose y ganando intensidad. Me alumbró tanto que me cegó. La lucecita resultó ser un farol que sujetaba con firmeza una persona ataviada con una capa con capucha. Parecía un montaraz. Gracias a la luz, otra vez débil en la espesa oscuridad, pude ver su cara. Era Patti Smith: sus ojos vivaces, sus labios finos y su sonrisa larga. Me hizo un gesto con la cabeza para que la siguiese. Obedecí. Aunque desde el mismo momento en que la distinguí bajo ese atuendo quise hablarle, no me dejó. Me mandó callar llevándose el dedo a la boca, como hacía yo cuando quería que Alejandro no me interrumpiese cuando hablaba por teléfono. Callé y la seguí a pequeños pasos entre ese bosque que olía a jaras secas. Por un camino de arena y rastrojos, llegamos a una choza. Dentro había luz. Patti me indicó con el farol que entrase. Quise volver a hablar con ella, pero su mirada me invitó a guardar silencio y cruzar la puerta. Moví el portón de madera y entré. Era una taberna. Una vieja y sucia taberna como salida de un relato medieval. En el mismo sueño tuve conciencia de pensar que me recordaba muchísimo a la que se veía en *Shrek 2,* una película que ya me sabía de memoria porque era una de las favoritas de Alejandro. De hecho, en esta taberna también había un Capitán Garfio tocando el piano. Su garfio brillaba sobre las teclas mientras sonaba una canción de Tom Waits. No era «Little Drop Of Poison» como en la película, sino «Long Way Home». Me conmovió reconocerla. Patti había desaparecido y observé el salón con olor a serrín y cerveza tostada. Entonces, al lado de una ventana, había una mesa con tres tipos. Uno me invitó con la mano a sentarme con ellos. Era Tom Waits. Vestía exactamente igual que en la portada de *The Heart of Saturday Night*: gorra, corbata y chaqueta desgastada. También fumaba un cigarro y

tenía una enorme jarra de cerveza en la mesa. Al sentarme, me miró, se encogió de hombros y pegó una profunda calada. No hablaba, ni yo tampoco. Me podían el desconcierto y el asombro. Sin dejar de fumar, se me quedó mirando como quien mira un cristal roto. Estaba a mi derecha. Justo enfrente, también sentado, me miraba Neil Young con otra jarra de cerveza en la mano. Llevaba las mismas pintas con las que lo vi durante aquel concierto en Madrid. Camisa campestre de cuadros gris y la camiseta interior negra en la que se leía la palabra «*earth*». Sus greñas grisáceas le daban un carácter de jefe indio. Bebía y me observaba con despreocupación. A la izquierda, sentado con una ligera sonrisa, estaba Bruce Springsteen. Era la viva imagen del Bruce con el que charlé a propósito de sus memorias. Su cazadora negra de cuero me gustó tanto en el sueño como el día que se la vi puesta en Londres. También tenía una jarra de cerveza y me indicó con ella que cogiese la mía. Hice caso y bebí. Los miraba con ganas de hablar, pero no me salía nada. Ellos no abrían la boca. Lo más sorprendente era que, allí con los tres, arrastraba una sensación de tristeza. Era como si al hablar supiese que me iba a poner a llorar. ¿Y cómo Tom Waits, Neil Young y Bruce Springsteen iban verme llorar a los pocos minutos de conocerme? Pensarían que estaba para el arrastre y desaparecerían por la puerta. No sé cuánto tiempo estuve bebiendo con ellos, pero llegué a sentirme a gusto. Los observaba como si ya fuéramos amigos. Entonces, quise hablar para decirles que ya no quedaba cerveza, que no sabía qué hacía allí con ellos, que por qué no abrían la boca y que no había dejado de tener ganas de llorar desde que me encontré con Patti Smith en el bosque y me trajo a la taberna. Bruce me mandó callar con el dedo, como antes había hecho Patti, y me indicó con la mano y sin perder la sonrisa que mirase detrás de mí. Me di la vuelta y había un hombre de pie, como escondido debajo de una sudadera gris. Al quitarse la capucha, resultó ser Bob Dylan, con unos ojos azul marino muy acogedores. Era el viejo Bob, con sus pelos intratables, su bigotillo desafiante y sus arrugas como cicatrices. Sonreía con esa mueca tan característica suya, como indicando que igual no deberías confiar mucho en la imagen que tienes de él y que podría ser un farsante. Quería decirle que sabía que llevaba la capucha para esconderse de gente como yo, que era su única forma de acercarse a los sitios y que Patti, Tom, Bruce y Neil también lo sabían. Quería decirle todo eso y a todos quería decirles que me pasaba algo que no sabía qué

era, pero que me entristecía. Mucho. Pero no pude abrir la boca y, al final, me puse a llorar. Bob mantuvo su sonrisa pícara, se acercó a mí y, mirándome a los ojos con el peso de varios inviernos, me puso una mano en el hombro y me dijo con una voz lijada: «Todavía no estás muerto». Me quedé estupefacto y todos se esfumaron.

Desperté en una camilla repleto de lágrimas y con las palabras de Dylan retumbándome en la cabeza. Debió ser una estampa pésima: tirado de lado, con bata hospitalaria, el culo al aire y llorando desconsoladamente. Una más para mi colección particular de momentos vergonzosos. Desde mi posición, veía las estrellas y la luna por la ventana de la habitación. Me habían hecho la colonoscopia en el último turno de la tarde y ya era de noche. Me costó un rato ubicarme porque había sido tan intenso el sueño que todavía me perseguían las caras de todos, el sabor de la cerveza tostada y el olor a serrín. Pasó una enfermera a mi lado y le pregunté entre sollozos dónde estaba. Me contestó que en el hospital y le aseguré que no podía ser verdad. Había hablado con Bob Dylan. «Es cierto», afirmé. Me echó un vistazo como quien ve un trasto viejo en el suelo, siguió a lo suyo y se fue por la puerta. Lloré unos minutos, mirando por la ventana y pensando en el sueño. Después me trajeron mi ropa y me fui de la habitación. Mientras salía con la cabeza baja, recordé las palabras del Jipi cuando me dijo en una fiesta que un viaje de tripi conmigo podría convertirse en todo un espectáculo. Tendría que contárselo alguien, aunque de qué serviría. También pensé que, si mi vida hoy fuera un libro, sería tan patética como para narrar este sueño. Los críticos literarios me fulminarían: «¡Nunca narres un sueño! ¡A la hoguera!». Amigos, esto era peor: estaría narrando un colocón de primera. Piedad.

En la sala de espera aguardaba Rosa. Me había acompañado para la prueba y me iba a llevar al piso en coche. Yo no podía conducir debido a la anestesia. Seguía grogui, pero hablamos de la colonoscopia. Había salido bien y no tenía pólipos. No había nada de qué preocuparse hasta la siguiente prueba dentro de un par de años. El viaje por la m-30 transcurrió entre largos silencios. Solo se oía el arrullo del motor. Casi llegando al puente de Vallecas, le dije que había dejado de ir a las sesiones de la psicóloga y, justo después, que había tenido un sueño muy raro con Dylan,

Springsteen y otros músicos. A ella no pareció extrañarle. Solo era un sueño, comenté, y sabía que estaba bajo los efectos de la anestesia, pero andaba bastante tocado con algo que seguía dentro de mí como si hubiese sido real. Ella me escuchó sin decir nada y luego se impuso otro largo silencio. Por el sueño, o porque estaba drogado, sentí una imperiosa necesidad de explicarle con más detalle todo el lío con Mar y disculparme, pero, cuando fui a hacerlo y pronuncié su nombre, me pidió que me callara. Con un rápido y sencillo ademán entendí todo lo que quiso decirme. Volví a tener ganas de llorar y dejé caer la mirada por la ventanilla. Rosa siempre conducía con precaución y transmitía seguridad a los acompañantes. Me alegré una vez más de que fuera la madre de mi hijo. Solo me repuse un segundo para decir algo que me quemaba dentro: «Lo siento…». Y, antes de acabar de hundirme en el asiento, añadí: «Gracias por ser mejor que yo». Apenas se inmutó y solo me pidió que descansara. Luego siguió callada hasta que, ya en mi calle, nos despedimos con dos besos y me recordó que, si necesitaba cualquier cosa, no dudase en llamarla.

La última noche antes de mudarme, Rosa me aseguró que nadie iba a quererme nunca como ella me quería. No pude rebatirla porque, en el fondo, yo también lo pensaba. Casi un año después lo sigo pensando. Acostumbrarme a vivir alejado del latido de su amor puro y cotidiano es algo que me llevará todavía un tiempo. Creo que poco a poco voy lográndolo. También creo que los dos estamos aprendiendo a manejarnos con el futuro que nos espera. El día de mi cumpleaños, fuimos los tres a comer a un restaurante. Era la primera vez que lo celebraba desde que mi madre no estaba. Aprovechamos ese día para hablar de ir los tres juntos a celebrar el de Alejandro. Todavía somos una familia. Una familia distinta, como tantas. Mantener la unión de nuestra familia a pesar de estar separados es la segunda promesa que le he hecho a Rosa desde que llegué al piso. Realmente, es una promesa que los dos le hacemos a Alejandro, aunque él ahora esté más preocupado por conocer nuevas especies de dinosaurios. Nuestro hijo es nuestra mayor garantía de que estamos en esta vida y, por eso, es hora de pensar de una manera nueva. Quizá algún día podamos convivir como dos familias en una, o como una gran familia donde los recién llegados respeten la promesa que le hicimos a nuestro hijo. Incluso he pensado que, cuando Alejandro sea más mayor y esta nueva

situación ya sea normal, podremos irnos de vacaciones a Nueva York los tres juntos, o los que seamos. Es un reto difícil, pero no lo parece cuando Alejandro viene alegre, como el otro día, con una foto de los tres para que la ponga en el piso.

En la última sesión le dije a la psicóloga que estaba aprendiendo de mi hijo. Era algo que no había hablado aún con nadie, ni siquiera con su madre, pero me he fijado que su forma de adaptarse a la situación es más rápida que la mía. Después del fallecimiento de Tom Petty, Alejandro me vio con mala cara porque llevaba un día sin dormir y le conté que estaba cansado y triste por la muerte de un músico que me gustaba mucho. Al día siguiente, cuando iba a llevarlo al colegio, me dio un dibujo como regalo. Con su trazo grueso y colorido, aparecíamos él y yo y, al lado de nosotros, algo más grandes, estaban Bob Dylan y Bruce Springsteen. Su madre también aparecía en uno de los bordes de la hoja bajo un sol. Escribió todos los nombres con su letra desigual bajo unas figuritas a medio camino entre el cubismo y el impresionismo. Seguía creyendo que Bob era mi amigo y, por tanto, Bruce también debía serlo. Tampoco pude rebatirle. A fin de cuentas, su padre soñaba con ellos en pleno colocón de anestesia y estaba convencido de que había estado tomándose unas cervezas con ambos en la taberna de *Shrek 2*. Colgamos el dibujo en la nevera y me dijo: «Papá, no estás solo». Después se fue al salón a ver la tele y, cuando me senté a su lado, sentenció: «Ahora me gusta más esta casa».

Fue la primera vez que le oí referirse al piso con la palabra «casa». Sonó raro. Ni yo mismo lo llamaba así, pero Alejandro lo dijo con una naturalidad tan convincente que, en un impulso salido de lo más profundo, me acerqué a darle un beso. Hizo un amago de apartarse, pero apenas se movió. Me recordó a cuando yo, más mayor que él, me apartaba de los besos que mi madre me intentaba dar. Siempre se justificaba con que era muy besucona, pero a mí me parecía un poco pesada. Ahora podía entenderla. A la puerta del colegio de Alejandro vi como un niño le negó un beso a su madre antes de entrar a clase. Ella lo intentó en dos ocasiones. El chaval la esquivó y dijo que no lo hiciera delante de todo el mundo. Sentí lástima por la madre y pensé que algún día terminaría pasándome a mí con Alejandro. Habrá tiempos de cambios y finales, pero ninguno será tan importante como el día que mi hijo se aparte

cuando quiera darle un beso. Creo que ese será el verdadero fin de una época.

Estoy llegando a mi casa. No hablo de ayer ni de antes de ayer ni de ningún tiempo pasado. Hablo del presente. Del ahora. De este momento que tengo entre las manos mientras suenan canciones que son como píldoras que contienen un presente infinito. «Changing of the Guards» lo es. Es una canción que viene de lejos, pero está aquí conmigo, sonando por mis cascos, y su tiempo inacabable me fascina por encima de todo. Nunca se acaba en sus 6 minutos y 37 segundos. Sugiere que lo va a hacer hasta en tres ocasiones, pero no lo hace. De hecho, a los 5 minutos y 18 segundos debería hacerlo definitivamente, es lo normal, lo previsible, pero no sucede. La canción se mantiene firme y no baja ni un escalón emocional. Sigue y sigue. Tira de mí en su ciclón fabuloso. En esta canción está pasando la vida y Dylan y la banda están jugando todas sus cartas. Mientras resuena en mi cabeza, siento que las están jugando por mí. Este tiempo estirado, como en un acto de confianza absoluta o de fe ciega, me abruma. Es como si Bob y el resto de la banda ya hubieran pasado por lo mismo que yo, por esos descensos imprevisibles, «donde está el duelo del pastor», como se canta en la primera estrofa, y ahora están tocando con todo, a tope, con el fuego en sus cuerpos, para que acabe convencido, confiado y conocedor de que, como se reza al final de la letra, «la paz llegará». Ahora ya lo sé: de todas partes surge la salvación en esta canción milagrosa.

¿Puede la música salvarme la vida? Menuda pregunta para una canción no escrita, aunque hoy puedo decir que sí. La canción de Dylan me la salvó el otro día. Literalmente. Iba conduciendo a altas horas de la noche por la m-30 cuando, agotado y empujado por el sueño, se me cerraron los ojos y, en cuestión de un segundo, debí desaparecer hasta soltar el volante. Como un trueno, sonó ese primer verso de «Sixteen years» en la voz de acero punzante de Dylan y desperté justo a tiempo para no empotrarme contra la mediana. Esa ventisca sonora evitó que acabara con mis huesos destrozados en la carretera. Gracias una vez más, Bob. Te debo otra.

«Changing of the Guards» es mi canción salvavidas, que abre el disco *Street Legal*. Para más inri, el otro día apareció su vinilo en la

última caja que me quedaba por abrir. Quizá fue una señal, aunque soy bastante malo para interpretarlas. O simplemente fue una de esas casualidades que no quieren decir nada pero que nos convencen de que la existencia puede sorprendernos con un guiño. El vinilo resultó ser de mi madre, guardado, entre sus innumerables fotos, con otros suyos de Julio Iglesias y Los Brincos. Desconocía que lo tenía. Puede que ella también. Jamás hablamos de este disco. Ni siquiera de Dylan. Si hoy pudiese lanzarle una sola pregunta a mi madre, querría saber por qué tenía *Street Legal.* Ahora siento que me estaba esperando como la canción. Junto al vinilo, estaba también la carta que me dejó escrita antes de morir. Rosa la metió en un sobre junto con más papeles suyos. No había vuelto a leerla desde el día del entierro. Me golpeó tan fuerte que apenas pude llegar al final. Volver a ella ha sido duro, pero revelador. Entre tantas líneas, reviviendo momentos juntos y explicando que el balance de su vida era feliz porque, entre otras cosas, creía que había conseguido ser una buena madre, decía que no se despedía de mí porque esperaba que juntos siguiésemos defendiendo «el territorio de la alegría». «Si tú no existes, yo tampoco puedo existir», escribía con su letra redonda. «Hazlo y, entonces, yo te continuaré».

Bajo por la calle Toledo. Ha sido una noche divertida con el Jipi y la pandilla. Es una de las personas que conozco que más risas saca a la gente por minuto. Acabo de escribir a Toni y Martín para decirles que «Changing of the Guards» es energía para el verdadero bien. No voy tan perjudicado como para mandar un audio de esos de los que luego me avergüenzo, pero he necesitado escribirles porque Bob siempre consigue arrancar algunos brillos a todo. En todo este tiempo desde que vivo solo, la música ha estado pasando y seguirá pasando. El futuro llegará con ella, aunque, realmente, tampoco me preocupa mucho el futuro a largo plazo. Recuerdo una cosa que dijo hace mucho Dylan. Iba a tocar cinco noches seguidas en San Francisco, cuando abanderaba la gran revolución del rock’n’roll, y dio una rueda de prensa que terminó siendo la única de su carrera televisada de principio a fin. Cuando le preguntaron por sus esperanzas para el futuro, contestó: «¿Mis esperanzas para el futuro? Para ser honesto, tío, no tengo ninguna esperanza en el futuro y solo espero tener suficientes pares de botas para poder cambiarlas. Eso es todo». Unas botas. Eso es. Debí decirle a la psicóloga antes de despedirme que, en realidad, pensaba que Dylan

era un filósofo. Después de meses, más bien años, he comprendido que he llegado hasta aquí con la única esperanza de tener suficientes pares de botas, aunque mi única revolución simplemente sea intentar ser un buen padre para Alejandro.

Estoy en casa, este trozo de tierra conquistado. Atravieso el pasillo, mi *hall of fame* con Aretha Franklin, Neil Young y Tom Petty, y observo el disco de *Street Legal,* el vinilo de mi madre. Descansa en la estantería que se ve al entrar al salón. En las baldas de abajo están *Born to Run*, de Bruce Springsteen, y *Horses*, de Patti Smith. Justo al lado está la púa que me regaló. ¡Por fin apareció la púa de Patti! Rosa la encontró en un cajón entre varios papeles y me la dio. Me atrevería a apostar que es una señal, pero soy horrible apostando. Al menos, ahora descansa aquí conmigo, junto a una foto de Alejandro sonriente cuando con apenas un año le di un baño memorable con música de los Beatles. Me gustaría repetirlo para el siguiente fin de semana que se quede en casa.

Me encanta mi salón. He decidido que en el hueco frente al enorme cuadro del Chrysler voy a poner un gran marco con la portada de *The Freewheelin' Bob Dylan.* Es mi portada favorita de un disco del viejo Bob. Se le ve con Suze Rotolo, ambos agarrados del brazo y caminando por Nueva York en un día de nieve. Transmiten armonía y calidez. Es una imagen que me recuerda a Rosa y a mí paseando por una ciudad llena de energía, pero, sobre todo, me recuerda, con esa instantánea como en movimiento, a lo que siempre está por venir.

«Changing of the Guards» no se acaba. Suena ahora en la *jukebox*, iluminada en su fiesta colorida. La noche está de retirada y, desde la terraza, se ven los primeros destellos del día sobre los tejados de Madrid. Son unas vistas magníficas para este santuario que es mi casa. En su carta, mi madre escribía en las líneas finales: «El hogar se halla allí donde uno lo construye». Al releerla, subrayé esta frase con un lápiz y pensé que mi hogar es una gran morada de canciones. Si tuviera que agradecerle hoy una sola cosa a mi madre, sería que nunca me pidió que bajase el volumen. Espero hacer lo mismo con Alejandro cuando ponga su música. Terminará encontrando sus canciones y, seguramente, no tendrán nada que ver con las mías. No importa. Ahora solo importa conseguirle el

velociraptor para su cumpleaños y el espinosaurio para Navidad. Además, cuando ponga su música, será su vida, no la mía.

Esta es mi vida. Viene de lejos, pero no se acaba. Durante mucho tiempo he tropezado con mis pies y, a la búsqueda de un nuevo lugar, se derretían algunos de mis pensamientos mientras podía oír el grito de «Judas» desde los confines de mi propia existencia. Ahora, en esta casa repleta de discos, con las botas desgastadas pero firmes, y «Changing of the Guards» sonando al galope de un nuevo día, no creo en ese grito. Solo creo en las canciones, como siempre hice. Con la *jukebox* que late libre y esa luz rosada en el cielo que anuncia el amanecer, concentro mi pasado, mi presente y mi futuro en esta canción inconmensurable y, en el último instante antes de subir el volumen, digo con todas mis fuerzas: «¡Bob, tócala jodidamente alta!».

Todo lo que importa sucede en las canciones debe un agradecimiento destacado a Ángel Fermoselle, Poty Foronda, Marisa Adal, Rafa Cervera y Raquel Elices, sus primeros lectores secretos. Y a Javier Rodríguez Marcos y Juan Tallón por sus consejos.

Madrid, mayo de 2022

